

Camila Winter



A la sombra
de
Caprice

**A la sombra de Caprice (Antología)
y otros relatos.**

Camila Winter

©Antología. A la sombra de Caprice-Camila Winter

©2017

Antología de dos novelas victorianas de suspenso y misterio: Arabella y El legado

©Arabella-Camila Winter. Todos los derechos reservados.

©2017 febrero. Prohibida su reproducción, copia, total o parcial sin el consentimiento de su autora. Novela original e inédita. ©Maria Noel Marozzi Dutrenit. Amparada en la ley Universal de derechos de Autor. La presente es una novela de ficción histórica. Todos los nombres de personas y de lugares son invención de su autor y no guarda semejanza con personas reales. Novela registrada en safecreative.org. Todos los derechos reservados.

©2017.

Arabella

Camila Winter

TABLA DE CONTENIDOS
ÍNDICE GENERAL

[Arabella](#)

[Camila Winter](#)

[Penzance- Cornwallles](#)

[Año 1846](#)

[El pretendiente](#)

[La noche de bodas](#)

[Wensthwood house](#)

[La carta](#)

[El escondite](#)

[Celos](#)

[La sombra de Caprice](#)

ARABELLA

Camila Winter

Penzance- Cornualles

Año 1879

El pretendiente

Arabella Blayton se miró en el espejo de la habitación caoba de la mansión de Wensthwood y suspiró. Su rostro estaba muy pálido. Estaba tan asustada. A decir verdad estaba más que asustada, estaba aterrada, pues acababa de casarse con sir Lawrence, marqués de Trelawney y sabía bien lo que le esperaba, su tía le había hablado de ello hacía días con detalles y por eso mismo temblaba. Ella no era como sus hermanas que hablaban de esas cosas entre susurros, era demasiado tímida. Y habría preferido no estar en ese lugar y no tener que ser la mujer de ese caballero. Pero acababa de convertirse en su esposa y era tarde para lamentarse o intentar escapar y lo sabía.

La boda en la iglesia, el brindis, el cortejo, todo había sido tan rápido. Su madre la había besado emocionada y su tía le sonrió cómplice. “Arabella, recuerda de lo que te hablé el otro día, debes entregarte a tu esposo siempre que él te busque. No puedes negarte a él. Es tu esposo ahora” le había dicho tía Lizzy entre susurros para que nadie, sólo ella pudiera escucharla.

La joven novia se estremeció al pensar en eso y sintió que las lágrimas rodaban por sus mejillas. No, no debía llorar o su esposo lo notaría. *Él* llegaría de un momento a otro y lo sabía.

Rayos, no podía entender por qué de todas las jóvenes casaderas del condado la había elegido a ella. Sus dos hermanas mayores se sintieron muy mal cuando él las ignoró y durante semanas y meses tuvo que soportar sus burlas.

¡Al demonio! Sólo tenía diecisiete años y no estaba preparada para casarse, no quería hacerlo. Su familia casi la obligó a aceptar las atenciones del caballero y ahora... Ahora se había convertido en su esposa.

Y eso no estaba en sus planes, tampoco estaba en los planes de su familia pero ya era tarde para lamentarse.

Un sonido en la puerta la sobresaltó, pero no era su esposo sino una doncella baja y algo regordeta de impecable cofia blanca cubriendo su cabello pelirrojo y grandes ojos cafés.

—Buenas noches lady Arabella, soy Dolly, su nueva doncella—dijo.

Arabella esbozó una sonrisa débil mientras se apresuraba a secar sus lágrimas mirándose en el espejo.

—¿Puedo ayudarla con el vestido?—insistió la doncella.

La joven le hizo un gesto de que debía esperar y la miró nerviosa.

—Todavía no... luego te avisaré. Vete por favor—dijo impaciente.

La doncella se marchó despacio y la novia la observó a través del espejo. Luego se preguntó si podría escapar. Deseaba tanto poder hacerlo. ¿Habría alguna manera de abandonar esa habitación y escapar? No quería estar allí, no quería convertirse en su esposa y que le hiciera esas cosas de la que le había hablado su tía.

Pero ya estaban casados, no podría cambiar eso.

Su mente desesperada no podía aceptar esa realidad, se negaba a pensar que estaba hecho. El anillo en su dedo anular de oro y brillantes le gritaba la verdad a la cara. Acababa de casarse con ese caballero y no había escape posible. Además, ¿a dónde iría? Su familia jamás la recibiría. No. Wensthwood era su nuevo hogar. Esa mansión oscura y siniestra en las costas de Cornualles, con vista al mar sería su nueva morada.

Sus ojos se llenaron de lágrimas y se alejó del espejo.

Estaba asustada. O mejor dicho: estaba aterrada y quería escapar. No soportaría que ese hombre la desnudara y la hiciera suya, no estaba preparada y no entendía por qué sus padres aceptaron una boda tan rápida cuando no

estaba lista y les había pedido tiempo. Pero nadie la escuchó, pensaban que tenía un berrinche.

La joven se acercó a la ventana para ver el mar. Lo había visto a la distancia y se sintió hechizada por la belleza de ese mar azul furioso con sus olas rompiendo contra las rocas.

Atardecía y la visión de ese paisaje azul desde la costa de Cornualles era tan hermoso que la cautivó, pues la mansión de su marido se encontraba en lo alto de un peñasco, lejos del pueblo de Saint Ives y algo aislada con una vista magnífica al mar. Ese era el sonido que había escuchado desde su llegada, allí estaba ese mar tempestuoso y sombrío que tanto la había asustado cuando lo vio por primera vez desde el carruaje en que viajaba con su esposo. Se veía tan cerca y amenazante, como su esposo, exactamente así. Pero no podía negar que a pesar de ser atemorizante era hermoso.

Arabella no pudo apartar la mirada del mar cuando de pronto escuchó el sonido de la puerta. Debía ser su esposo y tembló. Estaba allí. Había ido a buscarla. Cerró los ojos y rezó, lo hizo casi sin darse cuenta hasta que lo vio parado frente a ella mirándola con fijeza.

El momento que tanto temía había llegado.

Todo comenzó de la forma más extraordinaria, durante el cumpleaños de un amigo de su padre en Devon. Ella jugaba al escondite con sus primas

mientras sus hermanas mayores se reían por lo bajo, tan serias y tan pendientes de captar la mirada de algún partido interesante de la temporada.

Arabella llevaba un vestido color rosa muy hermoso, con un escote redondo cubierto de encaje rosa y su doncella había sujetado sus bucles castaños con dos cintas del mismo color del vestido como era la moda de entonces y la joven reía y jugaba feliz cuando el marqués de Trelawney se acercó para mirarla. Sólo eso. Se quedó mirándola mientras jugaba con sus primas y corría por el campo.

Sus hermanas estaban furiosas de que ella siendo tan joven y aniñada, boda y no tan hermosa como Beatrice; su hermana mayor, fuera capaz de llamar la atención de uno de los partidos más interesantes de la fiesta: el viudo sir Lawrence, oriundo de Penzance, Cornualles, pero había ocurrido. Todos notaron cómo la miraba luego de ser presentados.

La jovencita jamás imaginó que ese caballero alto, delgado y de mirada triste se convertiría muy pronto en su marido, ella creía que se casaría con su hermana mayor.

Lo que más insólito fue que el marqués no creyera, como la mayoría; que Beatrice era la más hermosa. Todos decían que era la más hermosa de las hermanas Blayton y Arabella pensaba que Beatrice con su cabello rubio y su tez tan blanca era de una belleza capaz de enloquecer a cualquier hombre.

Y cuando en una ocasión vieron conversar en los jardines al marqués

de Trelawney y Beatrice durante una tertulia, todos pensaron que el romance entre ambos era inevitable: ella tan hermosa, tan rubia y delicada con su vestido color amarillo pálido y él de cabello oscuro y porte militar, delgado y con esa expresión circunspecta. Lo cierto es que hacían una bonita pareja. Su hermana estaba radiante y feliz de tener la atención del codiciado pretendiente.

Arabella los había espiado con inquietud, seguida de sus dos hermanas mayores.

—Mira Arabella, sir Lawrence está mirando embobado a Beatrice— dijo Christine.

Entonces sintió una punzada de celos.

A ella también le gustaba el marqués y sufría cada vez que dedicaba sus atenciones a otra. No sabía bien por qué, era extraño.

—Y Beatrice está radiante, ella lo ama en silencio—continuó su hermana con tonto algo teatral.

Arabella no se perdió detalle de la escena y cuando la pareja se separó pensaron que había comenzado el romance.

Beatrice estaba convencida de que sería la elegida.

Tenía veintidós años y Christine veintiuno. Las dos necesitaban un marido con cierto apremio y pensaban que si no lo conseguían rápido se convertirían en solteronas.

En cambio nadie pensaba que Arabella lo necesitara con tanta

urgencia, no era más que una colegiala que le gustaba jugar al escondite con sus primas menores durante las fiestas. ¿Qué hombre se fijaría en ella? Ni siquiera era hermosa. No como lo era su hermana mayor Beatrice.

Y lo más extraño fue que el caballero no se enamoró de su hermana mayor como todos esperaban, al contrario, comenzó a alejarse de su compañía de forma sutil como si algo en ella le desagradara. Sus ojos de un azul muy oscuro repararon en la menor de las hijas de Lord Blayton: Arabella.

Cuando la astuta casamentera, tía de la joven notó ese interés; comenzó a tejer los hilos como una araña preparada para atrapar a su presa. El pretendiente codiciado no escaparía de su trampa sin desposar a la joven. Pero tampoco escaparía Arabella...

La jovencita no quería saber nada de bodas en esos momentos, ella daba por sentado de que sir Lawrence se convertiría en su cuñado algún día. No estaba preparada para pensar en él como un pretendiente ni creía que su tía estuviera acertada al señalar que el caballero mostraba inclinación hacia ella y no hacia sus hermanas mayores.

De todas las jóvenes del condado la había escogido a ella.

Sus atenciones eran cada vez más constantes pero no era un hombre muy expresivo. Era frío.

Todos decían que necesitaba una esposa porque acababa de perder la suya hacía más de dos años y no le agradaba vivir solo en el señorío que había

heredado de su padre. Esa propiedad cerca de la costa de Lands-Ends llamada Wensthwood.

Sin embargo no era romántico ni seductor. No era ese tipo de hombre que conquista, seduce y atrapa. El marqués de Trelawney era frío, callado y reservado, aunque sus modales eran muy agradables.

Comenzaron hablando de poesía, de historia y ella encontró sus charlas interesantes. Pero no pensó que sintiera algo especial por ella.

Hasta ese día.

Lo recordaba con claridad.

En todo momento la joven pensó que él se acercaba a ella para poder saber cosas de su hermana mayor, hasta que un día cuando invitó a su familia a su cumpleaños se vieron en secreto en su biblioteca inmensa con la excusa de que quería obsequiarle un ejemplar.

Lo hizo.

Le entregó un libro antiguo que contenía fábulas, historias sorprendentes que devoró poco después.

Pero cuando le dio ese libro rozó sus manos y ese contacto la hizo estremecer y de pronto comprendió que estaban a solas en un lugar oscuro y eso no era correcto.

Entonces vio su mirada y supo que sí estaba interesado en ella. La intensidad, la fuerza de esos ojos le hizo comprender que su tía casamentera

tenía razón. Rayos, ¿cómo lo había sabido antes que nadie?

—Creo que debemos regresar—dijo ella algo incómoda.

Quería evitar que la besara o le dijera algo. No estaba preparada para asimilar todo eso y seguía creyendo que tal vez se lo había imaginado todo.

—Aguarde, no se vaya señorita Arabella. Necesito preguntarle algo—dijo el marqués.

Ella lo miró inquieta. Temblando. ¿Le hablaría de Beatrice, le preguntaría algo de su hermana?

—Es usted muy dulce y hermosa señorita Blayton. Tan cándida. ¿Alguna vez la han besado?—sus ojos la miraron con fijeza esperando su respuesta.

—Oh claro que no. Eso no es correcto—respondió ella sonrojada e inquieta.

No era correcto que una señorita decente se besara con un joven, ni por curiosidad ni por nada.

Sus palabras lo hicieron sonreír.

—Me gustaría besarla, señorita Blayton. ¿Me lo permite?—dijo entonces.

Todo fue muy rápido. La tomó entre sus brazos y le robó un beso apasionado, un beso que sabía nunca olvidaría. Pero no era correcto ni le parecía adecuado el comportamiento del caballero así que se resistió y lo

apartó indignada.

—Sir Lawrence, esto no es correcto. No vuelva a hacer eso.

Él la retuvo de forma feroz, casi posesiva y Arabella se asustó.

—No tema señorita Blayton, no fue mi intención abusar de su inocencia. Quiero que sea mi esposa. Por favor. Cásese conmigo—dijo muy serio.

Ahora sí que estaba asustada.

—¿Qué?—murmuró sin poder creerlo—¿Acaso me ha pedido matrimonio?

Su corazón palpitó acelerado cuando él asintió.

—¿Quiere casarse conmigo, señorita Arabella?

Ella sintió su corazón acelerado y el rubor cubrió sus mejillas.

—¿No debería hablar con mis padres primero, sir Lawrence?

El marqués sostuvo su mirada.

—Primero quiero saber su opinión, señorita.

Arabella no supo qué decir. Por un lado se sintió profundamente honrada de que un hombre tan guapo y de tan antiguo y soberbio linaje pidiera su mano, pero luego pensó: soy muy joven para casarme, no estoy preparada. Eso quiso decirle, pero algo en su mirada le hizo comprender que no podía rechazar a ese caballero. Sus padres la matarían si lo hacía, ellos habían esperado que pidiera permiso para cortejarla a instancias de tía Alison, su

madrina, no que pidiera su mano tan pronto.

—Sir Lawrence, su petición me honra profundamente pero soy muy joven y no soy hermosa. Mi hermana Beatrice, ella sería la esposa adecuada para usted—dijo.

La mirada del marqués cambió al oír sus palabras.

—Pero la he elegido a usted señorita Arabella, usted es la más hermosa para mí. La más tierna y de corazón noble que he conocido en este condado—aseguró.

Hablaba con mucha convicción, seguro de lo que decía y de lo que pretendía. Lo que le hizo comprender a la joven que su petición no era un capricho romántico sino algo muy pensado.

—No soy hermosa, sir Lawrence—insistió la jovencita—Y temo que mi hermana se disgustará, todos creían que usted estaba interesado en mi hermana Beatrice.

El marqués se tomó su respuesta con mucha calma.

—La gente piensa y dice cosas que no son, y se equivocan. Cuando visité su casa la vi a usted primero, jugando al escondite con sus primas. Sonriendo feliz. Vi sus ojos y pensé que era la más hermosa de las tres. Sé que es muy joven y que es casi una colegiala pero no me importa eso, si me acepta hablaré con sus padres. No quiero obligarla ni tampoco que... si es su voluntad rechazar mis atenciones le ruego que lo haga. No deseo tener una

esposa forzada a una unión que no desea. Si no siente inclinación por mí...

Eso no era del todo cierto. Él le gustaba sí, pero al pensar que se convertiría en su cuñado pues su hermana Beatrice no hablaba de otra cosa le parecía extraño que le pidiera matrimonio. Además la asustaba un poco. Y su declaración era tan inesperada que no supo qué decir.

—Sir Lawrence, temo que mis padres no lo aprobarían. Ellos esperaban que pidiera la mano de mi hermana mayor—dijo con sinceridad.

—En realidad nunca le di esperanzas, no he hablado con su hermana Beatrice más que en contadas ocasiones. Es una joven bella y distinguida pero jamás pensé en ella más que como en mi futura esposa. La quiero a usted. Si me acepta, pero si dice que no respetaré su decisión. No quiero una boda concertada, ya la tuve hace años y no resultó por deseo que lo piense con calma y me dé su respuesta.

Era la primera vez que mencionaba su boda anterior y lo hizo con un gesto de amargura. Arabella notó que su enamorado escondía bien sus sentimientos, pero ahora tuvo la certeza de que mencionar a su antigua esposa su semblante cambió, se volvió triste y casi enojado. Fue extraño. La joven notó eso y pestañeó inquieta mientras esquivaba su mirada.

—Sir Lawrence, me siento abrumada...—dijo entonces— me ha tomado por sorpresa. No esperaba que pidiera mi mano hoy. ¿No cree que debería conocerme un poco más antes de arriesgarse a pedir mi mano?

Perdóneme por favor, no deseo herirle ni estoy rechazándole, pero creo que soy muy joven para casarme.

Lo era. Y la asustaba casarse tan pronto con un hombre al que apenas había tratado.

Él tomó sus manos y la besó.

—Entiendo señorita Blayton. Olvide lo que le dije. Sé que su esmerada educación le impide rechazarme pero acepto su respuesta y jamás la convencería de que hiciera algo contrario a sus deseos sólo por complacer a sus padres.

Esas palabras le rompieron el corazón y de pronto sus ojos se llenaron de lágrimas. No esperaba que dijera eso. El marqués se puso serio y quiso consolarla.

—Por favor, no se ponga así, lady Arabella. Sólo he dicho que comprendo que he sido impulsivo sin tener en cuenta que usted no imaginaba que estaba interesado en pedir su mano. No he querido ser brusco o herirla. Me he precipitado al hablarle pensando que correspondía a mis atenciones pero temo que me equivoqué.

Arabella secó sus lágrimas y se alejó sin responderle.

Pensó que todo terminaría allí, que él entendería que era muy joven y se había precipitado a pedir su mano.

Entonces recordó que la había besado, que le habían dado su primer

beso de amor, robado, y su reputación estaba seriamente amenazada, porque si él decía que la había besado en su biblioteca...

Estuvo atormentada durante semanas por eso.

Porque además Sir Lawrence tomó distancia. Fiel a su decisión de no forzar una boda concertada y respetar su decisión de que era muy joven para casarse no insistió en el asunto y se alejó.

Tal vez se sintió rechazado y su orgullo se había resentido.

Nunca más volvería a pedirle matrimonio.

Y en su mansión de Dover, lejos de la bella Cornualles, Arabella pasaba el día entero pensando en el beso que le había dado el marqués.

Suspiraba en silencio, nadie sabía ni de ese beso ni de la proposición del caballero de Wensthwood. Y mientras daba un paseo por la pradera notó que su hermana mayor se acercaba con expresión furibunda, habían salido esa mañana a dar un paseo y la había dejado atrás sin darse cuenta, por caminar muy ligero.

—¿Qué diablos pasa contigo, Arabella? Deja de correr, no puedo seguirte. Santo cielos Arabella, eres tan infantil.

—Lo siento—se disculpó la jovencita.

Pero su hermana mayor no estaba molesta por dejarla atrás, había algo más y no tardó en enterarse.

—Dime algo Arabella, el día que fuimos a Wensthwood sir Lawrence

te obsequió un libro de poesías y los vi hablar a solas.

La joven se puso colorada, no pudo evitarlo.

—Sí, fue muy gentil.

Beatrice no sospechaba que su hermana y el marqués tuvieran un romance, ni siquiera se la pasaba por la cabeza. A fin de cuentas Arabella todavía jugaba al escondite y era muy boba e infantil. Tampoco era hermosa. La veía como a una niña, como esa hermana menor que cuidó de pequeña y que en más de una ocasión la hizo quedar mal por hacer travesuras frente a sus amigas.

—Lo que quiero saber—preguntó luego—es si acaso sir Lawrence te habló de mí—dijo su hermana mayor impaciente.

Beatrice estaba insoportable, furiosa por el alejamiento del que creía, era su pretendiente. Y luego de enloquecer a todo el mundo con preguntas, ahora la increpaba a ella, como si sospechara que era la responsable del distanciamiento del marqués.

—Él no me habló de ti. No lo hizo. Lo siento. Si lo hubiera hecho yo te habría contado—respondió Arabella.

Las palabras de su hermana menor indignaron a Beatrice. No podía entender cómo ese caballero viudo de aspecto apacible, circunspecto, guapo y tan rico no había caído rendido a sus pies como todos esperaban y jamás imaginó que su hermanita tuviera algo que ver.

—Es muy raro...—murmuró—No comprendo. La forma en que me miraba...pensé que tenía intenciones serias, que me hablaría ese día en la fiesta de lady Rose pero no lo hizo. Cada vez entiendo menos a los hombres, Arabella. De veras que sí. Y no comprendo por qué se alejó de mí.

La jovencita esquivó su mirada y le dijo:

—No te desanimes Beatrice, él regresará y estoy segura que se fijará en ti. Eres tan hermosa.

Sí, lo era por supuesto. Todos lo decían pero para Beatrice eso no era suficiente para los caballeros. Al menos ella no tenía suerte con sus pretendientes. Galanteos, regalos, algún beso furtivo pero ninguno pedía su mano.

—Eso no es tan importante, Arabella—dijo luego, deprimida.

—Pero todos os miran. Sois hermosa y si el caballero de Wensthwood no lo ve, es porque está ciego.

Ella hizo un gesto de altivez.

—¿Tú qué sabes, Arabella? No eres más que una niña tonta, nunca te han besado ni tampoco has tenido un flirt.

—No soy una niña tonta—replicó la joven con calor.

—Bueno, disculpa, no quise ofenderte. Ese viudo está un poco loco, es lo que dicen. Además he oído que sir Lawrence tenía una esposa muy hermosa y que no ha podido olvidarla.

—¿De veras? ¿Tú la conocías?—preguntó su hermana menor muy interesada.

—No... Pero he oído que vivía encerrada en el señorío porque él era muy celoso porque era hermosa. Muy hermosa. Tanto que sufría unos celos enfermizos y entonces... ocurrió la tragedia.

—¿Cuál tragedia?

—La muerte de su esposa, boba. Se llamaba Caprice y dicen que era un ángel y que ninguna mujer podrá ocupar su lugar en su corazón. Porque era hermosa, dulce y tan buena... él la adoraba pero ella no... Ella no lo quería. Fue una boda concertada por las familias de sir Lawrence y los Hamilton. Ambas familias habían planeado esa unión mucho tiempo atrás y finalmente se casaron. Pero dicen que ella no era feliz en Wensthwood house. Que no soportaba los celos de su marido y que un día bebió algo y murió. Se suicidó. Fue un escándalo.

—Qué horrible, pensé que había muerto de gripe. Oí algo de eso hace tiempo.

—No seas boba, Arabella. Eso dijeron para tapar el escándalo que rodeaba su muerte. Caprice... qué nombre tan bonito ¿no crees?

—Sí, de veras... Es un nombre precioso. Qué pena que muriera así, tan joven.

—Bueno, sí es una pena pero ¿qué podemos hacer? Caprice está

muerta—concluyó Beatrice sin piedad—y ahora su viudo es lo único que nos interesa. Necesita una esposa, todos lo dicen y cuando se acercó a nosotras pensé que estaba interesado en mí. Era tan gentil... Tan atento que... realmente me hice ilusiones como una tonta. Pero tal vez tengan razón y le pobre esté un poco loco y no quiere que nadie ocupe el lugar de su esposa porque todavía la ama. Aunque tendrá que casarse y lo hará....

Arabella comprendió que su hermana estaba enamorada de sir Lawrence y se sintió mal, culpable de su desdicha aunque en realidad no fuera su culpa y mientras miraba el valle a la distancia ambas comenzaron a sentir frío.

—¡Pero qué tiempo tan ingrato!—se quejó Beatrice mientras secaba sus lágrimas.

De pronto Arabella se preguntó si esas lágrimas eran genuinas, si lloraba por sir Lawrence o porque tenía veintidós años y no había logrado conseguir un marido como planeaba su madrina. Había estado en Londres cuando cumplió los diecisiete años, tuvo su presentación en sociedad y conoció a la reina Victoria aunque esta ni siquiera la miró (o eso contó Beatrice) recibió obsequios en abundancia, presentes de enamorados, vestidos nuevos y candidatos envidiables. Pero ninguno pidió su mano. Su madrina dijo que era muy joven, que debía ser paciente pero Beatrice se sintió muy mal cuando regresó sin siquiera un pretendiente que solicitara cortejarla al menos.

Luego asistió a fiestas, recibió obsequios, y su carné de baile siempre estuvo lleno y sin embargo cinco años después de su presentación todavía seguía soltera. Era increíble que siendo tan hermosa le pasara eso y que ella con diecisiete hubiera tenido su primera petición matrimonial.

—Ven, regresemos, hace frío hoy—se quejó Beatrice.

Arabella la acompañó pensando en el marqués. “Si mi hermana se entera de que ha pedido mi mano pues me matará” pensó.

La jovencita no dijo palabra de lo sucedido, y mientras emprendían el camino de regreso procuró consolarla y decirle que otro caballero pediría su mano.

Beatrice aceptó, se quejó de que el frío arruinaría su piel, su abuela siempre lo decía. Además debían prepararse para el té de las cuatro. Tendrían visitas a esa hora. Las damas de la caridad, esa organización benéfica que presidía su madre. Sus hermanas mayores participaban pero Arabella todavía no. Su madre seguía creyendo que era una niña por ser la menor y su padre, luego de gastar mucho dinero en presentar a sus hermanas mayores en Londres y ver tan pocos resultados, pues no tenía prisa por enviarla a la ciudad a buscar marido.

Los días de otoño transcurrieron grises y monótonos.

Arabella pensaba a menudo en sir Lawrence y ese beso preguntándose

si volvería a verlo. Su hermana lo mencionaba todo el tiempo, siempre se enteraba si había ido a la Iglesia o alguien lo vio de paso por el pueblo. Parecía obsesionada con él. Empecinada sin motivo en atraparlo a como diera lugar.

La jovencita se dijo que era mejor que no hubiera pedido su mano ese día pues su hermana mayor se enfurecería si se enteraba.

Esa mañana se sintió inquieta y fue a dar un paseo acompañada de su fiel perro Jack. Ese pastor negro y blanco fiel que solía ir pegado a sus talones.

Necesitaba estar sola. Sus hermanas estaban malhumoradas porque su madre no quería llevarlas a la fiesta de la señorita Rosalie Hampton y no quería soportar sus quejas ni un minuto más. Se ponían insoportables si no tenían una fiesta a dónde ir todas las semanas. Fiesta, reunión, tertulia, todo sería bienvenido. Antes de recluirse los días grises y tener que pasar charlando y jugando a las cartas, y también peleando, cuando se hartaban de todo.

Caminaba por la colina cuando vio un caballo acercarse a la distancia. No había caballos en el valle, estaban todos en el establo o en el lado este llevando al ganado a beber agua. Así que ese jinete solitario no podía ser del señorío y debía ser un intruso. Eso la asustó un poco y se detuvo intrigada y su fiel pastor comenzó a ladrar furioso y corrió, corrió hasta el intruso sin

hacerle caso.

—Jack, ven aquí por favor—lo llamó mientras se acercaba al desconocido sin poder evitarlo.

El jinete se detuvo un momento y luego desapareció.

Tuvo un raro presentimiento, ese jinete montado en un caballo negro, su imagen le era familiar, lo había visto antes pero... entonces recordó por qué le había resultado familiar.

Estuvo allí mirándole un instante y luego huyó. ¿Sir Lawrence? Se preguntó Arabella mientras su fiel chucho regresaba jadeante y nervioso.

Las nubes oscuras presagiaban mal tiempo, no sería prudente quedarse. La joven vio al jinete desaparecer en el firmamento y suspiró. ¿Por qué no fue a saludarla? ¿Por qué cambió de idea y huyó?

Era un hombre extraño.

La besaba, le pedía matrimonio y luego desaparecía.

Eso era muy raro. Peculiar.

Luego pensó que era viudo y todavía amaba a su esposa. Quizás se había arrepentido de su arrebato y no quería volver a verla.

A fin de cuentas ella lo había rechazado.

Lo había hecho.

Es que la tomó por sorpresa y...

Demonios. La había besado y no podía olvidar ese momento.

Cuando regresaba a su casa vio el caballo negro de sir Lawrence y a este charlando animadamente con su padre. Entonces sí era él.

Arabella se acercó para saludarlo pero sus hermanas le ganaron de mano. Corrieron a su encuentro, las dos casi a la vez, como buitres para tener la atención del distinguido visitante. La jovencita quedó rezagada y molesta, molesta de que se comportaran así. Parecían desesperadas por tener un marido.

Hasta su padre lo notó y les dijo con suavidad que se alejaran.

Arabella se acercó entonces para saludar al caballero que no dejaba de mirarla sin ocultar la alegría que sentía de volver a verla.

—Buenos días señorita Blayton. Encantado de volver a verla—dijo y besó su mano con gesto galante.

La jovencita se estremeció cuando sintió el roce de sus labios en su mano izquierda y luego, cuando comenzaban a conversar su padre le pidió con mirada torva que regresara a la casa.

—Necesito hablar a solas con sir Lawrence. Regresaré en un momento—dijo. Luego subió a su caballo y se alejó.

Al entrar en la casa sus hermanas cuchicheaban pegadas al ventanal del comedor.

—Qué cosa tan rara e inesperada. Sir Lawrence ha vuelto y cómo os miraba—dijo Christine a Beatrice.

Esta sonrió con aire misterioso.

—¿Tú lo crees?—replicó fingiendo sorpresa.

—OH claro que sí, ha venido por ti hermana. Estoy segura. Os miró con fijeza. Siempre os ha mirado—insistió Christine.

—Pues yo no lo vi tan entusiasmado, en realidad ese hombre nunca sonríe ni muestra sus emociones—opinó Helen, la amiga más cercana a Christine que estaba allí de visita ese día.

Arabella no dijo nada. El regreso de ese caballero le provocaba temor y ansiedad. Esperaba que no pidiera su mano y que se casara con Beatrice. Ella sí estaba desesperada por convertirse en su esposa.

Además no quería ni imaginar la rabia de su hermana si se enteraba de ese beso.

—Arabella, ¿qué tienes? Te noto rara. Ya no te lo pasas corriendo con ese perro faldero por el campo ni quieres jugar al escondite. ¿Qué te pasa?—preguntó su hermana Christine.

La joven miró a su hermana con expresión asustada.

—No me pasa nada—respondió.

—Pues yo creo que sí. ¿No será que sabes algo que nosotras ignoramos? Tú siempre conversas con la servidumbre aunque nuestro padre te lo prohíba—insistió Christine.

—No sé de qué hablas, Christine. Ya déjame en paz ¿sí?

La joven corrió a su habitación para evitar más preguntas. Estaba temblando. Esa visita inesperada le puso los nervios de punta.

Y se encontraba tirada en la cama, tratando de leer ese libro de fábulas que sir Lawrence le había obsequiado cuando escuchó golpes en su habitación.

Abrió la puerta temblando. Intuía que algo malo pasaría, lo sentía en el aire.

Entonces vio a su hermana Beatrice mirándola con rabia.

—Eres una pequeña traidora Arabella. Tú lo sabías, lo sabías y dejaste que pensara que él estaba interesado en mí—estalló furiosa.

Los ojos azules de Bea echaban chispas y se asustó. Creía adivinar lo que había pasado y sabía que ahora le haría la vida imposible.

—¿Cómo pudiste ser tan malvada? Tú has estado coqueteando con sir Lawrence porque querías robártelo—la acusó sin piedad.

—No, eso no es cierto. Nunca estuve coqueteando con él—replicó Arabella.

Pero su hermana no le creyó una palabra. Sorprendida y furiosa avanzó hacia ella como si quisiera darle una zurra.

—¿Ah no? Pues deja de mentir. Porque sir Lawrence, marqués de Trelawney ha venido a pedir tu mano pequeña insolente. Él quiere... casarse contigo—le costó mucho decirlo— Y nuestro padre quiere que vayas ahora y me ha pedido que te avisara. ¡Fue tan cruel! Ve, vamos, luego hablaremos de

esto. Luego me contarás cómo diablos hiciste para robarte a sir Lawrence, pequeña zorra mentirosa.

Arabella corrió asustada pero feliz de poder escapar de la ira de su hermana y sólo se detuvo cuando llegaba a las escaleras pues no quería caer de cabeza. Estaba nerviosa y una emoción intensa la embargaba. No podía creerlo. Había ido a pedir su mano.

Cuando entró en la salita de música sintió que las piernas le temblaban. Su padre estaba sentado con sir Lawrence y estaba muy serio. Ceñudo, casi preocupado.

Al verla entrar su expresión cambió. Arabella esquivó la mirada de sir Lawrence.

—Ven querida, siéntate por favor. Sir Lawrence me ha pedido para hablar en privado. Creo que ya sabes la razón.

Arabella miró a ambos inquieta mientras obedecía pero no dijo palabra.

—Bueno, sir Lawrence me ha rogado que le conceda tu mano Arabella. Quiere que seas su esposa. Y me ha pedido permiso para cortejarte. Veo que esta noticia te hace feliz. Lo que no comprendo es por qué soy el último en enterarme de tu entendimiento con el caballero de Wensthwood—preguntó su padre con mirada inquisitiva.

—Lo siento, papá.

Miró al caballero y luego a su padre.

—Bueno, le concederé el tiempo que me pide si mi hija lo acepta.

Arabella no dijo nada. Porque en realidad su padre daba por sentado que estaba muy de acuerdo con esa boda.

—Fijaremos la fecha con calma. Luego de publicar las amonestaciones por supuesto. Como viudo, sir Lawrence me pide que sea un festejo discreto, íntimo. Luego ajustaremos los detalles. Ahora los dejaré conversar un momento.

Arabella miró a su padre desesperada. Tuvo ganas de gritar. Ella no quería casarse. Era muy joven y además, sus hermanas la matarían. Especialmente Beatrice. Cuando supieran que se casaría con sir Lawrence...

Cuando se quedaron a solas él la miró con expresión culpable.

—Lo siento señorita Blayton—dijo—Debí avisarle pero necesito una esposa para mi heredad y su padre quiso convencerme de que aceptara a su hermana mayor pero yo la escogí a usted.

Arabella lo miró perpleja y el marqués continuó:

—Su padre ha intentado persuadirme, dijo que no es correcto que se case tan joven, dice que no está preparada para ser mi esposa. Que necesita madurar. Me ha pedido que hable con usted antes de seguir adelante con esto.

—Mi hermana Beatrice es hermosa, sir Lawrence—dijo Arabella.

No pudo decirle que estaba enamorada de él. No habría sido correcto.

—Nunca me interesó su hermana señorita Blayton, sólo usted. Se lo he dicho a su padre. Pero si no quiere ser mi esposa desistiré. Una sola palabra suya hará que me aleje.

Arabella pensó que haberle rechazado en ese momento habría sido una grave ofensa a su orgullo y dignidad.

—Mi padre le dijo la verdad, soy joven y muy torpe. Temo que lo dejaré en ridículo con sus amistades. Porque tampoco sé cómo dirigir una mansión tan importante. Nadie me ha preparado para el matrimonio porque siempre supe que primero debían casarse mis hermanas.

—No importa eso, señorita Arabella. Su hermana es una joven muy agradable pero debo confesarle que aunque suene descortés: no me atrae ella sino usted. Porque es una joven dulce y tierna. Y lo que necesitaba saber lo he sabido esa tarde en mi biblioteca. Quiero que sea mi esposa, le ruego que lo acepte y deje de decirme que debo casarme con su hermana porque sólo tengo ojos para usted, señorita Arabella. Y si estoy aquí es porque estoy convencido de que será la esposa ideal para mí. Pero si no está de acuerdo con eso puede decirlo ahora. Le ruego que no tema rechazarme.

Su voz la embrujó, su mirada suplicante llegó a su corazón.

Necesitaba una esposa y pensaba que ella dulce y tierna.

Creía que sería la esposa apropiada en vez de su hermana Beatrice.

No podía ser tan grosera y desconsiderada de rechazarlo. Su padre

había intentado persuadirle sin ningún resultado. Quería casarse con ella.

—Sir Lawrence, me siento abrumada—dijo al fin, sonrojándose.

Y luego, dijo que aceptaba convertirse en su esposa.

Él tomó sus manos y las besó con suavidad.

—Gracias, hermosa—dijo mirándola con tanto amor.

Ella no puso sostener su mirada, era tan intensa.

Y apenas pudo escapó, preguntándose por qué había sido tan tonta y cobarde. Debió pedirle tiempo, debió negarse, ¿por qué no lo hizo?

Pero ya estaba hecho, acababa de dar su palabra. Se casaría con el marqués de Trelawney.

Cuando al día siguiente habló con su madre en privado se quejó de sus hermanas. De la rabia de Beatrice, sus acusaciones injustas.

Juró ser inocente y su madre, lady Emily le creyó.

—Lo sé pequeña... sé que no estás preparada para esto, sin embargo debemos considerar que es un pretendiente magnífico que no podemos dejar escapar. Beatrice está molesta, es verdad, pero lo superará. Ella no fue la elegida y sobre eso no podemos hacer nada. Pues si el marqués no pidió la mano de tu hermana es por una razón: él te escogió a ti. Al parecer tenían un entendimiento. Debiste decirnos Arabella. Tu padre estaba muy sorprendido.

—Es que pensaba que él estaba interesado en Beatrice.

—Sí, todos lo creímos. En realidad tu hermana es muy hermosa y sé

que esto será difícil de aceptar para ella. Temo que se había entusiasmado con la amistad de sir Lawrence y ahora debe hacerse a la idea de que no podrá ser. Y deberá verle como su cuñado y pariente, nada más.

—Es que yo no lo sabía, mamá. No sabía nada de esto y creo que no puedo casarme con sir Lawrence. No me siento preparada para ello.

Cuando Arabella dijo eso, su madre la miró espantada y luego, rápidamente la convenció de que no debía decir eso “ni en broma.”

—Es lo mejor para ti, para tus hermanas para tu familia...

Y luego de decir eso le soltó un discurso de por qué debía casarse con sir Lawrence, sin que lady Emily escuchara ni una de las razones por las que ella no quería esa boda. Eso no se discutía. Si un caballero como sir Lawrence pedía su mano era una oferta que jamás debía ser rechazada.

Para luego agregar en tono enfático:

—Habría preferido que escogiera a Beatrice, ella sería la más apropiada lo sé pero sir Lawrence no la quiere, ¿entiendes? Y nadie manda sobre su corazón y él te quiere a ti. Siente especial cariño e inclinación por ti que eres la más aniñada... es una desventaja pero creo que debes sacar provecho de esto y ser la esposa que ese caballero merece y necesita. Tu padre se opuso al comienzo, se negó de forma terminante pero él lo convenció y además... él lo aprecia.

Arabella se mostró desafiante, obstinada. Lloró y dijo que no quería

casarse.

Su madre la escuchó nada conmovida.

—Por favor, compórtate como una señorita educada y correcta. ¡Tranquilízate! Esto está fuera de discusión. Completamente fuera de discusión.

La joven se alejó llorando y tuvo que soportar las burlas de sus hermanas y el odio de Beatrice. Especialmente Beatrice que la miraba como si ella la hubiera apuñalado por la espalda.

—Espero que te sientas muy feliz, hermanita, acabas de arrebatarme a mi pretendiente. Él era mi pretendiente y tú... algo hiciste para que se fijara en ti—estalló.

Su madre intervino para defenderla y la envió a su habitación.

Pero las otras estaban del lado de la mayor, siempre había sido así. Ella siempre había quedado de lado por ser la menor, la más infantil y traviesa... se avergonzaban de sus niñerías y tonterías, de verla jugar y reír con sus primas más pequeñas. Arabella rara vez había participado de los juegos de sus hermanas, por eso se había criado solitaria y ahora.

Ahora ya no tendría que soportarlas.

Pronto se mudaría a Wensthwood en Penzance y tendría un marido en quien pensar y su única preocupación sería la de convertirse en una esposa buena y abnegada. La esposa que un caballero de su linaje necesitaba.

La noche de bodas

El cortejo fue breve, duró apenas dos meses. El tiempo suficiente para planear una boda con prisas y sin demasiado boato.

Y un día helado de otoño Arabella se convirtió en la esposa de sir Lawrence, marqués de Trelawney.

Llegó al altar del brazo de su padre con un vestido blanco bordado en perlas y una corona de flores con un tocado de tul y flores de azahar, pues estaban de moda. Sus hermanas fueron sus madrinas y lucieron vestidos color celeste y estaban muy hermosas, pero se veían molestas. Ella trató de no verlas, especialmente a Beatrice, que estaba pálida de rabia y con la mirada rara, vidriosa. Arabella temía la mirada de su hermana, temía que le echara maldiciones por haberle “robado el pretendiente”.

Esos meses habían sido un tormento para la joven y casi sentía alivio ese día que salió de su casa a media mañana sabiendo que no tendría que regresar para soportar a sus hermanas. Especialmente a Beatrice. Que no había hecho más que decirle que su matrimonio fracasaría porque era una niña torpe y boba que no sabía nada de la vida ni de cómo llevar adelante una mansión, entre otras cosas.

Miró nerviosa a sir Lawrence durante la ceremonia y rezó para que ese matrimonio fuera una unión afortunada. Siempre había soñado con casarse con un hombre bueno y galante, que muriera de amor por ella y ahora no estaba

segura de ello. Sir Lawrence era tan frío y reservado y a pesar de que siempre había sido muy atento y gentil sentía que no conocía demasiado al hombre que iba a convertirse en su marido.

Pero era tarde para lamentarse pues el reverendo acababa de decir las palabras mágicas:

—Con la gracia y voluntad de Dios, que él me ha concedido en este día tan especial yo los declaro marido y mujer.

Sir Lawrence le quitó el velo y la besó. Un beso frío y muy suave que sin embargo le provocó un cosquilleo al comprender que estaban casados y tenía un anillo de oro y diamantes en el dedo. Era su esposa.

Cuando salieron de la iglesia rumbo a la fiesta la novia notó que el cielo se había oscurecido y tronaba.

Entraron en el carruaje a tiempo pero la lluvia torrencial duró horas. Esa tormenta de comienzos de otoño era inesperada y molesta y muchos invitados llegaron mojados a la mansión de Cornualles donde realizarían el festejo. Sabía que el clima allí era más húmedo y frío y pudo sentirlo al llegar a Wensthwood y ver el acantilado de Lands Ends a la distancia a través de la ventanilla del vehículo.

—¿Os agrada, Arabella?—preguntó su esposo.

Ella asintió.

—Bueno, la lluvia en estos días es casi constante, te adaptarás—le

respondió él mientras la ayudaba a descender del carruaje.

La visión de Wensthwood captó su atención de inmediato. Había estado antes con su familia pero ahora se veía diferente. Una inmensa construcción de piedra con un montón de ventanas y jardines en forma de laberinto, cipreses y alerces alrededor y un pequeño ejército de criados y sirvientes aguardando para darles la bienvenida.

Pero apenas pudo fijarse en ellos, volvía a caer esa llovizna fría y tuvieron que entrar de prisa a la mansión.

Sir Lawrence insistió en que hicieran la fiesta otro día, porque como era recientemente viudo no lo creía decoroso hacer un festejo de bodas. Sólo sería un brindis y un almuerzo con los más allegados y nada más. Sin baile, sin pastel de bodas...

La familia de su esposo era escasa y poco amigable y Arabella se escabulló para evitar a sus hermanas y corrió a conversar con sus primas Nelly y Margot.

Beatrice y Christine la miraban molestas a la distancia y Arabella logró mantenerse alejada de su familia todo lo posible.

Pero los parientes de su esposo: tíos, primos y sus abuelos maternos se quedaron un tiempo más conversando y bebiendo oporto en el salón mientras Arabella se cambiaba el traje de novia para estar más cómoda.

Toda la casa le resultaba extraña y silenciosa y de pronto sintió la

mirada del ama de llaves, la señora Stuart con cierta insistencia. Esa mujer tenía cara de vinagre y le recordaba a una de esas monjas que vio en un convento francés hace años, cuando estuvieron de viaje por París. Alta, robusta, de mirada maligna y senos demasiados grandes para alguien tan delgada. Vaya, era idéntica a esa monja...

Y mientras entraba en su habitación notó que el ama de llaves la seguía con la mirada. Como un fantasma. Hasta que la vio parada en la puerta y se llevó el susto de su vida.

—Oh, disculpe lady Arabella. Sólo quería ayudarla. Temo que los sirvientes han estado muy atareados hoy y la han descuidado—dijo la mujer con voz inesperadamente suave y melodiosa.

—No se preocupe.

—Señora Stuart, Alice Stuart. Soy el ama de llaves. Necesita cambiarse, me imagino.

Una doncella de ojos muy grandes apareció entonces. Había escoltado a la novia hasta sus aposentos pero en el camino la tía Lizzy le pidió una copa de vino y tuvo que hablar con el mayordomo.

—Disculpe la tardanza, lady Arabella—dijo la sirvienta.

El ama de llaves le dirigió una mirada de disgusto como si ella fuera la novia abandonada pero al ver que la dama quedaba en buena compañía se alejó, no sin antes decir:

—Si necesita algo avíseme por favor.

—Gracias, señora Stuart—respondió Arabella.

Entró luego en la habitación nerviosa. Era su noche de bodas y estaba asustada. Temblaba casi y seguía pensando si podría escapar.

La doncella se alejó con el candelabro y de pronto se detuvo.

—Por aquí lady Arabella. Le he preparado una tina para que pueda asearse. Debe estar muy cansada por el viaje—dijo.

La joven novia asintió y se acercó al vestidor.

De pronto pensó en esa conversación que había tenido con su tía, hacía casi dos semanas.

Ella le había hablado algo de la intimidad que la dejó muy turbada y asustada. Dijo que el hombre debía introducir en su pubis su miembro viril para dejarle la semilla y así hacer un bebé con la gracia de Dios. Y que la primera vez le dolería mucho y debía soportarlo sin quejarse ni llorar. Nadie le había hablado con tanta crudeza pero su tía y madrina dijo que era necesario saber cómo era la intimidad entre los esposos para luego no asustarte ni atormentar a su marido con quejas y llantos.

“Debes entregarte a tu esposo siempre que él te lo pida Arabella, excepto si ese día estás enferma o tienes la regla”. Los hombres tienen una necesidad imperiosa de eso. Por eso no debes preocuparte, porque al comienzo él te pedirá intimidad casi a diario, y aun así logras quedar preñada.

No pueden estar nueve meses sin copular.

Tuvo que decirlo. Al final su tía tuvo que hablar de cópula.

Para ella había sido vergonzoso. No quería tener que someterse a eso pero su tía la tranquilizó diciéndole que era la naturaleza y que en el matrimonio y con la bendición de Dios no era pecado. Era necesario para tener hijos. Era imposible quedarse preñada sin someterse a la cópula.

Arabella miró a la criada que la ayudó a desvestirse con gesto sombrío.

—Puedes retirarte—le ordenó.

La joven la miró espantada.

—Pero lleva otro vestido, lady Arabella—le recordó.

—Puedo quitármelo sola—replicó ella.

Sus sirvientes jamás la desnudaban y no lo haría esa doncella a quien no conocía. Ni tampoco su marido llegado el caso. Aunque su tía dijera que ella tendría que desnudarse sola no pensaba hacerlo para procrear ni copular. Qué horror.

Y tampoco se desnudaría ahora.

Entró en la bañera y tomó la esponja para asearse. El baño fue muy relajante pero cuando regresó a su habitación, poco después y vio la inmensa cama con dosel se sintió nerviosa.

—Lady Arabella, el señor la espera en el comedor—le avisó la

doncella.

Ella la miró aturdida, se había puesto el camisón porque creía que...

—Allí está su vestido, sobre la cama señora Trelawney—insistió.

Afuera se oía la lluvia caer con furia, una feroz tormenta se había desatado de forma inesperada y los truenos parecían estremecer hasta los cimientos de la mansión. Cuando la joven entró en el comedor le pareció ver sombras a su alrededor, sombras de fantasmas.

Su esposo aguardaba en la cabecera de la mesa, con varios candelabros de platos colocados alrededor. Un salón tan inmenso como el anterior.

Sus ojos la miraron con fijeza.

—Ven querida, siéntate a mi derecha. Hoy tenemos el privilegio de cenar solos, pero no siempre será así. Siempre llegan visitas a Wensthwood—dijo él.

Arabella se acercó y se sentó a su derecha con ayuda de su doncella.

No tenía apetito, estaba muy cansada y se sentía tan extraña.

—Vuestra hermana es realmente malvada, Arabella—dijo mientras los criados servían la cena.

Ella lo miró sorprendida.

—Os dijo que nunca serías tan hermosa como mi anterior esposa, yo lo escuché.

La jovencita estaba a punto de llorar, se sintió mal, avergonzada. Fue un comentario muy desafortunado que le dijo Beatrice en un momento y ella no replicó porque sabía que su hermana estaba herida.

—Ella me odia sir Lawrence porque pensaba que usted...

—¿Qué me casaría con ella porque es muy hermosa? No, esa idea jamás pasó por mi mente y ahora me alegro de no haberlo hecho. Y espero que supere su envidia porque no permitiré que vuelva a decirte esas cosas, ni ella ni nadie. Y conste que no dije nada porque era nuestra fiesta de bodas y no quise hacer una escena pero no permitiré que vuelva a ocurrir.

Arabella lo miró agradecida.

—No quiero que nadie mencione en esta casa a mi anterior esposa, preciosa. Ni vuestra hermana ni nadie. Pronto vuestro retrato estará en la galería principal, justo frente a la escalera pues es nuestra tradición. No sé qué os contó vuestra hermana de mi anterior esposa pero no deseo que penséis en ella. Ni que os hagáis preguntas. Mañana temprano os llevaré a recorrer la propiedad, si es que esta lluvia no deja arruinado los caminos.

Caprice, su anterior esposa. No quería que hablara de ella y estaba enojado porque su hermana sacó a relucir su belleza y su falta de tacto al mencionarlo. La cabeza de la joven novia era un torbellino. Se sentía reprendida y sin poder encontrar algo que decir.

¿Qué podría decir? Se había casado contra su voluntad, era una boda

concertada y no estaba segura de sus sentimientos.

La tormenta tampoco ayudaba demasiado y los sirvientes, parecían fantasmas, eran sombras a través del comedor que se movían de un sitio a otro, solemnes y silenciosos.

—No has probado el vino, preciosa—dijo de pronto su esposo.

Arabella la tomó de inmediato y notó que era vino.

—Es que nunca bebo alcohol, mi padre no me deja—se quejó.

El marqués sonrió tentado.

—Vuestro padre ya no puede darte órdenes ángel, yo ocuparé su lugar.

Soy tu marido y me debes completa obediencia. Lo sabes ¿verdad?

La joven se sonrojó mientras bebía del vino.

—Sí, lo sé—murmuró y bajó la mirada.

—Disculpa, no quise ser rudo contigo, tú eres mi esposa y este será tu hogar. Mis criados están para servirte pero si alguno comete un desliz o falta hacia ti debes avisarme. Espero que no haya secretos entre nosotros. Ni salidas, ni viajes misteriosos a visitar a tus parientes o amigos.

Puso énfasis en sus últimas palabras y ella lo miró espantada. ¿Acaso ese hombre planeaba dejarla encerrada en esa mansión sombría para siempre?

—¿Y podré invitar a mis amigas y parientes?—preguntó entonces con timidez.

Su esposo sonrió.

—Sí, por supuesto pero sólo uno por vez. Me incomoda tener la casa llena de invitados. No hay fiestas en Wensthwood. Recibo parientes y amigos sí, pero me agrada la privacidad, la intimidad de mi hogar. Lo siento, es que a mis veintisiete años me he vuelto algo ermitaño. Pero tú eres tímida y me imagino que no os agradan las fiestas.

Arabella asintió.

—No fui presentada sir Lawrence y por eso, no me permitían ir a fiestas.

Esa respuesta pareció sorprenderle.

—¿De veras? Es extraordinario, querida. Sin presentación os habéis casado antes que vuestras hermanas.

La joven novia sonrió levemente mientras bebía de su copa de vino. Se preguntó cómo sería su vida en la mansión sin fiestas, sin reuniones... ella era muy tímida sí, y las fiestas se le antojaban aburridas. Eso no era lo que más le preocupaba sino saber por qué su marido no quería que se nombrara a su difunta esposa ni se hicieran preguntas.

Comieron en silencio, aunque ella apenas probó bocado. Estaba nerviosa y no podía dejar de sentir un desasosiego e inquietud casi constante. Quería escapar de esa casa y evitar que... ese hombre la tocara y la hiciera suya. Pero no podía hacerlo por supuesto y debía aceptar lo que pasaría esa noche como algo natural. Así se lo había dicho tía Lizzy. Era su esposa y...

El vino la hizo sentir mejor. Más relajada y algo somnolienta.

Notó que las velas del candelabro parpadeaban como si una corriente de aire invadiera la habitación en silencio.

—Estáis asustada, querida? Os asustan las tormentas?—preguntó su esposo.

Arabella lo miró.

—Un poco—confesó.

Sus ojos la miraron con fijeza y ella tembló pensando que había notado que no estaba asustada sólo por la tormenta.

—Bueno, creo que es hora de descansar pequeña. Ven—dijo entonces y tomó su mano.

Ella lo siguió sonrojada.

Cuando entraron en la habitación nupcial ella vio la inmensa cama con un cobertor de terciopelo rojo y se estremeció.

—Ven, no tengas miedo pequeña. No voy a comerte—dijo él al notar que se quedaba en la puerta.

Arabella obedeció y dio unos pasos hacia su esposo. Él la miró embobado, con una mirada intensa tan dulce que la hizo sonrojar.

—Diablos, sois tan hermosa pequeña.

Arabella sonrió y sir Lawrence se acercó despacio y la besó con suavidad.

Estaba claro que no era la hora de dormir. No sin antes copular.

Se tensó cuando la llevó a la cama y la envolvió entre sus brazos y siguió besándola, acariciándola con suavidad.

De pronto se detuvo y la miró.

—Estáis temblando, preciosa—señaló—me pregunto si alguien te habrá hablado de lo que pasará esta noche.

Su voz era suave y su mirada distinta, casi tierna.

—Mi madrina me dijo hace dos semanas—le respondió ella.

—¿Y qué os dijo?

—Dijo que tal vez tendría que desnudarme pero...

Su esposo sonrió y se quitó la camisa despacio.

Arabella vio su pecho ancho y vio algo más, una fea cicatriz en su brazo izquierdo, tan gruesa que se veía y otra más corta en su cuello.

Una trifulca. Una pelea con algo muy cortante.

Quiso preguntarle pero no se atrevió.

Lo vio apagar las luces y regresar a su lado.

Un trueno hizo estremecer la casa entera y la joven ahogó un gemido.

La tormenta y ese hombre la tenían aterrada.

—Tranquila, ya pasará—dijo él mientras la envolvía entre sus brazos y volvía a besarla.

Pero de pronto se detuvo y la miró con una expresión extraña.

—Estás aterrada preciosa, no quieres que te toque, no soportas que lo haga—era una acusación y sin embargo sonreía levemente, no parecía enojado.

Arabella se sonrojó.

—No, no es eso sir Lawrence, por favor.

—¿Entonces tú no querías casarte conmigo, verdad? Vuestra familia os obligó. Lo sospechaba pero quería que fueras mi esposa. No me importó—le respondió y se alejó de ella lentamente.

—Lo siento mucho sir Lawrence... es que tengo miedo, no es rechazo.

—Si no soportas la intimidad porque os da tanto terror, ¿por qué aceptasteis ser mi esposa?

La pregunta se oyó como un látigo.

Arabella se sentó en la cama y lo miró asustada y nerviosa por el giro inesperado de la situación. Algo estaba mal, a pesar de su inexperiencia se preguntó qué había hecho mal para enfadarle tanto.

—Pues no tendrás que sacrificarte hoy, preciosa, no te entregarás a mí por obligación o porque sea tu deber. Jamás podría forzar a una mujer a que haga algo que no desea.

Ella lo miró desconcertada y lloró, no pudo evitarlo.

—No estaba lista para casarme, es verdad, no me sentía preparada pero mi tía dijo que luego.... Aprendería a ser una buena esposa. Lamento

haberle defraudado. Estoy asustada pero no lo aborrezco, no es verdad que me casara contra mi voluntad.

El rió cuando dijo eso como si no le creyera una palabra.

—Tú no estás preparada para convertirte en mi esposa. Creo que he cometido un gran error. Me apresuré a pedir tu mano. Ve a dormir, te ves cansada. Mañana hablaremos.

Su rechazo la lastimó. Era él que no quería tocarla, que no quería seguir adelante y hacerla su mujer como habría hecho un hombre sensato. Estaba preparada para soportarlo, su tía le había hablado, no era una jovencita ignorante pero algo lo hizo cambiar de idea. Lo vio irse furioso y entonces lloró. Su tía le había advertido, dijo que sufriría al comienzo y que seguramente lloraría, pero no imaginó que lo haría porque él se había negado a hacerla su mujer esa noche, que se sentiría tan desdichada por no haber podido cumplir con su deber de esposa. ¿Qué pasaría ahora con su matrimonio? ¿Acaso la repudiaría y la enviaría de regreso con sus padres?

¿Sería el fantasma de Caprice, la mujer que tanto había amado que había regresado esa noche para atormentarlo?

De pronto sintió sus pasos alejarse y lo vio abandonar la habitación tras dar un portazo. Ni siquiera dormiría a su lado, en su recámara nupcial, en esa cama inmensa tan antigua y tan fría sin su esposo, sin su abrazo.

Al final todo fue mucho peor de lo que había pensado.

Él la acusó de haberse casado con él sin desearlo. Empujada por sus padres. Sabía la verdad, él siempre había sabido que esa era una boda concertada. ¿Por qué la culpaba? Él se encaprichó de ella pudiendo haber escogido a su hermana mayor. No lo hizo. Y ahora la culpaba de sentir terror. No era su culpa...

Arabella pensó que lloraría esa noche, pero jamás imaginó que lloraría al sentir la ira y el rechazo de su marido.

No era un buen comienzo.

Era un completo desastre.

La lluvia y el mal tiempo duraron días, haciendo imposible los caminos.

Su esposo se quejó de eso a la mañana siguiente pero no dijo nada de que la devolvería a su casa.

Ni ese día, ni los siguientes.

Cuando llegaba la noche él se retiraba a sus aposentos y no daba un paso para acercarse.

Comenzó a inquietarse. A sentirse angustiada.

Día tras día lo veía durante el almuerzo, en la cena y algunas veces en la tarde, el resto del día se alejaba a realizar sus quehaceres.

La pasada tormenta había arruinado los caminos y había dejado

aislados a muchos animales y su heredad se inundó en la zona que lindaba con el mar. Arabella tardó un poco en acostumbrarse a sentir ese murmullo constante en toda la casa, y a pesar de que la mansión estaba en lo alto del peñasco sentía pánico de que ese mar índigo avanzara y lo cubriera todo. Había notado cómo al atardecer devoraba la playa y luego, en la mañana retrocedía y volvía a su lugar. El problema era la pleamar, se lo había dicho Dolly, su doncella, había lugares que quedaban por completo aislados durante horas y era peligroso estar allí. Pero la joven no tenía intención alguna de bajar a la playa todavía, ese mar le daba terror, no se parecía en nada al de Devon, cerca del Cottage donde vivía con su familia. Era distinto. Azul y profundo, con olas amenazantes que en el pasado habían hecho naufragar a los piratas y marineros. La mítica tierra del rey Arturo como decía su padre y de los pueblitos costeros tan pintorescos. Cornualles era un lugar distinto, tenía algo especial y ella pensó que lo habría disfrutado más de no haber estado tan inquieta y nerviosa.

Esa mañana, Arabella se sentía cansada pues no había dormido bien y se pasó un buen rato frente al ventanal de la sala del comedor, con la mirada perdida en el mar hasta que de pronto vio a su esposo cabalgando hacia la costa. ¿Qué haría allí? Él debía saber que era un lugar peligroso.

Contuvo el aliento mientras lo veía desaparecer en la playa. Cabalgaba como un endemoniado y por eso debió perder su sombrero.

Luego se preguntó por qué la retenía en Wensthwood si era claro que ya no deseaba que fuera su esposa.

Una voz la distrajo de sus pensamientos provocándole un sobresalto inevitable, pues frente a ella estaba la monja de senos grandes, claro que no era una religiosa sino la señora Stuart, su ama de llaves.

—Buenos días lady Arabella, disculpe por favor, no he querido asustarla—dijo.

La miró perpleja. No esperaba visitas. Ni siquiera estaba arreglada.

—Señora Stuart, nadie me avisó—se quejó.

El ama de llaves puso cara de estupor, como si esa respuesta fuera insólita y algo desafortunada para una dama.

—¿Quién es?—insistió Arabella.

—Lady Arundell y su marido. ¿No le dijo su esposo? Disculpe, pensé que le había avisado.

—Debió olvidarlo—replicó la joven inquieta.

No era la primera vez que su marido olvidaba decirle que tenía visitas. En la cena, durante el almuerzo y ahora, a media tarde.

No sabía quién era Lady Arundell, pero procuró disimular pues su esposo no estaba a su lado para oficiarse de anfitrión y sería algo embarazoso para ella atender a esos visitantes.

—Iré en un momento, señora Stuart. Debo cambiarme ahora. Por favor,

¿puede avisarle a mi esposo que los Arundell están aquí?—dijo entonces.

Ser la señora de la mansión era una tarea agobiante por momentos, pero no se quejaba, sabía que sería así pero si al menos él no fuera tan frío, tan distante... No podía entender por qué la ignoraba, por qué la trataba así.

Abandonó el comedor y corrió a su habitación y llamó a la doncella tirando del cordel que había en la cabecera de la cama para que la ayudara a peinar su cabello y a cambiarle el vestido.

Dolly era una doncella muy eficiente y sabía peinarla, rizar su cabello pero no solían conversar demasiado.

Era reservada, como el resto de los sirvientes. Al punto que Arabella no sabía si la odiaban por ocupar el lugar de la difunta marquesa o sólo sentían indiferencia por su llegada a la mansión.

—Dolly, necesito tu ayuda. Hay visitas. La señora Arundell y su marido.

La joven asintió.

—No se preocupe lady Arabella, son amigos de su esposo. Pero él sabía que vendrían hoy, ¿no le dijo?

Arabella se encogió de hombros.

—Nunca me avisa... creo que no le importa hacerlo.

Era la primera vez que se desahogaba. No era correcto que lo hiciera, lo sabía, que hablara así con su sirvienta, pero es que se sentía tan sola. Su

familia prometió visitarla y no lo había hecho y ese día hacía una semana que se había casado.

Una semana de casada y sentía que eran casi dos extraños.

—No se preocupe lady Arabella, él es así desde que murió su esposa.

Pero si tiene paciencia, sé que el marqués cambiará.

Esas palabras la sorprendieron.

—Él dijo que no quería que hablara de Caprice—dijo con cautela observando la reacción de su doncella.

Los ojos oscuros de la joven brillaron con intensidad.

—No lo haga, lady Arabella. Él nos ha prohibido mencionarla.

—¿Tanto la amaba que nunca podrá olvidarla?

Dolly asintió.

—No puedo decirle, señora. Si se entera que hablé de Caprice él... se enojará y perderé mi trabajo, ¿entiende?

La joven dijo que entendía y mientras se cambiaba no volvieron a mencionar a Caprice. Pero estaba segura de que ella era la culpable de su rechazo, su fantasma lo acosaba, estaba en esa casa, en cada rincón por eso su matrimonio iba tan mal.

—Señora, debe ser paciente con su esposo. Él ha sufrido mucho—dijo de pronto Dolly mientras terminaba de peinarla.

Arabella no quería verse así, tan triste. Era una dama recién casada,

aunque todo fuera una farsa, ella no deseaba que sus visitantes la vieran tan desanimada.

—Lo sé, Dolly. Es que no sé por qué...

No terminó la frase. Estaba llorando. Su futuro era tan incierto y se sentía tan sola en esa mansión. Su esposo no la quería y en cualquier momento pediría la anulación y la regresaría a su casa y todo terminaría. Sentía terror de que eso pasara. Al comienzo estaba muy asustada y sólo quería escapar, pero ahora comprendía que el escándalo de ser repudiada por su marido arruinaría su vida. Era su esposa, diablos, estaba casada con él, de nombre por supuesto porque si su matrimonio no se consumaba él podía pedir la anulación. ¿Pero lo haría?

De pronto notó que su doncella miraba con lástima.

—Lady Arabella... le traeré un vaso de agua—dijo y se alejó un momento.

La jovencita secó sus lágrimas y quiso controlarse pero no pudo.

Y cuando Dolly regresó con el vaso de agua se sintió un poco mejor, pero no quería hablar, no podía hacerlo.

—No puedo ir así—se quejó al final—diles que estoy indispuesta.

Dolly vaciló.

—Su esposo se enfadará lady Arabella, por favor, si se pone compresas de algodón con agua fría en los ojos tal vez...

—Lo notarán. No, no puedo ir. Pídeles que me disculpen.

La doncella obedeció. Y poco después de marcharse escuchó pasos y que alguien abría la puerta de su habitación. Entonces vio a su marido parado en su habitación con semblante torvo.

—Arabella. ¿Qué tienes?—quiso saber—¿Por qué estás llorando?

Ella secó sus lágrimas y lo miró, aterrada. La había descubierto. Pensó que estaría en el campo pero... había regresado y allí estaba, frente a ella, mirándola con cara de pocos amigos.

—¿Acaso alguna criada os dijo algo que os incomodó?—insistió.

—Es que no me sentía bien—respondió la joven.

—¿Echas de menos tu casa, esposa mía?—le preguntó.

Ella no respondió. ¿Acaso le diría que pronto regresaría a su casa? Lo vio caminar en la habitación con sus largas botas de montar y secó sus lágrimas. Pero no habló, no dijo nada. Su presencia sólo la atormentaba. ¿Qué quería de ella?

—¿Entonces me regresaréis a mi casa, mi lord?—le preguntó con un hilo de voz.

Él la miró con fijeza. Seguía enojado, molesto, pero ahora parecía sorprendido.

—¿Acaso es lo que deseáis que haga, preciosa?—le preguntó.

Ella negó con un gesto.

—¿Estáis segura de que deseáis quedaros aquí?

Arabella suspiró y bajó la mirada.

—Sólo si vos lo deseáis, milord. Pero si no me queréis a vuestro lado me iré.

Esas palabras le molestaron, pero Arabella pensaba que todo le molestaba, tenía un genio imposible.

—¿Entonces pensáis que quiero que os vayáis? ¿Que vuestra presencia aquí me incomoda? Sois mi esposa, pequeña, ¿es que lo habéis olvidado?

Volvía a hacerlo, a responderle con preguntas sin decirle lo que realmente estaba mal en ella.

—No lo he olvidado, milord. Sé que soy vuestra esposa.

—Bueno, pronto os sentiréis más segura de eso. Ahora vendréis conmigo y saludaréis a nuestros invitados.

La jovencita lo miró espantada.

—No, por favor, no puedo hacerlo. Me verán así y sabrán que me pasó algo.

—¿Y qué os pasó? ¿Por qué estabais llorando?

Arabella no le respondió, no le diría la verdad. De todas formas a él no le importaba gran cosa si era feliz o desdichada en esa casa. Dijo que no la regresaría con su familia ahora y eso era bueno. También le recordó que era su esposa. Para bien o para mal, lo era.

—Arabella, ve a lavarte la cara. Los Arundell son viejos amigos y vinieron a vernos.

Claro, necesitaba tapar las apariencias y presentar a su esposa a sus amigos. Porque todos sabían que se había casado recientemente. Sólo por eso fue a verla y fingió que le importaba.

Tuvo que obedecerle, porque una buena esposa siempre lo hacía. Aunque ella no fuera su esposa más que de nombre.

Wensthwood house

Sus padres fueron a visitarla la semana siguiente para saludarlos. Fueron el sábado y se quedaron a almorzar.

Sus hermanas Christine y Beatrice la miraron con cierta envidia.

—Qué guapa estáis Arabella. El matrimonio os sienta bien—dijo su hermana mayor.

Pero en sus ojos azules no había una sonrisa cálida sino una expresión burlona. Ella debía saber que su matrimonio no iba bien. No sé cómo pero lo había notado. Y aunque durante el almuerzo se mostró alegre cuando las tres dieron un paseo hacia la playa para ver las rocas de Lands-Ends, se acercó a ella para conversar.

—¿Y bien querida? Cuenta cómo te ha ido ahora que eres una dama recién casada—preguntó.

Arabella la miró inquieta.

—Bien... me daba un poco de miedo el mar y me ha costado acostumbrarme a ese murmullo. ¿Lo habéis escuchado al llegar?

Christine y su hermana se miraron.

—¿Eres boba o qué? No me refería al mar. Me refería a tu marido, tonta—replicó Beatrice con torvo semblante.

—Sí, cuenta qué tal te va ahora como señora de la mansión embrujada de Wensthwood—agregó Christine burlona.

—¿Mansión embrujada?

—Sí, es lo que dicen. Por el fantasma de la hermosa Caprice, la anterior esposa de tu marido. Tú conoces la historia verdad? Imagino que sir Lawrence os habrá contado—insistió Beatrice.

Su hermana mayor seguía despechada y furiosa con ella, de eso no tenía dudas y ahora, no perdería oportunidad de recordarle que su esposo había estado casado antes con la hermosa y angelical Caprice. Y que además, su fantasma merodeaba en la mansión.

Arabella sostuvo la mirada de Beatrice y le respondió sin emoción:

—Mi esposo jamás ha hablado de Caprice, ni creo oportuno hacerle preguntas.

Bea no se esperaba semejante respuesta y se quedó desconcertada observando a su hermanita menor.

—Vaya... ¿Y acaso no sientes curiosidad por saber?

Sí, claro que la sentía.

—Tal vez... pero eso no me inquieta para nada. Yo soy la nueva señora de la mansión, qué importa la anterior? Tú misma lo dijiste una vez Beatrice: Caprice está muerta.

La joven no se esperaba esa respuesta y la vio fruncir los labios, furiosa mientras sus ojos brillaban de rabia.

—Bueno, supongo que tienes razón, por supuesto. Está muerta pero sin

embargo... he oído que su fantasma está aquí en Wensthwood y no descansa en paz. Murió tan joven la pobre y ... he estado averiguando. Mejor dicho, me he enterado de casualidad el otro día en una velada musical a donde asistió una amiga de la difunta marquesa de Trelawney.

Arabella no quiso oír la historia pero Beatrice la obligó a escucharla.

—Dicen que la pobre sufrió mucho aquí, sabes? Porque su marido la amaba tanto que estaba enfermo de celos. No la dejaba ni salir a una fiesta ni a visitar a su familia. La encerraba en el ala sur, con vista a las rocas, en sus aposentos.

Saber eso la inquietó, no imaginaba algo así.

—Beatrice, ¿estáis segura de eso?

Su hermana se apuró a afirmar que era así.

—Dicen que es un hombre muy celoso, bueno, lo fue con su anterior esposa. A ti te deja salir, al parecer. Al menos no le molestó que salieras hoy

—Beatrice rió por lo bajo.

Pero fue su otra hermana Christine quien la reprendió.

—Deja de decir esas cosas, Beatrice. Estáis tan obsesionada con Caprice, mucho más que Arabella que es la esposa de sir Lawrence.

La joven sostuvo su mirada con gesto desafiante.

—Pues ella debe saber la verdad, para estar prevenida. Y que conste que no os he contado lo peor.

—¿Y qué es lo que estáis ocultándome?—quiso saber su hermana menor, picada por la curiosidad, ansiosa de saber algo más de Caprice.

Beatrice la miró con una sonrisa pero cuando iba a responderle Christine la hizo callar.

—Déjala en paz. Vamos. Olvida todo eso. A fin de cuentas son sólo rumores, chismes y nada más.

—Pues tengo mis dudas sobre eso—le respondió su hermana mayor— Tengo mis serias dudas... pues fue una amiga muy cercana a Caprice.

—No la escuches, Arabella. Son tonterías. La gente habla y nuestra hermana sigue celosa por tu boda—dijo Christine—Ahora apresuraos Bea, que quiero ver el mar.

La joven miró a su hermana agradecida, al menos ella no le guardaba rencor por haberse casado con el pretendiente de Beatrice, aunque en realidad nunca le había hablado, sólo había sido cortés con su hermana mayor. Suspiró aliviada y comenzaron el descenso hacia la playa. Ambas querían ver las rocas y a pesar de que su madre se mostró algo espantada por la idea, dejó que fueran.

“Tenga cuidado con el descenso” le advirtió el ama de llaves.

Su marido estaba demasiado distraído para decir nada, así que no pensó que fuera peligroso.

Hasta que escuchó gritar a su hermana y retorcerse de dolor. Arabella

se acercó para ver qué pasaba, pero fue Christine quién le contestó.

—Creo que se torció un tobillo.

—¡Diablos!

—Me torcí un pie y me duele. Maldita piedra—chilló Beatrice.

Ambas la ayudaron a sentarse y fue Arabella quien tuvo que regresar para pedir auxilio. Por fortuna su marido se encontraba cerca en su caballo y se acercó hasta el sendero empinado.

La joven lo miró con inquietud.

—Ten cuidado con las piedras—le dijo.

Él sostuvo su mirada y sonrió.

—Descuida, conozco el camino—le respondió.

Pero luego, al ver que llevaba a su hermana mayor en su caballo Arabella sintió que ardía de celos. La muy boba no dejaba de quejarse y hacerse la desgraciada mientras iba en brazos de su marido.

Era lo que quería. Estar cerca de sir Lawrence.

No sólo arruinó su paseo a la costa para ver el mar de Lands-Ends, sino que se fue todo el viaje abrazada a su esposo.

Trató de dominarse por supuesto, pues al llegar el ama de llaves las miró con una sonrisa llena de malicia.

—Ese camino no es seguro, señorita Beatrice. Yo le advertí a lady Arabella que tuviera cuidado—dijo.

La joven se sonrojó y pensó que esa mujer era odiosa, tenía bastante lata con su hermana quejándose de que se había quebrado el tobillo, a su esposo atendiéndola en la sala y todos revoloteando a su alrededor para tener que soportar a esa mujer reprendiéndola como si fuera una chiquilla.

—Fue un accidente, el camino era muy empinado—replicó.

Su esposo miró a la señora Stuart muy serio.

—Alice, vaya a buscar al doctor Murray, por favor. Tal vez pueda recetarle algún tónico para el dolor.

El ama de llaves se marchó con los labios apretados pero en sus ojos se notaba una maligna satisfacción al ver que sus funestos vaticinios se habían cumplido. Allí estaba la hermana de lady Arabella con el tobillo lesionado.

La jovencita se quedó apartada de la reunión mientras sus padres y su esposo rodeaban a Beatrice, que estaba feliz de ser el centro de atención. Era su pequeña venganza contra su hermana menor... o eso sintió ella.

Su mirada se encontró con la de su madre y ella se alejó de Beatrice y fue a hablarle un momento.

—Querida, creo que esa criada se da muchos aires. Ten cuidado con ella. Debes recordarle quién manda ahora. Tú por supuesto.

Arabella tardó un poco en comprender de qué hablaba su madre hasta que ella mencionó el incidente con el ama de llaves.

—He notado cómo os mira y la forma en que dirige la mansión,

querida. Tú deberías tomar riendas en el asunto, como os enseñé, ¿lo recuerdas?

La jovencita recordó aquellos consejos días antes de la boda sobre cómo dirigir la servidumbre de Wensthwood, con firmeza pero haciéndoles sentir que ella era la nueva marquesa y le debían obediencia y respeto.

—He notado que escoge el menú del día sin consultarte si te agrada la crema de frambuesas o prefieres otro postre, eso no es bueno querida. Tú debes controlar eso y también, moverte con más soltura y libertad. Si deseabas ir hoy a la playa, quién es ella para decirte que no debes hacerlo?

Su madre estaba muy molesta pero Arabella no le dio tanta importancia. Problemas más grave la angustiaban en esos momentos, además necesitaba tener a los sirvientes de su lado, luego comprendió que de nada le valdría mostrarse altiva y soberbia con la señora Stuart pues ella conocía Wensthwood como la palma de su mano, y le era muy útil. Pues aunque deseara escoger el menú del día o dar órdenes a la servidumbre, no tenía idea de qué ordenar para el almuerzo porque tampoco conocía los gustos culinarios de su esposo ni la comida que solía servirse en la mansión. Alice Stuart sí lo sabía y hacía muy bien su trabajo.

Sin embargo la joven creyó oportuno tranquilizar a su madre al respecto.

—Mamá, la señora Stuart lo organiza todo muy bien. Todo está

perfectamente aquí. Ella conoce la mansión y los alrededores como la palma de su mano—le dijo—Es algo antipática sí, pero muy servicial, además mi esposo la aprecia.

Esa respuesta no convenció demasiado a lady Blayton.

—Bueno, ahora tal vez te convenga tenerla de tu lado pero luego, con sutileza...

La joven escuchó los consejos pensando que a ella no le importaba que el ama de llaves se diera aires mientras dirigiera todo en la mansión y lo hiciera bien, además tampoco era hostil. Sólo era un poco entrometida y mandona pero eso no le molestaba tanto como ver a su hermana hacer teatro para tener a todos pendientes de ella.

Hasta tuvieron que llamar a un doctor, que llegó una hora después para examinar su tobillo. El hombre llegó empapado y cansado. Bueno, al menos no era tan viejo como el doctor que las atendía siempre en Spring Valley. Era un hombre joven, Joseph Murray, y muy paciente, pero Arabella imaginó que tendría que atender a enfermos más graves que una simple torcedura de pie...

Lo vio examinar el pie en cuestión y luego le pidió a su hermana que intentara caminar.

—Oh, no, me duele mucho doctor—se quejó ella, dramática, casi al borde de las lágrimas—Además, creo que tengo fiebre.

—¿Tiene fiebre?—dijo el doctor sorprendido.

—Creo que sí...

Arabella supo que su hermana exageraba y no entendía por qué, hasta que su marido dijo con mucha tranquilidad que podía quedarse unos días hasta que se recuperara el tobillo.

Sintió que los colores le subían al rostro al ver cómo aceptó encantada quedarse y se le iban todas las dolencias. Casi olvidó por completo que tenía el tobillo hinchado.

—Se lo agradezco sir Lawrence, pero no será necesario—dijo lord Blayton.

Beatrice se puso pálida.

—No es ninguna molestia, Lord Blayton, al contrario. Me siento culpable de lo sucedido. Pueden quedarse esta noche y mañana, si la señorita Beatrice está mejor regresarán a Spring Valley—respondió sir Lawrence.

Arabella miró a ambos y luego a su hermana sin decir palabra.

Finalmente Beatrice salió victoriosa, su padre aceptó quedarse ese día.

—Sólo por hoy caballero, no deseamos abusar de su hospitalidad.

—Oh, no es ninguna molestia para mí dar alojamiento a la familia de mi querida Arabella—respondió el marqués mirando a su esposa con una leve sonrisa.

Esta se sonrojó y bajó la mirada, algo incómoda deseando que Beatrice no se quedara. Sabía que volvería a molestarla, a decirle algo

hiriente o sencillamente se dedicaría a coquear con su esposo para fastidiarla.

Pero no pudo evitar que se quedara, habría sido descortés no insistir en que pasaran la noche en Wensthwood.

Arabella se alejó para descansar en su habitación, esa fue la excusa que encontró para estar a solas antes de la cena.

Nada más entrar escuchó que golpeaban su puerta.

—Adelante—dijo.

Era Dolly, su doncella.

—¿Necesita algo, lady Arabella? La señora Stuart dijo que me había llamado.

—No necesito nada. Acaso el ama de llaves adivina los pensamientos? Vete Dolly, voy a descansar un poco antes de la cena.

Era la primera vez que era tan brusca con su doncella pero no pudo decir nada más, sólo quería tirarse en la cama y llorar.

No era feliz en esa mansión y la visita de su familia, en vez de mejorar las cosas: sólo las empeoraba.

—Lo siento mucho, lady Arabella. No quise molestarla. Si me necesita, llámeme por favor—dijo la doncella y se marchó con prisa.

A la mañana siguiente despertó sintiéndose cansada y aturdida. No había dormido bien, había escuchado ruidos en la madrugada, como de pasos

acercándose a su habitación pero luego despertó espantada sin saber si había sido real o lo había soñado. De todas formas no pudo volver a conciliar el sueño.

Lo primero que hizo fue acercarse a la ventana para ver cómo estaba el día, entonces vio el mar y pensó en esos ruidos extraños que había oído la noche anterior. Pasos acercarse a su habitación y luego, un silencio sepulcral. ¿Acaso era el fantasma de Caprice o era su esposo que quería ir a su recámara?

La visión del mar embravecido a la distancia la hizo olvidar ese asunto y recordar a su hermana Beatrice y cuando su doncella entró poco después le preguntó si sabía algo de ella.

Dolly se puso seria.

—Está mejor, al menos ha despertado sin dolor, lady Arabella.

—¿De veras?

La joven se sintió algo culpable por haber sentido esos celos la tarde anterior, pues no debía ser agradable tener un dolor así en el pie, además su hermana debería quedarse en cama un buen tiempo y eso era lo peor que podía pasarle.

Y luego de vestirse y desayunar fue a visitarla.

Encontró a Beatrice sentada en la cama con su madre y su hermana sentadas a ambos lados. No tenía buena cara, estaba pálida y no tardó en notar que además, de un humor de perros.

—Buenos días, Arabella—dijo, mientras hacía un esfuerzo por sonreír.

La joven se acercó y le preguntó cómo estaba.

Su hermana mayor sacó el pie del cobertor para mostrarle.

—Mira esto, está hinchado y no puedo ni moverlo, me duele horrible—se quejó.

No dejó de quejarse en todo el día y el siguiente. Su estadía fue un verdadero tormento para todos. Los criados ya no soportaban sus quejas y caprichos, hasta sir Lawrence parecía fastidiado como si el malhumor de su hermana fuera contagioso. Ni que hablar de sus padres. Una mañana hasta él perdió la paciencia y le dijo a Beatrice que dejara de quejarse pues estaba en ese estado por su propia imprudencia.

Cuando al fin se marchó, hasta los criados suspiraron aliviados.

Los días se hicieron más fríos y grises, y Arabella sintió que su hermana había clavado una nueva espina en su mente relacionado con Caprice. Parecía contenta de hacer eso, de mencionar a la esposa muerta cada vez que iba a Wensthwood y sabía la razón: no le perdonaba que ella le hubiera robado a sir Lawrence. ¿Es que nunca lo superaría?

Eso se dijo mientras escribía cartas en la sala de música, se llamaba así pero sólo había un piano pequeño y olvidado desafinado y un escritorio muy coqueto para escribir cartas. Contempló el piano y se preguntó si su esposo lo arreglaría algún día, se lo había dicho hacía una semana pero él debió

olvidarlo. La joven pensó que le gustaría poder tocar una melodía.

—Lady Arabella—dijo una voz fuerte.

La joven lanzó un respingo al ver a la señora Stuart mirándola con esos ojos oscuros tan fieros.

—Señora Stuart, qué sucede?

—Es que he venido a traer el menú para que lo apruebe. Su madre dijo que debía hacerlo. Aquí está—le respondió el ama de llaves y le entregó unas hojas escritas con letra algo infantil con los menús de esa semana.

Vaya, entonces su madre había hablado con la imponente ama de llaves para recordarle quién mandaba en la mansión? Era inútil, esa mujer no se dejaría gobernar jamás.

Arabella tomó las hojas y las leyó.

Pensó que era una tontería tener que decidir qué comer cada día pero su madre tenía razón. En ocasiones los almuerzos no eran de su agrado y debía comerlos por educación, tal vez podría mejorar eso. Se servía demasiado pescado para su gusto.

—Señora Stuart, quisiera hacer modificaciones y sugerir que en vez de tanto pescado se sirvan reses y aves de corral. Y en cuanto a los postres...

Tenía algo que decir sobre esas cremas insulsas y la costumbre de servir tarta de manzana o bizcocho de jengibre en las tardes.

La señora Stuart soportó estoica todos los cambios.

—Disculpe lady Arabella... es que a la señora Caprice le encantaba el pastel de manzana y también el bizcocho de jengibre—dijo luego.

A la joven dama no le hizo gracia ese asunto, especialmente por la mirada que le dirigió el ama de llaves mientras mencionaba a Caprice.

—Pero Caprice ya no es la dama de la mansión, señora Stuart—respondió Arabella incómoda—y no me agrada ni el pastel de manzana ni el bizcocho de jengibre.

—Bueno, es que son los postres de estas tierras, la comida que se sirve en Wensthwood es la tradicional en Cornualles—insistió la mujer.

Sin embargo no tuvo reparos en hacer los cambios que sugería lady Arabella.

Arabella siguió escribiendo una carta a su madre para preguntarle cómo seguía su hermana Beatrice, y luego de terminar la misiva pensó en las palabras del ama de llaves. Al parecer ella sí tenía permiso para nombrar a Caprice, y lo hacía con total naturalidad. Bueno, ella era la criada con más influencia en Wensthwood luego del imponente mayordomo con cara de pocos amigos a quien todos reverenciaban y temían.

Así que a Caprice le encantaba el pastel de manzana y por eso, esa vieja bruja siempre lo servía a la hora del té. En ocasiones servía bollos o masas de crema pero esa tarta era algo constante.

La señora Stuart debía saber muchas cosas de Caprice pero estaba segura de que no le diría una palabra. ¿O tal vez sí?

Entonces se preguntó si esa casa no estaría embrujada, hechizada por la bella Caprice. La esposa de la que nadie podía hablar.

Su hermana Beatrice había sembrado la duda al decirle que su muerte había sido sospechosa y dijo que no había sido feliz en esa mansión. ¿Sería verdad? ¿Por qué nadie podía nombrarla? ¿Qué había hecho Caprice? La esposa que su marido había amado tanto que ahora no podía siquiera tocar a una mujer. A su esposa. Arabella hervía de celos cada vez que lo veía conversar con alguna criada guapa o distinguida dama invitada en Wensthwood. Él parecía ser más gentil con las demás, más atento que con su propia esposa y eso la hacía sufrir, no podía evitarlo.

Pero claro, no era más que una esposa comprada para tapar las apariencias. Una huésped en la gran mansión fría y sombría para llenar sus días solitarios, para presentar a sus amigos y familiares y que todos creyeran que era un hombre honorable y marido ejemplar

Lady Arabella terminó de escribir las cartas y abandonó la sala de música.

En algún momento comenzó a sentir su presencia, la presencia del fantasma de Caprice. Fue muy sutil al comienzo.

Una noche, mientras cenaban con lord y lady Arundell, los vecinos y amigos más cercanos de su marido sintió un frío helado inundar la sala de

repente y luego esa voz. Una voz susurrante.

Pensó que lo había imaginado por supuesto.

—Querida, no has probado casi nada de la cena—la reprendió su marido entonces.

Ella lo miró inquieta.

La señora Stuart había cambiado el menú de esa noche y había servido un pavo relleno que debió ser delicioso, si no lo hubiera rociado con una salsa agridulce muy condimentada que le hacía picar la lengua cada vez que probaba el bocado. Tenía que tomarse un vaso entero de agua cada vez que probaba un poco de ese pavo. Debía recordar decirle que no abusara de los condimentos.

Y mirando a su marido le dijo la verdad. Que el pavo estaba muy picante para su gusto por la salsa que llevaba.

Él la miró sorprendido, claro, estaba acostumbrado a que siempre bajara la cabeza cada vez que le hacía notar algo pero esta vez decidió hacer lo contrario.

—Pero este pavo está delicioso querida. Os parece muy picante?

—Sí, creo que la cocinera le ha puesto demasiada pimienta.

Los Arundell se miraron desconcertados como si ella estuviera exagerando. Pero su esposo llamó a los criados para probaran el plato de su esposa.

Una camarera acudió asustada y se convirtió en el conejillo de indias.

—Está muy picante sir Lawrence, lo siento mucho—dijo la joven quien tuvo que tragarse el trozo de pavo con expresión atormentada.

—Pero el pavo no tenía tantos condimentos. Qué le ha pasado a la cocinera?

—Oh, fue un descuido, tal vez fue a condimentarlo y le puso demasiado adobo y pimienta.

De pronto Arabella comprendió que sólo su plato tenía pimienta y notó que su esposo se enojó con la criada y luego con la cocinera.

Esta se mostró muy apenada por lo ocurrido y aseguro que ella no había puesto más que un poco de adobo antes de llevarlo al horno.

La joven no era tonta, se dio cuenta de que seguramente fue la señora Stuart o alguna criada amiga suya, quien le había puesto ese picante para fastidiarla, porque le molestaba que se entrometiera en sus asuntos domésticos.

¡Qué buena suerte la suya! Su marido la ignoraba y los criados querían envenenarla con picantes y por si fuera poco, el fantasma de la muerta le susurraba cosas.

Sin embargo su esposo dijo que lo sentía y ordenó a la cocinera que le trajera otro plato a lady Arabella.

Ella aceptó el cambio no muy confiada en los resultados y sin embargo, cuando probó el pavo relleno sintió que era un manjar. Tierno, sin

picantes y con un sabor delicioso. Excepto por el hecho de comprender que ese no era el plato que le habían servido antes pues alguien le había echado pimienta hasta arruinarlo. La señora Stuart por supuesto, ¿quién más?

¿Sería el fantasma de Caprice, su presencia en esa casa la responsable de todo eso, de que su esposo no la amara y que los sirvientes la odieran? Todo el entusiasmo durante el breve noviazgo, sus gestos y atenciones, todo parecía haberse esfumado luego de esa triste noche de bodas.

El picante no era nada en comparación con su indiferencia y sin embargo se sintió molesta. Era la señora de esa casa, para bien o para mal lo era, cómo se atrevían a hacer eso? Pues ahora su marido lo sabía y también estaba fastidiado.

Hasta que llegó la hora del oporto y él se fue con Richard Arundell y ella debió quedarse a conversar con su esposa, una dama de la edad de su madre que era muy callada y aburrida a más no poder.

Fue ella quien se esforzó por conversar cuando se retiraron a su sala de té para beber ese aperitivo.

Hasta que de pronto fue Elizabeth Arundell quien habló.

—¿Os agrada Wensthwood, lady Arabella?

Era una pregunta de cortesía a la que sólo podía responder: oh, sí por supuesto, me encanta este lugar. Adoro sus peligrosas costas, la vista maravillosa del acantilado y...

Luego de decir eso la dama sonrió, complacida.

—Pues me alegra que Lawrence se casara, sabes? estoy muy feliz por él. Nosotros nunca tuvimos hijos y él fue casi como nuestro hijo, lo vimos nacer y crecer.

Arabella pensó que la conversación se volvía interesante y no pudo evitar decir:—Entonces conocieron a Caprice.

Fue nombrarla y la cara de lady Arundell cambió. Se puso pálida y algo preocupada.

—Sí... pero no fue un matrimonio feliz. Él la adoraba pero ella no... No está bien que hable de esto, disculpa. No es de mi incumbencia. Sólo que ahora lo veo tan feliz. Lawrence es un buen hombre, querida, y será un magnífico esposo para ti. Y tú, eres una jovencita dulce y encantadora. Es lo que él necesita. Una esposa dulce y amorosa.

Vaya manera de escaparse, de evitar hablar de la esposa muerta, pero Arabella sabía que era su oportunidad de saber algo más y que la prohibición de mencionar a Caprice se aplicaba sólo a los sirvientes de la mansión no a sus amigos.

—¿Entonces, mi esposo no era feliz con Caprice?—le preguntó.

Los ojos de lady Elizabeth se oscurecieron de repente.

—No, no lo fue. Al comienzo sí pero... su muerte fue algo espantoso. Pero no... no debí decir eso. Querida, discúlpame. Me dejó llevar por la

pasión. No debes pensar en Caprice. Tú eres su esposa ahora y sé que serán muy felices juntos—dijo la dama.

Era una invitación a que no hiciera más preguntas, a que olvidara a Caprice. Como si fuera tan sencillo, cuando esa casa y todo le recordaba a la antigua marquesa de Trelawney. Por momentos se sentía un huésped, una intrusa en esa mansión. No era la esposa de Lawrence más que de nombre, ¿cómo podía pensar en olvidarlo todo y confiar en las palabras de lady Elizabeth de que serían muy felices?

Sin embargo esa respuesta le dio una maligna satisfacción al saber que ellos no habían sido felices, que su esposo no fue feliz con su adorada esposa. ¿Por qué? Él había dicho algo de una boda concertada. ¿Había sido tan tonta de rechazar al marido que adoraba el suelo que pisaba? ¿Por qué diablos lady Arundell se alegraba de que encontrara una esposa dulce y buena como ella? ¿Acaso Caprice no había sido una buena esposa?

Más preguntas y ninguna respuesta. Cada vez que mencionaba a la esposa muerta su obsesión crecía y la intriga también.

Sería mejor que olvidara ese asunto. Si es que podía hacerlo...

La carta

Luego del incidente de la comida picante, sir Lawrence dio la orden de que se sirviera en la mesa y a la vista de todos y que si volvía a ocurrir despediría a la cocinera y sus ayudantes.

La señora Stuart se mostró igualmente indignada pero lady Arabella no le creyó una palabra. Sin embargo el hecho sirvió de advertencia y por fortuna no volvió a repetirse. Y mientras leía la correspondencia de ese día tuvo de nuevo la sensación de que ser espiada en la salita de música y se incorporó inquieta.

—¿Hay alguien allí?—preguntó la joven pues había sentido pasos y luego una voz susurrante.

No había nadie. La salita de música estaba vacía y sin embargo, cuando miró el piano vio que había algo, una especie de sobre.

Se acercó intrigada y encontró un sobre dirigido a Caprice. Era una carta y estaba segura de que nunca la había visto allí. Qué extraño.

La tomó y la abrió.

“Caprice:

Mi hermosa Caprice. No sabes cuánto anhelo que llegue el día de nuestra boda. Tengo la sensación de que se hace eterna la espera. ¿Por qué siempre debo esperar?”

Era una carta de amor de su esposo a Caprice y mientras leía lloró de

rabia y celos. Maldita sea. ¿Por qué tuvieron que mostrarle en la carta? ¿Quién la dejó en ese piano? ¿Lo hizo para que la viera y así atormentarla?

Demonios, cuánto la había amado. En esa sencilla carta había tanto amor de Lawrence por quien había sido su esposa y tal vez por eso no podía olvidarla.

Un sonido en la puerta hizo que olvidara la carta y se acercara a ver quién era.

Era la señora Stuart. ¿Lo imaginó o parecía regodearse al verla con los ojos llenos de lágrimas? ¿Tanto la odiaba esa mujer? No... eso era absurdo. Ella no había hecho nada.

—Disculpe, lady Arabella. Tiene visitas. Sir Lawrence me ha pedido que le avise.

¿Visitas a media mañana?

Amigos de su esposo que habían ido temprano cuando fueron invitados a almorzar y también su primo Theodore y su esposa.

No era buena anfitriona, era muy tímida y todos eran desconocidos. Pero procuró esforzarse y ser cordial y representar su papel de esposa perfecta por supuesto.

De todas formas era agradable recibir invitados. La casa estaba menos sola que esos días en los que sólo un fantasma parecía merodear en cada rincón y susurrar cosas.

A medida que pasaban los días se preguntó si viviría allí toda su vida como un fantasma desdichado en Wensthwood, perdiendo su juventud, los mejores años de su vida al lado de un hombre que no la quería. Qué triste sería eso, casi tan triste como regresar a su casa con la vergüenza de un divorcio.

Lo peor era que sabía que ya no había camino de regreso, no podía volver atrás. Estaba casada con el amo de esa mansión y le pertenecía. Su vida entera le pertenecía y al parecer no podía hacer nada, nada para cambiar su suerte. Sólo aceptar que sería una esposa de mentira, de aquí a la eternidad. Porque él no soportaba tocarla, a pesar de que en su noche de bodas él la besó y quiso hacerle el amor. No podía hacerlo. Y creía imaginar la razón: Caprice.

Estaba en esa casa, casi podía sentir su presencia fantasmal.

Amada, venerada por todos, mientras que ella era la esposa de sir Lawrence y nadie la amaba. Ni siquiera su esposo.

Arabella sufría en silencio sin decir nada. Sin hacerse notar. Pero cuando estaba sola o daba paseos por la mansión lloraba en silencio, cuando nadie la veía. Necesitaba hacerlo. Odiaba que su esposo la ignorara, que fuera galante y seductor con las demás y con ella tan frío y apenas cortés.

Luego de la noche de bodas no había vuelto a tocarla y eso la angustiaba.

La noche anterior lo había visto mirándola a través del espejo.

Y es mirada era intensa, sus ojos tenían un brillo.

Hasta que habló y la hizo comprender que seguramente había visto visiones.

—Arabella, es que os quedaréis toda la noche aquí. Nuestros invitados esperan—le recordó y luego se marchó.

La joven secó sus lágrimas y decidió dar un paseo por la playa. Conocía un atajo, su doncella le había dicho cómo llegar al mar sin seguir el camino empinado. No quería terminar como su hermana Beatrice que aún llevaba un vendaje en el pie izquierdo y estaba rabiosa porque no podía bailar, sino permanecer sentada en las fiestas. Recordó su carta y sonrió. “¿Y ahora qué hombre se fijará en una joven con el pie torcido?” le había escrito, dramática.

Observó el cielo azul con escasas nubes y el mar a lo lejos y suspiró. Le encantaba ver el mar, sentir su murmullo, y escapar un poco de Wensthwood donde era tan desdichada. Y cuando estuvo en la playa se preguntó si podría hacer algo para cambiar las cosas, para vencer el hielo de su mirada. Por momentos sentía que él quería acercarse, pues la otra noche habían conversado a solas, aprovechando que no tenían invitados a cenar y fue tan especial. No entendía por qué luego se alejaba, o por qué no intentaba hacerla suya.

Lo deseaba. Dormir sola, sin su esposo la hacía sentir tan desdichada.

Se preguntó si aún pensaba en Caprice y cuando regresó andando, rato después observó el lugar donde estaban sus habitaciones. Su hermana había señalado hacia el ala sur, en el segundo piso.

Un pensamiento invadió su mente entonces. Debía ir a las habitaciones cerradas, al lugar donde era venerada la bella Caprice.

Luego se dijo que no debía ir. Pero entonces, al día siguiente, aprovechando que todo estaba muy calmo en Wensthwood, Arabella decidió ir al ala sur. Sólo los sirvientes iban allí, una vez a la semana a realizar el aseo pero ella se preguntó si su esposo pasaba horas allí cuando se ausentaba durante horas para estar a solas con su adorada esposa. Pensar en eso le dio rabia y fue lo que la impulsó a cometer esa insensatez, porque sabía que él no quería que fuera allí ni que nombrara a su venerada esposa.

También lo hizo por curiosidad. Necesitaba ver las habitaciones de Caprice, y encontrar respuestas sobre su vida y su misteriosa muerte.

Aunque ella no sabía exactamente qué esperaba encontrar. Sólo se sentía atraída por una razón que no lograba comprender.

Sus pasos la llevaron a cometer una imprudencia. ¿Pero qué mujer no lo habría hecho luego de casarse con un hombre que la ignoraba y parecía atado al recuerdo de su anterior esposa? ¿Si tanto la amaba por qué se había casado con ella?

La joven avanzó con sigilo, y tomó un candelabro que encontró en una habitación para iluminar su camino. Sus pasos retumbaban en la penumbra y a su alrededor reinaba un silencio sepulcral porque sabía bien que nadie iba al ala sur, porque allí estaban las pertenencias de la venerada Caprice. ¿Iría su marido en las noches solitarias para adorarla mirando su retrato y recordar tiempos felices?

Pero allí estaba el misterio. La razón por la que no podía tocarla.

Cuando llegó a la habitación principal se preguntó si la puerta no estaría cerrada pues Dolly dijo que solían permanecer así todo el tiempo, excepto los días de aseo. Sin embargo cuando tomó el picaporte la puerta se abrió al instante y lo primero que vio fue un retrato mural de una dama muy alta y elegante. Rubia, y de grandes ojos color zafiro y un hermoso vestido color zafiro con volados en el escote mostrando su piel de porcelana. Caprice. Sabía que era ella. Lo supo mucho antes de leer la inscripción en el retrato.

Pero no era hermosa. Y no se veía feliz. No como una recién casada debía serlo. Posaba para el pintor con un hermoso vestido color rosa que acentuaba su cabello dorado y los ojos muy azules sí, pero no era tan hermosa. Eso le provocó una absurda satisfacción, saber que no era tan bella como decían, pero qué importaba eso? Él todavía la amaba. Y sin embargo Caprice no se veía feliz. Su mirada era triste y pensativa. ¿Acaso él tampoco la había tocado y vivía encerrada en esa casa como un fantasma hasta que

decidió ponerle fin a su tormento? ¿Por qué nunca tuvieron hijos? S malvada hermana aseguraba que ella había perdido un embarazo, el único y que eso había afectado mucho su matrimonio. Al parecer le costaba mucho engendrar.

¿Pero sería verdad?

Su retrato fue quitado del comedor antes de su llegada, o eso le dijo su doncella y su esposo no dijo nada de reemplazarlo por el suyo. Ni siquiera había hablado de llamar a un pintor de condado para encomendarle esa tarea.

Luego vio otros retratos de la difunta esposa. En ellos Caprice era muy joven y llevaba trenzas y se veía más alegre. No sólo encontró retratos sino muebles, arcones repletos con sus vestidos, todo estaba allí. Y de pronto se sintió como una intrusa, una fisgona revolviendo y revisando cosas sin tener derecho a ello. Tratando de encontrar una respuesta a todo eso, de entender por qué él la rechazaba, de saber quién era Caprice y por qué la señora Arundell aseguró que no había sido un matrimonio feliz.

Todo estaba intacto, como un altar de veneración. Sus vestidos eran tan hermosos y también, encontró dibujos a lápiz muy bonitos. Paisajes y personas. Rostros de desconocidos, firmados por Caprice. Vaya, no sabía que pintaba, debió gustarle mucho dibujar, porque había montones, todos guardados cuidadosamente en una carpeta.

Pero eso no le decía nada. Caprice no era tan hermosa, se veía triste, como si algo la preocupara o tuviera un secreto. En sus dibujos había sombras

y también cierta tristeza.

Tal vez su esposo tampoco fue bondadoso ni tierno con ella, no la hizo feliz por sus celos. Eso era lo que decían.

Pero a ella jamás la había celado. Ni siquiera le prestaba atención.

Siguió hurgando pensando que encontraría algo más, algún diario o carta, mientras permanecía alerta pues no deseaba que la vieran hurgando. En realidad no sabía qué estaba buscando ni qué esperaba descubrir hurgando en esa habitación solitaria y polvorienta.

De pronto vio una sombra deslizarse por un costado al tiempo que sentía de nuevo ese frío helado envolverla. Sabía que era el fantasma de Caprice, estaba allí, y era su culpa: acababa de invadir su santuario y no tenía derecho a hacerlo.

Quiso gritar pero entonces la vio parada frente a ella como una imagen difusa y se quedó allí mirándola sin atreverse a hacer nada más hasta que escuchó una voz cerca de allí.

—Señora Arabella, por favor, no puede estar aquí—dijo Dolly, su doncella.

—Dolly, me habéis dado un susto de muerte—se quejó la joven.

—Oí ruidos y vine a investigar. Lady Arabella, por favor. Si su marido se entera que estuvo aquí se disgustará. No permite que nadie entre. ¿Cómo pudo entrar?

—Las habitaciones estaban abiertas.

Dolly miró a su alrededor inquieta.

—Debió ser un descuido de alguna de las mucamas. La señora Stuart se disgustará, venga por favor.

La joven salió de la habitación entre molesta y asustada, mientras su doncella entornaba la puerta y se alejaban.

—¿Por qué nadie puede estar aquí?—quiso saber Arabella.

Dolly la miró espantada.

—Es que aquí están todas sus pertenencias, lady Arabella y a su esposo no le agrada que nadie entre. Eso es todo.

—¿Y tú lo has visto aquí, en esta habitación, Dolly?

—No, creo que hace mucho tiempo que sir Lawrence no entra en los aposentos de Caprice.

—Mientes. Sí viene a verla. Él la adoraba, todos lo saben. Por eso no quiere que nadie entre aquí.

—No le he mentado, señora—replicó Dolly.

—Y sin embargo he visto su retrato, Caprice no se veía feliz en el retrato Dolly—dijo.

Su doncella la miró con cara de alarma.

—No puedo hablar de la difunda marquesa, por favor, no pregunte sobre ella. Debe tratar de olvidarla. Ella está con Dios, lady Arabella está en

paz... Y su esposo la ama a usted, todos lo dicen pero él es un Trelawney señorita, son hombres de carácter muy bravo, son difíciles.... Muy celosos y bravos, son así, pero el señor no es malvado como lo fue su padre y su tío, él tiene buen corazón. Es un hombre bueno, porque salió a su madre. La señora Henriette era tan buena...

La joven se quedó de una pieza al oír eso y se preguntó por qué nadie le había advertido que los hombres de esa familia eran todos celosos y de mal carácter.

—¿Y Caprice también sufría sus celos, Dolly?—preguntó luego.

Su doncella pestañeó inquieta.

—Sí...pero no me pregunte sobre eso, señora, me castigará si le digo algo, él no quiere que hablen de Caprice. Nadie la menciona en esta casa pero todos recordamos a la señora con afecto y gratitud. Fue muy buena con todos nosotros. Pero si quiere un consejo... tenga paciencia con su genio, él no es malo, el señor es muy bueno y sé que la quiere. Muchas jovencitas querían atraparlo en el condado, le coqueteaban y pretendían cautivarlo con su maliciosa coquetería. Pero sir Hamilton jamás ha soportado a las damas coquetas ni arteras, y cuando supimos que usted era la elegida nos alegramos porque no es bueno que el caballero se quede solo tan joven. Ha sufrido mucho. Todos lo sabemos. La muerte de su esposa fue algo nefasto, él ...

De pronto Arabella comprendió lo que había pasado con claridad.

Su esposo se había precipitado a casarse para reponerse de su tristeza y desesperación. Pero en su corazón siempre estaría Caprice.

Él no la amaba. Tal vez se sintió atraído al comienzo, y como necesitaba una esposa pensó que sería apropiada porque era de buena familia, lozana y bonita. Los hombres no escogían una esposa porque estuvieran enamorados de ella, no siempre lo hacían, se lo había dicho su tía con frecuencia. Escogían la esposa adecuada y punto.

Pero algo ocurrió entonces, algo pasó en su noche de bodas.

Tal vez comprendió que había cometido un error.

Ella no era la esposa adecuada. No estaba lista para ser su esposa en la intimidad. Temblaba como una hoja y estaba más verde que una fruta verde. Diantres, era cierto.

Pero había algo más... Esa noche nefasta él la acusó de haberse casado con él obligada. Como Caprice. Pensaba que no lo amaba y que sería como su anterior esposa.

Y sin embargo, en Wensthwood no podía ir a ningún lado sin criados y sin avisar a dónde iba y durante sus encuentros era amable, distante sí, pero amable. Y la miraba.

Pero él tenía miedo y su matrimonio parecía condenado al fracaso. Si al menos pudiera hablar con su tía y preguntarle... Luego comprendió que no podía hacerlo pues se habría muerto de vergüenza de tener que confesarle que

su esposo nunca la había tocado.

Cuando entró en su habitación encontró a su esposo vistiéndose para salir a cabalgar.

—¿Dónde estabas preciosa?—le preguntó.

Dolly se alejó con mucha prisa y Arabella miró a su esposo y dijo que había salido a dar un paseo por la mansión.

Él la miró con cara de que no le creía una palabra.

—¿Has estado llorando, preciosa? Siempre lloras. ¿Será que extrañas tu antigua vida de muchacha en Spring Valle?

Arabella se acercó y lo miró perpleja.

—¿Quiere que me vaya, milord? ¿Desea que regrese con mis padres? —preguntó sin bajar la mirada como hacía siempre.

Él sostuvo su mirada y sus ojos brillaron demostrando su cólera, lo había visto rabiar muchas veces y sabía que entonces sus ojos azules tenían un color extraño, como en esos momentos.

—No, no deseo que os vayáis lady Arabella. ¿Acaso olvidáis que sois mi esposa? Es imposible volver el tiempo atrás ahora—le respondió.

—Es verdad pero si desea pedir la anulación y librarse de sus responsabilidades conmigo puede hacerlo. Tal vez siente que se equivocó y debió escoger a otra joven que fuera ...

—No, no me equivoqué al elegirla. ¿Acaso cree que estoy arrepentido

de eso? Pero usted me engañó señorita Arabella. Si no quería ser mi esposa por qué no lo dijo?

Su acusación era insólita.

—¿Me culpa de eso? No es justo sir Lawrence, no es justo lo que dice.

Arabella no iba a decirle que era él quien se negaba a tocarla, era demasiado humillante eso y pensó que él se negaba a dejarla ir, pero tampoco la hacía feliz y ahora hasta l

—Yo nunca lo engañé, le dije que no estaba preparada para casarme y usted se alejó, lo hizo y luego regresó y habló con mi padre.

—Sí, es verdad. Creo que me dejé llevar por un capricho amoroso preciosa, lo siento. Estaba ciego, era la primera joven que lograba interesarme, conmovirme y creí, en mi imaginación pensé que era correspondido. Pero no es así. Usted no soporta que la bese, que la toque.

Ella lo miró horrorizada cuando dijo eso.

—Eso es mentira, ¿por qué me dice cosas tan horribles? ¿Por qué quiere lastimarme? Iba a ser su esposa esa noche, sólo estaba asustada porque no sabía qué hacer. Tenía miedo. Nada más. Pero usted se alejó de mí, como si no soportara mi presencia. Dejó la habitación y luego... me dejó sola. Siempre lo hace. No quiere ser mi esposo y se arrepiente de esta boda y yo no quiero estar aquí de esa forma. Siendo una extraña en una casa que iba a ser mi hogar un día.

Lo dijo, lo había dicho, tuvo el coraje de enfrentarlo. De reclamarle su conducta tan desconsiderada. No eran un verdadero matrimonio y no podía condenarla la soledad.

—¿Es lo que desea señorita Arabella? ¿Regresar a su casa? Si le concedo la anulación todos sabrán que nuestro matrimonio no fue consumado y no podrá volver a casarse. Ningún caballero pedirá su mano. ¿Está segura de que desea eso? Su familia no la recibirá con alegría. Se sentirán muy defraudados.

—No soy culpable de esto sir Lawrence, usted no quiso que fuera su esposa.

—Se equivoca. ¿Por qué siempre trata de adivinar mis pensamientos? No es verdad. Me moría porque fuera mi esposa, por hacerla mía esa noche. Soy un hombre y es usted una joven hermosa, dulce... tentadora como un demonio.

Ella pensó que mentía, que sólo quería justificar su locura, su indiferencia. Su abandono.

Y furiosa de que le dijera mentiras lo miró con tristeza y le dijo con mucha calma:

—No es verdad. Miente usted. Nunca deseó que fuera su esposa.

—¿Me está llamado mentiroso, señorita Arabella?

—No soy la señorita Arabella, lo era antes de conocerle, pero ahora

soy su esposa. Aunque me desprecie. Usted me arrancó de mi hogar y de mi vida para traerme a una casa triste llena de fantasmas donde nadie, ni siquiera usted desea que esté aquí. Pero sí es amoroso y le sonrío a sus amistades, a las damas con las que galantea. Mientras que yo me quedo aquí encerrada e ignorada por usted. Pero no voy a obligarlo a que cambie si no desea hacerlo, sólo quiero regresar a mi casa y olvidar que un día me casé con usted. Estará libre para casarse con otra dama que le agrade más, que pueda darle los herederos que tanto necesita.

—¿Eso es lo que piensa de mí? ¿Que galanteo con otras damas y estoy buscando una esposa para reemplazarla señora Arabella?

Lo había conseguido. Ahora su marido estaba furioso y avanzaba hacia ella amenazante.

—¿De veras me cree tan ruin?—dijo él. Sus ojos tenían un brillo peligroso.

Arabella retrocedió y lamentó haberle dicho esas cosas, debió callarse la boca y no replicar. Pero él la había provocado, él la provocó al decirle esas cosas. Entonces comprendió que lo mejor era correr y corrió lejos de su alcance. Temía que la golpeará, Dolly le había advertido que tenía un genio muy vivo y que todos los hombres de esa familia eran unos locos. Así que sujetó las faldas de su vestido y corrió, quiso escapar lejos de ese hombre y de esa casa. No quería terminar sus días en esa mansión donde no tenía a

nadie, no tenía nada, nada más que un matrimonio falso que se había arruinado de la forma más insólita.

—¡Arabella! Arabella, ven aquí por favor—gritó él a la distancia.

Ella corrió pero cuando llegaba a la otra puerta él la alcanzó y la sujetó con rudeza. Y sí, parecía un loco, sus ojos tenían una mirada extraña y tal vez era la primera vez que lo veía tan enojado.

—Ven aquí, no escaparás. Eres mi esposa y creo que necesitas disciplina. ¿Cómo te atreves a hablarme de esa forma?

Ella lloró al ver que estaba furioso y la odiaba más que nunca.

—Jamás he pensado en reemplazarla Arabella, usted es mi esposa y me pertenece. Nunca más se atreva a hablarme con esa insolencia porque me obligará a disciplinarla y no deseo hacerlo.

Ella lo miró aterrada y lloró cuando él la llevó hasta su habitación y cerró la puerta con llave.

Quiso salir de la cama pero él le prohibió que lo hiciera.

—No te muevas de la cama, pequeña insolente. Has cometido una ofensa y no voy a dejarla pasar, si lo permito luego te volverás más insolente e ingobernable. Te quedarás en tu habitación hasta que yo lo decida y no te moverás de aquí.

Arabella le rogó que no la encerrara, y su esposo se detuvo y la miró.

—Os quedaréis en vuestra habitación hasta que yo lo decida. Y si

intentáis escapar vuestro encierro se duplicará y perderéis mi afecto y confianza.

Arabella se quedó inmóvil mirándole. Ese hombre estaba loco y había cometido la imprudencia de despertar su ira, pero no era su culpa. Para él no era más que una esposa de papel, que usaba para tapar las apariencias, para que nadie supiera que no eran un verdadero matrimonio. ¿Y ahora debía soportar sus castigos, como Caprice, que sufrió sus celos hasta que decidió terminar con todo? De pronto se preguntó si era por eso se la veía tan triste en el retrato.

Regresó a su cama y le dio la espalda para poder llorar. Era tan desdichada, ese hombre la había hecho crecer deprisa por el dolor y su indiferencia, y por defenderse de sus acusaciones y ser sincera ahora la castigaba. Ella no había sido insolente, sólo se defendió, bendita sea.

Pero no soportaría la humillación de que todos supieran que la había dejado encerrada como si fuera una chiquilla maleducada e insolente, era su esposa, maldita sea. Lo era. Y parecía su pupila, su hermana díscola.

No quería odiarlo, sus padres le habían enseñado a no odiar a nadie, le habían inculcado el amor a sus semejantes y el respeto, la perseverancia y el esfuerzo, todos los valores que ellos le habían enseñado no podían contra sus sentimientos desbordados por ese hombre. Lo odiaba sí, en esos momentos lo odiaba.

Quería ser su esposa, su compañera, la esposa que él necesitaba, una mujer dulce y buena, con quien conversar y compartir su vida. Pero ni siquiera era realmente su esposa. Nunca la había tocado ni una vez... de haberlo hecho tal vez pudo quedarse embarazada y eso cambiaría todo en Wensthwood, estaba segura. Pero ahora la asustaba pensar en eso.

Ya no quería que su matrimonio se consumara. No quería estar atada a un hombre cruel y lunático el resto de su vida.

Sólo soñaba con regresar a su casa y que nada de eso hubiera pasado. Sólo eso.

—Lady Arabella, despierte por favor.

Había estado soñando y de pronto vio la habitación en penumbras y a su fiel criada Dolly mirándola con ansiedad mientras sujetaba con fuerza la bandeja.

—Le he traído la cena, señora—dijo.

La joven se incorporó aturdida y notó que ya era de noche y la habitación tenía dos lámparas de aceite encendidas y un candelabro en la mesa principal.

Había estado soñando y al recordar su pelea con su esposo volvió a llorar.

—Señora, no llore por favor. No se preocupe, todos los matrimonios pelean, es normal—dijo Dolly para consolarla.

—Pero qué hora es?—preguntó intrigada.

—Son las dos. Le he traído el almuerzo, lady Arabella.

—¿Las dos? ¿Pero por qué está tan oscuro?

—Es la tormenta.

La joven pensó que era humillante que su criada supiera de su pelea y castigo, tal vez todos lo sabían.

—No quiero comer nada, por favor.

—Lady Arabella, coma algo se sentirá mejor.

—No quiero.

—Sólo un poco de sopa.

—¿Y crees que tengo ganas de comer? Él me ha castigado, me ha ordenado quedarme aquí encerrada sólo por reclamarle afecto y atención. No quiero comer nada, no comeré nada hasta que me deje salir de aquí.

Dolly se horrorizó.

—No haga eso señora, se enfadará mucho más. Jamás ha sido tan desafiado por nadie. No lo entenderá y luego...

—¿Crees que volverá a castigarme si me niego a probar bocado? Bueno, tal vez tenga suerte y muera aquí o lo convenza de que me regrese a mi casa. Él no me quiere Dolly, me detesta. Él... nunca me ha tocado.

Necesita decirlo en voz alta para desahogar su corazón, para que su fiel doncella comprendiera que no era una dama caprichosa y terca sin razón.

—Lo siento mucho, señora. De veras que sí.

Pero no le sorprendió demasiado, sólo vio pena y compasión en sus ojos tan oscuros, no había sorpresa. Lo que le hizo pensar a Arabella que todos los sirvientes de esa mansión conocían la causa de su desdicha, sabían que su señoría jamás la había tocado y que no eran un verdadero matrimonio. Como sabían que el joven lord todavía amaba a Caprice y por eso su matrimonio era tan desdichado.

—Lady Arabella, por favor, cálmese. Él no es como los demás hombres—dijo Dolly.

—¿Pero de qué hablas?—preguntó Arabella.

—Él nunca ha mirado a otra mujer aquí, jamás le sería infiel. No es esa clase de hombre, su padre lo educó bien, con una moral muy estricta. Por eso no piense que actúa así porque tiene una amante.

—¿Entonces es por Caprice, porque no ha podido olvidarla? Todavía la ama, ¿verdad?

Dolly apretó los labios para no responderle, pero al notar que su señora estaba tan triste y desesperada habló. Habló sin pensar en que el señor podría castigarla.

—No, no es Caprice. No es ella, lady Arabella. Es su temperamento difícil, su mal carácter. Procure no enfrentarle, no lo enfrente de nuevo. Ni lo amenace con marcharse, eso sólo hará que sus problemas se multipliquen. Que

vuelvan a reñir. No lo desafíe, sólo tenga paciencia, sé que con el tiempo él la amaré señora Arabella, que la amaré más que a Caprice. Usted es su esposa y él la ama, jamás la abandonaría ni tampoco...

—Ojalá fuera verdad, pensé que sentía algo especial por mí. Pero ahora siento que me equivoqué. Tenía miedo de él, no quería casarme, mis padres me convencieron... es que no me sentía preparada para ser la esposa de sir Lawrence, tenía mucho miedo sí pero luego... cuando me rechazó esa noche me sentí mucho peor. Yo quería ser su esposa de verdad, quería darle hijos, ser feliz a su lado... me daba miedo la intimidad, es verdad, pero... lo peor ocurrió después. Lo peor fue su rechazo y esas palabras que dijo esa noche que me rompieron el corazón. Nunca más se acercó a mí luego de ese día.

—Lo lamento lady Arabella, eso no debió ocurrir. No sé por qué... no sé qué decirle. Pensaba que era usted la que no soportaba la intimidad. A muchas damas recién casadas les sucede. Tal vez como estaba asustada... disculpe que le diga pero como tenía miedo sir Lawrence no quiso seguir adelante, prefirió esperar. Él nunca forzaría a una mujer, es todo un caballero, y no creo que... no desee tocarla. He notado como la mira, cómo cuida de usted y pregunta... siempre pregunta cómo está lady Arabella y ahora me ha pedido que venga a verla y me quede a su lado pues teme que se asuste por la tormenta.

Cuando dijo eso un trueno espantoso hizo vibrar la habitación. Ciertamente que las cosas no podían estar peor, pensó Arabella mientras abandonaba la cama y se dirigía a la ventana.

—¿Cuándo empezó esto? Está todo oscuro.

—A media mañana lady Arabella, olvidé decirle cuando la encontré en el ala sur.

La joven miró por la ventana y suspiró. Más lluvias que arruinarían sus paseos a media mañana.

—Él sólo me ve como su propiedad, como algo que le pertenece, pero no tiene mayor interés en mí, Dolly—dijo luego..

—Eso no es verdad. Sólo tenga paciencia, yo le advertí, que el marqués tiene buen corazón pero un temperamento difícil. No pelee con él, si lo hace, si insiste en desafiarle, si pasa el día entero llorando entonces no podrá acercarse a él. Porque usted desea acercarse a su marido y ser su esposa, y que todo sea como debe ser, ¿no es así?

Arabella no estaba segura de eso.

Tanto había rogado y llorado que no sabía si realmente quería consumar su matrimonio ahora y tener que sufrir su indiferencia el resto de su vida con un hombre enamorado de un fantasma.

Era lo que le esperaba.

Las palabras de su sirvienta no pudieron consolarla pero al menos la

convenció de que comiera algo, porque triste como estaba, nerviosa con la tormenta y sintiéndose un trapo pues no llegaría a ninguna parte. Si quería luchar y escapar de ese mausoleo triste con un marido que era casi un demonio, debía estar fuerte.

No podía esperar que él la dejara regresar con su familia. Ahora ni siquiera la dejaba salir de su habitación. Y no sabía por cuanto tiempo.

Sólo le quedaba escapar ¿pero cómo diablos lo haría?

Tuvo que soportar una semana entera de encierro.

Tuvo que contentarse con ver el cielo y las nubes a través de la ventana, suspirar mirando esos días de sol, ver a los mozos correr en sus caballos libre como el viento, los pájaros que se acercaron a su balcón luego de que les tiró unas migas de pan de su desayuno. Ellos eran su compañía, además de Dolly que iba a visitarla y se quedaba un rato conversando.

—Es demasiado tiempo, creo que ha sido muy duro conmigo—se quejó Arabella.

—No se inquiete, sé que pronto la sacaré de la penitencia. No vuelva a desafiarlo lady Arabella. No lo haga.

—Yo no hice eso que dices, sólo le dije que quería regresar a mi casa porque él no me quería aquí.

—Bueno, fue una riña. Todos los matrimonios pelean. No debe

inquietarse. Pronto se le pasará.

—Dolly, es la tercera vez que me dices eso.

—Lo siento es que....trate de estar tranquila y no reñirle por favor. Creo que él teme que usted intente escapar, por eso está tan nervioso. Ya se le pasará.

Arabella no respondió, no hacía más que mirar por la ventana aprovechando los últimos rayos de sol preguntándose hasta cuándo duraría su tormento. Ella sí quería escapar en esos momentos, más que antes pero no dijo palabra ¿pues cuánto podría confiar en su doncella? ¿No sería una espía de su marido como lo era la señora Stuart y los demás?

Entonces llegó su esposo. Sabía que él la visitaba cuando estaba dormida como si la espicara y supiera todos sus movimientos. Entonces se acercaba, la miraba y luego se iba. Era la primera vez que aparecía cuando estaba despierta.

—Buenos días, Arabella—la saludó con cierta frialdad.

La joven respondió a su saludo murmurando “buenos días” mirándolo con ansiedad, sintiendo su corazón palpitante en la garganta. ¿Por qué lo veía tan guapo ahora? Era un demonio. Un demonio con mayúsculas y la había lastimado.

—Tenemos visitas inesperadas y debo agregar: inoportunas—dijo luego.

Ahora entendía la razón de su presencia en sus aposentos. Quería avisarle que tenían visitas y por ello, la liberaría de su prisión.

—Vuestros padres y hermanas están aquí. Desean verte, querida. Y por eso os permitiré salir de esta habitación. Pero luego regresaréis y os quedaréis hasta que yo os diga.

Arabella salió de la cama sin decir palabra y tocó la campanilla para llamar a su doncella. No dijo nada. ¿Qué podía decirle a su tirano y loco esposo? Todo lo que le dijera empeoraría la situación y rayos, quería salir de la penitencia y poder dar paseos al aire libre. Sentir el sol golpear su rostro y llenar sus pulmones de aire, de sol... tenía la sensación de que cuando saliera de su prisión correría desesperada sin detenerse.

—Dolly no vendrá, está atendiendo a las visitas—dijo entonces su marido.

—Pero necesito que me ayude a vestirme—replicó ella.

Él la miró con fijeza y Arabella se sonrojó incómoda por su mirada. Odiaba que la viera así, desarreglada y triste. Le habría gustado ser capaz de fingir indiferencia o mostrarse tan desafiante como el día que lo enfrentó pero no se atrevía, Dolly le había aconsejado que no lo hiciera y su criada conocía más a sir Lawrence que ella misma.

—Yo os ayudaré, preciosa. Pero primero deseo que pienses que acaban de venir tus parientes y merecen veros alegre y feliz por su visita.

Intenta sonreír.

Ella lo miró furiosa sin responderle. Quería que Dolly estuviera allí, era la única que la apreciaba, su única amiga en esa casa y no quería desnudarse frente a un hombre que era su esposo sólo por obligación.

—¿Y creéis que podré sonreír?—dijo luego.

—Tú siempre sonreías Arabella, tu sonrisa era algo tan bello y dulce. Era como un rayo de sol en medio de un día gris y helado.

Sus palabras fueron como un puñal pero tenía razón. Siempre sonreía y era feliz, tan feliz antes de que ese hombre apareciera en su vida para arrebatarse su libertad y también su sonrisa.

Y él hizo un gesto de resignación mientras buscaba un vestido adecuado en su guardarropa, ese mueble viejo y tan antiguo donde guardaba los vestidos que su padre le había comprado hacía meses para lucir más elegante y acorde a su nuevo rol como dama de la mansión de Wensthwood. Su madre y hermanas no hacían más que revolotear a su lado escogiendo colores y diseños en la tienda general más importante de Londres. Algunos habían sido comprados allí, otros habían sido confeccionados por madame Gauvine, la modista francesa muy de moda en Londres.

No había podido lucir ninguno en Wensthwood, todos estaban como habían llegado: embalados con papel, sin siquiera abrir. Y su esposo lo notó. Él jamás le había comprado un solo vestido, su único obsequio había sido la

sortija de bodas. Pero eso era lo que menos importaba y se sintió agradecida de que su padre gastara tanto dinero en obsequiarle vestidos nuevos, puesto que estos debían durarle quien sabe cuánto tiempo.

Pero él no dijo nada de los vestidos aún embalados en sus cajas y escogió uno color rosa pálido para que lo usara.

—Ese vestido no es adecuado milord, es para una fiesta. No para una reunión familiar—le dijo.

Él pareció sorprenderse. Al parecer no tenía idea de qué vestido se usaba en cada ocasión y no lo culpaba pues ese era el trabajo de Dolly.

—Pero me agrada este vestido, os sienta muy bien—insistió él.

—Es que no sería correcto usarlo. Pensarán que estoy por salir a una fiesta. Además... necesito agua caliente para asearme.

Su esposo llamó a una criada para pedirle agua caliente para llenar la bañera.

—Deprisa. Y excusadme con los parientes de mi esposa. Creo que tardaré un poco más en ir a verles—explicó.

Arabella se alejó y fue en busca de su ropa interior y se preguntó incómoda por qué su esposo insistía en ayudarla a cambiarse. Quería que se fuera y la dejara en paz.

En realidad no quería verle más. Quería escapar de esa casa y la perspectiva de fingir frente a sus parientes la deprimía. Estaba segura de que

sus padres notarían su angustia y sabrían que algo no andaba bien en su matrimonio.

“Debes sonreír, intenta sonreír” le había dicho él. Como si pudiera hacerlo, como si fuera su culpa que su sonrisa se hubiera borrado de su rostro.

Cuando se miró en el espejo lloró y tuvo que alejarse porque no soportaba verse tan mal. Llevaba días encerrada y ahora la liberaría un rato para que fuera a ver a sus parientes, como si fuera una niña en penitencia.

—Lady Arabella, por favor... la bañera está lista para que pueda asearse—le avisó Bessie, una mucama de cabello muy rubio y ojos verdes.

La siguió y secó sus lágrimas. Tal vez un baño le haría bien. Y mientras se sumergía en la bañera desnuda sintió pasos acercarse.

Bessie se alejó espantada, como si viera al diablo.

Arabella no entendió lo que pasaba pero sí protestó cuando la mucama se fue pues era ella quién debía ayudarla con el aseo y alcanzarle la manta para secarse...

—Bessie—la llamó desesperada.

Pero la criada había desaparecido y estaba sola.

Al diablo. ¿Por qué en esa casa endemoniada todo iba tan mal?

Terminó de asearse y de pronto apareció Lawrence mirándola con fijeza.

—Necesito secarme, por favor, avisa a Bessie que venga—dijo

Arabella nerviosa.

Él no se movió ni dijo nada como si su pedido le importara un bledo.
Hasta que habló.

—Yo te ayudaré a vestirte, preciosa, aguarda, iré por una manta de baño para que puedas secarte—dijo.

Arabella tembló cuando escuchó eso. No podía ser. Iba a verla desnuda.

Cuando él regresó poco después con la manta ella lo miró con fijeza.
Un duelo de miradas mientras él la instaba a salir de la bañera.

—Podrías voltearte, es que... estoy desnuda—le dijo.

Sir Lawrence sonrió.

—Soy tu marido, preciosa, no debes esconderte de mí. Quiero verte.

La joven se puso colorada como un tomate. Tenía la manta en sus manos y la sujetaba invitándola a salir de la bañera desnuda. No quería hacerlo, no quería que la viera así.

—Soy tu esposo Arabella, no debes sentir vergüenza de que te vea desnuda. ¿Lo ves? Te comportas como una niña, una niña tímida y vergonzosa. ¿Cómo esperas que te convierta en mi mujer, que te tome para mí si ni siquiera soportas que te vea desnuda?

Arabella lloró al oír eso, lágrimas de dolor y rabia saltaron de sus ojos. Él volvía a culparla de que era una niña vergonzosa y tímida y por eso

no podía tocarla. No podía hacerlo. Era tan injusto. Una cosa era desnudarse con la luz apagada, en la intimidad de la recámara y otra muy distinta hacerlo a la luz del día, frente a un extraño. Porque su marido era un extraño.

Y entonces, al ver que volvía a llorar le ordenó que saliera de la bañera.

—Miraré hacia otro lado, como si no fuera tu marido sino tu sirviente. ¿Te parece bien?—se quejó impaciente.

Ella obedeció y casi le arrebató la manta de un tirón para cubrirse y poder secarse mientras huía de la sala de baños. Pero al llegar a su habitación no estaba Bessie, ni Dolly, ¿cómo se vestiría sin su ayuda?

El biombo. Bendito fuera. Allí podría esconderse y vestirse sin que él la viera desnuda.

Pensó que Lawrence se iría pero no, vio de reojo que estaba aguardando en su habitación impaciente, junto al vestido rosa. Quería que lo usara y no pensaba rendirse.

Arabella se acercó con ese vestido ligero que la cubría por completo resignada a que fuera su marido quien la ayudara a vestirse. No sabía por qué lo hacía. Acababa de llamarla niña inmadura sólo porque quiso cubrir su cuerpo desnudo.

—¿Sabes cómo ajustar el corsé?—le preguntó.

Él asintió.

—¿Crees que nunca he desnudado y vestido a una mujer pequeña? Lo he hecho un montón de veces. Ven aquí, no voy a morderte y sé bien cómo quitar y poner un vestido a una dama.

Se acercó temblando al sentir su mirada. Sabía que la había visto desnuda en la tina y ahora parecía mirarla con intensidad, casi con deseo. No podía ser. Seguramente lo había imaginado.

Arabella tembló al sentir sus manos ajustar el corsé y luego cerrar los botones minúsculos de la espalda, uno por uno. Sus dedos se movieron de prisa, ágiles y certeros y sus miradas se unieron en el espejo.

—Ahora sois el ángel que vi en la pradera ese día de abril—dijo él y luego sintió que atrapaba su cintura y la rodeaba con sus brazos. Arabella sintió que toda su tristeza casi se evaporaba cuando la besó. Un beso ardiente y apasionado que la dejó temblando mientras duró.

Quería ser su esposa, que le hiciera el amor, sólo eso pedía. Ser un matrimonio normal y poder tener intimidad. Al diablo con las visitas, quería que volviera a besarla, a tocarla...y respondió a ese beso y se quedaron abrazados un momento. Y aún en sus brazos él tomó su rostro y le dijo:

—Sois hermosa Arabella, como una muñeca de porcelana, más linda que una muñeca porque eres real... pero creo que todavía no estás lista para ser mi mujer, para que os posea. Pero cuando llegue el momento lo sabré y no podrás escapar de mí. Y si quieres ser mía Arabella, ser mi esposa en la

intimidad, antes debes dejar de llorar y comportarte como una niña malcriada. ¿Lo has comprendido?

—Sí, milord—respondió ella.

—Y nada de lágrimas. Deja de lamentarte. El matrimonio nunca ha sido un lecho de rosas para nadie y tú deber de esposa es ser tolerante y comprensiva y obedecerme Arabella. ¿Has comprendido? Soy un hombre, no un muchacho y no te he rechazado. Sólo decidí esperar. ¿Comprendes?

Sí, por supuesto que lo entendía. No podía creerlo.

Entonces su esposo miró sus labios y la besó y en ese beso apasionado y ardiente le hizo comprender cuanto la deseaba. Entonces sí quería hacerle el amor, su matrimonio se consumaría cuando él sintiera que era el momento. Saber eso la llenó de esperanzas y de pronto sintió que al final no todo estaba perdido. Él le había pedido que cambiara, que dejara de comportarse como una niña malcriada.

Y cuando tomó su mano para llevarla al comedor se sintió tan feliz, pensó que había sido tan tonta de pensar que él sólo amaba a Caprice y nunca podría entregarse a otra mujer.

Cuando llegaron al salón sus padres sonrieron y sus hermanas la miraron con ansiedad. ¿Esperaban que estuviera desdichada? ¿O la habían visto cambiada? Beatrice ya se había recuperado de su lesión pero no perdió ocasión de mencionarlo.

—El doctor dijo que deberé olvidarme de las caminatas y los bailes por un tiempo. ¿Es que ese hombre no entiende que soy joven y necesito distracción?—dijo Beatrice.

—Arabella, qué alegría veros—dijo su madre y apenas pudo la llevó aparte para preguntarle qué tal iban las cosas con el ama de llaves, pues según ella era uno de sus problemas principales en esa casa.

—Muy bien mamá, ahora me consulta en el menú y lo demás.

Bueno ahora no pues estaba encerrada en su habitación, pero sí lo había hecho dos veces y era bastante.

—Pues me alegro mucho querida, debes tener muy vigilada a esa.

Durante el almuerzo Arabella notó que su esposo estaba algo callado y que fue su padre quien los aburrió a todo con una charla sobre los Tory que duró más de media hora. Lawrence pertenecía a ese partido pero no era tan fanático ni esperaba gran cosa de ellos.

En vez de sentir alivio, se sintió mortificada cuando llegó la hora del oporto pues no quería separarse de su esposo y tener que soportar la cháchara incesante de sus hermanas.

Pero esta vez fue su madre quién comenzó el interrogatorio.

—El matrimonio os sienta bien, Arabella, tienes más colores y me pregunto si... Dime ¿hay noticias?—le preguntó.

—¿Noticias?—replicó desconcertada

—Arabella, llevas casi dos meses casada. Deberías saber si hay noticias o no de un bebé... yo quedé embarazada en mi noche de bodas—le respondió su madre. Ella siempre lo decía como una gran proeza, las damas por lo general no mencionaban esas cuestiones de forma tan directa. Pero Beatrice sabía hasta el cansancio que fue concebida en la noche de bodas de sus padres.

—Todavía no, madre—respondió incómoda.

—Bueno, tienes tiempo... lo importante es que sois jóvenes. Tú lo eres y dicen que las muy jóvenes demoran en engendrar.

—¿Arabella, has estado llorando?—preguntó Christine con la sinceridad brutal que la caracterizaba.

La joven la miró sin ocultar su incomodidad.

—No... es que desperté muy temprano—inventó.

—Por supuesto. Pero dime, ¿cómo van las cosas aquí?—preguntó su madre para cambiar de tema—Los cortinados de la sala principal con muy antiguos y su color se ve deslucido. Pide al ama de llaves que lo cambie por un color más alegre. Al igual que los muebles del salón. Hace falta realizar algunos cambios en Wensthwood querida y no olvides que tú eres la nueva señora de la mansión.

—Lo sé, madre. Pero no me atrevería a cambiar muebles ahora. Pienso que son muy bonitos los que están.

Su respuesta hizo parpadear a lady Rose, estaba muy sorprendida, estaba acostumbrada a que siempre compartía sus puntos de vista en todo.

—Pero querida, te hará bien. El ambiente de esta casa no acompaña. Es una mansión formidable, es un lugar único pero esos muebles desmerecen la casa. Me temo que sí. Y los cortinados se ven tan antiguos y gastados. Tú eres la señora de esta mansión, debes promover los cambios e insistir en ellos. ¿Cuándo darás tu primera fiesta aquí? Debes apresurarte antes de que llegue el invierno.

—Mamá, Lawrence no quiere fiestas, no le agradan.

—Arabella por favor, necesito caminar un poco, siento que hace horas que estoy sentada. Esto arruinará mi talle—se quejó Beatrice.

—Pero el médico te lo ha prohibido—le respondió lady Rose.

—OH, al demonio. Estoy harta de hacer quietud, me aburre.

Arabella sonrió y se alejó rumbo al jardín seguida de sus hermanas. Hacía días que no podía salir de su habitación, sólo por una discusión y todavía había sol, atardecía.

—Por favor Bella, no corras tanto. No podemos seguirte—se quejó Christine a lo lejos.

Arabella rió y comenzó a correr y las dejó atrás como cuando eran niñas. Siempre había sido la más veloz y todavía lo era. Quería hacer correr a esas latosas.

—Arabella, ven aquí.

Pero ella no se detuvo. Libertad. Al fin. El fresco del viento en su rostro, esa brisa helada que había hecho tiritar a sus hermanas nada más llegar al descampado a ella le provocaba tanto placer, casi tanto como el beso que le había dado su marido hacía horas. Todavía sentía su sabor en sus labios, deseaba tanto estar entre sus brazos, ser su esposa de verdad en vez de la soledad de sus noches, la tristeza de sus días...

—¡Arabella, por favor! Deja de correr. No podemos alcanzarte—le gritó su hermana Beatrice.

Nunca había sido buena para los deportes por eso era levemente rolliza, ahora un poco más que antes seguramente porque el doctor la había condenado a quietud.

—Bella, por favor—dijo jadeando—sabes que no puedo correr. Eres una ladina.

Arabella no estaba cansada sino radiante, sus mejillas tenían más color pero tuvo que regresar y sentarse en la hierba por insistencia de sus hermanas.

—No debiste correr, eres una boba—le dijo entonces Christine.

—¿Por qué me dices eso?

—Porque ahora eres una mujer casada y no puedes correr como una colegiala. Espero que tu esposo no te haya visto. Lo avergonzarás. No vuelvas hacerlo, además...

No supo cómo decírselo pero Beatrice sí.

—Puedes perder un embarazo boda, algo así le ocurrió a nuestra prima Mary, ¿lo recuerdas?

—Pero no estoy embarazada—replicó Arabella con calor.

—¿Y cómo lo sabes? ¿Cómo puedes estar tan segura?

¡Pues porque mi marido jamás me ha tocado! Pensó ella pero confesar la verdad habría sido vergonzoso.

—Bueno, pero debes darle un hijo pronto a tu marido, para que se olvide de su hermosa Caprice—sentenció Beatrice hizo un mohín maligno—
¿Ya has visto su retrato? Imagino que ha de haber montones en esa casa..

Arabella sabía que diría algo como eso y le respondió con suma calma:—Pues sólo hay uno. Y no era tan hermosa como decías, .Beatrice. Sólo bonita. Creo que has exagerado.

Su hermana mayor se puso colorada.

—Bueno, pues todos decían que era hermosa, y la amiga de Caprice dijo que Lawrence la adoraba y que nunca más volvería a casarse pero necesita herederos, por eso te escogió a ti. No lo olvides.

Antes de que Arabella pudiera defenderse, su otra hermana preguntó dónde había encontrado el retrato.

Arabella la miró molesta.

—No lo diré, no puedo decirlo. Mi esposo no quiere que hablen de

Caprice. Por favor, no la mencionéis en su presencia ni en Wensthwood.

—¿Y por qué no permite que hablen?—dijo Christine parecía sorprendida.

—Pues porque él la ama todavía y no soporta su recuerdo, eso es evidente. Todos lo saben—dijo Beatrice.

—Bueno, ahora es el marido de Arabella, y espero ver pronto tu retrato en el salón principal. ¿Es que todavía no ha llamado tu marido a un pintor de talento?

Demonios, estaban en los detalles y no se les escapaba nada.

—Más adelante me pintará, no hay prisa por hacerlo.

—Sí, tienes razón Bella.

De regreso a la mansión la conversación languideció. Ya habían agotado el tema de Caprice, hasta el cansancio además tuvo que soportar las quejas de Beatrice con su tobillo.

—Me hiciste correr y ahora está de nuevo mal—se quejó.

Arabella habría deseado quedarse un poco más, llevaba días encerrada y cuando entraron en la mansión la angustió un poco. Pensó en su esposo, en si realmente cumpliría sus promesas...

Nada más llegar a la sala vio a su esposo mirándola con fijeza. Parecía enojado pero no lo sabía porque siempre tenía esa expresión fría y circunspecta.

Entonces sus hermanas dijeron que habían salido y Arabella había corrido muy lejos y tuvieron que cansarse para atraparla.

Sir Lawrence miró a su esposa con expresión maligna pero no fue hasta la noche, cuando se reunieron en su habitación que le reclamó ese asunto.

Arabella fue temblando cuando él la llevó de la mano a descansar, luego de cenar sin invitados. Se sentía agotada por la visita de sus familiares y el paseo de ese día y sólo quería quitarse el vestido y dormirse.

Pero Dolly no estaba en su habitación y cuando quiso llamarla apareció su marido con expresión fiera.

—Así que me habéis desobedecido, salisteis de la mansión con vuestras hermanas.

Arabella lo miró aterrada y quiso correr, llamó a su doncella desesperada. Temió que ese hombre fuera a disciplinarla de la peor forma.

Dolly apareció y la miró asustada, sabía que algo le pasaba.

Pero su esposo intervino diciéndole:—Dolly, regresa a tus quehaceres. Yo ayudaré a mi esposa con su vestido—dijo con expresión sombría.

Arabella miró a su doncella suplicante.

—Por favor Dolly, no te vayas. Quédate conmigo—le rogó.

La criada no supo qué hacer, el señor le ordenaba que se fuera y su señora le rogaba que hiciera lo contrario.

Entonces el señor habló a su esposa en tono muy suave.

—Arabella, te pedí que dejaras de llorar, ¿lo recuerdas?

La joven señora asintió.

—Por favor, no llores. Tranquilízate. No estoy enojado contigo sólo quería conversar sobre vuestra salida de esta tarde—sir Lawrence se volvió a su criada y con su mirada lo dijo todo.—Dolly, puedes retirarte.

La joven no esperó a que se lo repitiera.

Arabella secó sus lágrimas mientras veía partir a su fiel criada

—Por favor, no me castigue milord, ya no soporto vivir así. Si lo he ofendido, si mi conducta lo ha disgustado le pido perdón pero por favor, no vuelva a dejarme encerrada. Se lo suplico.

Él no le respondió, sólo la miró con esa mirada fuerte y maligna, pero su mirada resbaló por su escote. Estaba tan hermosa con ese vestido, era la viva imagen de la dulzura y juventud. Tal vez era demasiado joven y tierna, debía ser más tolerante. Él sabía que sería así, demonios...

Y mientras la ayudaba con el vestido se sintió tentado a besar su cuello, a acariciar la suave piel de esa hermosa joven. Su esposa. Ella no imaginaba el tormento en el que se habían convertido sus noches sin su compañía, por su estúpido orgullo, por el terror que sentía...

—No os castigaré, preciosa. ¿Me creéis tan malvado? —dijo entonces.

La joven lo miró con esos ojos tan dulces y tiernos y él sintió que cedía como un tonto a su hechizo y sin poder contenerse la besó. La apretó

entre sus brazos y siguió besándola. Era suya, su esposa. ¿Qué diablos estaba esperando? Ya no parecía tan asustada. Hasta le había reclamado su indiferencia, se había atrevido a hacerlo.

Ella respondió a su beso y lo miró anhelante. Pero en su ojos no había deseo ni pasión, sólo tristeza. Se había robado a un hada risueña y la había convertido en una princesa triste. Era el sino de su familia. Todos los Trelawney nacían con él. Condenándolos a perder a sus esposas, a no encontrar nunca la felicidad. Y pensando eso se alejó de su esposa y le dijo:

—Métete en la cama preciosa, no quiero que te resfríes. Hace frío en esta habitación. Los criados se han descuidado por las visitas. Veré qué pasó con la estufa—tras decir eso dejó el vestido extendido en la silla.

Arabella obedeció sintiendo que volvía a caer en el vacío de una cama helada luego de haber sentido ese beso que ahora le quemaba los labios. Y a pesar de que se lo había prometido, cuando apoyó su cara en la almohada lloró, no pudo evitarlo.

El escondite

Siguieron días fríos y grises. El otoño avanzaba deprisa y allí era mucho más intenso que en Devon. Las corrientes marítimas eran constantes y también las lluvias y tormentas.

Y sin embargo tuvieron visitas. Los Hamilton, primos de su marido llegaron todos juntos un sábado para saludar a su esposo que cumplía años. No sabía que era su cumpleaños y lo felicitó ese mismo día. Ignoraba que vendrían amigos y parientes, sus vecinos más próximos y que la casa estaría llena de gente. Lo supo a media mañana por Dolly.

—¿Pero por qué no me dijo nada?—se quejó.

—Tal vez lo olvidó.

Arabella era muy tímida y se sintió algo desbordada al tener que saludar y conversar con los parientes de su esposo.

Por fortuna, a media mañana todos quisieron ver las costas de Lands-Ends y Arabella decidió guiarlos. Le encantaba poder salir y distraerse, luego de estar encerrada casi una semana sentía que necesita salir siempre que pudiera y tomar aire.

Eran un grupo pequeño pero simpático. Dos primos, junto a sus esposas y un tío anciano, y otro primo llamado Stephen muy simpático, sus vecinos los Arundell. Los demás habían preferido quedarse en los jardines bebiendo un refrigerio. No eran muy amigos de las caminatas.

Su esposo parecía feliz y Arabella caminaba a su lado cuando de pronto uno de sus parientes quiso ver una roca de forma extraña y el grupo se dispersó.

Melania Hamilton, la esposa de su primo Peter, una mujer bajita y rechoncha se detuvo fatigada y Arabella decidió quedarse a su lado.

—Esto es demasiado para mí, no estoy acostumbrada a estas caminatas además... he oído que el sol de Cornualles es muy bravo—dijo de repente mientras se sentaba en la arena.—Aunque debo admitir que la vista de aquí es soberbia—agregó.

—Sí, lo es.

—Bueno, eso es verdad, pero debo admitir que la primera vez que vine a Wensthwood me impresionó la cercanía del mar y luego, en la noche, creo que no pude pegar un ojo por el ruido y ... sentía terror de que el agua entrara en la casa.

Arabella sonrió tentada.

—Eran otros tiempos... vivía Caprice y ella no era muy sociable. Vivía encerrada en sus aposentos, no sé por qué—dijo de pronto Melania.

Eso llamó de inmediato su atención.

—¿Cómo era Caprice?—preguntó la joven.

Hubo cierta vacilación en la señora Hamilton.

—Era un poco rara. Guapa sí, pero algo extraña. No era muy sociable.

Se lo pasaba encerrada dibujando o tocando el piano.

—¿Tocaba el piano?

—Sí, y cantaba. Tenía una voz tan dulce... Fue tan trágico, quién iba a imaginar que una joven haría esa locura.

Arabella la miró intrigada.

—¿Qué ocurrió?

Estaban a solas y parecía un momento propicio para confidencias. La dama rolliza miró a Arabella sin ocultar su asombro.

—¿Acaso no te lo han contado? ¿No sabes lo que pasó aquí?

La joven negó con la cabeza.

—Pero quisiera saber, por favor—pidió Arabella.

La rolliza dama miró a su alrededor y Arabella se alegró de que su marido y los demás estuvieran muy entretenidos recorriendo la playa, demasiado lejos para poder oírlas.

—Caprice se suicidó... Fue espantoso. Nadie habla de eso y dicen que falleció de fiebres. Es mentira... ella se ahogó en esta playa un día helado de invierno. Lawrence estaba devastado y durante mucho tiempo se encerró aquí sin recibir visitas. Creo que fue porque había perdido su bebé y eso la sumió en una tristeza espantosa. Por eso lo hizo. Mi pobre primo quedó muy deprimido y durante meses se encerró aquí y todos temimos que hiciera una locura. Él la adoraba pero... su dolor era tan grande como su desengaño. Esa

es la verdad.

—¿Su desengaño?

Los ojos de la dama miraron de nuevo a su alrededor como si temiera que alguien pudiera oír sus palabras.

—Lawrence no merecía eso, él la adoraba y ella hizo esa locura... Bueno supongo que estaba muy triste. No se puede juzgar a nadie, es lo que dice mi madre y tiene razón. Vaya uno a saber qué pasó. Lo que importa ahora es que mi primo tiene una esposa tierna y adorable, y sé que tú podrás hacerle olvidar su dolor y hacerle feliz. Es lo que necesita porque él no era tan feliz. Mucho antes de la tragedia él...

—¿Y por qué no era feliz? Por favor, necesito saberlo él... sospecho que aún ama a Caprice.

—Eso no debe preocuparte Arabella, tú eres una joven muy distinta a Caprice. Eres tan dulce y transparente y se nota que lo quieres. Sé que no debería decir esto pero... creo que ella no lo amaba y además no se entendían, eran muy distintos. Caprice sólo amaba sus pinturas y la soledad para crear más retratos... siempre soñaba con poder destacarse en ese arte y por eso... No estaba hecha para el matrimonio, eso es lo que sospecho. Hay mujeres así, nuestra tía es una de ellas por eso nunca se casó, tuvo la sensatez de darse cuenta a tiempo. Caprice no pudo escoger. Sus padres la obligaron a esa boda y aunque eso es algo común y no significa que luego no puedan ser felices los

dos en este caso fue desafortunado... Mi primo tiene un carácter muy fuerte, es malhumorado y temperamental a veces, a él no le gustaba que ella pasara horas enteras encerrada pintando. Luego estaban los celos... La celaba como un demonio. Todo el tiempo y peleaban. Una vez Caprice llegó a abandonarlo. Porque no lo aguantaba más. Esas cosas pasan, no debes preocuparte. El primer año de matrimonio es el más difícil, los demás no tanto. Arabella, tú eres muy joven y si quieres un consejo pues te diré: no pienses tanto en Caprice. La pobre murió y nos afectó sí, pero no hay nada que hacerle, fue una tragedia y ella ya no está aquí y tú eres la esposa de Lawrence. Tu preocupación es mirar hacia el futuro y ser feliz con él. Disculpa que te dé este consejo, pero sé que mi primo no quiere hablar de Caprice y me imagino que no sabes nada de ella por esa razón.

—Es verdad... ha prohibido a todos mencionarla y no entiendo por qué lo hace.

—No importa el por qué, Arabella. A veces es mejor dejar el pasado en paz. Porque el pasado está muerto y no puede regresar y tú eres su esposa ahora y no... No es prudente que pienses en Caprice. Caprice es sólo un recuerdo doloroso para mi primo. Es parte de su pasado y no creo que sea bueno indagar en él, no si tu esposo no quiere hablar. Lawrence quiere olvidar el pasado y seguramente el recuerdo de su anterior esposa es una herida abierta.

—¿Entonces tú crees que sólo fue dolor y no amor por eso no puede olvidarla?

—Querida prima, por favor, él dio un paso adelante cuando se casó contigo. Nadie lo obligó, él quiso casarse contigo. Sé que eres muy joven y debes sentirte insegura pero no pienses que aún ama a Caprice, eso sólo te hará daño y no es verdad.

Arabella quiso hacer otra pregunta pero el momento de intimidad se vio interrumpido por la llegada del esposo de Melania y su cuñado Stephen.

Arabella buscó a Lawrence pero no lo vio por ningún lado y se dispuso a regresar a la casa pues estaba tiritando de frío. El cielo se había cubierto y ese paisaje gris la desanimó. Tenía muchas preguntas sobre Caprice y su esposo, y se daba cuenta de que seguía siendo una historia inconclusa. ¿Sería el dolor o el amor lo que mantenía atado su corazón a su antigua esposa? ¿Acaso no era una misma cosa? Sin embargo ahora sabía algo más de esa historia. Que ella se pasaba encerrada pintando, que reñían y que se había suicidado en esa playa. Qué terrible debió ser para Lawrence que su esposa hiciera eso. Por eso nadie lo mencionaba, por eso nadie nombraba a Caprice. Lentamente las piezas de ese misterio comenzaban a encajar y Melania tenía razón: lo importante era que su esposo se había casado con ella, la había escogido, debía mirar hacia adelante y dejar de pensar en Caprice.

Arabella se alejaba del grupo cuando casi tropezó con Stephen.

—Oh, disculpe, lady Arabella. ¿Podría escoltarla de regreso a la mansión?—se ofreció.

—No es necesario, señor Stephen—dijo. Se sintió algo avergonzada de que todos notaran que su esposo la había dejado sola casi todo el día y ahora tampoco estaba para acompañarla en su caminata de regreso.

—Por favor lady Arabella, no es prudente que recorra ese valle sin compañía—insistió Stephen.

Arabella sonrió con total inocencia.

—Pero si hay tantos invitados por la pradera, ¿qué podía pasarme, señor Stephen?—dijo.

Él la miró sorprendido por su expresión inocente y confiada.

—Una dama hermosa y joven como usted no debería ir a ningún lado sin un criado o pariente. ¿Es que nadie se lo ha dicho?

Ella se ruborizó al sentir la reprimenda. Tenía razón sí, pero estaba tan cerca de la mansión que se había confiado. Además, ¿quién podría hacerle daño en su propio hogar?

Sin embargo aceptó que la acompañara sólo para no ser descortés. Su mirada recorrió el horizonte buscando a su esposo como siempre hacía, ¿estaría aún en la playa buscando esas rocas de forma extraña?

Lawrence cumplía veintiocho años ese día y nunca imaginó que organizaría una fiesta tan importante, pensó que sólo irían sus familiares pero

su esposo no había invitado a su familia. Resultaba desconcertante y extraño.

Y cuando casi llegaban Arabella tropezó con una piedra, iba distraída y hubiera caído si el primo de su esposo no la hubiera atajado.

—¿Está bien señora Arabella? ¿Se ha lastimado el pie?—preguntó Stephen.

—Sí... es que no vi la piedra, me duele un poco pero puedo andar.

Sin darse cuenta él la tenía envuelta entre sus brazos. Fue sólo un momento luego ofreció su brazo para que se apoyara.

—Por favor, tome mi brazo—dijo Stephen.

Pero cuando lo tomó escuchó la voz airada de su marido preguntando qué estaba pasando allí y sin más saltó de su caballo con expresión maligna y airada y empujó a su primo. Apareció de repente, como un fantasma. No lo había oído llegar y había creído que aún estaba en la playa.

—¿Cómo te atreves a propasarte con mi esposa? ¡Malnacido!—dijo.

Arabella tembló al comprender que su esposo creía que Stephen se había propasado con ella y no vaciló en defenderle.

—Él sólo me ayudó, había tropezado y estuve a punto de caer, por favor Lawrence—dijo.

Stephen miró horrorizado a su primo.

—La escoltaba a Wensthwood porque tú que eres su marido la habías dejado sola. Jamás me propasaría con una dama, Lawrence, tus acusaciones

me ofenden. Sólo quise ser amable.

—¿De veras? ¿Crees que soy ciego? He notado cómo miras a mi esposa, cómo buscas hacerte servicial y no la pierdes de vista. ¿Por qué mejor no te buscas una esposa en vez de enamorarte siempre de la esposa de los demás?

Esas palabras eran una cruel ofensa, Stephen sólo había sido atento con ella, no estaba enamorado ni mucho menos, ¿qué diablos le pasaba a su marido?

—Estás loco, Lawrence. Loco de remate—le respondió su primo—Tu esposa quiso caminar sola desde el lago hasta aquí y le dije que era peligroso para una dama recorrer estas praderas sin compañía y tú no estabas en ningún lado ¿y ahora vienes y me acusas de querer seducirla?

Arabella sintió tanta pena y vergüenza que quiso correr, alejarse de su esposo, pero él la siguió furioso, mientras su primo se alejaba rumbo a la mansión con paso rápido, ofendido por la injusta acusación.

—Arabella, ven aquí—le gritó.

Ella se detuvo y lo miró.

—Me has hecho pasar tanta vergüenza, Lawrence. Tu primo sólo quiso acompañarme y me sujetó porque tropecé, jamás intentó hacer eso que dices ni yo podría... ¿Crees que soy una coqueta? —estalló al borde de las lágrimas.

—No, sé que no eres una coqueta, si lo fueras no serías mi esposa

preciosa—su tono era casi de burla.

—Tu primo tiene razón, ¿cómo puedes acusarlo de intentar seducirme sólo porque me ayudó porque había tropezado.

—¿De veras?

—Sí, eso fue lo que pasó. Tú siempre me dejas sola, haces una fiesta de cumpleaños y no invitas a mi familia.

—No hice una fiesta, ellos se invitaron solos y tuve que faenar un cordero para agasajarlos. No quería una fiesta de cumpleaños, detesto las fiestas, tú lo sabes pero mis parientes vinieron a verme y tuve que ser cortés. ¿Qué querías que hiciera? Pero no te dejé sola, estaba cerca mirándote y no me agradó que Stephen estuviera siempre merodeando como un zorro. Es un maldito libertino, siempre lo ha sido. Aunque se haga el santito frente a ti, porque claro, tú no lo conoces como yo. Pro él sabe que no miento y se ríe de mis acusaciones. Porque sabe que si le doy ventaja intentaría seducirte aunque yo le diera un tiro en la cabeza. Sabe que lo mataré si se atreve a llegar tan lejos y eso lo divierte.

—Lawrence, por favor, ¿cómo puedes decir eso de tu primo?

—Lo pienso y sé que es verdad. Y me da igual si se hace el ofendido y se va, en realidad quiero que lo haga, que se vaya y no aparezca por aquí. Que se vaya a robarle la esposa a otro hombre. Es lo que le gusta hacer, ¿sabes? Le encanta conquistar damas casadas porque es un perfecto libertino y todos lo

saben. Ahora sube al caballo que te llevaré a la casa.

—¿Subirme a tu caballo?—repitió Arabella.

—Sí, tal vez deberías aprender a montar, mi primo dijo algo cierto: no es prudente que recorras estas tierras sin un sirviente o criado. A pesar de la vigilancia de los mozos siempre aparece algún forastero merodeando tratando de robarse alguna res. Ven, sube.

Arabella no pudo negarse y subió al caballo y cayó en sus brazos. Se miraron en silencio y él le dio un beso apasionado y tierno, fruto de la rabia y los celos de ese momento. La joven tembló al sentir ese beso y todo su enojo se transformó en deseo. Deseaba que siguiera besándola, deseaba tanto poder ser su esposa y se quedó abrazada a él, sentada de costado mientras Lawrence aplacaba a su caballo para que fuera al paso y no al galope. Los caballos le daban mucho miedo, por eso nunca quiso aprender a montar y sin embargo, casi olvidó el terror que les tenía cuando él la llevó en sus brazos.

Pero al regresar a la casa él le dijo que fuera a su habitación. No era una sugerencia, para que se cambiara el vestido lleno de polvo, era una orden.

—Ve a tu habitación y quédate allí. La fiesta ha terminado, preciosa—le dijo.

Arabella obedeció alejándose con los ojos llenos de lágrimas. Quería estar con él, era su cumpleaños, ¿por qué siempre la apartaba de su lado?

La joven corrió a su habitación y tuvo la sensación de que siempre

sería así. Llevaban casi dos meses casados y seguía esperando que algo cambiara. Y lo único que cambiaba allí era su forma de reprenderla, de hacerla sentir que no era su esposa sino su pupila en esa mansión. Educarla y moldearla a su voluntad era su única obsesión. Y cuando pensaba que estaban acercándose, que él la convertiría en su mujer se alejaba, o la hacía sentir mal por unos celos ridículos.

Pasaría el tiempo, los meses y todo seguiría igual.

—Lady Arabella, disculpe. Le preparé el baño como me pidió—dijo su doncella entrando en la habitación.

La joven la miró aturdida. Lo había olvidado.

Pero necesitaba quitarse ese vestido lleno de lodo por la caída y limpiar los rasguños de las rodillas.

—¿Qué vestido escogerá para cena, lady Arabella?—preguntó Dolly mientras la ayudaba a desnudarse.

—No iré a cenar, mi esposo dijo que debía quedarme aquí—respondió ella.

A Dolly podía decirle la verdad. No había razón para fingir. A fin de cuentas en esa casa todos sabían lo que pasaba.

—Oh, disculpe madame, no lo sabía... ¿Qué pasó?

—No lo sé, pero se puso celoso sin motivos, Stephen...

Arabella le contó lo ocurrido desde el principio y su doncella escuchó

con cara de espanto. Ella conocía bien al marqués, no debía sorprenderle que tuviera esos arrebatos de celos.

—Lady Arabella, no es por usted. Es Stephen. Él es un pícaro, señora, por eso su esposo se puso celoso. Pero él es así, es que la adora señora, él la ama y no soporta que otro hombre sea atento con usted, ni que la mire como lo hacía Stephen y sus hermanos. Yo lo noté, el caballero no le quitaba los ojos de encima.

Arabella miró a su doncella incrédula.

—Pero eso no es mi culpa y él me castigó diciéndome que debo permanecer aquí—se quejó.

—Es porque sir Lawrence la ama, por eso sufre tanto de celos. Debería sentirse feliz, lady Arabella.

¿Feliz? ¿Acaso algún día sería feliz en esa casa?

Pues lo dudaba.

Dolly le trajo la cena poco después en una bandeja y miró mortificada su contenido. Si no comía su marido-tutor se enfurecería, la huelga de hambre en Wensthwood no estaba permitida, así que si quería llamar su atención o protestar, debía inventar otra cosa.

—Trate de comer algo lady Arabella, se ve algo pálida—dijo su doncella.

Arabella vio el delicioso bistec y lo rechazó.

—No tengo hambre... Dolly, tira esto en algún lado o mi marido se enfadará.

La criada pelirroja hizo un gesto de aprensión. A ella no le gustaba mentir a su señoría, pudo verlo en sus ojos.

—Por favor Lady Arabella, trate de comer algo.

—No quiero Dolly, sólo quiero dormir. Estoy muy cansada. Caminé demasiado y hace frío, estoy helada. Llévate eso.

Dolly no se movió, se quedó dónde estaba y Arabella se alejó impaciente hacia su dormitorio cuando de pronto lo vio parado frente a la puerta, por el espejo y tembló. Su marido estaba allí y en esos momentos sintió que era el diablo que la miraba a la distancia, espiando sus actos, viendo sus flaquezas, listo para decirle su falta para luego castigarla.

—Puedes irte, Dolly—dijo entonces.

No fue necesario ni que terminara de decirlo, su doncella se había alejado espantada.

Ahora estaban solos y él la miraba con esa mirada brillante y maligna sin perder detalle de sus gestos y movimientos.

—No has probado bocado, Arabella—dijo.

—Es que no tengo hambre—se quejó ella alejándose muy lentamente.

—Sabes que no me agrada que hagas esto, preciosa. ¿Cómo es que te atreves a decirle a mi criada que esconda la comida y me mienta? ¿Crees que

no te oí?

Oh, no, otra vez su marido con ganas de pelear.

—Yo no dije eso.

Notó que hacía un gesto de sorpresa.

—¿Ah no? Acabo de escucharte decirle a Dolly que...

—Lo hice porque sabía que se enojaría, milord. Por favor, estoy muy cansada y helada, quiero descansar ahora.

Al ver que se alejaba de él con prisa dio tres largas zancadas y la atrapó.

—No, no te irás a dormir. Antes vas dejar esa bandeja vacía, lo harás.

—No, no lo haré milord. No tengo apetito y si me obliga a comer creo que vomitaré. ¡Es que me siento tan cansada!—se quejó—Por favor, ¿es que no he tenido suficiente con sus escenas de celos mortificándome, ahora también me castigará obligándome a comer como si tuviera cinco años?

Su esposo no esperaba que lo enfrentara y sabía que le saldría muy cara su osadía pero diablos, estaba cansada y helada, sólo quería irse a dormir y que la dejara en paz. Empezaba a temer que todo hubiera sido en vano y que su espera a que todo mejorara se hiciera lenta y eterna y que al final tuviera que abandonarlo. No sabía cuánto más podría soportar esa situación, aunque él le dijera que estaban casados no lo estaba y si pedía la anulación tendría su libertad. Su libertad para escapar y que ese demonio dejara de llamarla

esposa mía. Porque no era su esposa más que de nombre.

—Arabella, ven aquí—le gritó impaciente.

—No. No iré. Vete, déjame en paz. No quiero soportar tus rezongos. Estoy harta de ti, Lawrence. Harta de todo y si quieres castigarme por decirte cómo me siento, adelante, hazlo. Es lo único que te importa, ¿no es así? Castigarme cuando hago algo que te desagrada, cuando te digo la verdad. Estoy harta de que me reprenda como si fueras mi tutor. Si soy una desilusión para usted entonces devuélvame a mi casa sir Lawrence, si no quiere que sea su esposa, si tanto me detesta entonces... me iré de aquí mañana y regresaré con mis padres y al diablo con esta farsa y el escándalo.

Arabella estaba temblando, temblando de rabia y desesperación. Había llegado al límite, odiaba estar casada con ese lunático que no la quería, sin esperanza alguna de que las cosas mejoraran con el tiempo, al contrario, todo sería peor.

Y aterrada de que él le diera una zorra por decirle todo eso en la cara, corrió, corrió con todas sus fuerzas para escapar de su dormitorio y de esa casa si era necesario.

—¡Arabella, ven aquí! Arabella, te ordeno que regreses—dijo él.

No le hizo caso, sabía que había llegado demasiado lejos con su rebeldía y sería castigada pero al menos no se quedaría callada. Nunca sería la esposa perfecta para él porque no era una esposa de verdad.

Corrió desesperada y buscó un buen sitio para esconderse, era bueno en eso, el escondite siempre había sido su juego favorito. No la encontraría, o tardaría tanto que luego... el juego era excitante, tal vez lo más divertido en casi tres meses de matrimonio. Descubrió que enfrentarle, desafiarlo había sido lo mejor y ya no sentía cansancio ni frío. La excitación la mantuvo alerta cuando optó por ocultarse en el ala sur, las habitaciones prohibidas de Caprice. Fue un acto de osadía hacerlo pero sabía que él jamás iba allí, ni él ni nadie y podría pasar la noche en alguna de sus habitaciones sin que la encontraran. Era un estupendo escondite sí, excepto por las telarañas y los fantasmas. Pero hacía tiempo que había vivido con ellos, y no le importó. Tenía la oscuridad del recinto de su lado y además, tenía la certeza de que Lawrence no buscaría allí. No se atrevería a entrar y si lo hacía, ella quería ver qué tanto lo afectaba visitar el santuario de Caprice y había en ese gesto además de desafío cierta curiosidad.

Sin embargo estaba temblando cuando recorrió las habitaciones vacías y oscuras. La oscuridad la asustaba, no podía ver qué había más allá. Y luego de estar unos minutos empezó a preguntarse si el fantasma de Caprice estaría allí. Su padre le había dicho que los fantasmas eran almas atormentadas incapaces de hacer daño a nadie, sólo estaban allí y se iban cuando lo deseaban.

Entonces se preguntó si Caprice habría sido tan desdichada como ella.

Rayos, pero al menos la idolatrada Caprice fue amada por él, tuvo la dicha de quedar encinta aunque luego lo perdiera... en realidad su historia era triste. ¿Por qué no había sido feliz? ¿Acaso no lo amaba o fue Lawrence quien lo arruinó todo por sus celos locos y temperamento del demonio?

Ella sólo quería ser una esposa adecuada, la esposa que él necesitaba pero había fallado. No, no fue ella, fue su marido que la rechazó esa noche y la acusó de haberse casado con él obligada por su familia. Cosa que era cierta pero... ¿No eran muchos matrimonios concertados por las familias? ¿Por qué era eso tan condenable? Ella jamás lo había engañado al respecto, nunca dijo sentir amor por él, sólo aceptó casarse porque a pesar de no estar locamente enamorada era un caballero guapo y joven, de modales tan encantadores. Aunque frío, circunspecto y reservado.

Arabella se preguntó por qué volvía a culparse, por qué regresaba al pasado si sentía que todo estaba perdido ahora, si mañana regresaría a su casa como había prometido hacer. Su rabia y dolor la habían empujado a decir esas palabras que no sentía del todo, pues sabía que al regresar le esperaba un infierno, ¿pero acaso no era peor vivir con un esposo que la detestaba por ser tan infantil? ¿Por no ser como Caprice?

—¡Arabella!—ese grito le heló la sangre.

Contuvo la respiración y volvió a escucharlo. Decía su nombre y estaba furioso, casi podía sentir su rabia a la distancia. Porque ella había ido

al recinto sagrado de Caprice y nadie podía entrar allí.

—Arabella, sal de allí de inmediato.

La jovencita siguió escondiéndose, buscando un nuevo escondite.

Hasta que de repente sintió unos pasos irrumpir en la habitación y fue demasiado tarde para escapar. ¡Él la había atrapado!

Quiso gritar pero sólo pudo resistirse y llorar.

—Déjame Lawrence, suéltame, me haces daño.

—Así que estabas aquí. ¿Pensaste que no vendría porque son las habitaciones de Caprice? Pero yo no le temo a los fantasmas, he vivido con ellos mucho tiempo, ¿sabes?—dijo con desdén sin liberarla.

Su esposo no estaba dispuesto a dejarla ir, estaba furioso y lo vio pálido de rabia mientras la llevaba lejos del santuario con mucha prisa.

Arabella sollozó cuando la obligó a regresar a sus aposentos y tuvo que comparecer ante su marido por su osadía de desafiarle y amenazarle con marcharse.

—Vaya, os gusta jugar al escondite madame pero yo os encontré. ¿Creísteis que me detendría si os escondíais en ese lugar?

Arabella secó sus lágrimas y lo miró nerviosa.

Lawrence sonreía triunfal sin dejar de mirarla.

—Yo gané al juego del escondite querida y os pediré una prenda, lady Arabella—dijo él.

La joven lo miró aturdida.

—No hay prendas en el juego del escondite—murmuró.

—¿De veras? Entonces tú jugabas muy mal a ese juego. Si te atrapan debes conceder una prenda, preciosa.

La joven tragó saliva, pues imaginó que la prenda sería una zurra o dejarla encerrada unos días en su habitación o el castigo que más le apeteciera.

—¿Y cuál será la prenda, milord?

Él se acercó y la miró con fijeza.

—Quiero que vayáis a vuestro dormitorio y os quedéis allí.

La joven suspiró aliviada. Menuda prenda. Irse a dormir temprano como una buena niña. Obedeció al instante pero cuando entró en su recámara no estaba sola, él la había seguido y al volverse le vio parado allí, al lado de la puerta.

Arabella retrocedió preguntándose si sería tan cruel de darle una zurra, rara vez entraba en su habitación y se imaginó que tramaba algo, algo que no sería bueno para ella.

—¿Creísteis que os concedería una prenda tan fácil? ¿Acaso me creéis tan tonto?—dijo avanzando lentamente.

—¿Qué queréis de mí, milord? Si me hacéis daño juro que...

No pudo terminar la frase porque su esposo la atrapó entre sus brazos

y en un arrebato de pasión le dio un beso ardiente mientras la empujaba contra la cama.

Ella se resistió asustada hasta que dejó de hacerlo. Si la prenda sería un beso entonces se lo daría... y tímidamente extendió sus brazos y rodeó su cuello mientras la besaba una y otra vez.

Hasta que se detuvo y la miró.

—No será un beso la prenda que os pediré, un beso es muy poco por vuestra osadía—dijo burlón.

Arabella lo miró confundida.

—Ahora, os quitaré el vestido y os convertiré en mi mujer. La prenda será vuestra virtud. Podéis negaros. No os obligaré, no soy un malvado. Si os negáis os concederé la anulación preciosa, mañana regresaréis con vuestros padres, pero si aceptáis la prenda entonces seréis mi esposa de verdad y nunca más podréis negaros a mis brazos—dijo él.

Sus palabras le provocaron una emoción intensa, había deseado tanto ese momento; que en un arrebato de rabia y pasión quisiera hacerle el amor, que quisiera convertirla en su esposa pero ahora... Ahora no estaba segura de ello y vaciló. Si aceptaba no podría regresar a su casa y pedir la anulación. Ya no podría ser libre de nuevo y debería quedarse con un marido frío y de mal carácter, que la reprendería y la castigaría por desafiarlo o desobedecerle.

Pero rayos, se moría por ser suya, ese beso la había dejado temblando

de amor y deseo pero tenía miedo...

—Si me entrego a vos, mi lord, ¿prometéis que no volveréis a castigarme?—le preguntó.

Él sonrió.

—No os castigaré si me obedecéis preciosa, si os entregáis a mí será en cuerpo y alma y nunca más os mostraréis atrevida y desafiante como hace un momento, prometo que todo irá bien.

—Vos me hiciste una escena de celos, me encerrasteis en esta habitación sin que fuera mi culpa.

—Y volveré a hacerlo si me desafiáis. Debéis aprender a comportaros, sois mi esposa no una colegiala rebelde. Y los celos no fueron por vuestra causa sino por mi primo, no os acusé de nada. Pero os vi caer en sus brazos hace un momento y los habría matado por ello, aunque sólo fuera por error, porque tropezasteis con él.

Arabella comprendió que no podría con el genio de su marido pero si la hacía su esposa en la intimidad pensó que todo mejoraría, que él dejaría de mostrarse tan molesto y celoso.

—He deseado ser vuestra esposa desde la noche de bodas, milord, por eso me casé con vos, para ser la esposa que necesitabais—se quejó y sus ojos se llenaron de lágrimas.

Él le dio un beso ardiente y apasionado.

—Pero no estabais preparada para ser mía, no como lo estáis ahora... Ahora deseáis ser tomada, antes estabas aterrada y yo no podía, no podía tomaros así, aunque tuviera derecho a ello. No soy un hombre desalmado que sólo piensa en satisfacer sus deseos egoístas. Quería que estuvieras preparada, que desearas estar conmigo—le dijo él y volvió a besarla, a abrir su corsé para besar sus pechos redondos y voluptuosos mientras la desnudaba con prisa.

Arabella no cerró los ojos como en su noche de bodas, deseaba que la desnudara y la hiciera suya, estaba temblando de deseo cuando rodaron por la cama y siguieron besándose.

Él observó su cuerpo de formas llenas, estaba más que lista para ser suya, pero no quería lastimarla, ni que sufriera.

—Cerrad los ojos, preciosa. Sé que no sabéis nada de esto, que sois muy pura e inocente pero no temáis. Quiero que estéis preparada para este momento—dijo su marido.

Arabella obedeció y sintió que él separaba sus piernas despacio y acariciaba su sexo cubierto apenas por vello rojizo. Sabía que lo haría pero no estaba asustada, ni le importaba sentir dolor, deseaba tanto ser su mujer y poder darle hijos... algo tan simple que se había convertido en una cosa imposible, inalcanzable.

—Milord, no...—dijo al comprender sus intenciones.

—Tranquila, sólo os besaré para que estéis lista para ser mía. Son caricias que no deben avergonzarte preciosa—le respondió su marido.

Ella obedeció.

No sabía nada de esas cosas pero si quería besar su monte y brindarle caricias no podía negárselo, su tía había dicho que no podía negarse a los brazos de su esposo ni a sus caricias.

Cerró los ojos y tembló al sentir que besaba los pliegues de su sexo, y gimió al sentir sus caricias intimas tan lujuriosas, no... no pudo detenerle, había atrapado sus caderas y ahora su lengua húmeda recorría la entrada de su vagina provocándole sensaciones nuevas, imborrables, tan sensuales y ... era una locura, no sabía que eso pasaba en la intimidad pero de pronto sintió que llenaba su cuerpo de besos y caía sobre ella para penetrarla con su pene grueso.

No llegó a verlo. No quería verlo, le daba mucha vergüenza ver esa parte del cuerpo de su marido pero sí le conoció cuando entró en su vientre estrecho y comenzó a rozarla, a desvirgarla lentamente.

Gimió al sentir abría más sus piernas para penetrarla en profundidad. Su virginidad cedió a la feroz invasión y pensó que era maravilloso, que al fin dejaba de ser la colegiala díscola y se convertía en su mujer. Suya. Y lloró y le apretó contra su pecho mientras se besaban y rodaban por la cama y él la rozaba más fuerte que antes, sin piedad. Era tan suya, su mujer y pensó que era

maravilloso, y que nunca había creído que sería tan placentero, algo tan fuerte... Lloró cuando se quedaron abrazados y fundidos en un solo ser, apretados y con el corazón palpitante y él sonrió levemente mirando sus labios, secando sus lágrimas con besos.

—¿Estáis bien, preciosa?

Ella asintió.

Y él volvió a besarla.

—Sois tan hermosa, Arabella, tan bella y radiante que creo que mataría al hombre que osara tocaros—dijo entonces muy serio.

—Nadie va a tocarme jamás Lawrence, sólo tú... ¿por qué nunca me hiciste tuya y dejaste que sufriera así?—se quejó ella con lágrimas en los ojos.

Él sonrió.

—Quería que lo desearas, que me lo pidieras, que te volvieras loca deseando que te hiciera mía.

Esas palabras la dejaron helada. ¿Entonces todo había sido planeado por él?

—Si te hubiera hecho mía esa noche me habrías odiado porque no estabas preparada, temblabas y te vi muy asustada.

—No es verdad, no estaba tan asustada, sólo es que no sabía qué hacer y me daba miedo sí pero...cuando me rechazaste me sentí tan desdichada que... Tú me rompiste el corazón Lawrence, por favor, no vuelvas a hacerlo,

déjame ser tu esposa de verdad, tu compañera.

—Ahora ya lo eres preciosa, tendrás que entregarte a mí todos los días y sin reservas. Y me obedecerás en la cama y fuera de ella, sin desafiarme como lo hiciste hace un momento. Nunca más vuelvas a amenazarme con abandonarme porque lo lamentaréis. ¿Me habéis comprendido?

Rayos, todavía estaba enojado por eso.

—Sí, milord, lo prometo...yo lo siento, es que estaba desesperada, tan triste, pero no iba a hacerlo.

—Arabella, debes comprender que el matrimonio no es un lecho de rosas, nada será perfecto como tú lo sueñas. Y yo soy un hombre y vuestras niñerías a veces me enfurecen. Ven aquí, quiero que madures, que comiences a comprender que me perteneces y debes obedecerme siempre porque si no lo haces, volveré a castigarte. Lo haré sin que me tiemble el pulso, preciosa. Hasta que aprendas a comportarte, hasta que actúes como una mujer casada y obediente—dijo.

Ella quiso protestar porque no era su culpa, diablos, era él y sus celos y sus ganas de pelear pero ya era tarde, su marido atrapó su boca en un beso ardiente al tiempo que introducía su miembro grueso en su monte para acoplarse rápido, demasiado rápido. Arabella ahogó un gemido al sentir una leve molestia y sin embargo, le encantaba la forma en que la tomaba, como un bandido, como un demonio, haciéndole sentir que era su mujer, tan suya...

Sus brazos la amarraban y sintió su pecho fuerte y ancho apretarla hasta casi quitarle el aire al tiempo que gemía de placer y la inundaba con su simiente.

—Sois tan hermosa, Arabella, tan dulce—le dijo al oído mientras copulaban.

Ella sonrió sintiéndose tan feliz de que le dijera eso, pensaba que ahora todo sería distinto y que un día llegaría a amarla. Eso deseó antes de quedarse profundamente dormida entre sus brazos.

Pensó que todo había sido un sueño, pues al despertar se encontró vestida y estaba segura de que se había dormido desnuda en sus brazos, pero alguien debió colocarle ese vestido o...

Miró a su alrededor aturdida y tiritando, pues la habitación estaba muy fría y cuando quitó la manta tembló aun más.

Entonces descubrió que su vestido estaba manchado y también la cama.

—Lady Arabella, al fin despertó. Le traje su desayuno—dijo Dolly.

Ella la miró aturdida y algo avergonzada de que viera la cama manchada con sangre.

—Necesito darme un baño ahora, la cama...

Dolly se puso seria.

—No se preocupe, avisaré a Clarise que traiga agua caliente. Yo la

ayudaré pero antes coma algo, son más de las diez. El señor salió temprano y dijo que la dejara descansar pero usted sabe que no le agrada que no se alimente bien.

Arabella tomó un trozo de pan, queso y un tazón de leche. No pudo comer más, sólo quería lavarse.

—¿Dónde está mi esposo, Dolly?—quiso saber.

—Salió temprano a recorrer las tierras, lady Arabella. Estaba muy alegre esta mañana y me pidió que no la despertara. Dormía como un lirón.

Arabella se puso colorada al sentir la mirada de su doncella que parecía querer saber algo más de lo que había pasado, pero no dijo nada. Hasta que la ayudó a bañarse.

—Me duele un poco, me arde—se quejó al sentir el agua caliente en su pubis.

Dolly se puso seria.

—No se preocupe, el dolor pasará. La primera vez es muy molesto, luego no.

Arabella la miró con curiosidad.

—¿Pero cómo sabes eso, Dolly?

—Estuve casada hace tiempo, lady Arabella pero él se fue con una campesina que conoció en el pueblo. Siempre me esforzaba en complacerle, por ser una buena esposa pero él era muy guapo y siempre lo perseguían las

mujeres. No lo dejaban en paz... hasta que una se lo llevó.

—¿Trabajaba aquí?

Dolly asintió mientras la ayudaba a secarse el cabello y el cuerpo.

—¿Y por qué mi esposo no envió a buscarlo? Era tu esposo, Dolly.

La doncella tenía la mirada ausente mientras continuaba el relato.

—Desapareció, lady Arabella, nunca pudieron encontrarlo y yo me quedé aquí sola. Al menos no quedé preñada porque eso habría sido más complicado aún.

Arabella se sintió mejor después del baño, ya no sentía dolor en su sexo ni tampoco sangraba. Luego recordó la noche anterior y se ruborizó ante la mirada curiosa de Dolly a través del espejo.

—Fue muy osada lady Arabella, anoche, temí que su esposo... disculpe, estaba cerca cuando riñeron y temí que la dejara encerrada.

La joven sonrió.

—Me escondí en el santuario de Caprice y él entró allí y me encontró. Pensé que no se atrevería a ir.

—Fue muy arriesgado señora, no lo haga de nuevo, no se enfade así con él... y mucho menos, no le diga que va a abandonarlo, él está loco por usted. Por eso es tan celoso.

—No iba a abandonarlo, Dolly, sólo se lo dije porque estaba harta de tanto dolor, de tanta soledad. Tú lo sabes Dolly, él no ha sido un buen esposo.

—Sí, lo sé, lady Arabella. Pero él la ama, todos lo dicen. Esas cosas se saben... no crea que se lo digo para consolarla ni nada y sé que usted le quiere, que sufre por su causa. Pero no le diga esas cosas porque él no lo olvidará y luego...

—Ahora soy su esposa Dolly, fui suya anoche y espero que eso cambie todo. Él nunca me había tocado Dolly, en nuestra noche de bodas me rechazó, dijo que no estaba preparada y... no volvió a hacerlo.

Dolly se puso pálida, como si no pudiera creerlo.

—Pensé que era usted que se negaba a sus brazos, señora. Las damas nobles no soportan fácilmente la intimidad, no fueron educadas para esos menesteres y...

—Jamás me habría negado a mi esposo Dolly, fue él que se alejó de mí y me rompió el corazón porque mi matrimonio no era lo que debía ser. Y no podía decírselo a nadie, me sentía tan triste y avergonzada. Pero eso quedó atrás y ahora, sólo sueño con que nuestro matrimonio sea tan dichoso como siempre lo desee.

Dolly se quedó pensativa.

—Caprice sufría cada vez que él la tocaba lady Arabella, ella no podía soportar la intimidad con su esposo. Era un tormento para ella y cuando quedó encinta pensó que al fin se vería libre de la intimidad. No sabía que los hombres siempre necesitan eso... tal vez por eso él temía que la historia se

repitiera. Por favor, no diga a nadie que le dije esto, sólo sea más comprensiva con sir Lawrence, él tiene un temperamento fuerte como el de su padre pero es un buen hombre y si quiere ser una buena esposa para él, nunca se niegue a sus brazos, aunque no lo desee. Los hombres necesitan la intimidad. No soportan estar mucho tiempo sin una mujer en su cama. Disculpe mi franqueza. Sé que no la educaron así pero muchos matrimonios pelean por esa causa, porque las damas no quieren tener intimidad con sus maridos y luego ellos, deben buscarse una querida de forma discreta. Aunque sé que sir Lawrence jamás lo haría, él es un hombre de firmes principios y convicciones.

—Dolly, ¿cómo es que sabes tantas cosas? Me sorprendes.

—Aquí todo se sabe, lady Arabella. Los criados comentan...además trabajé para otra dama antes de venir aquí para la señora Caprice.

—¿Fuisteis su doncella?—preguntó lady Arabella.

Dolly asintió.

—¿Por eso sabéis tantas cosas de Caprice, y de mi esposo?

—Pero él no desea que hable, señora. Creo que no debí hacerlo. Por favor no diga nada o me despedirá.

—No lo haré Dolly, puedes estar tranquila. Es que no comprendo por qué no deja que nadie hable de Caprice. Él estuvo allí anoche, pensé que jamás entraba en el santuario.

—Lady Arabella, no es un santuario. No es lo que imagina, pero no

puedo decirle más que eso. Trate de no pensar en Caprice, sé que es difícil porque su esposo es viudo y las esposas siempre se obsesionan con al anterior esposa pero... eso no le hará ningún bien. Él no quiere hablar de Caprice, ni que nadie la mencione. Tiene razones para ello pero usted es ahora su esposa y debe pensar en su matrimonio, no en Caprice. Ella está muerta señora, es el pasado. Usted es el presente.

Arabella pensó que era un consejo muy sensato, y que resultaba desconcertante que su doncella le hablara con más tino que su propia familia, que pudiera hablar con ella como no podía hablar con nadie más.

Y tal vez tuviera razón. Ahora todo sería diferente. Acababa de convertirse en la esposa de Lawrence. Se estremeció al recordar sus besos y caricias.

Y cuando escuchó las doce campanadas, poco después del gran reloj de péndulo quiso verle. ¿Dónde estaría?

Pero cuando quiso salir, encontró la habitación cerrada.

No podía ser.

Y su doncella se había ido hacía un momento y no le había dicho nada.

Tocó del cordel de forma enérgica. Debía haber algún error, tal vez Dolly se confundió y cerró con llave antes de irse.

De pronto la puerta se abrió y ella corrió a su encuentro pensando que era Dolly, pero se equivocaba, era su esposo que acababa de regresar de su

paseo a caballo y se veía algo cansado, sin embargo sonrió al verla.

—Buenos días preciosa, dormías como un lirón—dijo.

Ella se acercó ilusionada y él la rodeó con sus brazos para darle un beso ardiente y apasionado.

—Iba a ir a buscarte pero la puerta estaba cerrada—se quejó.

Él la envolvió entre sus brazos.

—Es que no quería que salieras de la habitación preciosa, quería tenerte sola para mí, antes del almuerzo—le dijo llevándola lentamente a la cama.

—Entonces, ¿vais a castigarme de nuevo?—se quejó con un hilo de voz.

—No... no voy a castigaros, sólo quería que estuvieras aquí para mí cuando regresara. No os castigaré a menos que cometáis una falta, lo prometo—dijo él quitándose el chaleco y abriéndose la camisa.

Arabella se quedó mirándole sorprendida. Creía que sólo tendrían intimidad en la noche, con las luces apagadas.

Pero cuando sintió sus besos supo que lo harían ahora y él le quitó el vestido con rapidez pues se moría por besar su cuerpo y verla desnuda.

La joven se sonrojó al sentir su mirada y tembló más cuando comenzó a besar sus pechos y apretarlos con fuerza mientras sus manos acariciaban sus nalgas despacio y sus besos resbalaban por su vientre.

—No debes sentir vergüenza, sois tan hermosa. Tan dulce...—dijo antes de hundir su boca en su sexo.

Cerró los ojos turbada y se resistió.

—No, por favor... —murmuró.

Pero él la tenía atrapada y no podría escapar. Y sin embargo se sintió húmeda y excitada, sintiendo cosas que no podía entender. Y entonces lo vio desnudo. Era un hombre tan hermoso y fuerte, su pecho y brazos parecían esculpidos de piedra y sus piernas eran las de un titán, fuertes y largas y su virilidad se le antojó muy grande, pero como nunca había visto a un hombre desnudo no sabía si todos eran así.

Él sonrió al ver su desconcierto y le pidió que lo acariciara.

—Tócame—dijo.

Arabella obedeció sonrojada y lo tocó con la mano apenas, a lo largo y en la cabeza ancha y reluciente. Ahora entendía por qué le había dolido tanto la noche anterior y no entendía ni cómo pudo entrar algo tan inmenso.

—Preciosa, un día sonreiré cuando te escuche gritar de placer—dijo acariciando sus pechos y luego los besó mientras acomodaba su virilidad y la introducía en su vagina. Gimió al sentir que lo hacía con brusquedad y comenzaba a rozarla con fuerza mientras todo su cuerpo la inmovilizaba y caía sobre ella. Su lengua invadió su boca y ella se rindió a las feroces embestidas, a esa inmensidad en su vagina recién estrenada y estrecha. Y sin embargo, a

pesar del dolor le gustó, le gustó sentir ese roce, la presencia de su esposo en su cuerpo, esa unión tan íntima y anhelada. Y lentamente comenzó a relajarse mientras lo abrazaba y apretaba contra sus pechos llenos y sentía que se hundía por completo en su sexo hasta llenarla con su simiente. Sintió cómo ese líquido golpeaba en su interior mientras él suspiraba aliviado. Pero sólo era el principio, descansó un momento y luego notó que estaba firme como roca.

—Tú querías ser mi mujer preciosa, no lo olvides y ahora no escaparás a que os haga mía durante horas—le dijo al oído antes de darle un beso salvaje y rozarla de nuevo.

Arabella sintió que era el paraíso, le gustaba tanto estar en la cama con su esposo que no quería salir de allí.

Lo amaba, estaba loca por él y lo sabía. Ni siquiera sabía bien cómo había pasado pero en sus brazos se sintió como si flotara en una nube, una nube de felicidad en medio de tantos nubarrones de celos y dolor. Lawrence era su amor, su vida y pensaba que tenían un nuevo comienzo, una nueva oportunidad para estar juntos, amarse y ser felices.

La inminente llegada del invierno se hizo sentir en Wensthwood, los días se hicieron fríos, tanto, que en ocasiones sólo podía salir a media mañana porque estaba helado y su esposo temía que fuera a resfriarse.

Pero a la mansión entraban y salían invitados, parientes y amigos y

también cartas.

Y fue por ellas que se enteró que su hermana Beatrice acababa de comprometerse con un caballero viudo, amigo de su padre. Conocía a sir Edward Merton muy bien y Arabella pensó que ese hombre era muy viejo para su hermana y tampoco era muy guapo. ¿Por qué habría aceptado casarse con él?

Luego se dijo que ella también había aceptado casarse con su marido porque su familia la había obligado. Tan sencillo como eso.

Estaba leyendo cuando su esposo apareció muy serio.

—¿Quién os dio las cartas, Arabella?—preguntó como si leer su correspondencia fuera un delito.

—Disculpa, sólo leí las que estaban dirigidas a mí—le respondió.

Él se quedó tieso al comienzo y miró las cartas con expresión fiera.

—Pues no debiste hacerlo. No hasta que yo las leyera primero.

Arabella supo que había hecho algo mal y le entregó las cartas de inmediato.

—Lo siento, sir Lawrence.

Notó que su marido tomaba las cartas y las leía sin decir palabra.

Ignoraba que hiciera eso.

Bueno, ahora entendía por qué las cartas siempre llegaban abiertas a sus manos, debió imaginarlo. Su padre hacía lo mismo. Él leía todas las cartas

o su madre lo hacía y luego nos entregaban la correspondencia a mis hermanas y a mí. Solía recibir cartas de mis primas, amigas, pues estaba de moda cartearnos pero mis padres lo sabían, sin embargo, a pesar de que esas cartas eran intrascendentes en una ocasión retaron a mi hermana mayor porque una de sus amigas del colegio le habló de que se había besado con su primo en secreto. Eso era inadecuado y desde ese día no hubo más cartas de esa joven.

No podía creer que su marido pensara que alguien iba a escribirle algo que fuera inapropiado, pero allí estaba, celoso y alerta con lo que pudiera descubrir.

Arabella lo miró asustada. No entendía por qué tenía esos celos. Sin embargo lo vio relajarse un poco y poner expresión de aburrimiento mientras leía la carta de su madre.

¡Qué suerte que no le había escrito nunca a su tía quejándose de su marido! Pensó, creyendo que era una ingenua al imaginar que él no leía sus cartas.

—Ten querida, puedes leer las cartas ahora pero recuerda lo que os dije. Cuando veas cartas en la bandeja de plata del comedor dirigidas a ti, espera a que las lea y luego estén en vuestra mesa de luz para ser leídas.

Arabella lo aceptó sin entender por qué lo hacía. ¿Acaso creía que recibiría cartas inapropiadas?

—Ahora ven preciosa, hace mucho frío aquí y te llevaré a nuestro

dormitorio. Te ves pálida. Creo que deberías descansar—dijo.

Ella sonrió cuando tomó su mano y la condujo a su alcoba, aunque luego se preguntó si eso no sería un castigo por haber cometido una falta. Era un hombre tan estricto y no podía creer que actuara como su tutor otra vez.

Pero cuando la puerta se cerró, supo que él no quería castigarla, se había quitado el chaleco y la miraba con una sonrisa.

Arabella se sentó en la cama y lo miró inquieta y excitada por lo que pasaría luego. Sintió que su corazón latía acelerado cuando se acercó y la tendió en la cama para besarla. Se moría por hacerle el amor, lo sintió cuando comenzó a besar sus labios y sus besos resbalaron por sus pechos. Sin embargo, no se detuvo como otras veces en demorar la cópula sino que poco después separó sus piernas despacio y sin más introdujo su miembro duro y erguido en su vientre tan rápido que ella gimió y murmuró. “Aguarda, ve despacio”.

Él la miró y atrapó sus labios y su boca llenándola con su lengua mientras se hundía por completo en su monte con la desesperación de un loco y comenzaba a rozarla. Sintió que no era delicado como siempre, que algo le pasaba pero se quedó quieta y lo abrazó y se entregó a él porque era su marido y sabía que nunca podría negarse. Ni ella querría hacerlo.

Cuando sintió que la mojaba notó que se calmaba y sus caricias se volvían tiernas. Pero no la dejó en paz. Quería hacerlo de nuevo y a pesar de

que escucharon las campanadas anunciando el almuerzo, ella no pudo ir porque su marido la estaba poseyendo de nuevo. Sabía que una sola vez era poco para él, se había acostumbrado a ello y lo aceptaba y lo abrazó pero él quería hacer algo más y cuando quitó su miembro para tenderla de espalda lo miró espantada. No sabía lo que planeaba pero...

—Quédate quieta preciosa, quiero que seas toda mía—le dijo.

Arabella tardó en comprender lo que planeaba hasta que lo supo. Quería introducir su miembro en sus nalgas y eso la asustó un poco.

—Tranquila, no temas, eres mi esposa ahora y tu deber es complacerme—le recordó él.

Pero ella se asustó y quiso correr, no estaba preparada para esos juegos y Lawrence rió al ver que se le escapaba.

—Cálmate preciosa, ven aquí, no te haré daño, no me mires así. Tienes un cuerpo hermoso y un trasero que me tienta, ángel—dijo.

Arabella cayó rendida en la cama boca abajo mientras él la convencía con besos y caricias. No podría escapar de complacerle pero él al notar que estaba tan asustada desistió de intentarlo y al ver su vagina blanca y rosada húmeda decidió introducirse en su monte y probar esa posición que lo excitaba como a un demonio.

Primero debía calmarla. Hacer que se tranquilizara y se rindiera a él. Notó que lo hacía, que lentamente disfrutaba esa cópula y él atrapó sus labios

y besó su cuello y apretó sus pechos hasta que lo hizo, la llenó con unas gotas de semen y luego retiró su miembro y lo introdujo en sus nalgas, húmedo y lubricado como estaba.

Ella no se resistió pero él lo hizo muy despacio, muy lentamente porque sabía que nunca lo había hecho.

—Preciosa, eres tan hermosa, no temas... es sólo otra forma de saber que eres mía, mía por completo—dijo y pudo introducirse en ese canal hasta el fondo y comenzó a rozarla una y otra vez al sentir que ella se rendía y suspiraba por la feroz invasión y por sus caricias con sus dedos.

Arabella gimió de placer al sentir que su vagina se contraía de forma rítmica, no sabía qué era pero pensó que nunca había sentido algo tan maravilloso en su vida y comenzó a moverse de forma instintiva y él supo que no podría aguantar más su placer y llenó sus nalgas con su semen, lo hizo mientras la besaba y la apretaba contra la cama y suspiraba de alivio y placer.

—Ahora eres mía, mía por completo, cielo—le dijo al oído.

Ella se emocionó al sentir su abrazo apretado y pensó que nadie le había avisado de eso, todo era nuevo para la joven, nuevo y excitante. Pensó que algún día la amaría tanto como a Caprice, que si le complacía en todo y era una esposa obediente, todo iría bien.

Y al principio todo estuvo muy bien en ese sentido.

Hasta que comenzaron los celos.

Una tarde, la señora Edelweiss los invitó a su fiesta.

El tiempo era benigno, había mucho sol y excepto por las nubes y el viento algo fresco, era un día maravilloso. Arabella deseaba poder dar fiestas en Wensthwood pero su marido frenó su entusiasmo porque dijo que no le agradaban y lo consideraba un gasto superfluo.

La joven no insistió pero ella quería salir un poco y hacer sociabilidad y nuevas amigas en el condado.

La señora Elen Edelweiss era muy simpática y sociable, tenía muchas amigas y ella quería ser incluida en su círculo de amistades. Recibir esa invitación era una buena señal.

Sus parientes y primas, sus viejas amigas ya no la visitaban como antes. Suponía que por el mal tiempo y la distancia.

Y mientras se aprontaba para salir Dolly terminó de peinarla con un moño y le dijo que estaba hermosa.

—Será la envidia de la fiesta, señora Arabella—dijo.

Entonces, vio a su marido mirándola por el espejo muy serio, casi disgustado.

La joven le sonrió pero él no respondió a su sonrisa.

Y cuando una hora después llegaron a la fiesta siguió con esa cara larga, alerta a todo y pendiente de su ella.

Arabella se dio de lo que pasaba cuando la vio conversando con un

caballero y su cara se transformó, sufría de celos, no podía soportar que otro hombre se acercara a ella a conversar. No era la primera vez que lo veía ponerse así. ¿Por qué? ¿Acaso la creía una coqueta?

La joven se alejó y se reunió con su esposo pero él no la invitó a bailar ni le habló el resto de la velada. Y al final, se quedó sentada en un rincón conversando una anciana demasiado vieja para unirse al baile. Su esposo se había alejado para conversar con unos caballeros y la joven optó por quedarse allí, aburrida como un hongo a pesar de que se moría por bailar, no quería despertar sus celos.

Celos

Arabella deseaba hacer nuevas amistades en el condado, y por eso fue a visitar a Edelweiss con su esposo en varias ocasiones. Sin embargo él no parecía muy contento con la idea. Volvía a sufrir celos, o no le agradaba que saliera sola, en realidad Dolly era quien la acompañaba cuando su esposo no podía.

Eran cerca de las cuatro cuando asistió a un té en la casa de lady Anne Wellington, la amiga más cercana de Edelweiss. Para la ocasión llevaba un vestido no muy lujoso color beige junto a una pequeña carterita que en realidad servía de adorno pues dentro sólo tenía un pañuelo, guantes blancos y una capa por si refrescaba.

Durante el viaje habló con Dolly sobre los celos de su esposo.

—Cada vez que me acompaña es como si... tengo la sensación de que me observa y cree que... No sé lo que piensa pero no parecerle que haga nuevas amistades.

Dolly se puso seria.

—Es que su esposo es muy celoso, lady Arabella—le respondió.

—Es demasiado, no hay manera que... he tratado de hablarle pero él lo niega. Niega ser celoso.

Dolly sonrió.

—Señora, es que está loco por usted y no confía en nadie de ese

condado. No todos son caballeros tan respetables. Es por eso. No le dé importancia. Al contrario, debería sentirse feliz porque sus celos significaban amor y devoción.

Arabella sonrió.

—¿Tú lo crees?

—Por supuesto. Él vive pendiente de usted y le aseguro que... jamás lo vi tan celoso. Sir Lawrence no era así antes.

Aquello la intrigó.

—¿Y cómo era mi esposo antes, Dolly?

—Era muy alegre, un hombre confiado, tan bueno. Su padre tenía miedo por eso y lo envió a Londres una temporada para que se endureciera un poco. Sin embargo él no cambió, ni tampoco cuando estaba casado con Caprice...

De nuevo Caprice. Y con ella la prohibición de mencionarla.

—¿Entonces dices que fue su anterior esposa quien lo cambió?

Dolly asintió.

—No puedo decirle por qué, perdóneme lady Arabella. Sólo quise responder a su pregunta lo mejor que pude hacerlo. Sir Lawrence cambió, su carácter se resintió pero eso no es más que una coraza señora, creo que su esposo tiene un corazón bueno y tierno. A pesar de sus celos y temperamento. Él está enamorado de usted y por eso sufre de celos. Tiene miedo. Eso es todo.

No es su culpa. Él sabe que es toda una dama y que jamás cometería una indiscreción, no es por usted, es por él. Sea paciente, ya se le pasará.

Arabella sonrió feliz pensando que él la amaba y por eso sufría de celos, y pensó que su doncella era la persona que más conocía a su marido y también a Caprice. Sabía bien la historia de ese matrimonio pero no podía decírselo.

—Dolly, quiero darte las gracias, tus palabras me han dado alivio sí pero ... no me siento tan segura de que sea así. En ocasiones mi esposo se aleja de mí, no me habla, cuando algo le molesta se va, se aleja y no hay manera de que se quede y me diga lo que le pasa.

—Es su forma de ser, no quiere reñir.

—Dolly, no me engañes... Sé que él no me ama como amó a Caprice. Y pienso que si al menos pudiera quedar encinta pero...

—Lady Arabella algunas damas tardan en quedar embarazadas la primera vez, usted es muy joven y además...

Arabella se puso colorada.

—Debería estar embarazada, Dolly.

—Tenga paciencia. Y quiero darle un consejo íntimo si me lo permite, lady Arabella.

Ella la miró intrigada.

—¿De qué se trata, Dolly?—quiso saber.

—Bueno, es que oí algo una vez que recetó un doctor a una señora del condado que no lograba quedar embarazada y sufría ataques de nervios. Debe estar tranquila lady Arabella, no obsesionarse con eso y luego de la intimidad... no debe correr a darse un baño. Debe quedarse quieta en la cama. Disculpe mi franqueza pero el aseo inmediato hace que la semilla salga de su cuerpo, y es allí donde debe estar para que pueda convertirse en un bebé.

Arabella pestañeó inquieta. ¿Cómo decirle a su doncella que su esposo le hacía el amor en los momentos más inoportunos, no sólo en las noches, sino que tenía la costumbre de hacerlo luego del almuerzo, cuando se retiraban a descansar, y ella no podía ir así a ver a sus amigas. Necesitaba asearse.

Como ese día por ejemplo, cuando estaba lista para ir al té Lawrence se acercó y la abrazó y le dijo que estaba hermosa.

—Ven aquí a la cama, es temprano—insistió.

—No puedo, nos espera lady Wellington. ¿Lo olvidas?

—Al diablo con esa fiesta, yo sólo quiero tenerte a ti—le dijo y le quitó el vestido. Sabía que no podría negarse a sus brazos ni querría hacerlo. Ella era demasiado tímida para tomar la iniciativa y además, él siempre la buscaba y Arabella extrañaba que no lo hiciera.

Hacer el amor con su marido era toda una aventura. Nunca era igual y esa tarde la desnudó y luego de acariciar sus pechos y besarla introdujo su miembro y no se detuvo hasta dejarla mojada. Empapada y ella, avergonzada

de tener que ir a una fiesta en ese estado, corrió a darse un baño.

Suspiró al recordar esa cópula rápida y habría deseado quedarse con él cuando supo que no iba a acompañarla, pero se moría por pasear, no podía pasarse encerrada en Wensthwood, necesitaba hacer amigas.

—Lo haré, Dolly—dijo y suspiró pensando en su esposo.

Cuando llegaron a la mansión de lady Wellington observó maravillada los espléndidos jardines y luego, al entrar en el salón se sintió levemente cohibida, a pesar de que su anfitriona fue corriendo a recibirla y se esmeró por hacerla sentir bienvenida presentándose a sus amigas más cercanas.

Tras vencer su timidez fue capaz de sentarse y jugar una partida de cartas con un grupo de seis jóvenes damas de su edad, recién casadas como ella.

De pronto se preguntó por qué no había ninguna dama encinta en la reunión y le hizo esa pregunta a lady Anne.

Ella le sonrió.

—Las damas en estado avanzado de preñez no van a tertulias, Arabella. Se quedan en casa haciendo reposo hasta la llegada de su hijo. ¿No lo sabías?

Arabella se puso colorada al sentir la mirada azul de su anfitriona. Era una dama hermosa, con un cabello rubio y unos bucles perfectos.

—Qué extraño, a casa de mi madre asistían damas en avanzado estado

de preñez. Eran amigas suyas y nunca las vi alejarse.

—Bueno, algunas lo hacen pero no es prudente, podría perder a su hijo por no hacer la debida quietud. ¿Pero por qué lo preguntas? ¿Acaso estáis esperando un bebé?

Arabella se puso colorada al sentir muchos ojos puestos en ella.

—No... todavía no.

—¿Pero cuándo os casasteis, querida?—preguntó una joven de nariz larga y mirada astuta.

—Hace cuatro meses casi—respondió.

No era una fecha exacta, y su madre no dejaba de preguntarle si tenía noticias cada vez que la veía.

—Es muy pronto y tú eres muy joven, ¿verdad?—insistió la joven de nariz larga. Había algo de burla en su expresión o tal vez lo imaginó.

—Tengo dieciocho.

—¿Dieciocho y lleváis cuatro meses casada? Mi padre jamás lo habría permitido. Sois casi una niña—le respondió nariz larga.

Arabella no replicó y fue su anfitriona quien la salvó de ese momento incómodo invitándola a dar un paseo por el salón.

—Ven querida, quiero presentarte a mis amigas.

Cuando se alejaban, tomadas de la mano, Anne le dijo:

—Disculpa a Cathy, ella es algo ácida porque... se ha vuelto una

rebelde que está en contra del matrimonio y que las mujeres nos casemos tan jóvenes. Está organizando algo llamado liga de las mujeres y tienen pensado luchar por el divorcio y el voto femenino. Ambas cosas son impensables y una completa locura. Es decir, el matrimonio es sagrado y sólo la muerte puede terminar con él y el sufragio... pues yo creo que a las mujeres no nos interesa para nada la política.

—Estoy de acuerdo contigo Anne, ¿quién cuidará de nosotras si perdemos a nuestros esposos? Creo que Cathy tiene ideas que van contra las buenas costumbres pero no me sorprende, mi tía Nell estaría encantada de formar parte de esa liga de mujeres, la pobre es una solterona que tiene muy mala opinión de los hombres.

Anne rió.

—Sí, no te preocupes, en todas las familias hay muchas tías como esa y también señoritas como Cathy. Yo la aprecio porque su padre es primo de mi madre y el parentesco es un lazo sagrado pero no comparto para nada sus ideas locas y progresistas. Creo que ella es como el salmón que nada contra la corriente. Y no me preocupa para nada que intenten promover la ley del divorcio porque nuestra reina defiende el matrimonio y las buenas costumbres y ha dicho que no la aprobará. Pero en Londres muchos caballeros liberales creen que pueden cambiar de esposa como de camisa, sin importarles más que sus deseos mezquinos. Pero la reina no lo permitirá. Ella defiende el

matrimonio y a las mujeres por supuesto.

Sin embargo su prima Cathy no fue lo único malo que le pasó en esa tertulia, pues mientras conversaba y le presentaban a las amigas de su anfitriona escuchó una conversación que la dejó muy alterada.

—No se parece en nada a Caprice—dijo un caballero.

—Oh, por supuesto que no. Caprice era un ángel. No hay una mujer que le llegue a los talones en todo el condado. Era una joven preciosa, tan buena. Además a esa jovencita le falta un buen hervor.

—Eso mismo digo yo... un buen hervor.

—Caprice era una mujer preciosa, qué triste que su vida terminara así—dijo otra voz.

—Lo triste fue que la casaran con ese hombre tan malo y desconsiderado.

No pudo seguir escuchando la conversación y se alejó.

De nuevo el fantasma de Caprice presente en su matrimonio, en su vida, a donde fuera ella estaría allí. Y lo peor no era que dijeran que le faltaba un hervor, sino que comentaran que su esposo era malo y desconsiderado con Caprice.

De regreso a Wensthwood, le comentó a su doncella la extraña conversación que había escuchado. Se sentía abatida y se preguntó si lady Wellington también la consideraba tonta y aniñada.

Dolly sin reparos que eran poco educados al hacer esos comentarios.

—¿Es verdad, Dolly? ¿Caprice era un ángel y mi esposo no fue bueno con ella? ¿Por qué todos creen que es un ángel?

—Señora Arabella, la gente habla y dice tonterías. No debieron decir eso a sus espaldas, rebela muy poca educación y también maldad. Usted es una dama casada, no una colegiala y me causa disgusto pensar que ha tenido que soportar que esa dama remilgada la llamara inmadura. Creo que ha sido demasiado atrevimiento y maldad, aunque yo diría que es envidia porque muchas damas que usted ha mencionado coqueteaban con su marido cuando él quedó viudo y venían aquí a invitarle a sus reuniones. Él jamás les prestó atención y por eso ahora están celosas que saber que se casó con usted.

—Dolly, no me has respondido sobre Caprice.

—Señora Arabella, usted es una joven preciosa y su esposo la adora, no necesita preocuparse por su esposa anterior. La pobre está en el cielo, muy lejos de todo y usted parece obsesionada pensando que su esposo todavía la ama pero no es verdad. Él quiso olvidarla, lady Arabella, y a pesar de que luego de su muerte dijo que no tomaría esposa dos años después se casó con usted señora. Y usted es su esposa y su nueva familia, debe luchar por su matrimonio y por ser feliz en vez de tratar de saber qué pasó con Caprice.

Arabella guardó silencio hasta que vio por la ventanilla del carruaje Wensthwood, su hogar.

—Quisiera olvidarla, Dolly, dejar de pensar en ella pero siempre la nombran y es como un fantasma, ella está allí como si quisiera decirme algo. Dolly, hay algo misterioso en todo esto no es así? Sus habitaciones cerradas, el que mi esposo prohibiera hablar de ella.

Dolly la miró con fijeza.

—Señora Arabella, sólo puedo decirle que no fue un matrimonio feliz y que su esposo carga con una dura cruz por ello. Porque Caprice se suicidó en la playa.

Ella lo sabía por supuesto, por Melania, la prima de su marido.

—¿Entonces es cierto eso? ¿Pero por qué lo hizo, Dolly? ¿Tan desdichada era?

Dolly asintió.

—Perdió un embarazo, lady Arabella. Y no soportaba tener intimidad con su marido. No estaba hecha para el matrimonio, ¿comprende? Hay mujeres así. Y sir Lawrence se moría por estar con ella, la amaba y para los hombres... es muy importante la intimidad porque es una de las razones para que tienen una esposa, lady Arabella.

Sí, ella lo sabía. Su esposo era ardiente y sensual y le hacía el amor casi todos los días.

—¿Y por eso cometió la locura de lanzarse al mar ese día helado? No puedo creerlo, Dolly.

—Es verdad, lady Arabella. Caprice no era feliz y me contaba cosas que no puedo revelar. Son confesiones íntimas, ¿comprende? No puedo decirle. Pero no hay dudas de que se suicidó y fue tan horrible que su esposo estuvo a punto de hacer una locura. No podía concebir su vida sin su esposa, se sentía culpable.

Dolly calló de repente, acaban de llegar a Wensthwood y allí estaba prohibido hablar de Caprice.

Su esposo aguardaba impaciente en el salón.

—Habéis tardado demasiado—dijo.

Arabella notó que Lawrence estaba nervioso y con cara de celoso. No estaba solo, un grupo de amigos aguardaba para disfrutar de la cena.

Se disculpó y saludó a los presentes. Luego se alejó para cambiarse para la cena.

Sin embargo Lawrence apareció en la puerta y él preguntó cómo había estado la reunión.

Arabella le dijo todo con la mirada, no pudo aguantarse.

—¿Qué pasó, pequeña? Te ves triste—dijo él.

Arabella le habló de esa joven, Cathy Raveston pero no mencionó los comentarios que escuchó de Caprice.

—¿Cathy Raveston? Dios mío, esa mujer es una harpía. La conozco. No quiero que hagas amistad con ella, está reuniendo jóvenes para quejarse

por el sufragio y el divorcio. Una pequeña revoltosa.

Arabella sonrió cuando su esposo dijo eso y él la besó.

—Te eché de menos pequeña. ¿Por qué te fuiste hoy? Quería que te quedaras—le dijo rodeándola con sus brazos.

Arabella respondió a su abrazo con un beso tímido y él lo convirtió en ardiente. En un abrazo apretado, mientras la llevaba despacio a la cama.

Al adivinar sus intenciones Arabella le recordó que tenían invitados, pero él sonrió.

—Tendrán que esperar, preciosa. Ven aquí.

Antes de que pudiera protestar ya le había quitado el vestido y la llenaba de besos y caricias. Ella no pudo resistirse y cuando sintió que llenaba su monte de besos húmedos supo que estaba perdida, no escaparía ni querría hacerlo...

—Arabella, eres tan hermosa—le dijo al oído mientras la llenaba con su semilla y la apretaba contra la cama con gesto posesivo.

Ella lo miró y sonrió. Lo amaba tanto y de pronto se lo dijo entre susurros y sus palabras se perdieron entre suspiros cuando su marido volvió a besarla y la retuvo para hacerlo de nuevo. No podría escapar y no le importó, quería quedarse con él.

Entonces llegó la tormenta.

Una mañana amaneció tan oscuro que no parecía un amanecer sino por el contrario, no había luz pues las nubes plomizas cubrían por completo el sol y los truenos no tardaron en sentirse.

Se avecinaba una gran tormenta de invierno y Arabella despertó asustada, sin saber qué pasaba, inquieta por los truenos.

Estaba sola en su habitación y decidió salir a investigar.

¿Qué hora serían? ¿Acaso todavía era de noche?

Por un instante dio vueltas confundidas, preguntándose dónde estaría su marido.

Entonces vio a Dolly y a otras criadas que iban de un sitio a otro cerrando y asegurando ventanas.

—Dolly, ¿qué está pasando?

Su doncella la miró.

—No tema señora, es un tormenta. Necesitamos cerrar todo. Regrese a su habitación, le llevaré el desayuno en un momento.

Arabella obedeció pero no pudo evitar sentirse nerviosa por toda la situación, nunca había ocurrido eso. En invierno hizo mucho frío y estuvieron aislados durante semanas por la nieve sin embargo nunca había presenciado una tormenta como esa.

Dolly apareció poco después con el desayuno.

—¿Dónde está mi esposo, Dolly?—le preguntó.

Su doncella la miró.

—No lo sé... creo que fue a ayudar hace un momento, pero no salga de la habitación, quédese allí por favor lady Arabella.

Pero ella no pensaba obedecer. Apenas pudo comer un trozo de pudding y leche fresca. Temblaba de pensar que algo podía ocurrirle a su marido. ¿Acaso había salido de la mansión? ¿Por qué su doncella parecía tan asustada?

Y a pesar de que le dijo que permaneciera en sus aposentos, no le hizo caso. Tomó una lámpara de aceite y salió a investigar porque la casa estaba tan oscura como si fuera de noche.

Avanzó por el corredor y escuchó los rayos y un trueno que hizo temblar la casa.

La furia se desató con la lluvia y al mirar por el ventanal del comedor vio que era una tormenta espantosa. ¿Dónde estaba su esposo? no se quedaría encerrada esperándole. Si algo le ocurría...

—Lady Arabella, regrese a su habitación—dijo el ama de llaves.

—¿Dónde está mi esposo, señora Stuart? ¿Por qué no está aquí?

El ama de llaves hizo un gesto de apretar los labios y luego habló.

—Pronto vendrá lady Arabella, regrese a su habitación por favor. Puede romperse un vidrio ni se le ocurra salir afuera.

—¿Mi esposo está afuera? ¿Por qué dejaron que saliera?—chilló la

joven.

—Señora, sir Lawrence es quien manda aquí, ¿acaso cree que alguien podría impedir que saliera? Pero no se preocupe, él no está solo, salió con los criados, lady Arabella. Regresará pronto, no se preocupe.

Pero ella no se quedaría quieta esperando, no lo haría.

Sin embargo, cuando quiso salir notó que la tormenta era peligrosa, había rayos por todas partes y lloró al pensar en su pobre marido a merced de los elementos. ¿Por qué tuvo que marcharse un día como ese?

—No se inquiete lady Arabella, él sabrá regresar.

Pero la joven comenzó a desesperarse y lloró, lloró temiendo lo peor y en vano su doncella trató de consolarla.

Y cuando de repente lo vio aparecer empapado corrió a su encuentro emocionada.

Su esposo la miró sorprendido.

—¿Qué tienes, preciosa? ¿Acaso estabas llorando?—dijo sin entender nada.

Sólo estaba mojado y embarrado y molesto pero satisfecho porque habían podido encerrar a todos los animales dentro del cerco.

—Es que vi esos rayos y me asusté mucho cuando supe que estabas allí.

—Estoy bien, mojado y nada más.

Sus ojos la miraron sonrientes y luego le dieron un beso.

—Tranquila pequeña, estoy bien. Hace falta más que una tormenta para liquidarme—agregó.

Fue a sus aposentos a cambiarse la ropa húmeda pero cuando se desnudó pensó que no había prisa por vestirse de nuevo.

Arabella lo miró desde un rincón y de pronto dio un respingo al sentir un rayo atravesar la campiña. ¡Qué día tan endemoniado!

—Maldita tormenta—se quejó el caballero y luego se acercó a su esposa para abrazarla, se veía tan asustada.

—No temas preciosa, la casa resistirá, es fuerte y por lo demás, no hay nada más que podamos hacer. Ven aquí...

Arabella suspiró al sentir sus besos. Tenía a su esposo medio desnudo y lo miraba con una mezcla de deseo y timidez. Pero cuando adivinó sus intenciones sonrió.

Y él nada perezoso la llevó a la cama para hacerle el amor. Al diablo con la tormenta.

—Tranquila, creo que lo peor ya ha pasado. Son tormentas de invierno de frío y lluvia—le explicó él mientras la ayudaba a quitarse el vestido.

Arabella secó sus lágrimas, pues todavía le duraba el susto.

—Tuve tanto miedo, Lawrence—le confesó.

Él secó sus lágrimas y la abrazó con fuerza.

—Preciosa, ya pasó, tranquila, ven aquí...—le dijo al oído—volví y estoy bien.

Arabella sonrió y él la envolvió entre sus brazos y le dio un beso ardiente y apasionado.

Y mientras hacían el amor ella lloró y le dijo que lo amaba.

—Te amo más que a mi vida, Lawrence.

Y esas palabras salieron de su corazón, de su alma. Amaba a su esposo, a pesar de que al comienzo su matrimonio había sido tormentoso o tal vez por eso mismo.

Él se puso serio y la besó.

—Y si algo te hubiera pasado yo...

—Nada me ha pasado, preciosa. Ven aquí. Tranquila.

Cuando hacían el amor ella sentía que él la amaba pero necesitaba tanto saber que era así, oírlo de sus labios. No le alcanzaba con que fuera cariñoso y apasionado, quería tener la certeza. Que la amara como había amado a Caprice, que la amara tanto que sufriera la angustia que ella estaba sintiendo al pensar que podía perderla. Que se volviera loco de celos, que se volviera loco de amor por ella.

Pero debía tener paciencia y dejar de obsesionarse con el amor, el amor era como una flor que crecía y florecía muy lentamente. No podía apresurarse ni... él debía amarla, era su esposa, su mujer ahora y en la

intimidad era tan apasionado. A pesar de su inexperiencia era algo que sentía en su corazón, en su piel.

Y ese día se quedaron en su habitación, almorzaron y se durmieron una larga siesta. Arabella tenía mucho sueño y luego de hacer el amor de nuevo cayó rendida, sin poder moverse. En un sueño profundo, en sus brazos.

La sombra de Caprice

Pero la lluvia duró días y la propiedad quedó cubierta de agua y aislada. Fue entonces que Arabella comenzó a sentirse mal, mareada y su esposo no tardó en notarlo.

Una mañana mientras desayunaban en el gran comedor la notó muy pálida.

—Estoy bien, querido—respondió ella evasiva.

Pero los malestares continuaron y esa tarde, cuando se levantaba de la siesta tuvo un mareo tan fuerte que de no haber estado su marido cerca habría caído al piso.

—Arabella, ¿qué tienes?

Su esposo se desesperó y envió a buscar un médico de inmediato.

Pero este tardó en llegar un montón de horas pues los caminos estaban inundados.

Cuando llegó el pobre hombre tenía los zapatos y pantalones embarrados.

Sir Lawrence estaba muy alterado diciendo que su esposa sufría mareos y estaba muy pálida. Tenía náuseas y...

Cuando supo los síntomas y la examinó y le hizo preguntas supo la verdad.

Su marido entró en la habitación sin golpear, con la mirada encendida

por la rabia y los celos.

—¿Qué tiene mi esposa, doctor?—preguntó alarmado.

Arabella se puso muy colorada y luego sonrió.

Al menos ya no estaba tan pálida.

—Su esposa está esperando un bebé, sir Lawrence. Enhorabuena. Lo felicito.

El caballero se quedó tieso, no podía creerlo y luego, al comprender que era verdad se acercó y la abrazó.

Y cuando se quedaron a solos para conversar él le preguntó por qué no se lo había dicho.

Ella dijo que no estaba segura.

—Fue Dolly quien lo sospechó porque hacía varias semanas que no tenía la regla—le respondió.

Su esposo la abrazó y le dio un beso ardiente y apasionado. Sus noches de amor habían dado su fruto y ahora tenía un bebé en su vientre.

Él acarició su cintura y se puso serio.

—Quédate aquí, no te muevas. Debes cuidarte y no quiero que des caminatas ni que salgas en carruaje.

Arabella sonrió emocionada.

Un hijo. Llevaba un hijo suyo en su vientre. Nadie más diría que era una esposa estéril como habían insinuado sus familiares.

Dolly fue la primera en felicitarla.

—La felicito, lady Arabella. Qué estupenda noticia—dijo.

La joven se sonrojó.

—Arabella, quédate acostada—insistió su esposo.

Él comenzó a cuidarla más que antes, la miraba distinto y ya no sufría esos celos ni malhumores. Al contrario, todos los días estaba de mejor humor, alegre, a pesar de que todavía persistían los daños de la tormenta y era necesario reparar techos y demás.

Su vida cambió luego de decirle que estaba esperando un bebé.

Arabella se sentía en las nubes.

No le importaba tener que renunciar a las fiestas y paseos matinales.

Tenía que cuidar a su bebé y por eso, se quedó muy quieta las primeras semanas.

Lo único que extrañó fue que su marido dejara de tocarla y que durante días se durmiera abrazado a su lado pero sin intentar besarla ni muchos menos hacerle el amor.

Suponía que era por el bebé.

A pesar de que su madrina le había explicado que eso no impedía que tuvieran intimidad al parecer él prefería esperar.

Pero tampoco podía quedarse todo el día acostada y un día, decidió dar un pequeño paseo por los jardines aprovechando el buen tiempo.

Dolly la acompañó y aprovechó que su marido había salido temprano al pueblo a hacer unas diligencias.

Acababa de escribirle a su madre para darle la noticia y también a sus primas.

Le sobraba el tiempo cuando decidió dar un paseo por los jardines. Sólo saldría un momento a tomar aire.

Pero cuando llegaba a las escaleras tuvo una visión inquietante y se detuvo.

No muy lejos de allí había una sombra deslizándose hacia el piso superior sin detenerse. Arabella se asió a la barandilla mientras luchaba por no gritar porque sabía lo que era: era el fantasma de Caprice acechándola.

Maldita sea. Esa fantasma debía sentir celos de ella ahora que iba a tener un bebé y por eso...

Cerró los ojos al instante y respiró hondo para que la visión se fuera. ¿Acaso lo había imaginado todo?

Pero al abrir los ojos la sombra estaba allí, inmóvil en el piso superior y ese algo fantasmal la miraba desde la penumbra, la observaba.

Entonces escuchó la voz de su fiel doncella y dio un respingo.

—Lady Arabella, ¿qué ocurre? Señora, no debe usted abandonar su habitación.

La joven dama miró a Dolly con una mezcla de alivio y reserva.

—Sólo iba a dar un paseo, querida Dolly, aprovechando el buen tiempo. Por favor, llevo días encerrada. Necesito tomar aire.

Los ojos oscuros de Dolly la miraron con creciente alarma.

—Pero el marqués se disgustará, lady Arabella. Por favor, regrese a su habitación. Está en estado y no puede bajar las escaleras.

Arabella frunció el ceño desafiante.

—Ven conmigo, Dolly. Sólo será un paseo por los jardines. Mi esposo no regresará hasta la noche.

—Bueno, justamente iba a hacerle compañía. Traje una novela de la biblioteca para leerle, seguramente le gustará.

Arabella vaciló.

—El médico dijo que podía dar paseos si me sentía bien. Por favor, Dolly, acompáñame.

Su doncella no supo qué hacer. Se sintió acorralada.

Entonces su señora le habló del fantasma de Caprice al final de las escaleras, en el piso superior.

—La vi recién, estaba allí.

Dolly se puso pálida.

—Pero no hay nada ahora, lady Arabella. Debió ser una sombra. Está muy oscuro aquí—le explicó—Mire, no hay nadie ahora, ¿lo ve?

La joven dama miró hacia el lugar en cuestión y lo encontró vacío.

—Estaba allí recién, yo la vi Dolly. Era una sombra oscura que me miraba.

Cuando su doncella quiso convencerla, lady Arabella se alejó hacia las habitaciones de Caprice, hacia la sombra. Lo hizo porque sabía que su doncella correría tras ella.

—Lady Arabella, por favor—chilló esta—No vaya allí. El lugar es peligroso.

Dijo algo de la tormenta pero puesto que no podía ir a dar un simple paseo por los jardines iría a ver por qué ese maldito fantasma no la dejaba en paz. ¿Qué quería decirle? ¿O sólo estaba celosa de que estuviera esperando un hijo de Lawrence?

A sus espaldas oyó la voz de Dolly.

—Lady Arabella, por favor.

La doncella estaba histérica y no vaciló en correr al ver que su señora se acercaba a un lugar peligroso.

—No se acerque allí por favor, luego de la tormenta hubo un derrumbe.
Lady Arabella.

Al oír eso la joven se detuvo y la miró. Dolly corrió a su lado con desesperación.

—No se acerque a ese lugar, por favor. Regrese conmigo, lady Arabella.

Estaba al borde de las lágrimas.

Pero la dama no la escuchaba, sus ojos estaban fijos en el fantasma de Caprice, estaba allí, su imagen apenas visible, su cabello rubio estaba suelto y llevaba un vestido color esmeralda muy bonito pero lo que más atrajo su atención fueron sus ojos. Su mirada maligna estaba fija en ella como si la odiara. La miró así un instante y luego se alejó para que siguiera su fantasmal presencia, guiándola hacia el centro. Allí donde el piso había sufrido los reveses del temporal anterior y la madera se había roto al pudrirse de forma inexplicable. Todo era peligroso y los sirvientes habían dejado todo cerrado con llave, Dolly no entendía cómo fue que su señora pudo entrar pero en su desesperación comenzó a gritar pidiendo ayuda al ver que su señora iba derecho al precipicio y no la escuchaba.

—Lady Arabella, no vaya allí, el piso está podrido y se caerá.

La joven se detuvo y la miró.

—Caprice dice que quiere mostrarme algo—respondió.

Su mirada era distinta, parecía en trance y entonces cayó, pero Dolly la atajó a tiempo de que se diera contra los muebles de la habitación porque los tablones del piso estaban levantados y rotos y Arabella no los vio. No la escuchaba, era como si el fantasma de Caprice la hubiera embrujado porque tardó bastante en reaccionar, en comprender lo que ocurría.

—Dolly estoy bien, deja de gritar, me aturdes—dijo entonces y luego

dijo que le dolía el pie.

—Creo que me he torcido el tobillo, me duele.

Un grupo de sirvientes llegó entonces y la ayudaron a regresar a su habitación.

—Estoy bien, Dolly. Qué exageración—se quejó Arabella mientras la llevaban en brazos hasta su habitación.

Una de las parteras estaba preocupada por lo que pudiera pasarle al niño y preguntó varias veces cómo había sido la caída.

Arabella se asustó al comprender lo que pasaba, ese tropezón pudo costarle caro, pudo perder a su bebé y entonces lloró y tuvo una crisis de nervios.

—Ella estaba allí, dijo que quería mostrarme algo. La vi en esa habitación—exclamó.

Dolly le dio un vaso de agua.

—Todo pasó lady Arabella, y está a salvo ahora pero no puede regresar a esas habitaciones, fueron dañadas por la tormenta. Ahora beba esto, le hará bien. Llamaremos al doctor para que la revise. Ahora debe quedarse quieta aquí.

Cuando las criadas y la partera se marcharon de la habitación pudieron hablar a solas.

Arabella lloró, no pudo contenerse estaba muy nerviosa y por más que

su doncella le dijera que debía aguantarse estaba temblando. Acababa de ver el fantasma de la esposa difunta de su marido, Caprice, la mujer que tanto la había obsesionado desde su llegada a Wensthwood y se preguntaba si no sería su imaginación o todo había sido real. ¿Acaso había sufrido alucinaciones?

Entonces miró a su doncella y le dijo: —

Dolly, estaba allí, yo la vi. ¿Tú la has visto? Dime la verdad por favor. ¿Es que estoy volviéndome loca?

Dolly asintió.

—Lady Arabella, no se atormente así. Yo también la he visto pero ya sabe, su esposo nos prohibió mencionarlo, no quería que usted se asustara o... pero luego de su muerte, al poco tiempo. Pero era en ocasiones, no siempre.

—Siempre he sentido su presencia aquí, desde que llegué. Pero nunca la había visto como la vi hace un momento. Dolly, ¿tú crees que está furiosa porque estoy esperando un hijo de mi esposo y siente celos? No me engañes, sospecho que quiso que perdiera a mi bebé, por eso me atrajo hacia ese lugar de la habitación, quería que tropezara y luego...

—No piense eso, Lady Arabella.

—Es la verdad, Dolly. Deja de engañarme, de hacerme creer que tu antigua señora era una santa porque no es verdad.

Dolly se quedó callada. No tuvo el valor de desmentirlo. Al final la verdad siempre salía a la luz, o era lo que siempre decía su padre y tenía

razón. La verdad no podía ocultarse, la verdad era algo muy poderoso y sabía que durante mucho tiempo la historia de Caprice había estado llena de mentiras.

Sobre ella se había tejido una especie de leyenda trágica.

La esposa atormentada y triste, forzada a un matrimonio de conveniencia, soportando sus celos en silencio, como una mártir. Hasta que un día decidió poner fin a su calvario.

Sir Lawrence fue señalado como el culpable por la muerte de su esposa. Él la había empujado a cometer ese suicidio. Porque Caprice era un ángel y él un demonio. No soportó más sus celos y mal carácter y ella decidió lanzarse al mar, esa helada mañana de invierno.

Pero Dolly sabía la verdad.

Era la única que conocía a Caprice en profundidad y a pesar de que los criados sospechaban la verdad, sólo ella podía decir a ciencia cierta cómo habían ocurrido las cosas.

—Lady Arabella, tiene razón. Era Caprice. Yo la vi—dijo entonces Dolly sosteniendo su mirada.

—¿Entonces no lo imaginé? ¿Pero por qué quiere hacerme daño, Dolly? Ella odiaba a mi esposo.

Dolly pestañeó inquieta.

—Al principio sí, su familia la obligó a esa boda lady Arabella. Pero

luego... él la amaba, es verdad. La adoraba y quería conquistar su corazón. Y quiero que sepa que su esposo no era tan celoso como dicen, y era mentira que la encerraba en su habitación. Era ella quien se encerraba para pintar y estar a solas. Caprice era una mujer que sufría problemas mentales, lady Arabella. Era muy cambiante. Y creo que es tiempo que sepa la verdad. Nadie la conoció como yo, ni estuvo tan cerca. Pero hizo cosas que lastimaron a sir Lawrence, que lo desilusionaron. Él se casó muy enamorado, adoraba a Caprice y la creía un ángel como los demás. Todos la llamaban así. El ángel de Devon. Y una parte de ella lo era pero tenía secretos. Oscuridad. Yo no sabía por qué hacía esas cosas. Por qué parecía disfrutar haciendo pequeñas maldades, pensé que era una dama inmadura y caprichosa. Pero no era eso. Creo que ella sufría de los nervios y también... de repente su ánimo se volvía distinto y hablaba y era como si te hablara otra persona. No era la dama de quién todos decían era un ángel—hizo una pausa y suspiró—Quedó embarazada luego de la boda, casi enseguida y entonces... todo era felicidad. Caprice dijo que nunca había sido tan feliz. Pero luego, comenzó a dar paseos en la mañana porque entonces le atacaban los nervios. Comenzaba a pensar cosas malas. Ella misma me lo decía. Sabía cuánto deseaba su marido un hijo, lo feliz que estaba y en vez de cuidarse... Daba largas caminatas y corría. Hasta que lo perdió. Hizo todo por perderlo. Luego se mostró desconsolada y deprimida. Estuvo meses así. Tal vez porque se sentía culpable. Luego volvió

a quedar embarazada al tiempo y en vez de estar feliz, una noche me confesó que odiaba tener intimidad con su esposo, que era un tormento espantoso y que nadie la había preparado para eso. Lloró al confesarme que era muy desdichada y que por más que se esforzara en ser una buena esposa, no podía soportar la intimidad porque él... era muy ardiente y siempre quería hacerlo— Dolly se sonrojó.

Arabella suspiró.

—Continúa Dolly, dime qué pasó luego por favor. Necesito saber la verdad—dijo.

—Pasaron los meses y Caprice volvió a quedar encinta y dijo que era feliz. No por el bebé sino porque significaba que su marido no volvería a tocarla. Me sentí horrorizada al escuchar eso porque hablaba con tanta frialdad. Pero ella era muy inquieta y nerviosa, no soportaba quedarse en cama todo el día ni hacer reposo. Y cuando estaba por llegar al tercer mes de embarazo, lo perdió. Al parecer eran los nervios. Su esposo encontró una carta misteriosa dirigida a su esposa. Un primo de Caprice.

—¿Entonces ella tenía un amante? No puedo creerlo.

—Es que en el pasado ellos habían estado enamorados pero la familia no aprobó la boda porque el primo de Caprice era pobre. No tenía fortuna para poder casarse. Sin embargo al parecer ella lo amaba y luego de su casamiento con sir Lawrence comenzaron a escribirse en secreto. A verse.

Pero no pasó algo más. Sin embargo cuando sir Lawrence leyó una carta de Caprice a su primo Peter se sintió muy molesto y celoso. Porque por más que no pasara algo físico ella le decía que lo amaba. Fue una indiscreción, una tontería. Porque no era más que un amor de juventud, una fantasía romántica. Caprice fue imprudente y también cruel y se arrepintió porque él no le perdonó eso. La maldita carta le rompió el corazón y luego, su carácter cambió. Tuvieron una discusión fuerte, ella acababa de perder su segundo embarazo y estaba con esa otra personalidad oscura como le decía yo. Y la discusión de ese día fue espantosa. Yo estaba presente y quise alejarme, lo hice pero los gritos de Caprice se oyeron a la distancia. Ella le dijo sin reparos que la habían obligado a esa boda, que nunca lo había amado y que estaba harta de sus celos. Dijo otras cosas muy hirientes para un hombre, lady Arabella, dijo que la intimidación era un tormento para ella y que quería separarse. En un momento lo dijo. Cuando se hartó de lastimarlo dijo que se iría—Dolly hizo una pausa y suspiró—Sir Lawrence tenía orgullo y dijo que no la retendría y que ella no era el ángel que todos decían sino un demonio. Le dijo la verdad en la cara. Y Caprice, acostumbrada a ser adorada, a tener siempre su afecto se sintió tocada, herida. Porque creo que algo lo amaba, no como amaba a ese primo que había sido su primer amor, pero sí quería a su marido. Pero no pudo con sus demonios y se marchó. Tomó sus cosas, se llevó las joyas que él le había obsequiado, sus vestidos y abandonó la mansión. Quiso que la

acompañara, me lo pidió... pero este es mi hogar, lady Arabella y no me agradó lo que oí ese día. Sir Lawrence no merecía eso. Él la adoraba, yo fui testigo de eso, de lo bueno y paciente que era con sus cambios de humor y su frialdad. Siempre esperando conquistar su corazón, tan ciego de amor pero luego de ese día algo cambió en él. Algo se rompió. Se sintió muy defraudado, insultado, despreciado. Se sintió como un tonto enamorado con el que su esposa había jugado. Engaño, mentiras, traiciones... fue demasiado para él.

—¿Entonces Caprice se fue, lo abandonó?

—Sí, lo hizo. Y él dejó que se fuera, no hizo nada por retenerla ni se quejó de que se llevara las joyas y algunos muebles. Hasta dijo que le daría dinero para que no pasara necesidades a condición de que regresara con su familia, por supuesto. Pero Caprice dijo que su familia no la recibiría y que se iría a vivir con su tía Amanda en el campo, en Suffolk. Pero luego de su partida el señor se desesperó. A pesar de sentirse herido, todavía la amaba y pensaba que era su esposa y no podía abandonarlo. Y haciendo a un lado su orgullo le escribió y le pidió que regresara, le rogó que volviera. Caprice no respondió a sus cartas pero un buen día regresó. Seis meses después volvió y le pidió perdón. Lloró y dijo que lo lamentaba. Parecía otra persona y me pregunté si en ese tiempo algo la había curado de su personalidad maligna. Si acaso algún doctor le había dado algún calmante, no lo sé. Eso creí entonces. Sir Lawrence estaba feliz de su regreso sí, pero noté que estaba más frío con

ella y luego, ella decidió instalarse en los aposentos del segundo piso porque dijo que quería pintar y tener soledad para sentirse mejor. Eran dos extraños, lady Arabella, tan alejados el uno del otro.

Noté que el cambio de Caprice era sólo una fachada y que bebía oporto y un tónico que le había recetado su doctor para los nervios. Con ese tónico ella dormía la noche entera y despertaba cerca del mediodía y luego durante el día parecía como atontada. Me pidió que fuera su doncella y acepté. Como una tonta creí que podía hacer que ambos se reconciliaran, que dejaran de estar tan alejados porque sabía cuánto la amaba sir Lawrence y... creo que entonces me engañaba como los demás. Ninguna mujer sensata abandona a su marido por seis meses. Pero pensamos que su arrepentimiento era sincero y que con el tiempo las cosas cambiarían. Sin embargo un día la encontré llorando con una carta en sus manos y le pregunté qué le pasaba. La señora me miró y no dijo nada, guardó la carta y me la dio. Durante mucho tiempo fui su confidente y ella confió en mí su nueva angustia. Estaba embarazada, lady Arabella. Porque luego de abandonar a su esposo su primo fue a verla y quiso convencerla de que dejara a su marido y se fueran a otro país. Pero ella no quería ser la esposa de un hombre pobre, lo amaba sí pero no lo suficiente. Entonces no lo vi lady Arabella, no entendía por qué Caprice estaba tan angustiada. Debía estar feliz, pues había regresado con su marido y ahora tendrían un hijo.

—¿Entonces el hijo no era de mi esposo sino de su primo?

Dolly asintió.

—Yo no lo adiviné entonces, y traté de consolarla, pero ella se rió de mí. Dijo que era una completa tonta. Claro que el hijo no era de su marido porque él no la había tocado en más de ocho meses luego de esa pelea y ahora tenía más de tres meses de preñez. Había dormido con su primo algunas veces porque se fue a vivir con él y luego lo abandonó porque estaba harta de pasar estrecheces, primero en casa de su tía solterona y luego con Peter, su primo. Y su lugar estaba al lado de su marido dijo. Por eso regresó, porque todavía era la señora de Wensthwood y siempre lo sería—Dolly hizo una pausa y miró a Arabella.

—Ella nunca fue un ángel, lady Arabella, usted sí lo es. Es tan buena que siento rabia de que ese fantasma haya querido hacerle daño—dijo.

—¿Entonces crees que Caprice me odia?

Su doncella asintió.

—Ella perdió el amor de su esposo, señora, porque luego de ese día, cuando supo que estaba esperando un hijo quiso acercarse a él pero su esposo no le había perdonado su abandono, su maldad. Nada volvió a ser como antes y era como si intuyera que tenía un secreto. Caprice me lo dijo. Estaba perdida. Él no quería tener intimidad, por primera vez la rechazó cuando ella quiso besarlo. Sus intentos por recuperar su cariño fracasaron y su estado

comenzó a notarse. Le aconsejé que le dijera la verdad a su marido, que él entendería.

Pero pasó el tiempo y las cosas no mejoraron y ella no quiso decirle. “Sólo hay una salida ahora, Dolly, debo regresar con mi tía y tener a este bebé y darlo en adopción. Demonios. No puedo creerlo, hice de todo para perderlo y sigue allí prendido. No puede nacer, es el hijo del pecado” dijo en una ocasión. Le confieso que me sentí enferma cuando oí eso, señora. Quedé horrorizada de que confesara que intentó perderlo y que no quería que su hijo naciera. Pensé que debía hacer algo para ayudar a esa criatura—los ojos de la doncella se llenaron de lágrimas—lo intenté y en mi desesperación hablé con la señora Mel, el ama de llaves. Le conté lo que pasaba pero ella no se sorprendió, ya lo sabía. “No puedes decirle a sir Lawrence, muchacha, no es asunto de nuestra incumbencia”. Así que no dije nada. Quise decirle al señor, pedirle que la perdonara, interceder por ese bebé que era una criatura inocente pero la señora Stuart me prohibió que dijera algo, dijo que eran cosas de marido y mujer y que si llegaba a contar esto a alguien me despedirían. Entonces hablé con Caprice, desesperada le dije que hablara con su marido, que le dijera la verdad. Que él la perdonaría. No quiso escucharme. Entonces su marido la vio en su habitación mientras tomaba un baño, ella no podía seguir ocultando su embarazo. Sufrió una fuerte impresión al comprender lo que pasaba. Creo que supo de inmediato que ese hijo no podía ser suyo.

Pienso que él quiso acercarse a su esposa, tratar de hacer las paces, no sé, algo fue lo que lo impulsó a ir a su habitación. Pero cuando la vio vistiéndose ella se asustó. Mi señora se puso pálida y quiso hablar pero entonces, fue muy raro todo. Ella no dijo palabra y él sólo la miró sin decir nada. Pero también lo vi palidecer y sus ojos, sus ojos lo decían todo. Sin embargo él no la acusó ni le preguntó de quién era el niño, ni cuánto tiempo llevaba de embarazo. Sólo que adivinó que no era de él, no podía ser de él, hacía meses que no tocaba a su esposa. Caprice se desesperó y dijo que no podía quedarse en Wensthwood ahora que su marido sabía la verdad. Le dije que hablara con su marido que le pidiera perdón. Que él comprendería porque era un hombre muy bueno y la amaba. No quiso escucharme. Estaba furiosa y también asustada. No quería tener ese hijo ni tampoco marcharse de la mansión porque no quería pasar privaciones. Así que se quedó y su embarazo siguió su curso. Sir Lawrence decidió aceptarlo, y pidió que viniera un doctor para examinar a su esposa. Estaba preocupado por ella y nos pidió que la vigiláramos pues no quería que escapara ni que hiciera una locura. Creo que él entendió que su situación era difícil y por eso, hizo a un lado su orgullo herido y su honor mancillado y habló con Caprice. Le dijo que ese niño sería suyo y debía cuidarlo. Mi señora sonrió, lloró y le pidió perdón. Creo que entonces comprendió que él la amaba de verdad y que ella le había fallado otra vez y sin embargo, la perdonaba—Dolly se emocionó al recordar—Sir Lawrence le

pidió que regresara a su dormitorio pero Caprice le pidió un tiempo más porque esos días no se sentía muy bien. Cuando el médico vino dijo que el embarazo iba bien y que el niño nacería en cinco meses. Creo que entonces Caprice comenzó a entender lo afortunada que era y trató de cambiar, de ser una buena esposa. Debía estar agradecida en vez de quejarse tanto...

—¿Y qué pasó con ese niño, Dolly? ¿Por qué no está aquí en Wensthwood?

Dolly demoró en responderle.

Miró a su alrededor.

—Murió lady Arabella... nació antes de tiempo, porque ella había perdido otros embarazos y eso... el doctor dijo que el niño estaba débil pero no es bueno mencionar detalles. Sólo le diré que su esposo quedó devastado y ella también, se sintió muy culpable. Y eso los separó, creó un abismo entre los dos y agobiado por el dolor sir Lawrence se fue a Londres, dijo que por negocios, estaba muy mal y no tenía consuelo. Su matrimonio no era más que una fachada y entonces ocurrió la tragedia. Fue tan inesperado, tan triste... días antes Caprice me dijo que quería irse de aquí, que ya no soportaba Wensthwood pero no creí que hablara en serio. Entonces ocurrió la tragedia y desde entonces su fantasma no tiene descanso, lady Arabella y su esposo nos prohibió hablar de Caprice. Quitó su retrato y guardó todas sus pertenencias y pidió a sus familiares que se las llevaran, pero ellos no quisieron así que todo

quedó cerrado en el ala sur, donde ella vivía encerrada.

Arabella quedó impresionada con la trágica historia de Caprice, tanto que lloró pero sus lágrimas no eran por ella en realidad sino por su esposo y porque ahora comprendía su forma de actuar. Su anterior esposa lo había lastimado, traicionado y al final, su muerte había sido el último dolor, su abandono, una forma muy cruel de despedirse.

Ahora entendía por qué nadie podía nombrarla.

No había sido el amor sino todo lo que sufrió por su causa. Podía entender que ya no confiara en nadie y que fuera tan reacio a casarse, a enamorarse. A entregarse por completo a ella como tanto deseaba.

—Entonces, ¿tú crees que él nunca me amará, Dolly?

Su doncella la miró espantada.

—No diga eso, lady Arabella, por favor, no es así. Él la ama sí, pero debe entender lo que sufrió para poder comprenderle mejor. Y también para que sepa que Caprice no era la esposa perfecta ni una santa. Muchas veces quise decirle, señora, pero el señor me lo prohibió, él no soportaba que hablaran de ella, quería olvidar y recomenzar, borrar su recuerdo y también su dolor. Pocos saben del suicidio, dijeron que había muerto de fiebres y por supuesto que lo del bebé fue un secreto.

Arabella se quedó pensando en toda esa historia tan trágica y triste, y sintió pena, no pudo evitarlo. Le costaba entender la personalidad de Caprice,

su forma de proceder. ¿Por qué no fue feliz al lado de un hombre que la adoraba? ¿Por qué perdía los embarazos? ¿Odiaba a Lawrence al punto de que prefirió abandonarlo por seis meses y luego terminó su vida de forma tan trágica? Pero Dolly le había revelado que Caprice sufría de los nervios y perdía los embarazos por no cuidarse. Lo hacía a propósito y cuando realmente quiso tener a su último hijo, cuando se cuidó para no perderlo, había ocurrido la desgracia.

—Lady Arabella, no se atormente con esa historia, olvide lo que pasó. Caprice está muerta y su fantasma no puede hacer daño, sólo está allí, nadie sabe por qué. Usted no se parece en nada a ella y sé que ama a su esposo y quiere ser feliz. Eso es lo más importante. Caprice es un fantasma del pasado, una historia que debe olvidar. Y le ruego que no regrese a sus aposentos, ni aunque vea diez fantasmas de Caprice.

—No lo haré, Dolly. Gracias, tú... me has ayudado tanto, no sé cómo agradecerte.

Dolly sonrió.

—Es mi deber cuidarla lady Arabella y ha sido un placer hacerlo.

Un sonido en la puerta puso fin a la conversación.

El doctor Evans entró con expresión muy seria, alarmado preguntó qué había pasado. Cómo había sido la caída.

Arabella le dijo la verdad y él examinó su tobillo izquierdo.

—¿Puede girarlo y moverlo Lady Arabella?—quiso saber.

Ella asintió.

—Me duele un poco.

—Le pondré una venda y se quedará unos días a quietud para que baje la hinchazón. Creo que es más por la herida porque no veo luxaciones. Me preocupa más el bebé. Voy a examinarla.

Dolly la ayudó con el vestido y el médico observó que su vientre comenzaba a crecer.

—¿Ha sentido dolor o sangrado?—preguntó.

—No doctor, estoy bien. Sólo tengo sueño y estaba un poco cansada de estar encerrada y quise dar un paseo.

—Bueno, todo parece estar bien. Los latidos son normales. No hay sangrado ni dolor. Pero deberá quedarse unos días hasta que baje la hinchazón. Debe estar alerta ante cualquier dolor o sangrado, lady Arabella—le advirtió el doctor.

El médico le recomendó quietud nuevamente y la joven dama suspiró aliviada.

—Mi bebé está bien Dolly, tuve tanto miedo.

Su doncella sonrió y el doctor estaba listo a marcharse cuando ella lo detuvo.

—Doctor, aguarde... necesito hacerle una pregunta delicada.

Él la miró intrigado y la joven se puso colorada como un tomate mientras le preguntaba si podía tener intimidad con su esposo.

—Por supuesto que sí, lady Arabella. Siempre y cuando no tenga dolor o molestia, por supuesto.

Ella sonrió y asintió. Tuvo que vencer la vergüenza que sentí pero pensó que valía la pena.

—Lo que me preocupa es que tenga dolores en el vientre y si nota que su vientre se endurece con frecuencia, pues debe tener cuidado—le advirtió el doctor—de todas formas deberá quedarse unos días más en cama lady Arabella, por su tobillo. Y luego deberá cuidarse de las escaleras. No es conveniente que suba y baje escaleras y los paseos deberán ser cortos. Es decir, puede quedarse en el jardín sentada una hora si desea pero no caminar durante más de veinte minutos.

Las instrucciones fueron muy precisas pero a ella no le importó. Su bebé estaba bien y podría decirle a su esposo que ya podían tener intimidad. Se moría por estar entre sus brazos...

Lawrence entró en su habitación poco después. Se veía tan angustiado, nervioso.

—Arabella, ¿estáis bien? Dios mío. El doctor Evans dijo que no era algo de cuidado pero... ¿Qué pasó? Dime la verdad.

La joven miró a su doncella y vaciló. No estaba segura de que querer

hablar de Caprice pero su esposo estaba nervioso.

—Lo siento mucho Lawrence, es que quería dar un paseo por los jardines y en un momento, cuando salía de la habitación vi el fantasma de Caprice en el segundo piso y fui a ver.

Cuando el caballero escuchó el resto de la historia sintió que se le helaba la sangre y casi maldijo en silencio. No podía creerlo, pero Dolly era testigo, vio como el fantasma de su esposa muerta arrastraba a Arabella hacia el piso que estaba roto.

—Pero esas habitaciones estaban cerradas, ¿quién las abrió? Ordené que fueran cerradas con llave—se quejó.

Dolly no supo qué decir.

Lawrence tomó las manos de su esposa y las besó.

—Dolly, ve por favor, necesito hablar a solas con lady Arabella ahora.

La doncella obedeció y se alejó con rapidez.

Ella pensó que su marido iba a retarla y tembló. Sabía que no debía ir allí.

—Arabella, escucha, yo no creo en fantasmas ¿sabes? sin embargo he oído que allí hay uno, en sus habitaciones. Pero antes de que esto continúe debes saber algo.

Arabella contuvo el aliento.

—Hace tiempo os dije que mi boda fue concertada, pero eso no fue del

todo cierto... estuve muy enamorado de Caprice, pensaba que ella era un ángel pero luego descubrí su verdadera esencia. Ella no fue una buena esposa, tenía mal carácter y luego... las cosas en nuestro matrimonio empeoraron al punto de que descubrí que estaba esperando un hijo de su primo. Su gran amor de soltera. Creo que esta será la última vez que hable de Caprice y no me agrada hacerlo. Habría deseado que no te enteraras, pero tampoco deseo que te hagas una imagen falsa de algo que no fue.

Y su esposo le contó la verdad, le habló del dolor que sintió cuando descubrió que su esposa estaba esperando un hijo de otro hombre y luego, él, lo aceptó porque el niño era inocente. Quería darle su nombre y criarlo, pensó que luego las cosas mejorarían con su esposa, que con el tiempo podría perdonarla. Estaba dispuesto a hacerlo pero ella... se suicidó.

—No soy culpable de su muerte, preciosa. No lo soy. Pero durante años la sombra de la tragedia de ese día me ha perseguido. Todos pensaron que la pobre Caprice que era un ángel y que no pudo sobreponerse a la pérdida del bebé y que yo no fui un buen esposo. Lo cierto es que lo que causó su muerte fue una carta que recibió de su prima Betsy. Hermana de Peter, su amante diciéndole que su hermano se había casado en secreto con una rica heredera de Londres. Eso la destrozó. Porque al parecer Caprice deseaba retomar su romance y fugarse con él y le escribió una carta pidiéndole ayuda, inventó cosas sobre nosotros que no eran ciertas, y cuando leí esa misiva me

sentí indignado, herido... fui un maldito juguete para Caprice, un tonto que cayó en su hechizo y hasta el último momento jugó conmigo y se burló de mis sentimientos. Cuando decía que trataría de ser una buena esposa, que lo intentaríamos y me daría hijos, ella le escribía a su amante pidiéndole ayuda. Pero él no contestó ni una de sus cartas. El gran amor que decía sentir por ella se esfumó luego de tener lo que deseaba, luego de arruinar nuestro matrimonio aunque ella también es culpable de eso. Lo cierto es que Peter fue más vivo y decidió seducir a una rica heredera soltera de Londres y forzar una boda que su familia no aprobaba. La abandonó. Y entonces Caprice no pudo soportarlo y se suicidó. Su vida había terminado, así lo dijo en una nota de ese día. Tuve que decirle la verdad a la policía y les pedí que fueran discretos porque no quería que ensuciaran la memoria de mi esposa. A pesar de todo, fue muy desdichada sí, pero ya bastante me había hecho sufrir, no quería que luego hablaran. Preferí que pensarán que fue por la pérdida del bebé. Pero durante mucho tiempo tuve que luchar con esto y quise enterrar toda esta historia. No lo hice bien. Debí hacer algo con las habitaciones que ocupó antes de morir, debí quitar los muebles, deshacerme de sus pinturas y sus cosas pero no tuve valor, preferí dejar todo cerrado con llave y hacer de cuenta que no existía. Arabella, preciosa, no estoy enojado porque quisieras dar un paseo hoy, el médico dijo que podías, tampoco por sentir curiosidad pero creo que debí decirte la verdad mucho antes para que dejaras de imaginar que todavía amaba

a Caprice. Debí hacerlo, pero es que todo esto fue muy doloroso para mí, tardé mucho en superar mi dolor y decidirme a buscar una esposa. Me sentía solo, con el corazón destrozado y tu mirada tan dulce, tu sonrisa me hechizaron, Arabella. Y tú eras tan distinta a Caprice, tan buena e inocente, con el corazón puro. Por eso te escogí. Ni Beatrice, ni las damas que me habían presentado ese verano te llegaban a los tobillos. Y al tiempo de conocerte decidí que quería hacerte mi esposa y hablé con tu padre pero... no quería que me odiaras por forzarte a consumir nuestro matrimonio, tú no estabas listas para la intimidad. Lo supe en nuestra noche de bodas y por eso, decidí darte tiempo a conocernos un poco más, a que tú estuvieras más madura. No me importaba esperar. Esperaría el tiempo necesario.

Arabella se emocionó al oír sus palabras.

—Me sentí tan rechazada entonces, pensé que era por Caprice—le confesó.

Él se acercó y la rodeó con sus brazos y la miró con intensidad.

—Caprice es parte de un pasado doloroso, preciosa, la dejé de amar mucho antes de su muerte y lamento que tú pensaras que todavía la amaba. Fue por orgullo que lo hice, no quería que supieras lo que me había hecho. Pero tú Arabella, eres la esposa maravillosa que siempre quise tener, tan dulce y compañera, tan hermosa, y quiero decirte que por primera vez me siento enamorado y correspondido, plenamente feliz porque tú eres un ángel

Arabella, un verdadero ángel para mí que me rescató de la soledad y el dolor y jamás, jamás habrá otra mujer en mi corazón, sólo tú. Perdóname por haber sentido celos, por haber dudado de ti... tenía miedo, miedo a entregar mi corazón y fui injusto contigo. No debí dejarte encerrada aquella vez, lo lamento.

—Está bien, no importa...

Lawrence se puso serio.

—Yo te amo preciosa y quiero que nunca dudes de eso, por favor. Porque creo que me enamoré de ti el primer día que te vi y por eso quise hacerte mi esposa, casi te rapté pero luego, temí que no estuvieras preparada para ser mi esposa.

Arabella se emocionó al oír esas palabras, había esperado tanto ese momento, y poder tener la certeza de que la amaba, de que era la única en su corazón.

Y cuando la besó sintió ese beso tan dulce y apasionado mezclarse con sus lágrimas y el deseo de que le hiciera el amor.

—No llores preciosa, yo te amo—le dijo él—te amo tanto que daría mi vida por ti y quiero que... Sueño con pasar mi vida a tu lado y llenar Wensthwood de amor y risas, de niños corriendo por todas partes.

Ella secó sus lágrimas y sonrió.

—Y yo te amo Lawrence, tú eres todo para mí y saber que me amas...

es que fui tan tonta al pensar que tú no habías podido olvidar a tu esposa y yo me muero por hacer el amor contigo, por favor. El doctor dijo que podíamos.

Su esposo sonrió.

—¿De veras te dijo que podíamos hacerlo?

—Sí.

Lawrence la besó y fue a cerrar la puerta con llave, luego se acercó a su esposa y sonrió.

—Arabella, mi amor, yo también me moría por hacerte el amor pero temía que... fue por el bebé, no quiero que nada malo le pase por favor.

—Lo sé, pero sólo una vez, extraño tanto estar en tus brazos, mi amor —le respondió dulce y apasionada.

Gimió al sentir que la desnudaba y la llenaba de besos y luego, en un instante la hacía suya muy lentamente. Luego supo que ese tiempo sin intimidad había sido un tormento para su esposo, él se lo dijo entre susurros mientras la hacía suya. Pero fue muy delicado, lo hizo casi con miedo, pero Arabella se estremeció al sentir que la llenaba con su virilidad por completo. Era suya, su mujer y la amaba, no podía creerlo. Era tan feliz. Le había dicho que la amaba y que Caprice sólo era un triste recuerdo del pasado y sabía que era verdad. Podía sentirlo mientras le hacía el amor. La amaba y volvió a llorar de la emoción. Nunca más volvería a dudar de su amor.

Pero el accidente que sufrió su esposa debía ser investigado y sir Lawrence habló con su mayordomo al día siguiente para investigar cómo fue que su esposa pudo ir al segundo piso siguiendo un fantasma.

Él se mostró sorprendido y horrorizado.

—Sir Lawrence, hemos visto al fantasma en otras ocasiones. No es la primera vez—replicó turbado.

—¿Y por qué nadie me avisó?

El mayordomo se mostró algo avergonzado.

—No queríamos preocuparle sir, además... al comienzo yo tampoco lo creía, pero las mucamas que aseaban esas habitaciones se quejaron de haber oído voces. Cantos. Caprice cantaba una canción a veces, una canción de cuando era niña y eso era lo que escuchaban. Pero sólo una doncella vio su fantasma recorriendo la habitación en una oportunidad. Pensé que se lo había inventado, no le creí una palabra.

—¿Y el día que mi esposa tuvo un accidente ese día también la vieron?

—Al parecer sí pero... quisieron avisarle a lady Arabella pero ella parecía como embrujada, si me permite la expresión. No oía y se acercaba al lugar donde el piso estaba roto.

—Señor Robert, no puedo entender cómo no se reparó ese piso, di órdenes al respecto. Además las habitaciones debían estar cerradas siempre, todos los días. ¿Quién cometió el descuido de dejarlas abiertas ese día?—

replicó el caballero cada vez más alterado y furioso con todo ese asunto.

—No lo sé, sir Lawrence pero déjeme averiguar eso. Fue realmente penoso y...lo lamento mucho, sir. De veras que sí.

—Demonios, mi esposa pudo quebrarse una pierna o perder al bebé. Fue atraída por ese fantasma y sospecho que hay algo más detrás de todo esto.

El mayordomo se marchó listo a investigar ese asunto.

En los días siguientes, un grupo de obreros subió al segundo piso para vaciar los aposentos de Caprice. Quitaron muebles, ropa, retratos y luego de hacerlo repararon el piso y pintaron las paredes. Lo dejaron como nuevo.

Las pertenencias de Caprice fueron llevadas a un orfanato del pueblo y sus ropas donadas a caridad al igual que sus joyas pues Arabella no quiso saber nada de usar algún anillo o collar de la dama fantasma. Demasiado daño le había hecho y no quería que quedara nada en Wensthwood.

Lawrence se preguntó por qué no lo había hecho antes, fue tan tonto. Prefirió dejar las habitaciones cerradas con llaves y mantener ese misterio absurdo. Nadie le advirtió que su esposa estaba tan obsesionada por Caprice, debió sospecharlo, debió decirle la verdad mucho antes. Casi ocurría una tragedia por culpa de la negligencia de sus mucamas. Pero no habían sido ellas... Y nadie la avisó del fantasma. Él no creía en fantasmas ni pensaba que uno de ellos pudiera hacer daño pero si era de Caprice... tenía sus dudas.

El mayordomo pidió hablar con él ese día, a media tarde.

Traía cara de disgusto y se veía viejo.

—Sir Lawrence, creo que sé quién dejó las puertas abiertas ese día, milord. Confieso que sospechaba de esa persona y ahora tengo las pruebas pero... me siento indignado y horrorizado pues se trata de una criada de su total confianza.

El caballero quiso que dijera su nombre.

—Alice Stuart, el ama de llaves, señor. Ella ha mantenido el fantasma de su antigua señora aquí, en Wensthwood...—dijo inquieto y le mostró una peluca rubia y un vestido color pastel—encontré estas cosas en su habitación. Ella se hizo pasar por el fantasma y además, tenía las cartas que usted le había escrito a Caprice.

—¿Qué?—sir Lawrence estaba muy sorprendido—¿Y por qué las tenía?

—No lo dijo, pero si confesó haber sido el fantasma que ha estado atormentado a todos en la mansión.. Ella lo confesó y creo que debe hacer algo con esa mujer. Está loca sir Lawrence.

El caballero no salía de sí del asombro.

—¿La señora Stuart lo hizo todo?

El mayordomo asintió con aire grave.

—Es que ella adoraba a Caprice, y creo que no tomó bien que el señor volviera a casarse y a pesar de que siempre fue amable con su señora esposa,

creo que en el fondo la odiaba por ocupar el lugar de señora Caprice. Ella vino con su difunta esposa a Wensthwood, ¿lo recuerda, verdad? Y entonces nuestra ama de llaves falleció del corazón y ella ocupó su lugar. Era muy eficiente, lo es y me horroriza pensar que no me di cuenta ni sospeché nada... es que yo no creo en fantasmas sir Lawrence. Pero luego de interrogar a las mucamas una de ellas se quebró y confesó la verdad. Ellas están aquí para contarle todo sir Lawrence, aguardan afuera para decirles lo que pasó.

Ambas jovencitas se acercaron a la biblioteca y miraron al señor con los ojos enrojecidos por el llanto.

Rosie, la más regordeta y risueña estaba pálida y no hacía más que disculparse.

—Queríamos advertirle sir Lawrence pero el ama de llaves nos amenazó. Yo la vi con la peluca ese día atrayendo a lady Arabella pero entonces dijo que me despediría si decía algo. Además, en una ocasión la vi poner una carta que usted le escribió a Caprice en la salita de música para que la señora la leyera y se angustiara. Y luego la quitó para que nadie lo supiera.

—¿Ella hizo eso? ¿Y por qué no me lo dijeron?

La joven lloró del susto.

—Lo siento mucho, sir Lawrence pero ella dijo que nos despediría y además... teníamos miedo. Esa mujer es muy mala y pensamos que nos haría brujerías.

La verdad salió a la luz y sir Lawrence se sintió furioso.

Había pensado que ese fantasma no era más que una alucinación, no creía que fuera real pero ahora con las pruebas comprendió la maldad de una criada a la que había dado demasiado poder en la mansión. Era tan eficiente y jamás había tenido queja alguna... sin embargo ella dominaba todo en su pequeño mundo doméstico y no había hecho más que mantener vivo el fantasma de Caprice para asustar primero a las criadas y luego a su esposa. Pudo hacer que perdiera al bebé la desgraciada.

—Señor Roberts, le ruego que busque de inmediato a esa mujer. Debe pagar por esto, debe hacerse justicia.

—Lo haré señor—respondió el mayordomo.

Todos la buscaron por Wensthwood pero la señora Stuart había desaparecido. Su habitación estaba intacta, sin embargo, luego de revisar notaron que faltaba ropa y también un dinero que ella guardaba bajo el colchón. Sir Lawrence se sintió furioso y esa noche durante la cena, le contó la verdad a su esposa porque ella no dejaba de preguntarle por el ama de llaves. Además debía sospechar que algo pasaba.

—Fue ella Arabella, el ama de llaves. Debí suponerlo... vino aquí con mi anterior esposa y luego...

Cuando la joven dama supo la verdad se quedó espantada. No podía creerlo.

—Ella se hizo pasar por Caprice, tenía ropa, joyas de mi difunta esposa en su habitación y quiso... no sé lo que tramaba pero no era algo bueno y he pedido que la detengan cuanto antes. Esa mujer es peligrosa.

—Es terrible... ¿por qué hacía esto? Jamás fui mala con ella ni tampoco...

—Era la criada que trajo Caprice a Wensthwood, al comienzo todos la apreciaban. La señora Stuart fue muy hábil y durante años se ganó nuestra confianza hasta que tuvo el mando de la casa. Cometí la tontería de convertirla en nuestra ama de llaves porque ella fue muy servicial y no vi que esa mujer era tan malvada como su antigua ama. Debí imaginarlo. Estuve ciego. Y os puse en riesgo porque esa bruja malnacida pudo haceros mucho daño ese día, estaba loca por supuesto, como lo estaba Caprice.

Se hizo un silencio y Arabella se asustó mucho.

—¿Y si regresa e intenta matarme? Si lo que quería era...

—No, no pienses en eso, por favor. La encontraré, te lo aseguro y haré cambios en la mansión. Quedan dos sirvientas y dos mozos que llegaron con Caprice, tal vez sean cómplices de la señora Stuart, lo han negado pero todos deberán marcharse. No me fío de ninguno. Cometí la debilidad de permitir que se quedaran, confié en ellos pero ya no confío en ninguno. Y lo lamento si soy injusto pero se irán todos mañana, les daré dinero a cada uno y les prohibiré regresar. No correré más riesgos. Pero todos están alertados de la señora

Stuart.

Arabella no salía de su asombro y habló con su doncella sobre el ama de llaves al día siguiente mientras daban un paseo matinal por los jardines.

—Debí sospechar, ella me miraba de una forma cuando llegué aquí... luego es incidente del plato con picante, lo recuerdas?

—Sí, pero ella culpó a la cocinera, dijo que había sido un descuido.

Dolly se puso seria.

—Luego de ese incidente fue mucho más cauta—dijo la doncella—A la señora Stuart le gustaba dirigir la mansión y se daba muchos aires. Pero no lo hacía por usted lady Arabella, sino por Caprice y confieso que yo lo sospechaba, sospechaba que estaba algo resentida con usted por ocupar el lugar de su venerada Caprice pero jamás imaginé que fuera capaz de tanta maldad. Creo que la señora Stuart enloqueció. Y parecía tan sensata. Era algo estricta sí, pero no era mala con las mucamas, al contrario, tapaba sus faltas a veces...ahora entiendo por qué, tenía mucho que ocultar.

—Bueno, creo que nadie podía imaginar algo tan horrendo, Dolly. Pero luego de lo que pasó ese día mi esposo sospechó que alguien dejó abierta las habitaciones a propósito cuando él ordenó que permanecieran cerrados.

—Es verdad, pensamos que fue un descuido pero el ama de llaves jamás habría olvidado una orden como esa y al parecer luego de la tormenta las dejó abiertas con un propósito. Pero no piense en eso. Creo que la mansión

ha cambiado mucho estos días, lady Arabella y nada debe temer. Dicen que el ama de llaves se ha ido muy lejos para no ser interrogada y tener que confesar sus pecados.

—¿Tú lo crees? Es que temo su regreso y que intente...

—No se preocupe por eso, su esposo no lo permitirá, ha dado órdenes de que la busquen y si osa acercarse a Wensthwood la atraparán.

—Sí, lo sé...—Arabella miró a su alrededor algo inquieta.

Dolly tenía razón. La joven dama sonrió. Ahora que sabía que su esposo la amaba se sentía flotar en una nube. El mundo se le antojaba un lugar maravilloso y esa casa ya no se veía tan oscura y silenciosa.

—Es extraño—dijo de repente lady Arabella mirando hacia la casa—pero Wensthwood se ve tan distinta como más luminosa y menos sombría, ¿no lo crees?

Su fiel criada asintió.

—Sí, es verdad lady Arabella, todos lo han notado. Se respira un aire distinto ahora, lleno de paz y felicidad.

—Dolly, no sé cómo agradecerte lo que habéis hecho por mí. Tú has sido más que mi doncella y quisiera compensarte.

Cuando lady Arabella le entregó una caja con un collar de perlas y un anillo de oro su doncella no quiso aceptarlo.

—Es demasiado costoso, señora. No puedo...

—Por favor Dolly, he hablado con mi esposo y él ha dicho que está bien, que tú mereces mucho más por haberme salvado la vida ese día. Tú estabas allí Dolly y de no ser por ti esa malvada mujer me habría matado. Por favor, acepta este obsequio como muestra de gratitud y no pienses que es excesivo. Guárdalo como lo haces con tus ahorros. Sé que algún día podrías necesitarlos, querida Dolly.

La joven se emocionó cuando recibió el regalo y finalmente lo aceptó.

Una semana después encontraron el cuerpo del ama de llaves en la costa de Lands- Ends. Habían creído que había abandonado el condado pero al parecer, algo la hizo cambiar de idea y decidió emular a su antigua ama de Wensthwood, muriendo en el mismo lugar, llevando puesto el vestido color pastel de Caprice.

Arabella no deseaba que tuviera ese fin pero al parecer estaba mucho más loca de lo que habían pensado.

Pero el fantasma de Caprice había desaparecido mucho antes, se esfumó en el instante en que su esposo le dijo que la amaba y que nunca había amado así a otra mujer. Pensó que había sido una tonta al obsesionarse tanto por un fantasma, que fue su propia inseguridad y los artilugios de una mujer loca lo que hicieron el resto.

Ahora todo eso había terminado y la paz y la felicidad reinaban en Wensthwood, la mansión del acantilado.

La primavera llegó a su fin y su vientre creció y aunque recibía visitas todas las semanas, Arabella se recluyó en Wensthwood para disfrutar de la compañía de su marido. Tanto tiempo habían estado alejados, separados por malentendidos y por el maligno fantasma de Caprice, que ahora quería disfrutar cada momento junto a su esposo. Y sufría cada vez que Lawrence debía ausentarse y no estaba tranquila hasta que regresaba a su lado. Eran días de ensueño, sin sombras, sin dudas, sin fantasmas.

Cinco meses después dio a luz una niña su felicidad fue completa. Una hermosa criatura regordeta de cachetes redondos que llenó la casa de llanto y alegría, la pequeña Sophia fue la alegría de sus padres. Lawrence se emocionó al tener a la niña en brazos pues nunca había visto una bebita tan hermosa.

—Dios bendito, es igual a ti mi amor, tan pequeñita y es idéntica a su madre—dijo su esposo emocionado—Gracias por este bebé tan hermoso mi amor y por hacerme tan feliz.

Arabella sonrió débilmente y también lloró de la emoción. Sabía que nunca olvidaría ese momento ni ese día.

—Te amo, Lawrence—murmuró—y temo que todo esto sea un sueño.

—Si es un sueño, preciosa, no quiero despertar jamás. Pero no es un sueño, es real, mira a nuestro ángel... es tan hermosa, cielo.

La niña empezó a llorar en señal de protesta y no se calmó hasta que

regresó a los brazos de su madre.

Y un año después el retrato de lady Arabella estaba en el centro del salón principal de Wensthwood y quienes entraban a la mansión no dejaba de admirar su belleza cálida y angelical. El retrato había tardado meses en terminarse y hubo una celebración familiar ese día, pues la pequeña Sophia cumplía su primer año y daba sus primeros pasos por el salón con su vestidito blanco armado de la mano de su madre que la seguía paciente.

Fue una celebración íntima donde estuvo la familia de Arabella y familiares de Lawrence y algunos amigos entre ellos, sus vecinos los Arundell.

Todos se detuvieron para ver el retrato y admirarlo, pero el primero había sido sir Lawrence sonriendo, sintiéndose feliz de que estuviera allí y sin dudar lo felicitó al pintor, un joven muy delgado que había llegado de Londres a vivir en una casita de Saint Ives y poder tener allí su taller y pintar retratos del mar.

—Es maravilloso—le dijo.

El pintor sonrió, complacido.

—Su esposa lo es, sir Lawrence. Yo sólo he retratado lo que estaba allí—respondió.

Sir Lawrence no se sintió celoso sino orgulloso.

—Tienes razón, pintor.

Arabella se acercó y él la abrazó. Lucía un vestido color rosa como el retrato y llevaba el cabello enrulado sujeto con cintas a ambos lados.

—Estáis preciosa, mi amor—dijo.

Ella se acercó con timidez.

Esa noche le reservaba una noticia y mientras hacían el amor ella le dijo que estaba esperando un bebé.

Su esposo sonrió y le dio un beso ardiente.

—Gracias, Arabella, qué estupenda noticia... gracias mi amor, por hacerme el hombre más feliz—Lawrence se puso serio— Te amo preciosa, eres un ángel y quiero que sepas que nunca amé tanto a una mujer como a ti.

Ella se emocionó al oír sus palabras.

—Te amo Lawrence y gracias a ti por hacerme tan feliz.

El legado

Camila Winter

©El legado-Camila Winter. Todos los derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial sin el consentimiento de su autora. Novela de ficción. Todos los personajes y lugares en la presente son invención de su autora y no guardan semejanza alguna con personas o lugares reales. Novela original inédita. Nueva edición digital enero 2017. Versión nueva íntegra.

Novela registrada en safecreative.org

ÍNDICE GENERAL

TABLA DE CONTENIDOS

El legado

[Camila Winter](#)

[Primera parte](#)

[El legado de Richmond house](#)

[Chandler](#)

[*****](#)

[El testamento secreto](#)

[Un encuentro inesperado](#)

[Un carruaje espera](#)

[Preciado capricho del corazón](#)

El legado

Camila Winter

Devon año 1839

Primera parte

La muerte del caballero de Richmond house fue tan repentina como devastadora para su familia y los funerales para despedirle duraron días y del todo país llegaron parientes, amigos y también sus vecinos más cercanos para darle el último adiós.

Y en medio del dolor se enteraron de las cuentas sin pagar del finado y otros menesteres que agobiaron rápidamente a su viuda y le hicieron comprender que su marido las había dejado en la ruina por su afición a coleccionar manuscritos raros y tener una actitud algo irresponsable con el dinero. Al parecer el caballero de Richmond olvidaba pagar cuentas y pasaba mucho tiempo viajando por el extranjero en busca de esos libros viejos que tanto adoraba.

Su hija Evelyn sin embargo estaba demasiado agobiada por la pérdida de su padre para pensar en esos menesteres y por eso cuando se enteró por su padre del estado de sus finanzas se angustió.

Ese día lady Rose estaba picada por las facturas que se le acumulaban y algo más.

—Esos malditos abogados, ya están aquí—se quejó sacudiendo su cuerpo regordete casi por completo. La dama llevaba respetuoso luto pero lo hacía con un vestido ajustado. No porque quisiera presumir sus encantos sino porque su modista le aconsejaba hacerlo para que su talle se viera más delgado. Si es que eso era posible.

—¿Y qué harás, mamá?—preguntó su hija.

—Es que no lo sé... bueno iré a ver qué me dicen esos abogados, espera aquí Evie.

En la sala aguardaban un grupo de abogados vestidos en tonos sombríos pero llevando chaquetas de impecable corte que delataba un buen sastre londinense.

—Buenos días lady Gaveston, por favor perdone nuestra presencia aquí—dijo el más viejo.

Los otros saludaron muy atentos.

Pero la amabilidad duró poco cuando le hablaron de las deudas de su marido.

Uno de ellos, de pintorescos mostachos y traje gris a rayas se aclaró la garganta para decir:

—Me temo que deberá vender el castillo de Aberdeen en Cumbria, la que su difunto marido conservó hasta el final. Puede tener una cantidad importante si lo hace y deberá hacerlo antes de que los acreedores pretendan confiscar todo.

—¿Vender el castillo de Aberdeen? Jamás. No, no lo haré—declaró lady Rose agitada, indignada y furiosa al recibir tal sugerencia.

El hombre de leyes fue paciente, de baja estatura y pintorescos bigotes sus ojillos miraban un punto fijo sin rendirse. Fue muy claro cuando dijo que si no vendía esa propiedad llamada “el castillo de Aberdeen” uno de sus acreedores lo tomaría como parte de pago de la deuda. Y sabía que uno de ellos lo haría pero no dijo palabra, esperaba que la señora Gaveston recapacitara cuando recuperara la sensatez.

—No venderé ese castillo, era el orgullo de mi esposo, el legado de su familia y además, es la dote de mi pobre hija soltera Evelyn. No tendrá marido si vendo esa propiedad. ¿Es que no lo entiende?

Su hija Evelyn, que había permanecido escondida en un rincón se sonrojó y habló por primera vez.

—¿Y las propiedades de Londres, señor abogado? ¿Y la colección de

pinturas y manuscritos de mi padre? Deben valer una fortuna pues él dijo que había gastado su herencia en esas piezas.

Lady Rose se disgustó al oír eso, nunca había compartido la pasión de su marido por esos libros viejos con olor a moho ni que Henry gastara tanto dinero en ellos por supuesto.

El abogado se sonrojó como le ocurría siempre que una dama hermosa lo contrariaba como en esos momentos.

—Señorita Evelyn, me temo que no sería suficiente, no alcanzaría para pagar las deudas. Su padre pidió dinero prestado hace años luego de la inundación de las praderas. Ese nefasto suceso menoscabó la fortuna familiar y luego no pagó todas las cuotas y esta propiedad puede ser confiscada y vendida, me lo han advertido sus acreedores. Además hay otros asuntos que le he explicado a su madre y que...

Lady Rose no lo dejó continuar y estalló histérica:

—Es que no pude pedirme eso, esa propiedad es nuestro orgullo. No venderé Aberdeen, no lo haré, no importa lo que diga. Tengo una propiedad que me legó mi padre, es mi dote y podría considerarla.

Su hija la miró espantada sin ocultar el dolor que sentía no sólo por la pérdida de su padre, un hombre extraordinario, sino por la precaria situación en que las había dejado.

Era muy joven para casarse y además, ningún caballero le había pedido matrimonio. Un año atrás todavía jugaba con sus primas al escondite cuando se reunían en navidad. Tenía diecinueve años y a pesar de que varias de sus amigas se habían casado ella no tenía prisa por hacerlo.

Su vida no había sido como la de sus hermanas casadas.

Cuando llegó el momento no hubo dinero para una presentación en Londres, ni para dar recepciones, su madre se lo dijo poco antes de cumplir los diecisiete. Pero ella no se apenó para nada, afortunadamente no se parecía

en nada a sus hermanas que antes de cumplir los dieciséis ya planeaban su boda y hacían dibujos de vestidos elegantes y joyas y flirteaban con los jóvenes más guapos del condado cada vez que los veían en las reuniones de la vicaría o en la iglesia. Emily y Camille sólo pensaban en coquetear y peleaban por ser las más bellas, siempre había sido así y ambas se habían casado cuando ella cumplió los diez años y habían hecho excelentes matrimonios a pesar de que no siempre las notaba muy felices, no sabía por qué.

La voz de su madre la despertó de sus recuerdos. Tal vez era tiempo que dejara de soñar con el pasado y buscara una solución a sus problemas presentes.

—Debe haber otra manera, pedid más tiempo. Mi marido acaba de fallecer y necesito un hombre que me asesore con todo esto—declaró lady Rose con energía.

Lo más irónico es que la dama tenía frente a ella a los asesores en cuestión pero se negaba a oír sus consejos de vender esa propiedad de Cumbria.

—Pedid un plazo, buscaré la forma de pagar. Venderé esos manuscritos, las pinturas y veré si acaso... Tal vez pueda encontrar un marido a mi hija para que me ayude a enfrentar esta situación. Me siento muy sola frente a las adversidades y les ruego que me deis tiempo.

Evelyn miró a su madre enfadada. ¿Un marido para ella que se hiciera cargo de las deudas de su padre? Pues no tenía en mente casarse para salvar a su familia como ocurría en esas novelas de folletín. ¿En qué estaba pensando su madre?

El abogado más alto y un poco más agraciado habló con voz fría.

—Hemos venido a ayudarla lady Gaveston y por eso le aconsejamos vender esa finca pues creemos firmemente que podría sacar una importante suma con ella y pagar así a los acreedores y disfrutar de una renta que le

permitirá vivir dignamente y mantener esta casa. Es su única salida ahora. Afortunadamente tiene propiedades para vender.

La dama regordeta le dirigió una mirada azul fría y fulminante negándose a oír el resto del sermón. Hacía años que venía escuchando las amenazas de esos abogados pero su marido jamás quiso vender el castillo de Aberdeen y no lo haría ella tampoco. Ese lugar era el emblema de su familia, un lugar magnífico y privilegiado que heredarían sus nietos y bisnietos.

—Pues me temo que no venderé Aberdeen. No lo haré, buscaré la ayuda de mi hermano, de mi cuñado. Pediré dinero prestado para pagar esos acreedores pero no se quedarán con nuestro legado. Es el tesoro de mi familia, ¿comprende?

No, ellos no entendían ni podían entender nada. ¿Cómo podían hacerlo ese par de abogaduchos de Londres? Sólo pensaban en negocios, en el dinero, en repartir herencias y calmar a los insaciables acreedores, salvar herencias a cambio de vender tesoros. Dinero, qué asunto tan acuciante pero tan vulgar, ningún caballero que se preciara de tal hablaba demasiado del dinero. Era un tema tan poco delicado.

—Es una deuda considerable, hablamos de más de mil quinientas libras—dijo el abogado sin piedad—Y usted no tiene ese dinero ahora, la renta de su marido es apenas una tercera parte.

Seguían las malas noticias. Esos dos parecían confabulados en su contra y sabían todo, hasta a cuánto ascendía el dinero de su dote y de los bienes que su marido le había dejado. Un elogio a su manejo financiero que no fue bien considerado por la dama.

“Este par trama algo, seguramente habrá un malnacido que los convenció de todo esto y quiere el castillo de Aberdeen. Al abuelo de su marido hubo un sujeto extravagante que le ofreció un montón de dinero por comprarle el castillo de Cumbria pero este se rió en su cara. “Está loco

hombre, dijo”. Y luego a su pobre marido también habían intentado tentarle con mucho dinero. Manga de buitres. No se fiaba nada de ese par, aunque su esposo dijera en vida que eran caballeros de honor. Pues ella desconfiaba, ahora que su pobre Henry ya no estaba y era una mujer sola con una hija casadera debía ser precavida.

Oh, ¿por qué el señor no le había dado al menos un hijo varón? Los hombres sabían manejar mucho mejor los números y defenderse de las argucias de esos abogados.

Pero sólo tenía ahora a su hijita Evelyn criada entre libros, tan inocente de las maldades del mundo, sin ver jamás el mal en nada y debía encontrarle un marido antes de que todo se derrumbara. ¡Y no lo conseguiría sin Aberdeen! Además ¿qué dirían sus vecinos y amigos si se enteraban de que estaba en la ruina? Si conservaba Aberdeen entonces podría salir adelante con al frente bien en alto.

—Me temo que no venderé Aberdeen—dijo Lady Rose—Pediré ayuda a mi hermano—declaró con mucha dignidad y firmeza.

Los abogados se miraron y lo aceptaron por supuesto. ¿Qué otra cosa podían hacer?

Pero antes de irse amenazaron con regresar en dos semanas para saber si la dama había logrado conseguir el préstamo en cuestión, si ocurría antes, le rogaron que les enviara un telegrama.

Cuando se marcharon de Richmond la dama suspiró aliviada. No podía creerlo.

—¡Oh, pero qué alivio!— murmuró.

Su hija no era tan optimista.

—Mamá, tío Edgard no te prestará el dinero, sabes que siempre ha sido muy tacaño.

Lady Rose le dirigió una mirada torva.

—Sí, tal vez sea un tacaño pero no dejará a su hermana en la miseria, no será tan egoísta y desalmado—exclamó.

—Es mucho dinero, mamá. Pero podríamos vender los manuscritos y luego...

La dama puso fin a la discusión sobre la venta de las reliquias de su marido con una frase:

—Esos libros viejos que me hacen estornudar cuando me acerco no valen ni la mitad de lo que mi pobre Henry pagó por ellos, él adoraba esos libros y temo que si los vendemos sufrirá y nos enviará maldiciones desde el más allá. Lo hará. No. Esos libros se quedan dónde están. Tal vez luego venga a echarles una ojeada cuando se convierta en fantasma. Los libros eran su vida, su colección invaluable. Un legado para la posteridad. Me resisto a venderlos.

Los ojos azules de Evelyn se llenaron de lágrimas.

—Tienes razón mamá, padre amaba a sus libros y tardó años en reunir la colección. Libros raros con historias tan bonitas... él sufriría si lo hiciéramos.

Y tras decir esto se fue a la biblioteca para ver la colección maravillosa de manuscritos medievales que su padre había atesorado en vida. Es que estar allí era como verle de nuevo enfrascado en alguna lectura. Su vida habían sido los libros antiguos, crónicas de tiempos lejanos, de castillos, caballeros y princesas y el demonio acechando convertido en dragón, en vampiro o en otra criatura impía.

“El diablo tuvo muchas formas de llamarse y también de ser invocado en la antigüedad” le había dicho una vez.

Al parecer el demonio lo había fascinado y muchos de esos libros hablaban del diablo, de la esencia del mal y cuando ella cumplió ocho años su padre le permitió entrar en la biblioteca para guiarla en la lectura y cultivar

así su mente con libros que le abrían la puerta a otros mundos.

Ninguna de sus hermanas había mostrado interés por sus tesoros pero ella sí, la más pequeña díscola y traviesa había acompañado a su padre en su largo peregrinar en busca de nuevos manuscritos.

En una ocasión estuvieron en Picardía, al norte de Francia, en un ruinoso Chateau llamado Chateaubriand bleu. El castillo azul o algo así. Evelyn se sonrojó al recordar a su dueño: el marqués de Fontaine, ese caballero francés que la había tratado con tanta cortesía y oído con atención sus palabras cuando todos la ignoraban por ser una jovencita de catorce años.

La mirada oscura de ese hombre le había quitado el sueño durante años. Era joven, guapo y tenía una esposa enferma que jamás daba señales de vida pues vivía confinada en su habitación. Su padre le había dicho en confianza que en Francia los nobles se casaban sólo con las hijas de las familias nobles, que los matrimonios se concertaban cuando ambos eran chicuelos por una cuestión de intereses comunes y que ese marqués no sentía más que aversión hacia su esposa enferma y poco agraciada.

Ese caballero tenía un manuscrito que a su padre interesaba pero no quiso vendérselo. Ni por todo el dinero del mundo. Pero sí permitió que leyera su contenido en presencia de su criado por supuesto. Era muy desconfiado.

Estuvieron una semana allí en Chateaubriand bleu y a pesar de ser una jovencita, Evelyn notó que ese joven marqués que no tenía más de veintidós años la miraba de una forma que la hacía ruborizarse.

Y su presencia le provocaba no sólo rubor intenso sino también palpitaciones y temblequeos. Ahora entendía que ese caballero francés estaba algo embobado por ella y que su padre al notar lo decidió poner fin cuanto antes a su estadía en Chateaubriand temiendo que tal vez ese hombre casado intentara llegar más lejos con su hija.

Diablos, su corazón aún latía acelerado al recordar a ese francés.

Con el tiempo, descubrió que los franceses eran seductores y enamoradizos y que las historias de amor en el trono de Francia superaban casi a las intrigas y asesinados. Románticos y siempre enamorados de alguna dama, eso había dicho un amigo de su padre y este dijo que tenía mucha razón así que Evie pensó que debía ser cierto.

Eso puso fin a la fantasía que había vivido en Chateaubriand bleu. Al parecer todo tenía una explicación lógica y que le dedicara esas atenciones no era algo especial ni personal. Pudo ser otra chica inglesa bonita, o francesa, pudo ser cualquier mujer que fuera del agrado del aristócrata.

“El amor romántico es una enfermedad Evelyn” le había dicho su padre luego de ese viaje. “Una enfermedad muy peligrosa. Procura mantenerte a salvo de ella porque luego dejarás de pensar con sensatez y un buen día comprenderás que el amor es un demonio tirano y egoísta”.

—Pero ¿por qué dice eso padre? ¿Por qué el amor es una enfermedad peligrosa?—preguntó ella entonces entre espantada y sorprendida pues siempre había creído que el amor romántico era un sentimiento raro y hermoso que sólo llegaba una vez en la vida.

Su padre la miró con cierta tristeza.

—Es que el amor romántico no es el mismo amor que sientes por tus padres, por tus hermanos, por tu mejor amigo. Es otra clase de amor que a su vez se divide y se multiplica de la forma más perversa convirtiéndola en pasión, obsesión y en ocasiones: locura.

Cuanto más le explicaba su padre del amor romántico menos lo entendía.

—¿Se multiplica?—preguntó luego.

—Bueno, multiplicar no es la palabra pero... es que no sabes si es el amor verdadero y profundo o una pasión enfermiza nacida de la carne—

respondió su padre.

¿Nacida de la carne? ¿Qué demonios era eso?

Al ver su desconcierto su padre rió y la abrazó.

—Perdóname Evie, tienes sólo quince años, hay cosas que no puedes entender, eres una niña todavía. Lo que quiero decirte es que cuando seas una mujer no te fíes de un caballero que te llene de atenciones y te diga hermosa, eso no es amor. El amor profundo y el verdadero es incondicional lo demás es deseo simple y egoísta. Nada más.

Evelyn pensó que a pesar de tener diecinueve años ahora seguía sin comprender por qué su padre había querido advertirle sobre el amor romántico.

Y mientras recorría la biblioteca con el candelabro y encendía las otras lámparas para iluminar el resto de la habitación pensó en esos manuscritos que habían sido la obsesión de su padre, su tesoro más preciado. ¿Acaso no eran historias románticas de caballería del Medioevo que hablaban de la proeza de los caballeros para tener el corazón de una dama, su amor eterno las que tanto fascinaban a su padre?

Miró a su alrededor y no pudo evitar emocionarse al sentir el olor a libro viejo, estantes y estantes de libros apilados en el anaquel perfecto orden por temas, autores. Allí estaban los manuscritos que su padre había amado.

Secó sus lágrimas y se dejó caer en el sillón con brazos color borgoña que siempre usaba su padre y suspiró. Lo echaba de menos y todavía no podía creer que hubiera muerto así de repente de un ataque al corazón. La escena dantesca que encontró al entrar en la biblioteca ese día, su padre caído en el suelo agonizante agarrándose el pecho con una horrible expresión de dolor. ¿Por qué tuvo que morir? Era tan bueno, buen esposo, buen padre... su única debilidad siempre habían sido los libros pero eso no contaba para su madre. Pues eran inseparables. Un matrimonio por amor entre dos jóvenes que

contaban poco más de veinte años. Al comienzo sus familias no aprobaban que se casaran tan jóvenes pero él dijo que se iría a África a pelear con los leones si no lo dejaban casarse y sus padres recapitularon.

Ahora que lo pensaba se oía absurdo. ¿Por qué su padre habría querido ir a pelear a África con los leones? Pero al parecer sus padres tomaron muy en serio sus amenazas y a regañadientes aceptaron la boda.

Los recuerdos regresaron al día nefasto en que su padre sufrió el primer ataque. Ella gritó pidiendo ayuda y vio como el libro que había estado leyendo caía al piso y todo se desmoronaba a su alrededor.

El doctor Anderson dijo que su padre había pasado demasiado tiempo trabajando sin descanso, alimentándose mal y que eso había deteriorado su salud provocándole el ataque y la muerte, días después.

Evelyn se estremeció al ver el libro que había caído en el piso ese día y comprendió que había quedado cómo estaba como si los criados hubieran dejado todo cual estaba ese día sin tocar nada.

Lo tomó temblando con el deseo de descubrir cuál había sido el libro que su padre había estado leyendo los últimos días de su vida pero no pudo entender gran cosa, estaba en francés. Como muchos de sus ejemplares más preciados. Al parecer los franceses habían conservado muchos manuscritos medievales en su lengua original de la que se sentían muy orgullosos por otra parte.

Su institutriz le había enseñado francés pero como hacía tiempo que no practicaba ciertamente que se había olvidado y no logró entender las frases. En realidad no parecía francés sino una lengua distinta. Una lengua que su padre al parecer entendía a la perfección pues había devorado más de la mitad del libro.

No, no era francés, era latín y ese libro era una especie de biblia, o al menos se parecía en cuanto a encuadernación y textura.

Estaba dividido en partes, en cantos y no pudo entender gran cosa hasta leyó el nombre del libro y tembló porque decía Art Diaboli junto a otras cosas.

Sabía bien qué era Diaboli porque había visto esa palabra en otros manuscritos, además la tapa tenía un dibujo de un demonio y no pudo evitar dejarlo caer de nuevo espantada.

No le agradaba cuando su padre mencionaba al diablo y nunca había entendido por qué lo había obsesionado tanto en vida. ¿Qué quería descubrir, qué lo intrigaba tanto del personaje más oscuro y malvado de la creación divina?

Evelyn sonrió pensando que su padre había sido un hombre extraordinario en muchos aspectos. Sus amistades más cercanas lo habían llamado erudito y durante muchos años presidió un club de investigación londinense y obtuvo premios, reconocimiento y hasta escribió varios artículos en un diario muy importante de forma honoraria. Su madre pensaba que debía cobrar por ello pues la sección de sir Henry Theodore Gaveston era la más leída del periódico en cuestión pero su padre pensaba que era de muy mal gusto exigir una paga por compartir con los lectores conocimientos que no le pertenecían. Además adoraba recibir cartas y comentarios de sus artículos y sentir que era capaz de derribar viejos mitos sobre la historia medieval. Porque decía que durante mucho tiempo se había creído a la Edad Media una época oscura de barbarie ignorando que los monjes y eruditos de ese tiempo habían contribuido a la ciencia de forma notable.

Para él era un pasatiempo muy agradable recibir cartas y se ponía como un niño ansioso esperando recibir todas las semanas en la bandeja de plata de manos del mayordomo más de veinte cartas provenientes no sólo de Londres sino todos los rincones del país.

Cuando el número de correspondencia creció tuvo que ayudar a su

padre a responder las cartas, a clasificarlas. Era divertido. Evie se convirtió en la asistente personal de su padre erudito y siempre lo acompañaba a tertulias y charlas sobre historia y religión medieval.

Pero meses antes de morir su padre las cosas cambiaron como si él dejara de perder interés por todo. No respondía cartas, ni siquiera las abría y se apilaban en la bandeja de plata del comedor. También dejó de escribir artículos en el periódico una actividad que le encantaba.

Evie se estremeció al pensar que en los últimos meses de su vida su padre perdió interés por todo aquello que siempre lo había apasionado de una manera inexplicable, incomprensible. Se alejó de ella, y de su madre, de sus viejos amigos, pues pasaba el día entero en su biblioteca o realizaba misteriosas salidas sin avisar más que a su cochero. Descuidó su pasión, descuidó a su familia, a sus amigos y lo vio cambiado. Distante, atormentado y de mal carácter.

Él nunca había sido así. Dejó de ser él mismo. Algo debía angustiarle, algo lo atormentaba a tal punto que ese algo lo llevó a la muerte porque lo absorbió de tal manera que su mente y su corazón se detuvieron una vez y para siempre.

Tal vez allí debía estar la respuesta, en su biblioteca.

Evie odiaba no saber qué había angustiado tanto a su padre y mucho más no haberle prestado atención, pudo preguntarle, ayudarle.

Y mientras recorría la biblioteca en busca de pistas tomó de nuevo el libro con fijeza y lo tomó intrigada.

No debía tener miedo. Debía saber qué había en ese libro que absorbió tanto la atención de su padre en sus últimos días de vida. Allí debía estar la clave. Art Diaboli.

Tomó el libro y lo guardó, luego exasperada por sentirse rodeada de sombras y fantasmas se alejó.

Demasiados recuerdos, demasiada tristeza.

Debía ser fuerte si quería descubrir el misterio que rodeaba la muerte de su padre

Una mañana fue a visitar al vicario Thomas Williamson. Era uno de los amigos más cercanos de su padre a pesar de tener distintas creencias pues su padre no profesaba más religión que la eterna duda sobre la existencia de las divinidades.

Era un amigo de infancia y lo conocía más que nadie.

Su visita no lo sorprendió.

El vicario, ese hombre gordo y grandote tenía un carácter apacible y paciente muy parecido al de su padre.

—Evelyn, qué sorpresa. Siento mucho lo de tu padre ¿Cómo has estado? ¿Y vuestra madre?

Todos le preguntaban lo mismo. Luego le decían “siento mucho lo de tu padre”.

Cada vez que oía eso se sentía atormentada.

¿Por qué todos le recordaban que su padre estaba muerto?

Era muy reciente y esas palabras de respeto y consuelo lo que hacían eran recordarle su dolor en vez de ayudarla.

—No se sencillo reverendo Thomas—le aseguró.

—Por supuesto que no lo es, lo entiendo. Ven, pasa Evelyn.

Conversaron en la sala principal y todo fue cordial y afable hasta que le mostró el libro.

Nada más enseñarle Art Diavoli la expresión del vicario Thomas cambió de forma radical.

—¿Cómo obtuviste este libro?—preguntó aturdido y espantado—
Evelyn, no, no debes mostrarlo a nadie ni siquiera tocarlo.

Estaba reprendiéndola como si fuera una chiquilla.

—Era de mi padre, estaba leyéndolo antes de morir—replicó nerviosa.

El reverendo se puso pálido.

—¿Qué? ¿Quieres decir que Henry tenía este libro?—dijo incrédulo.

Evie asintió.

—Pero está escrito en latín, no sé qué significa. ¿De qué trata?—quiso saber la joven.

Thomson Williamson vaciló, dudó, y Evelyn pensó que no le diría nada.

—Por favor, necesito saber qué le pasó a mi padre señor Williamson, usted era su amigo más cercano y él cambió mucho esos últimos meses. Pasaba gran parte del tiempo en la biblioteca y algo lo atormentaba.

El reverendo demoró en responderle y de pronto dijo mirándole fijamente:

—Evelyn esto no te hará ningún bien. Debes hacer tu duelo y dejar de pensar que fueron los libros quienes de cierta forma ocasionaron su muerte. No fue así. Henry era algo descuidado con su salud y cuando comenzó a escribir artículos, a dar conferencias fue excesivo para él y se lo dije, pero no me escuchó. Era un apasionado del saber y siempre estaba investigando algo que lo intrigaba y que creía, cambiaría el saber de forma fundamental. Así fue siempre y eso no... No provocó su muerte.

—Pues yo creo lo contrario señor Thomas, estaba leyendo este libro cuando lo encontré la noche que tuvo el ataque al corazón, algo de lo que hay aquí le provocó un serio disgusto. Por favor, dígame de qué trata este libro porque lo averiguaré de todas formas.

—Evie no, no lo hagas.

—Pero usted sabe lo que dice aquí, ¿no es así?

El reverendo Thomas vaciló.

—Es un libro medieval de magia y hechicería, Evie. Pero no debes conservarlo, deberías quemarlo. No os traerá nada bueno y no sé cómo llegó a manos de Henry, realmente me asombra que...

—¿Un libro de hechicería? ¿Y por qué mi padre tendría un libro de esos?

Evie tuvo la sensación de que el reverendo le ocultaba algo.

—No es sólo de hechicería ¿verdad? Hay algo más. Por favor, debe decírmelo señor Williamson, usted era su amigo.

La expresión de sus ojos cambió.

—Tu padre era un erudito Evelyn, un obsesionado por saber y descubrir verdades teológicas sobre Dios y el demonio. Los ángeles y otras criaturas intangibles lo apasionaban. Pero sospecho que además de investigar él buscaba respuestas. Sin embargo creo que no deberías tener ese libro, se me pone la piel de gallina de pensar que mi viejo y querido amigo leía libros como ese. No entiendo y estoy tan desconcertado como tú.

—¿Qué es este libro señor Thomson? Usted sabe latín, ¿qué hay en este ejemplar?

El antiguo amigo de su padre no quería ni tocar el libro. No deseaba hacerlo. Pero Evie tuvo la sensación de que conocía el contenido.

—Es un libro sobre rituales para invocar al demonio, hija. Un manuscrito raro y muy antiguo y sólo pensé que era una leyenda porque ignoraba que existiera un ejemplar. No debes leerlo, no lo hagas ni digas a nadie que lo tienes ¿sí? Es mi mejor consejo. Debes quemar esto porque si alguien sabe que vuestro padre lo tenía querrá tenerlo. Siempre hay personas que son tentadas y llevadas por el camino del mal.

Evelyn sintió un escalofrío horrible y se estremeció al pensar que su padre había estado leyendo un tratado de magia de cómo invocar al diablo, y de pronto recordó a ese marqués francés que comprendía bien su lengua pero

se negaba a pronunciarla y a esas amistades que frecuentaban Richmond y que su padre jamás le presentaba. Se escurrían como sombras hacia la biblioteca y aun a la distancia notaba que no tenían buen aspecto.

—No puede ser señor Thomas, mi padre creía en Dios y era un buen hombre, debe haber algún error en todo esto. Tal vez no era este el libro que leía y ...—dijo y su mente buscó desesperada una explicación mientras el reverendo pedía ayuda al comprender que la joven estaba sufriendo un ataque de nervios.

—No es verdad señor Thomson, no puede ser verdad—gritó entre lágrimas—Tal vez alguien lo dejó allí por descuido, uno de sus amigos...

La esposa del reverendo, la señora Maddy entró entonces para darle un vaso de coñac como le pedía su esposo.

—Bebe esto hija, te hará bien. Respira hondo—dijo.

Evie la miró aturdida pero no quiso beber coñac.

—Sólo agua por favor—pidió y su voz se quebró.

Nada de lo que dijera el señor Thomas y su esposa podían consolarla.

—Tal vez deberíamos llamar al doctor Anderson—dijeron.

—No... no es necesario. Quiero regresar a casa. Necesito saber si mi padre tiene más libros como este señor Thomson.

Evelyn se mantuvo firme al respecto y luego de beber el vaso de agua insistió en regresar a su casa.

—Querida, te noto muy nerviosa... deja ese libro, olvida ese triste asunto—insistió el reverendo.

—No... no puedo hacerlo, señor Williamson.

—Está bien, pero deja que te acompañe a tu casa querida. Pediré al cochero que nos lleve—intervino su esposa.

Evie aceptó mientras luchaba con la inmensa confusión que sentía. Una parte de ella se negaba a creer que su padre coleccionara libros relacionados

con el demonio y que en algún momento abandonara sus creencias para...

No, era demasiado horrible y sin embargo recordaba que los últimos tiempos había cambiado y siempre la mantenía apartada de los libros, de su compañía. Salía con frecuencia, viajaba y estaba ausente durante semanas y al regresar ya no parecía el mismo. Había cambiado. El doctor dijo que en los últimos meses lo notó desmejorado, pilló un constipado y luego tardó mucho en recuperarse.

Se apeó al carruaje y observó ese día gris de otoño, mucho más triste sabiendo que su padre no estaba y que tal vez algo muy maligno había provocado su muerte.

El señor Thomas decidió acompañarla a pesar de que a ella le pareció una exageración usar el carruaje de la vicaría por unas pocas cuadras. Y permanecía sumida en sus pensamientos cuando escuchó al reverendo decir:

—Evie, ten cuidado. Deja ese asunto en paz. Devuelve el libro y escóndelo. No es prudente que investigues este asunto.

Ella lo miró sin decir nada y a pesar de que prometió hacerlo de forma mecánica cuando llegó a Richmond lo primero que hizo fue dejar su capa, guantes y gorro con la criada que la recibió en el inmenso hall y dirigirse a la biblioteca con el libro maligno apretado contra su cuerpo como si llevara una carga pesada, demasiado pesada para y ella y sin embargo: pues estaba decidida a no rendirse.

La biblioteca de su padre era un laberinto eso pensó mientras contemplaba los volúmenes apilados por temas, por autores, todo perfectamente organizado. Había demasiados libros y no sabía qué buscar, podía pasar días, semanas, meses buscando la segunda parte de ese volumen impío, maligno. Tener ese libro en sus manos le provocaba un malestar espantoso, saber que era del demonio lo convertía en un libro poderoso que

despertaba sus terrores infantiles más antiguos y escondidos.

Y allí estaban sus libros. Un mundo en el que había pasado mucho tiempo de su vida, tal vez demasiado. Manuscritos y tratados medievales de medicina, astrología, magia, ciencia... Y novelas de caballería. Roman de la Rose, Tristán e Iseo y otras historias algo tristes y macabras como el caballero de la carreta.

Pero no encontró ninguno que fuera de magia y demonología por ejemplo. Pensó que podía estar toda una vida buscando y que tal vez el reverendo Thomas tuviera razón. No tenía sentido insistir. Quizá ese libro llegó a su padre como una rareza y quiso leerlo porque como a muchas personas saber cosas del demonio los fascinaba, su tía Lizzy había pasado la vida investigando y averiguando la forma de defenderse del diablo. Eso no era algo malo, ¿o sí? No debía inquietarla.

Había exagerado.

Observó el libro escondido en la repisa superior del estante caoba y pensó que era un estorbo. ¿Debía quemarlo para que nadie supiera su existencia? ¿Sería peligroso si llegaba a manos equivocadas?

Lo tomó del estante y lo observó con ojo crítico. ¿Qué decía exactamente? ¿De qué trataba ese “Art diaboli”? ¿Era un libro de magia negra para invocar como había dicho el reverendo?

No... ese libro tenía ilustraciones y dibujos raros, como grabados del Medioevo y también había como oraciones. ¿Hechizos para conjurar al diablo? ¿Por qué su padre tendría tanto interés en conservarlo? ¿Qué planeaba o qué esperaba descubrir? ¿Qué rayos había en ese manuscrito que lo atrapó durante meses? Pues ese volumen de tapa ropa arabescos y el dibujo de una gárgola estuvo allí todo el tiempo.

Pues sería mejor que lo guardara en su habitación hasta que decidiera qué hacer.

Sólo esperaba no sufrir pesadillas como cuando era niña. Se dijo mientras lo guardaba cuidadosamente en una repisa lejana de su habitación. Pero cerca de allí vio el cuadro de Jesús y rezó en silencio pidiéndole protección y luz en todo ese triste asunto.

“Ayúdame a descubrir la verdad oh Jesús, ayúdame a saber qué pasó ese día” murmuró.

Mientras Evelyn seguía hurgando como un hurón en la biblioteca, lady Rose tenía una delicada conversación con su hermano Edward.

Él la recibió en su mansión campestre llamada Rossen y se mostró muy conmovido y hasta indignado con su actual situación económica.

—Cuánta desconsideración. Esos abogados... realmente no tienen modales. Debieron hablar conmigo—dijo de pronto con la expresión más horrorizada de la que fue capaz.

Rose se dejó caer en una poltrona y puso cara de sufrimiento.

—Ay Edward, ni te imaginas lo que he sufrido. Me siento perdida sin Henry y no comprendo cómo ha pasado todo esto.

Lord Edward la escuchó y consoló todo lo que pudo.

Como heredero de Eastwood el noveno marqués de Wilton gozaba de una holgada y ventajosa posición, sin embargo cuando supo de las deudas de su cuñado con sus acreedores lanzó el grito en el cielo. ¡Qué hombre tan desconsiderado y manirroto! Pensó para sí.

—Pero es una deuda terrible, Rose. ¿Cómo harás para pagarla? —preguntó luego con cautela.

—Es que no lo sé, mi querido Edward, realmente no tengo ese dinero y pensé que tú... podrías prestarme una parte.

Ahora su hermano mayor la miraba francamente horrorizado. ¿Prestarle esa fortuna?

—Pero yo no tengo tanto dinero, Rosie, ¿cómo crees? Es imposible. Tengo rentas y también obligaciones, debo pagar a mis acreedores—dijo con cautela.

Rose lo miró espantada. ¿Y ahora a quién iba a pedirle dinero? Su hermano era el más pudiente de su familia, tenía un tío sí pero era un tacaño del infierno y jamás se humillaría para pedirle, además...

—Lo lamento mucho Rosie pero creo que en tu situación deberías vender ese caserío viejo del norte o alguna propiedad de las que recibiste cuando murió nuestra abuela. Creo que deberías arriesgarte a vender.

—¿Hablas de vender el castillo de Aberdeen?—su hermana estaba furiosa y se preguntaba cómo su hermano podía ser tan insensible y tacaño. Se había casado dos veces con dos mujeres muy adineradas, ambas le habían aportado una dote considerable y hasta se había convertido en socio de una fábrica de su suegro actual en Londres. ¡No podía decir que no tenía unos pocos miles de libras para prestarle!

—Rosie, no es un castillo, es un caserío viejo llamado Aberdeen. Esa propiedad podría salvarte de la miseria—dijo él.

—¿Y cómo podré encontrarle un marido a la pobre Evie sin Aberdeen? Esa casa es su dote Edward y si la vendo ahora la pobrecita será condenada a quedarse soltera el resto de su vida.

El caballero consideró esa posibilidad.

—Entonces casa primero a Evelyn y luego pídele prestado el dinero a tu yerno. Estoy seguro de que si la llevas a Londres encontrará un marido acaudalado y todos tus problemas se solucionarán.

—¿Y crees que eso ocurrirá tan rápido?

—Evie es muy bella, muy angelical, no dudo en que enamorará enseguida al primer caballero ansioso de encontrar una esposa. El otro día escuché al hijo de Lord Andrews decir en una conversación que mi sobrina

Evie era una joven de extraordinaria belleza y encanto.

—¿De veras?—preguntó la dama con inesperado interés.

—Y ese joven es un buen partido, si Evelyn no fuera tan tímida... Habla con tu hija, Rosie, creo que debería poder vencer su timidez. Debes decirle que deje de ser tan tímida o se convertirá en una solterona.

Ahora lady Rose había vuelto a enfurecerse, ese hermano además de tacaño era un engreído. ¿Cómo se atrevía a decir eso de Evie?

—Es que Evie no es una coqueta—bufó. Iba a agregar, una coqueta como tu hija menor Beth, que no hace más que flirtear con todos los jóvenes guapos del condado.

—Por supuesto. Evelyn es un ángel. Pero a veces los ángeles se quedan para vestir santos y eso no será bueno ni para ella ni para ti hermana. Necesitas encontrarle un marido a Evie. Te ayudaré, lo prometo. Déjalo por mi cuenta. Daré una recepción el próximo viernes para Elizabeth y convéncela de que asista. Podremos observar qué caballero está interesado sinceramente en ella, sospecho que tendrá muchos pretendientes adecuados en el condado para escoger.

La oferta no estaba mal, era casi tentadora excepto por un detalle: que ella no tenía tanto tiempo para planificar una boda ventajosa.

—Los abogados me dieron dos semanas de plazo para tomar una decisión, dos semanas es muy poco para planear una boda, Edward.

—Dos semanas no es nada Rosie, esos abogados son muy desconsiderados. ¿Cómo se llaman?

—Louis Chapter y Edmund Wilt, de Chapter & Wilt asociados. Eran los abogados de mi difunto Henry.

—Pues no han tenido ninguna consideración contigo Rosie, realmente pudieron darte más tiempo. Dos semanas... ¿qué podrás resolver en dos semanas? No podrás juntar todo ese dinero ni aunque vendieras Aberdeen.

Pide una prórroga. Pero escucha... prometo que hablaré con mis amigos si... Sabes que luego del incidente que sufrió mi sobrina política...

Rosie parpadeó inquieta.

No le gustaba ni acordarse de ese pequeño escándalo cuando la sobrina política de su hermano confesó a su madre que estaba esperando un hijo y que su seductor se había fugado del condado. Edward fue el encargado de encontrarle un marido urgente a su sobrina. Y lo consiguió con mucha discreción.

—¿Quieres decir que buscarás un marido urgente a mi hija? No... no deseo que piensen que...

—Rosie por favor, despierta, tu situación es muy delicada y la de mi querida sobrina también. Hay muchos caballeros en Londres que buscan esposa con cierta premura. Son hombres solitarios que quedaron viudos o que han decidido poner fin a su soltería y formar una familia. Para ellos Evie sería más que un sueño hecho realidad. La esposa adecuada: bella, distinguida, de excelente familia y de intachable reputación.

—No hay tanta prisa para eso, Edward.

—Me temo que sí la hay, querida. Es mejor que mi sobrina encuentre un marido que cuide de ella, sabes que es muy tímida y siempre se aleja de los jóvenes. Es imposible que se acerquen, que le hablen si se muestra tan reacia, interpretan su timidez como rechazo o falta de interés y en el juego del amor y la seducción, mostrar un poco de atención al menos, una mirada es muy importante. Los jóvenes son muy inseguros y vanidosos, no soportan verse ignorados.

—Es que creo que Evie no está lista para casarse, Edward.

Esa respuesta exasperó a su hermano pero se contuvo.

—¿Por qué lo dices?

—Es que ella no... está madura para convertirse en esposa y luego en

madre, sería precipitado casarla sólo para salvar a nuestra familia.

—Pues temo que has descuidado su educación, la has consentido demasiado, Rosie, la criaste para quedarse en casa cuidando a sus padres y eso no fue apropiado.

—Eso no es verdad.

—Pues entonces habla con Evie, dile que debe casarse aunque la idea no le resulte del todo atractiva. ¿Quién cuidará de ella ahora sin su padre, Rose? ¿Es que no lo has pensado?

—Por supuesto que sí, no dejo de pensar en esto día y noche desde que el pobre Henry murió.

Edward fue amigo de Henry cuando jóvenes, fueron juntos a Cambridge, estudiaron leyes un tiempo y luego ambos siguieron caminos separados. Un verano Edward fue a visitarlos a Richmond y se enamoró locamente de su hermana menor Rosie. Para él esa boda siempre fue una locura. Henry tenía la personalidad de un solterón, ya de joven coleccionaba libros viejos y raros, sellos postales y otras cosas inútiles, pasaba gran parte del tiempo en esa labor y luego practicaba deportes, iba al exclusivo club Delain y... era demasiado intelectual para la inquieta e infantil Rosie. Por eso su hermana siguió siendo la consentida de la familia pues su marido no tenía carácter y parecía más su amigo que su esposo y allí estaba el desenlace de esa unión errónea: morirse a los cincuenta y ocho años dejando un montón de deudas y una hija de diecinueve años que debió estar casada al cumplir los dieciocho.

Ahora su hermanita consentida decía que no sabía qué hacer y le pedía ayuda.

—No es tan fácil Edward, ella es algo testaruda y no me escuchará. En cuanto le hable del matrimonio se encerrará en su cuarto y...—terció ella.

Al oír eso Edward sintió que explotaba.

—Si se encierra en su cuarto déjala sin cenar, haz algo con tu consentida hija de una vez. ¿Cómo esperas que tenga un esposo si no le enseñas a comportarse? Debe aprender a obedecer porque luego su marido se volverá loco al entender que se ha casado con una niña a la que debe disciplinar. Que obedezca a su marido por lo menos y que entienda que dependerá de él para todo por el resto de su vida. No puedes permitir que se quede soltera por timidez, le harás un gran daño porque tú no vas a durarle toda la vida.

Lady Rose pensó que había escuchado demasiado y decidió poner fin al sermón de su hermano mayor.

Y como toda dama educada respondió:

—Querido, debo regresar a casa, no deseo preocupar a Evie. Tomaré en cuenta tus consejos pero te ruego que no consigas un marido para mi hija con tanto apremio.

—Lo haré por Evie y por ti, no permitiré que los acreedores te dejen sin nada. Y no te preocupes, en menos de dos semanas conseguiré un esposo para mi sobrina.

No esperaba que cumpliera sus promesas pero luego comprendió que si lo hacía era para no pagar sus deudas. ¡Dios del cielo! ¿Cómo es que había en ese mundo un ser tan tacaño? Era su hermana menor, la única mujer, y se sentía tan desamparada, tan sola en la desgracia. Había esperado que al menos le prestara una parte del dinero pero no quiso insistir al ver que se ponía tenso y estiraba el cuello como un gallo. Alerta, soberbio y nada dispuesto a ayudarla.

Así era a veces. Quiénes más tenían menos ayudaban a los demás, aunque estos fueran de su propia sangre.

Abandonó la mansión campestre de Rossen y regresó a Richmond con lágrimas en los ojos preguntándose a quién más podría pedirle ayuda ahora.

Evie estaba furiosa y no hacía más que permanecer silenciosa durante la travesía sin dirigirle la palabra a su madre mientras esta hablaba como una hurraca parlanchina todo el tiempo.

—Mami, sabes que odio las fiestas y también odio que intentes buscarme un marido aceptable. Además debo respetar el luto y me has obligado a usar un vestido azul—dijo de pronto para desahogarse.

Lady Rose miró a su hija con pena.

—Lo sé Evie, sé cuánto odias eso, pero vuestro padre entenderá además os aseguro que no se trata de una fiesta, es una reunión social muy íntima en casa de tu tío.

Los ojos topacio de Evelyn se mostraron alarmados.

—No estoy de ánimo para reuniones sociales, me sentiré incómoda y me pondré a llorar cuando alguien comience a tocar el piano. Tú no me dejas llorar a mi padre y parece que ya quieres festejar mi boda.

—No estoy planeando tu boda Evie, tranquilízate pero te hará bien salir. Pasas el día entero en la biblioteca, vas a debilitarte de tanto leer. El médico Alain lo dijo la última vez y...

—No voy a debilitarme, necesito leer y distraerme—respondió ella evasiva.

—Pues creo que te hará bien conversar con tus primas y ver personas y no sólo libros. Salir un poco de Richmond. El luto lo llevaremos siempre en el corazón y no necesitamos vestir de negro para eso.

—Pero tú sí llevas luto.

—Yo soy su esposa, estoy obligada a llevar luto un año pero tú...

Evie no replicó, estaba demasiado molesta para eso.

No tenía mucha amistad con sus primas ni con sus hermanas quienes luego de asistir al funeral de su padre se quedaron sólo tres días en Richmond

y luego se fueron como si las persiguiera el diablo. Su madre estaba muy triste y necesitaba la compañía de sus hijas, ¿por Emily y Camile eran tan egoístas? ¿Por qué tenían que obedecer a sus maridos y quedarse encerradas, estar siempre encinta y no podían quedarse un tiempo en Richmond house? No podía entender tanta sumisión y que hubiera manuales de la perfecta esposa dónde una mujer casada explicaba a una chica en edad casadera cómo serían las cosas cuando se convirtiera en la señora de un caballero.

Y su madre planeaba casarla con uno de esos arrogantes lores del condado para que su vida fuera un martirio.

Evelyn era tímida pero esa no era la razón porque huía de los flirteos. No tenía interés en conversar con nadie ni en que le presentaran a uno de esos caballeros viudos que buscaban esposa con desesperación, huía de ellos como de la peste como de otros que sólo querían robarle un beso en la oscuridad como habían intentado una vez en la boda de su hermana Camille. Algunos mozalbetes eran atrevidos, especialmente en los jardines, con algunas copas de oporto y con la oscuridad encubriendo sus malas intenciones.

Observó nerviosa a su alrededor poniendo su mejor cara de espanto y timidez para que ninguno de los posibles candidatos insistiera en ser presentados.

Evelyn entró y saludó a sus familiares y tuvo que soportar más saludos de duelo de algunos amigos de sus tíos.

De pronto notó que su tío hablaba con un caballero que estaba solo y luego, poco después los presentaba. No pudo evitar ruborizarse al sentir la mirada intensa que le dedicó el caballero de unos veinticinco años, alto de cabello castaño y mirada profunda. Bueno, era atractivo pero lo era porque se parecía a ese francés que había conocido cuando tenía quince años. Ese parecido alcanzó para turbarla aunque no se parecían en personalidad. Sir Raymond Chandler, recientemente viudo era típicamente inglés: frío,

controlado y de pocas palabras.

Luego de media hora conversando con ese caballero, Evie sintió deseos de correr al comprender que tal vez fuera uno de esos hombres desesperados en busca de una señorita casadera de buena familia dispuesto a casarse con ellos.

—Disculpe, debo saludar a mi prima—dijo para escapar.

Siempre lo hacía y le daba resultado. Luego se escabullía y procuraba mantenerse apartada de ese que intentaba darle conversación.

Pero su tío Edward descubrió su treta y la miró disgustado. Vaya, ¿así que ahora su tío quería encontrarle un marido a la fuerza como hizo con su sobrina política por cometer una imprudencia? Se preguntó la joven. ¡Pues ella no necesitaba un esposo ahora!

Se alejaba del salón cuando su madre se le acercó.

—Evie, ¿a dónde vas? No puedes irte así y dejar al caballero plantado—dijo con expresión ceñuda.

Jamás imaginó que su madre la reprendería por tal nimiedad.

—Es que tengo calor y necesito ir al tocador—dijo con expresión desesperada.

—Por favor, no lo hagas de nuevo ¿sí? Ahora sí es necesario—insistió su madre.

—Pero ¿de qué hablas mami?

Lady Rose jamás lo diría abiertamente en un lugar público pero esperaba que su hija lo entendiera de todas formas. Apretó los labios sin decir nada más y luego se alejó.

Allí estaba de nuevo su madre casamentera pensando que si no lograba pescar un marido antes de los veinte años sería una solterona. ¡Qué exagerada! ¿Cómo iba a estar coqueteando con algún caballero si estaba de luto por su padre y cosas más importantes la agobiaban en esos momentos? Estar allí era

una dolorosa pérdida de tiempo. Además nadie le prestaba atención.

La joven se alejó y procuró hacer tiempo dando vueltas por las habitaciones de la mansión, observando el decorado y los retratos. Cualquier excusa era buena para demorarse y permanecer lejos de su nuevo pretendiente.

Hasta que de repente vio a una pareja de enamorados besándose de forma muy apasionada en una de las habitaciones y tembló.

Vaya, ¡qué atrevidos! Pensó y la visión de la pareja tan apretada la atrajo como un imán. Conocía ese vestido color malva de terciopelo y encajes, era hermoso y el cabello rubio con esas flores en el cabello... Era su prima Elizabeth, no podía creerlo. Y el joven que la acompañaba... pues no lo conocía pero era muy osado y atrevido, como su prima por supuesto.

Regresó al salón ruborizada en busca de su madre, quería irse por supuesto pero su tío estaba esperándola en compañía de ese nuevo pretendiente: el caballero guapo y viudo que necesitaba desesperadamente una esposa. No escaparía tan rápido como planeaba, habría sido muy descortés ignorar que él quería conversar con ella.

Luego tuvo que oír a su madre decir que al parecer el caballero Raymond Chandler había quedado muy impresionado por su belleza y deseaba visitarla de nuevo.

Hablaba sin parar la mañana siguiente durante el desayuno.

—Es lo que te decía hijita, que cuando apareciera un hombre sensato se enamoraría de ti nada más conocerte. Un caballero riquísimo y apuesto, ¿verdad que lo es?—quiso saber.

Como ella no dijo nada al respecto lady Rose se engulló otro panecillo de crema para calmar los nervios.

Sólo para perderlos media hora después, cuando Evie dijo con total decisión que no pensaba casarse.

—¿Qué has dicho?—clamó desesperada.

—Sé lo que planeas mami, tío Edward y tú quieren casarme con ese caballero y ciertamente me parece una locura.

—¿Una locura?

—Sí lo es. Buscarme un marido para resolver todos los problemas de la familia. Nunca antes habías llegado tan lejos, madre.

—Es que lo hago por ti. Por tu futuro. ¿Qué va a ser de ti Evie sin marido, sin tu padre? Sólo nos ha dejado esta casa, Aberdeen y un montón de cuentas que pagar. Debes entenderlo y dejar de ser tan tímida. Creo que el señor Chandler sería un buen marido. Tu tío asegura que es un caballero de excelentes modales y de muy buena familia. No hay escándalos ni tampoco nada que sea una sombra en su honor.

—Mami, lo conocí ayer, ¿cómo crees que él quiera siquiera considerarme una esposa adecuada? Estás exagerando como siempre lo haces. ¿Dices que se ha enamorado en una noche y que hoy vendrá a pedir mi mano? Oh por Dios, no puedes creer eso.

Su hija tenía razón. Mejor sería ir con cautela. Si el enamoramiento del caballero y nadie se lo dijo: ella lo vio con sus ojos, era verdadero, entonces en un tiempo razonable tal vez pidiera su mano.

—Está bien, sólo te pido que no lo arruines todo esta vez hijita, te lo ruego. Por favor. Piensa en tu pobre madre cuando tengas el impulso de darle de calabazas al pobre señor Chandler. Sé que vendrá a visitarte, lo intuyo y sabes que tu madre es bruja y presiente las cosas.

Evie sonrió tentada.

—Ay mami, es que no quiero desilusionarte pero temo que mi personalidad espanta a los pretendientes más enamorados. Siempre ha sido así. Creo que no soy lo que ellos esperan encontrar en una esposa. Soy como dijo alguien una vez: un ángel de hielo—rió al recordar el comentario de cierto joven en la iglesia al compararla con sus hermanas mayores Emily y

Camille. “La más coqueta es la mayor (Emily), la del medio es apenas bonita pero la menor es realmente un ángel pero todos saben que es fría como el hielo”. Vaya comentario mordaz, hiriente y certero.

—¡Tonterías!—insistió lady Rose—Nadie dirá que eres de hielo si dejas de tenerle tanto miedo a los hombres, Evie.

Su hija la miró con expresión extraña.

—Papá y tú me decían que debía ser cautelosa porque había muchos seductores que enamoraban a las jovencitas. Él decía que el amor romántico era algo enfermizo e inestable, condenado a perecer como tantas otras cosas de este mundo.

Ahora su madre la miraba espantada.

—¿Henry dijo eso?

—Sí, lo dijo mamá. ¿No lo sabías?

Su madre se emocionó hasta las lágrimas.

—Es que él temía que te pasara como a la sobrina de mi hermano Edward, una chica inocente y tierna seducida por un sinvergüenza. Temía eso. Pero lo que dijo no es verdad. Amé a tu padre desde el primer momento en que lo vi, fue instantáneo y tan fuerte que nunca más me aparté de su lado y rechacé otros pretendientes para ser su esposa.

—Bueno, papá también decía que el amor era un embrujo, una habilidad de seducción muy peligrosa, me pregunto por qué decía eso si él era un esposo tan bueno y apasionado—respondió Evie pensativa.

Su madre guardó silencio. La afectaba hablar de su esposo, la pérdida era muy reciente y todavía lo echaba mucho de menos.

Evie la vio marcharse preguntándose si acaso ella también habría notado el cambio en su padre los meses antes de morir y qué pensaría sobre ello. Habían estado siempre tan unidos pero algo había pasado antes de su muerte, algo que deseaba averiguar y que sabía debía estar escondido en algún

lugar de la biblioteca.

Chandler

Días después, el señor Chandler les hizo una breve visita con la excusa de que estaba de paso por el condado y deseaba saludarlas.

Su madre estaba radiante por su presencia, parecía ella la joven dispuesta a casarse con él.

Evie en cambio se mostró fría y reservada pese a los consejos de su madre.

Bueno apenas le conocía, además no creía que fuera sensato mostrar tanto interés.

Fue acertado pues días después el caballero regresó y se quedó a tomar el té junto a otros invitados inesperados.

Ese fue el comienzo de la amistad.

Evie sospechaba que esa amistad no era una buena idea. Sin embargo debía reconocer que el caballero Raymond Chandler era muy agradable y atento, y tenía mucha más inteligencia y aplomo que los jóvenes que solían acercarse a ella.

Para empezar era un apasionado del arte, de la música y la literatura, podía pasar horas hablando de todos los libros que había leído y compartir con total honestidad sus pensamientos y opiniones sin temor a nada.

Un día dijo que William Blake era un poeta oscuro y encantador como Lord Byron era el eterno atormentado, Poe había sido un genio y no pensaba que la monarquía regresara a Francia ni que fuera derrocada algún día en su país.

Era muy estimulante oírle hablar porque era un erudito y Evie podía compartir con él sus conocimientos o simplemente escucharle hablar de aquello de lo que no tenía ni idea.

Sus visitas se hicieron constantes pero no tan frecuentes como hubiera deseado su madre.

En ningún momento intentó besarla o hablarle de sus sentimientos y eso fue una bendición para Evie, pues de haber ocurrido lo contrario habría tenido que rechazarle y no deseaba herirle.

Pero los planes casamenteros de su madre iban viento en popa. Ella se imaginaba el repique de las campanas de nuestra boda y Evie se preguntaba si no sería mejor escoger un hombre con aplomo e inteligente y no uno joven e inexperto. Tal vez se estaba acercando a sir Raymond como nunca antes se había acercado a un hombre. Pero no era más que una incipiente amistad. Un tibio afecto que estaba naciendo y que necesitaba un poco de tiempo para crecer o perecer.

Evie no se sentía segura de que se caballero tuviera interés en ella al punto de querer pedirle matrimonio, tal vez sólo la estaba estudiando y evaluando como su posible esposa. Era un caballero frío y educado, muy culto y ella le agradecía esa distancia.

Sin darse cuenta, la joven empezaba a esperar sus visitas con ansiedad. Le agradaba sir Raymond y sentía que a su lado estaba completamente a salvo de la pasión romántica que su padre había mencionado una vez. Sin sobresaltos, sin dolor, sin locuras tal vez el afecto de un amigo fuera mucho más deseable que el enamoramiento absorbente y violento.

Evelyn comenzó a comprender que a pesar de las locuras que inventaba su madre algún día debería casarse. Aunque la idea no le agradara del todo. Y al parecer no todos los maridos eran tan malvados como sus cuñados, Raymond creía que las mujeres debían votar y también que su labor en el hogar era mucho más importante que el cumplían los hombres en el trabajo, ¿pues había algo más sagrado y bello que traer niños al mundo y criarlos con amor, enseñándole los valores morales más importantes? Además, en silencio, las mujeres contribuían ayudando a enfermos y necesitados, merecían tener un mejor lugar y también ser tenidas en cuenta. Él pensaba

apoyar el voto femenino pese a que sus amigos se oponían.

Era un hombre de firmes convicciones y Evie se sintió hechizada al oírle hablar así. En realidad no tenía mucha idea de cómo pensaban los hombres de ese tiempo, los intelectuales que conoció durante las tertulias en compañía de su padre parecían más interesados por temas distintos, política, religión, ninguno mencionó jamás que la mujer tenía derecho al voto.

No tenía amigos hombres, no era bien visto y además los pocos jóvenes que se le acercaron una vez para conversar tenían intenciones poco honestas. Robarle algún beso o tocarla, eran unos desgraciados. Seductores baratos del condado.

Era edificante encontrar a un hombre que pensara distinto y que se comportara como un caballero. Como su amigo.

—Señorita Evie, he sabido que su padre tenía una de las bibliotecas más completas del país—dijo en una ocasión mientras tomaban té con unas amigas de su madre.

Ella lo miró con fijeza y palideció un poco.

—Así es... mi padre era un coleccionista.

Lady Rose intervino.

—Oh, por favor señor Chandler, debe conocer la biblioteca de mi esposo, le ruego que la vea, es simplemente magnífica—dijo y mirando a su hija con expresión retadora agregó: —Ve querida, enséñale la colección de raros manuscritos.

Evie miró a su madre ceñuda pero no pudo negarse, todos la miraban y también sir Raymond.

—Sígame, por aquí—dijo con un hilo de voz.

Él la siguió a una prudente distancia.

La biblioteca de su padre era un santuario familiar, su refugio, suyo y de nadie más. No quería compartirlo con nadie. Pero su madre la había puesto

en evidencia y no podía hacer nada.

Cuando el caballero vio la cantidad de volúmenes se sintió deslumbrado y comenzó a recorrerla, a preguntar y Evie tembló al pensar que pudiera encontrar algún libro sobre el demonio que ella hubiera pasado por alto. Esa era su única preocupación. Estaba temblando ante la posibilidad de que ese caballero encontrara algo no santo en la estantería y descubriera la rara afición de su padre pues sus ojos grises escudriñaron aquí y allá con fijeza mientras sus manos tomaban algún ejemplar un instante.

—Es maravillosa—dijo de pronto—Esta colección de manuscritos es única. Todos ordenados de forma cronológica—comentó y tocó un volumen y vaciló. —¿Puedo tomar este libro para verlo, señorita Gaveston?—preguntó.

—Sí, por supuesto—le respondió ella.

Era un breviario medieval.

—Esto es una reliquia, debe valer una fortuna... Señorita Evelyn, debería usted guardar todo esto bajo llave. Son libros muy raros y valiosos.

—Oh, descuide, siempre cierro la biblioteca con llave, lord Raymond. Nadie entra aquí, sólo yo a veces.

Él la miró con franca admiración.

—Usted ama los libros, ¿no es así señorita? Sabe, es extraño encontrar a una dama que sienta tanta devoción por leer y cuide tan bien los libros. Temo que ahora todas las jóvenes que he tenido la fortuna de conocer parecen más preocupadas por la música y los bordados. Pero usted es distinta.

Evie sintió un cosquilleo intenso al oír esas palabras y se sonrojó.

—Es verdad, pero yo siempre viví entre libros, mi padre me contaba historias desde que era una niña y solía acompañarle a las tertulias y a las conferencias—dijo apretando sus manos nerviosa.

Él notó ese gesto y permaneció pensativo mirándola con fijeza.

—Lo lamento mucho, ha de echarle mucho de menos. Lo siento, no

debí mencionar eso, perdóneme—le confesó.

—Oh descuide no... es como si estuviera aquí, entre los libros y quisiera decirme algo—dijo sin pensar.

—¿Siente su presencia aquí?

Ella asintió despacio.

—No se lo he dicho a nadie pero, sí, es que siento que está aquí. Su vida, su pasión eran los libros, en el último tiempo...

Al ver que quedaba muy afectada el caballero tomó su mano y le rogó que tomara asiento.

—Tal vez no debí traerla aquí, no pensé que fuera triste para usted señorita, lo habría evitado.

—No se preocupe por favor, libros que hay aquí despiertan el interés y la curiosidad de nuestros visitantes.

Él sonrió levemente y luego algo llamó su atención. Más allá, en la repisa de ébano algo hizo que se levantara y se acercara.

—No puede ser—murmuró.

Eve vio que tomaba un libro de tapas rojas y luego otro y los observaba uno a uno sorprendido y asustado.

—¿Qué sucede, señor Chandler?—preguntó la joven inquieta desde el cómodo sillón de dos brazos. No se atrevía a moverse porque casi conocía la respuesta.

—No es nada, sólo que encontré una colección de libros muy raros y estoy sorprendido.

Evelyn notó algo extraño en la voz del caballero, cierta incomodidad que llamó su atención y avergonzada saltó del sillón y se acercó para ver con sus ojos que allí estaba, escondida en un rincón la colección completa del tratado de magia y hechicería *Art diaboli*, los cinco volúmenes restantes; el primero lo tenía ella escondido, que con tanto desvelo y preocupación había

buscado.

—No se inquiete, es que no creí que existieran ejemplares de magia medieval—dijo el caballero y tomó un ejemplar observándolo con curiosidad.

Notó como su rostro siempre amable y sonriente palidecía y en sus labios se dibujaba una mueca de horror y disgusto. ¿O de rabia? Eso sentía al ver con sus ojos la historia de magia para invocar demonios con diversos rituales, la antología que al parecer describía todo sobre el eterno enemigo. Allí estaba la antología completa, la había encontrado su amigo Chandler.

Y de pronto el caballero habló mirándola fijamente:

—Señorita Gaveston, lamento decirle esto pero creo no es prudente que conserve estos libros aquí. Tiemblo de pensar que pudieran llegar a manos equivocadas, que alguien pudiera leer esto y luego...

—Eran de mi padre señor Chandler, coleccionó estos libros toda su vida y ahora... me niego a venderlos como sugirió un pariente de mi madre—replicó ella algo acalorada e incómoda.

—No los venda. Hay libros muy valiosos aquí. Sólo le ruego que cierre bien con llave esta habitación y no permita que personas curiosas entren en la biblioteca.

Evelyn descubrió que cerca del anaquel donde se escondían los libros del demonio había una pequeña escultura del diablo y otros objetos abominables y tembló espantada. Era la primera vez que veía esas cosas.

—Nunca los había visto—murmuró y tomando los objetos de cerámica pensó que debía destruirlos y atormentada notó que no había fuego encendido en la biblioteca para incinerarlos.

Entonces su mirada se cruzó con la del señor Chandler.

—Debe quemar esas abominaciones señorita, debe hacerlo ahora—dijo él—Estos objetos atraen el mal. Ignoraba por completo que su padre coleccionara libros tan malignos y...

Evie sintió que le subían los colores al rostro.

—Mi padre era un hombre de bien, señor Chandler—dijo luego— jamás hacía daño a nadie ni tampoco... no sé qué hacen esos objetos allí, alguien debió colocarlos por error pues le aseguro que jamás los había visto antes.

Él la miró con lástima.

—Lo siento mucho señorita Gaveston, no quise ofenderla pero piense en el futuro, si alguien encuentra esos símbolos diabólicos y esos libros sobre cómo invocar demonios sería nefasto para usted y para toda su familia. Le ruego que piense en eso. Si desea los llevaré para que nadie los encuentra.

—No, no lo haga por favor, eran de mi padre—su tono era firme.

Chandler titubeó y se alejó de los libros lentamente.

—Haré desaparecer las imágenes. Me siento muy apenada por todo esto y creo esconderé esos libros—declaró Evie.

Él no se opuso a eso, pero la joven notó que estaba disgustado y cuando se despidieron ese día notó cierta frialdad en la forma en que besó su mano.

Evelyn pensó que era el fin. Que su amistad con sir Raymond Chandler había terminado pues lo que había descubierto en la biblioteca francamente lo había espantado.

Y cuando su madre la increpó días después para preguntarle si acaso había dado de calabazas al mejor pretendiente que había tenido y tendría en su vida ella la miró con fijeza.

—Yo no hice nada mamá, deja de culparme por todo.

—Pero hace días que no viene, ¿acaso le has dicho algo para desalentarle Evie? ¿O tuvieron una diferencia de opiniones muy notoria? ¿Qué ha pasado?

—No ocurrió nada de eso, hasta me agradaba lord Raymond mamá.

Deja de inventar cosas. Tal vez está ocupado con algún asunto, tendrá otras amistades que atender. Sabes que está de paso aquí y que sólo se quedará unas semanas.

Su madre la miró acusadora.

—¿Acaso estas ciega, Evelyn? Ese hombre viene a verte a ti. Y creo que está loco por ti, lo disimula, pero mi hermano dijo que tú eres la única por la que profesa interés. Por supuesto que hay otras jovencitas casaderas que están tras el soltero más codiciado del momento.

—Mamá, no hables así, esto no es una cacería.

—Para algunas desesperadas sí lo es.

—Pues no pretendas incluirme.

Lady Rose permaneció pensativa mientras bordaba un pañuelo y esperaba impaciente las visitas de las cuatro.

Había sido un día exasperante en muchos aspectos.

Lluvia, sol, viento y más cuentas que pagar.

Su marido le debía una importante suma a un librero de Londres, quién le envió a su criado (muy arrogante este) con la factura. Ciertamente que si algo no se resolvía satisfactoriamente en las semanas siguientes la pobre dama se volvería loca.

—Mamá, ¿le has pagado al librero que vino hoy?—preguntó su hija con cautela.

—Por supuesto que no. Jamás manejé las cuentas de esta casa, siempre han sido los abogados de Henry que manejaban sus finanzas y Alfred Bane su administrador. Le dije al petimetre que vino hoy que fuera a visitar al señor Bane. Realmente que son demasiados apuros y disgustos, este asunto debe resolverse de todas maneras.

—¿Y por qué no hablas con el señor Bane y le pides consejo? Papá le tenía una confianza ciega, siempre tuvo las cuentas al día y nunca faltó un solo

centavo.

—Sí, eso decía tu padre pero... el señor Bane tampoco puede hacer milagros, hijita, es una realidad. Temo que deberé arrendar Aberdeen como me aconsejó el abogado. Tal vez pueda obtener algo de dinero antes de tomar la decisión radical de venderla.

A Evie la idea le pareció estupenda sin embargo su madre la vio muy seria como si la ausencia de su pretendiente la hubiera afectado. Oh, era un milagro, al fin su adorable hijita mostraba debilidad por un caballero, un acaudalado y honorable caballero de Norfolk, que vivía en uno de los señoríos más prósperos del condado y buscaba una esposa adecuada. Se veía muy entusiasmado con Evie, ay, ¿si el señor escuchara sus plegarias?

Evelyn, ajena por completo a las maquinaciones románticas de su madre se alejó para leer la carta que había recibido esa mañana.

Estaba escrita en francés como si quién la escribiera estuviera seguro de que ella conocía bien esa lengua y si no, paciencia, que alguien se la tradujera. Él nunca hablaba inglés, lo recordaba bien.

Y ella aprendió esa lengua antes de viajar con su padre a Francia, hacía más de tres años, cuatro para ser exactos y aprendió su lengua sin problemas. Estuvo casi un mes en el Chateau del caballero, un antiguo aristócrata heredero de un linaje extinto que la inquietaba con su sola presencia.

El marqués de Fontaine era muy orgulloso y si no le hablaba en francés no le contestaba.

Pero ella no sabía tanto francés y mientras intentaba descifrar la carta tuvo unas dudas y se escabulló a la biblioteca con una vela y buscó desesperada un diccionario de francés pues casi había olvidado lo que la profesora Richardson le había enseñado. Sólo entendía palabras sueltas de la cara, algo relacionado con un libro.

Encendió las bujías de las lámparas luego de poner la vela en una repisa y buscó desesperada el diccionario.

Una emoción intensa la embargaba. Ese caballero le había escrito a ella la carta, estaba su nombre en el sobre, así que debía ser urgente.

Mientras lo buscaba encontró una caja de madera labrada pequeña cerrada con llave. ¿Qué contendría? ¿Tal vez cartas o amuletos para atraer al demonio?

Recordó los libros de tapa roja del estante de ébano y se estremeció. Seguían allí pero había arrojado al fuego las estatuas de madera y los amuletos raros que encontró.

Se acercó sigilosa sin saber por qué con la caja en la mano preguntándose por qué no se decidía a quemar esos libros. No eran algo bueno y si alguien descubría que su padre coleccionaba libros de magia y hechicería... bueno, tampoco estaban en el Medioevo.

Tal vez esos volúmenes eran parte de alguna investigación superior y no fuera un experimento torcido como habrían pensado los demás. Su padre jamás habría invocado al demonio, era un hombre creyente, no iba mucho a la iglesia los últimos años y parecía algo apartado, enojado con el Señor pero eso no le convertía en adorador del diablo. Lo conocía bien. Era un hombre bueno y el hecho de que coleccionara esos libros no lo hacía un seguidor de la orden de satán en el hecho de que tal orden existiera...

Guardó los libros cuidadosamente y regresó a buscar el diccionario, debía entender qué decía la dichosa carta.

Volvió a leerla y a anotar cuidadosamente las palabras que no entendía. Allí estaba, parecía una carta amable y también sospechaba que quería pedirle algún libro pues el marqués francés tenía una biblioteca casi tan grande como la que había en Richmond. Pues no se equivocaba.

Y la traducción de la carta decía lo siguiente.

“Apreciada señorita Gaveston.

Me siento muy conmovido y desolado por la muerte de su padre. Estoy muy apenado y consternado por su repentino fallecimiento.

El señor Gaveston había prometido visitarme el pasado mes de octubre, no lo hizo, tal vez por sus los problemas de salud que jamás mencionó.

Ahora debo pedirle que me entregue en su nombre la colección de manuscritos que obra en su poder, él prometió entregármelos en su última visita. Nunca hizo tal visita al Chateau. Ahora necesito me entregue los libros. No los envíe por correo. Son manuscritos muy viejos y pueden estropearse. Adjunto la lista.

¿Puede decirme si tiene estos ejemplares en su biblioteca?

Aguardaré su respuesta con ansiedad”.

Y en otra página le escribía la lista. Eran los seis volúmenes del Art Diaboli en latín y uno más, un libro llamado “Le diable” de Emile Pergot.

Al parecer el marqués le había prestado hace tiempo esos libros pero por un descuido su padre no los había devuelto. Esperaba devolvérselos personalmente en su siguiente viaje pero nunca lo hizo. Ahora ella debía llevárselos o...

Eso no era muy claro, pues le pedía que no los enviara por correo pero sí esperaba recuperarlos.

Buscó el libro de Emile Pergot con ansiedad. ¿Dónde rayos estaba ese manuscrito? ¿Realmente estaba en la biblioteca de su padre?

Observó la carta y notó que tenía un sello y la firma del marqués de Fontaine. Y provenía de Chateaubriand bleu, ese maravilloso castillo en el corazón de Amiens-Picardía que la había hechizado una vez y de punto y letra de ese caballero guapo de ojos muy oscuros que la miraba de una forma que no lograba entender pues era tan joven e inocente. Ahora sabía que

seguramente ese pícaro marqués la había mirado con deseo.

Suspiró con los recuerdos de días más felices cuando la vida le parecía una maravillosa aventura. El viaje a Francia lo había sido, estuvo cerca de tres meses aprendiendo francés preparándose para ir a un castillo del Medioevo cuyo excéntrico dueño no hablaba una palabra de inglés a pesar de que conocía al dedillo esa lengua y obligaba a todos sus huéspedes extranjeros a dirigirse a él en su idioma.

No eran los únicos invitados, el castillo recibía a diario muchos visitantes, sin embargo el marqués le dedicaba miradas profundas y ardientes y tenía la particularidad de hacerla temblar nada más aparecer en escena. Y de los nervios casi olvidaba hablar en francés, se le borraron de la cabeza las enseñanzas de la señorita Richardson. Maurice Fontaine sonreía paciente cuando eso pasaba pero no le respondía una palabra y le decía a su padre que necesitaba enseñarme francés. No era muy cortés lo que hacía, se comportaba como un hombre soberbio y engreído y sin embargo todas las damas presentes suspiraban por él y no les importaba sufrir impertinencias ni desplantes como cuando un día los dejó a todos plantados durante la cacería del tesoro porque a última hora decidió que se quedaría en su habitación.

Una vez lo había visto discutir con una dama rubia con un ajustado corsé en los jardines, una discusión acalorada que terminó en un beso apasionado. La escena la había dejado muy turbada, especialmente cuando él la pescó espiando. Sintió deseos de que la tierra la tragara. Nunca olvidaría ese momento, corrió de la vergüenza mientras él le dedicaba una mirada profunda y risueña. Y sin embargo al ver cómo peleaba y besaba a esa dama francesa le había asustado y excitado a la vez, tembló como una hoja de la emoción al ver a un hombre como ese besando a una joven de forma ardiente y apasionada. Era especial, era único, no sólo porque medía más de seis pies de altura, lucía siempre impecable y llevaba el cabello largo y alborotado sino

por la mirada, la presencia que se imponía con una fuerza que emanaba de su ser casi como un fuego. Nunca había conocido a un hombre como ese y casi sintió tristeza cuando se marchó una semana después. Sintió que dejaba una parte importante de su alma, de su corazón, de su vida en esa fortaleza de Chateaubriand y durante el viaje se quedó sumida en sus pensamientos, triste y nostálgica sin saber lo que le pasaba.

Ahora con esa carta en las manos sentía que su corazón latía de nuevo.

Debía encontrar el maldito libro *Le diable* cuanto antes y avisarle que tenía la lista completa.

¿Pero cómo lo encontraría entre tantos libros? ¿Dónde lo habría guardado su padre?

Buscó en el anaquel caoba pensando que tal vez se escondía allí pero no lo encontró. ¿Cómo demonios encontraría el libro si ni siquiera sabía cómo era? El color de la solapa, el grosor, la fecha de edición. Ese francés debió ser un poco más específico.

Días después se rindió y con ayuda del diccionario y de otro libro de gramática básica le escribió una carta al marqués de Fontaine.

Necesitaba sellos y por esa razón fue al pueblo más cercano al día siguiente. Esperaba que la carta convenciera al caballero francés de lo difícil de encontrar un libro que nunca había visto.

Su madre la detuvo cuando llegaba a la puerta.

—Evie, ¿a dónde vas?

—Debo llevar una carta al correo y comprar sellos—le respondió.

Su madre la miró ceñuda.

—Pues que lo haga la señora Adams, nuestra ama de llaves.

—Es que tengo urgencia porque...

Le habló de la carta del marqués de Fontaine, pero su madre apenas le prestó atención, ansiosa como estaba de contarle las buenas nuevas.

—Mi querida Evie, ha regresado el caballero Chandler, ha venido a verte. No puedes irte, olvida esa carta, no sé por qué te tomas estos trabajos. Todavía tenemos sirvientes para hacer esas nimiedades, ve y cámbiate ese vestido mañanero que te opaca por completo. Rayos, deja el luto de una vez, usa el azul, tu padre no se molestará. Era un hombre tan bueno.

—Mami, ahora no puedo...—respondió su hija aturdida como si le importara más salir corriendo con ese vestido horroroso que esperar a su guapo y atento pretendiente.

La gruesa dama la miró ceñuda.

—¿Qué has dicho? Vamos, vete a cambiar ahora, el señor Chandler viene hacia aquí, lo vio el mayordomo hace un momento. No puedes irte por favor.

La joven obedeció resignada, pero antes entregó la carta en cuestión al ama de llaves dándole instrucciones específicas de lo que debía hacer.

—Señora Adams, debe enviar esta carta cuanto antes pues el caballero a quién va dirigida espera esta respuesta.

El ama de llaves dijo que lo haría ese día sin falta, que enviaría al chico de los recados al pueblo.

—Oh, no... Esta carta debe ser enviada a alguien de confianza—dijo la joven perpleja. Es un asunto muy delicado, mi padre debía entregar un libro y este caballero...

—Por supuesto que el chico de los recados es de mi total confianza, señorita Gaveston—replicó la imponente ama de llaves.

Evie suspiró y se alejó preguntándose si la casa llegaría a destino. Lo que menos deseaba era que se perdiera y que el marqués francés pensara que ella era una joven que no se interesaba por asuntos serios o que tal vez quisiera quedarse con sus libros.

Mientras pensaba en ello se preguntó por qué su padre no devolvió los

ejemplares ni mencionó nunca que pensara viajar a Francia. Todo era tan raro...

Evie apenas tuvo tiempo de cambiarse y quitarse el sombrero cuando apareció su madre jadeando e impaciente.

—Oh Evie, ¿todavía no te has arreglado? Ya está aquí—se quejó.

—¿Tan pronto? Entonces venía pisándote los talones—se mofó la jovencita.

—No importa eso, me siento tan feliz de que regresara, temí que nunca lo hiciera. Por favor, trátale bien, sé cortés con el caballero.

—Siempre soy cortés con todas las personas mami. Vamos, deja de preocuparte.

Pero su madre no estaba dispuesta a rendirse.

—Por favor, no le dejes ir, es una oportunidad inmejorable, no tendrás un pretendiente tan magnífico.

—Mami, tal vez no sea un pretendiente y sólo quiera mi amistad. Imagino que habrá sido invitado a las mansiones más notables del condado y su presencia será muy solicitada en estos momentos.

—¡Por supuesto! Imagino que nuestros vecinos quieren atrapar al codiciado soltero para alguna de sus hijas, pero no lo conseguirán. Tu tío ha dicho que está muy impresionado por ti Evie, dijo que eres una joven muy hermosa y de gran sensibilidad, que nunca antes había conocido a una dama como tú. Se lo dijo. ¿Te imaginas? Es maravilloso, oh, no puedo creerlo. Hasta tengo ganas de cantar. Qué pena que el pobrecito Henry no esté aquí para verlo, él siempre...—no terminó la frase pues sus ojos se llenaron de lágrimas al pensar en su esposo muerto—Todavía no puedo creerlo y es como si pensara que voy a verlo de un momento a otro. Trato de sobreponerme pero a veces lo extraño, ¿sabes?

Evie la abrazó, la pérdida era muy reciente para ambas.

—A mí me parece verlo en la biblioteca—le respondió.

La expresión de lady Rose se endureció.

—Creo que al final debería vender algunos libros. Aquí no se aprovecharán, y tú... no puedes quedarte con todos. Imagino que cuando te cases con Lord Chandler...

—¡Mamá! No me ha pedido matrimonio todavía, deja ya de anticiparte a los hechos por favor—estalló la joven molesta y ruborizada.

Los ojos de su madre la miraron con fijeza.

—Pues procura que lo haga.

Evie abandonó la habitación con su vestido color azul suspirando aliviada, pensando que su madre estaba loca.

Sin embargo al reunirse con Raymond comenzó a temblar como una hoja sin poder evitarlo, él la miraba con tanta intensidad... o tal vez lo imaginó.

—Señorita Evelyn, ¿cómo está?—preguntó el caballero y besó su mano respetuoso.

—Bien, gracias señor Chandler. Me alegro mucho de verle, pensé que se había marchado...

—Pues no, no me he marchado todavía. Lo haré en dos semanas.

—Espero que su estadía haya sido muy grata—dijo ella.

Él asintió y le dedicó una breve sonrisa.

La joven se preguntó por qué de repente el caballero Chandler se mostraba tan lacónico y frío cuando antes había sido tan conversador y espontáneo. Esa última palabra parecía ser clave. No lo notó espontáneo sino todo lo contrario, era como si ella se esforzara por llenar los silencios. Nunca lo había notado tan distante.

Y mientras una criada servía el té para ambos se preguntó si acaso su

tío no lo había obligado a cortejarla y ahora él, conociendo las intenciones de este pues se mostrara reservado y reticente.

No parecía estar a punto de pedir su mano como aseguraba su madre y resultaba algo desconcertante la situación y hasta incómoda para ella.

La conversación languidecía de forma inexorable cuando de repente el caballero le dijo de forma inesperada:

—Señorita Evelyn, me gustaría dar un paseo por los jardines ahora, ¿podría acompañarme usted?

Evie lo miró sorprendida y aceptó por supuesto, algo turbada pensando que tal vez le hablara ese día.

Caminaron un buen trecho antes de que él se detuviera para hablarle.

—Señorita Gaveston, he venido a despedirme, debo regresar a Kent la semana entrante, asuntos impostergables me obligan a partir. Pero espero visitarla a mi regreso.

Así que había ido a despedirse, ¿por eso estaba tan frío y distante?

De pronto la joven comprendió que su madre sí había exagerado, ese caballero no estaba cortejándola ni parecía estar interesado en ella de forma romántica. Y cuando se marchó, media hora después tuvo ganas de llorar, sin saber por qué. Se sintió rechazada, humillada y tontamente ilusionada por su tío, su madre y todas las atenciones que le dedicó el acaudalado lord que al parecer no eran más que galanterías y gentilezas sin nada que fuera estrictamente personal o...

—Evie, ¿qué tienes?—exclamó su madre entrando en la habitación. Seguramente había estado espiándola y quería enterarse de las novedades.

—Has estado exagerando madre, ese caballero no... No está interesado en mí, sólo vino a despedirse porque el sábado regresa a Kendal house, su hogar.

—¿Qué? Pero no puede ser—lady Rose estaba francamente

horrorizada.

—Es verdad y no comprendo por qué me obsequió flores y vino a verme tan a menudo, creo que sólo estaba siendo amigable por ser sobrina de su amigo. Ahora deja de decirme que me pedirá de matrimonio porque eso no ocurrirá.

—Oh hijita no hables así, no te desesperes, estoy segura de que sólo debes tener paciencia. Él regresará a pedir tu mano la próxima vez, ya lo verás. Tu tío dijo que...

La joven no quería ni oír hablar de tío Edward en esos momentos, se sentía como la más tonta del mundo. Y le molestaba sentirse así, siempre había tenido orgullo y nunca, nunca había tenido debilidad ni deseos de flirtear con los muchachos como lo hacían sus primas.

Su madre notó que estaba mal y se alarmó.

—Oh Evie, por favor no llores, no es para tanto. Debes ser paciente. Los hombres son muy tímidos y cautelosos a la hora de declarar sus sentimientos. Creo que ha sido mi culpa, pensé que él te hablaría pronto y tal vez es demasiado engreído para hacerlo. O teme ser rechazado... Tu padre me hizo esperar casi seis meses antes de pedirme que fuera su esposa y sabía que le correspondía y suspiraba por él. Luego me confesó que sentía tanto terror de ser rechazado que por eso no se atrevía a hablarme.

Evie secó sus lágrimas y miró a su madre.

—No estoy triste mamá, sólo me siento muy tonta y además estoy furiosa pues por primera vez siento afecto y admiración por un hombre y luego él se va sin decirme nada. Temo que me hice ilusiones, pensé que me pediría matrimonio o al menos me daría alguna esperanza. Pero el sir Chandler se irá el sábado y temo que no volveré a verle.

—Oh hijita, entonces os agrada el señor Chandler? Es un milagro— lady Rose sonrió emocionada—No te preocupes ¿sí? Evie, si está interesado

en ti regresará. Lo hará. Tu tío dijo que se había enamorado de ti nada más conocerte en esa fiesta, dudo que un hombre enamorado deje de estar enamorado tan rápido. Tal vez no se sienta seguro de tu interés por él.

La joven comprendió que su madre tenía razón y sin embargo eso no la hizo sentir mejor.

Para matar el tiempo fue a la biblioteca a buscar el libro del marqués de la Fontaine, no debía perder las esperanzas de encontrarlo. Ciertamente que pensar en ese asunto le provocaba cierto malestar. No quería que el francés pensara que no tenía intenciones de devolverle su libro, o que su padre lo había perdido.

Nada más entrar en la biblioteca casi olvidó sus penas.

Se preguntó cómo haría su pobre madre para pagar esas deudas si ella no encontraba pronto un marido para ayudarlas, con sus hermanas no contaba para nada ni tampoco con sus familiares. Su padre había gastado mucho y tal vez... ¿Pudiera vender parte de sus libros? Sentía pena de hacerlo pero tal vez ayudara un poco.

Esa biblioteca debía contener un montón de libros para coleccionistas, su padre había pagado fortunas por algunos ejemplares.

Tomó uno de ellos en sus manos, el Quijote de la mancha traducida al inglés del año 1698, ese libro debía valer una fortuna pero...

Demonios, se sentía como una mercenaria, esos libros habían sido tan queridos por su padre, eran su mayor tesoro y... no tenía el temple ni la voluntad de tocar nada, ni siquiera de intentarlo.

Entonces vio la caja labrada sobre la mesa, debió dejarla allí la última vez aunque no lo recordaba.

Estaba cerrada y la llave no estaba en ninguna parte pero... Recordó que su padre solía guardar las llaves de la biblioteca en el cajón pequeño de su escritorio.

Sólo que no recordaba si era el cajón izquierdo o el derecho.

Antes de que se diera cuenta estaba abriendo todos los cajones como cuando era niña y se ponía a hurgar cuando nadie la veía. Le gustaba hacer esa travesura pues tenía la tonta idea de que encontraría algún dulce como cuando se escabullía a la cocina. No, no había ningún dulce, sólo una vez encontró un paquete de confituras que su padre trajo de un viaje y olvidó comer, lo que allí había en realidad eran papeles, cortapapeles y pequeños muñecos de cera. Piedras raras. Sellos. Y plumas, tinteros. Y por supuesto más cartas sin abrir.

Las llaves brillaban por su ausencia.

Rayos, debían estar en algún cajón.

Vio la vieja correspondencia de su padre, cartas sin abrir que llegaban todas las semanas a Richmond no sólo de Inglaterra sino de España, Francia...

Hubo un tiempo en que lo ayudaba con esa correspondencia.

De pronto encontró una carta sin abrir de Fontaine. Tembló preguntándose qué diría ese caballero ahora.

Tomó un cortaplumas y la abrió deseando encontrar algo interesante.

“Monsieur Henry...”

¡Oh, no, estaba escrita en francés!

¿Dónde rayos estaba los libros de gramática y el diccionario?

Corrió a buscarlos pero luego que los tuvo descubrió que la letra no era sencilla, parecía descuidada y... no podía entender las palabras. Era exasperante.

Lo mismo ocurría con las demás cartas.

La asustaba pensar en los raros objetos que había descubierto escondidos en la repisa aquella vez y la cara de espanto que puso el caballero Chandler al descubrir esos libros. Luego de ese incidente se alejó de Richmond.

Sin embargo había ido a despedirse.

Es que los buenos modales le exigían que lo hiciera.

Un frío helado la envolvió entonces y Evie se estremeció al ver la sombra proyectada en la pared.

Tomó el candelabro y pensó en correr espantada al ver a la sombra acercarse a la biblioteca. No podía ser, debían ser las sombras que proyectaban las velas.

La joven se dijo que no era la primera vez que sentía la presencia de un fantasma observándola. Si era su padre no tenía qué temer pero...

Miró la caja labrada y pensó no estaba allí la última vez.

¿Acaso algún intruso había entrado en la biblioteca a escondidas para llevarse un libro aprovechando que su padre ya no estaba? ¿Sería tan osado y desleal?

Todos los días cerraba cuidadosamente la biblioteca pero tal vez no lo hizo siempre o quién entrara tenía copia de la llave.

Vaya, no quería pensar en eso, la ponía muy nerviosa.

La sombra se acercó a ella y se detuvo frente al escritorio.

Algo cayó al piso entonces como movido por un fuerte viento casi pudo sentir ese frío helado atravesarla y calar sus huesos.

Evie se acercó para ver qué era y lo vio.

No podía creerlo, allí frente a sus pies había un libro oscuro con tapas doradas llamado "Le diable" de Emile Pergot, un grueso volumen de hojas finas y encuadernación roja y dorada. La foto de la tapa era una especie de gárgola con expresión maligna y burlona.

Era el libro del marqués de Fontaine, el que tanto había buscado. Lo tomó y abrió para ver si tenía el sello del caballero en sus primeras páginas.

Pues allí estaba el emblema, el escudo y el nombre que figuraba en la carta que había recibido días atrás. Perteneecía al marqués de Fontaine, no tuvo dudas. Se lo devolvería junto con los demás, el inconveniente era que no tenía

manera de viajar a Francia en esos momentos.

Évie notó que la sombra se había marchado y se preguntó si sería su padre que quería enviarle un mensaje desde el más allá. ¿Intentaría advertirle de algún peligro? ¿Estaría arrepentido de haber pasado tanto tiempo encerrado en esa biblioteca?

Évie se estremeció al pensar en eso y luego de esconder el libro en un anaquel con llave se marchó.

Los abogados regresaron a la semana siguiente, tal como habían dicho, dándole una prórroga más cómoda a su madre para hacer frente a las deudas y tomar así nuevas decisiones con respecto a la herencia de su padre.

Lady Rose lo había olvidado por supuesto y pensó que esa visita era lo peor que podía pasarle.

—Señora Adams por favor, avísele a mi hermano que los abogados están aquí. Debe hablar con ellos ahora. Vaya ahora o envíe a alguien...

La dama de llaves obedeció y desapareció en un santiamén.

Evie supo que no era nada fácil para su madre pues todavía no había logrado alquilar el castillo de Aberdeen. Ella lo achacaba al mal tiempo pues en esa época Cumbria era un sitio inhóspito y helado.

—No te preocupes hijita, todo se resolverá. Además esta tarde tenemos una fiesta y mi amiga Alice me ha dicho que luego de saber que irías tú pues uno de su sobrino que no es muy sociable asistiría. Es por ti. Alice dice que hace años que está enamorado de ti. ¿Recuerdas al joven Alan Wellington?

—No... no lo recuerdo—respondió Evie alerta.

—ay por favor hijita, no pongas esa cara. ¿Lo conoces?

—Ya te dije que no mami, ¿por qué insistes? Sabes que no iré a ninguna fiesta hoy, creo que estoy algo resfriada—inventó.

Su madre la miró desconfiada.

—Es la segunda vez que inventas eso, hace cuatro días también pensabas que podías estar resfriada, pues te diré algo, uno no imagina está enfermo o lo está o no lo está y punto.

Evie murmuró que no quería conocer nuevos pretendientes ni que siguiera buscándole marido.

—Pero Evie, no puedes quedarte aquí encerrada con todos esos libros.

Te has puesto pálida de nuevo. Estas perdiendo los colores.

Su hija la miró con tristeza y se alejó sumida en sus pensamientos.

Estaba furiosa y triste porque durante semanas hizo amistad con ese caballero y luego él decidió marcharse antes de tiempo con la excusa más tonta que pudo ocurrírsele. No quería que eso volviera a pasarle. Los jóvenes de ese condado sólo querían tontear y perder el tiempo, ninguno tenía intenciones serias.

Eso fue lo que le dijo a su madre cuando insistió en el asunto.

—Oh, pero ¿quién te dijo eso? Algún día tendrán que casarse. Además ha habido muchas bodas últimamente, ¿quién te dice que no te toque aquí, hijita?

—Mami, hablas como si fuera una especie de lotería, de sorteo de feria, no es así. Un hombre no se despierta un día y decide casarse. Los jóvenes de aquí son unos tontos y no me agradan. Ninguno es medianamente guapo.

—Eso porque no miras sus cualidades. Un joven atento, educado y encantador vale mucho más que uno que sólo sea bien parecido.

Evie no estaba muy de acuerdo con eso. A ella le gustaban los guapos, los feos no le atraían ni de lejos. ¿Por qué tenía que escoger uno feo sólo por sus virtudes? Nadie hacía eso.

—Vamos, haz un esfuerzo, te hará bien salir. Verás a tus amigas, verás gente nueva.

—Mamá sólo tengo dos amigas y ambas sólo me escriben cartas de vez en cuando—le recordó Evie.

—Pues debes hacer nuevas amistades.

Ella se quedó pensando en eso y de pronto dijo:

—Una vez uno de esos jóvenes dijo que era un ángel de hielo, creo que todos piensan eso de mí.

—¿Se atrevió a llamarte así? ¿Un ángel de hielo? Qué disparate. No eres de hielo. ¿Quién dijo eso?

—Un joven a quien nunca había visto pero que al parecer creía conocerme muy bien.

Evie pensó que no sufriría más desplantes de esos caballeros.

Así que se quedó porque no deseaba ir malhumorada a una fiesta y que todos lo notaran y en vez de muchacha de hielo le dijeran malhumorada u orgullosa.

Pensó que tenía sueño y se retiraría antes a descansar.

Todavía no se decidía a escribirle al francés con la novedad que había encontrado el libro, luego de leer la carta de Arthur Wells pensó que debía ser cuidadosa. Nadie debía saber que esos libros estaban en Richmond.

Pero alguien los había visto.

Lord Chandler descubrió la colección antes que ella y se quedó horrorizado. Debió pensar que su padre profesaba la religión equivocada. En esos tiempos nadie miraría con buenos ojos que... pero su padre no era un adorador del diablo. Habrá leído esos horribles libros por curiosidad, lo apasionaba el conocimiento y ese hallazgo debió ser fascinante.

Pero el marqués francés le había advertido sobre esos libros.

¿Por qué se los había prestado si eran tan peligrosos?

De pronto recordó que su padre sabía latín y también había leído la biblia en su juventud y estudiado sus simbolismos, lo hizo porque lo apasionaba como hacía todo.

Había cierta amistad entre el padre del marqués que tenía poco más que su padre y su hijo, una amistad que nació por un club de eruditos que estudiaban manuscritos medievales. En Francia están las crónicas más antiguas. Eso le había dicho su padre una vez.

Ellos se reunían en secreto con otros caballeros de distintas

nacionalidades que también se hospedaron en esa ocasión en Chateaubriand (con sus esposas, una de ellas fue la que estuvo besándose con el pícaro marqués de la Fontaine). Al parecer el caballero no sólo apreciaba la amistad de sus huéspedes, su compañía intelectual y largas charlas junto al fuego, disertaciones acaloradas, sino que también disfrutaba la compañía de las damas.

Tal vez lo mejor fuera devolverle esos libros y desligarse de ese asunto.

¿Sabría el marqués que esos libros eran peligrosos y si lo sabía por qué se los había prestado a su padre? ¿O eran de su padre y el muy bandido pretendía robárselos?

Evie pensó que cuánto más indagaba ese asunto más enigmático se volvía. Lo mejor era no inmiscuirse, temía hacerlo y descubrir cosas que no le agradaran pero, ¿podría olvidar toda esa historia de los manuscritos del diablo? ¿Qué debía hacer con ellos? Era una pena que su padre no llevara un diario y que nunca le hubiera contado nada de esa logia ni advertido del peligro. Sin embargo le escribió a su mejor amigo sobre ello.

Habría deseado investigar y saber qué le había escrito en esa carta pero...

Evie pensó que tampoco era prudente hacer preguntas porque tal vez alguien más que el francés reclamaría esos libros. Ocultarlos era una decisión prudente, ocultarlos y entregarlos a lord Fontaine.

El testamento secreto

Evie no se equivocaba, pues una semana después ocurrió un hecho muy extraño e inquietante.

Un caballero dijo venir de Londres con una carta para lady Rose Gaveston.

Era un sujeto extraño, demasiado joven para ser amigo de su esposo pensó la dama. ¿Sería soltero?

¡Santo cielos! Pensó al leer la tarjeta que le entregó el ama de llaves.

Guapo, joven, soltero y se llamaba sir Andrew Brentley. Rubio, distinguido y de modales exquisitos, cuando su hijita apareció en escena el joven puso cara de enamorado. Fue instantáneo. Era una respuesta a sus plegarias. El señor no iba a ahorcarla, al contrario, ahora le enviaba un marido directo de Londres para su niña. Toda su suerte mejoraría.

—Lady Rose, por favor, discúlpeme por llegar así—dijo entonces el caballero mirando de reojo a la damisela de negro y tosiendo nervioso como si reclamara que nadie le había presentado a esa joven dama.

Lady Rose atenta a todo decidió subsanar la imperdonable falta.

—Oh por supuesto, no tengo nada que perdonarle. Siendo amigo de mi esposo estaré encantada de recibirle y ... Ella es hija de Henry, la más pequeña de mis niñas. Evelyn.

La damita casadera saludó al caballero con educación pero sin demasiado interés, Evie miró inquieta al recién llegado al enterarse que era amigo de su padre.

—Encantado señorita Evelyn—respondió el joven.

Evie asintió y se sentó al lado de su madre nerviosa.

—Esto es algo incómodo para mí. Lamento mucho la pérdida de su esposo señora Gaveston.

Ella asintió emocionada y molesta de que le recordaran que su amado

Henry estaba muerto. Por un instante olvidó sus fantasías casamenteras y miró al hombre como si fuera un molesto insecto sólo por esa frase, luego se dijo que era una mera cortesía sin otra intención.

—Mi padre era muy amigo de sir Henry, juntos compartían la afición por la literatura y la historia antigua. Él está muy enfermo ahora, ha pillado una gripe y por su edad, no es sencillo superarla y salir adelante. Los médicos que lo atienden no son muy optimistas. Y por eso él me ha entregado una carta y me ha rogado que hable con usted en privado lady Rose.

Ahora lady Rose estaba desconcertada.

—Oh, por supuesto.

Evie miró al joven con desconfianza. ¿Pediría ver los libros de la biblioteca como lo hizo Chandler para reclamar esos manuscritos malignos?

El joven londinense no había ido solo, había llevado dos abogados que aguardaban en la salita.

Tal vez fuera lo mejor que se llevara todos los libros y la liberara de esa pesada carga. Su madre por supuesto, no dejaba de imaginarse que podía ser un pretendiente adecuado para su “hijita querida”.

Esa visita le daba mala espina. Tuvo un mal presentimiento y en el instante en que decidió marcharse regresó su madre con el caballero.

—Evie, ven, no te vayas. Este caballero necesita un libro que tu padre prometió entregar a su padre. ¿Podrías acompañarle a la biblioteca? Sólo tú conoces algo de cómo encontrar libros allí.

Evie miró al caballero con fijeza.

—¿Un libro? ¿Qué libro es el que busca caballero?—replicó con expresión alerta.

El joven sostuvo su mirada y se le acercó dando tres largas zancadas.

—Le diable de Emil Pergot—respondió mientras estudiaba su reacción.

Evie hizo un esfuerzo por dominar los nervios pero tuvo la sensación de que falló.

—¿Y cree que mi padre lo tenía en su poder? ¿Tiene pruebas de ello?

—Pues sí, aquí tengo la carta que llegó poco antes de su muerte en el cual le pedía a mi padre que tuviera ese libro y lo conservara. Ese libro es peligroso señorita y si está aquí debe entregármelo. Se lo pido. Es por su propio bien, pues mi padre me ha rogado que cuide de usted y la lleve conmigo a Londres.

—¿Qué?

Ahora su madre intervino con lágrimas en los ojos.

—Oh Evie querida, ya no tendrás que preocuparte por nada. Este distinguido caballero asegura que va a casarse contigo, se lo pidió su padre y él está de acuerdo.

Evelyn pensó que era una broma.

—Eso no puede ser, debe haber algún malentendido.

El pretendiente la miró sin ocultar el disgusto que le provocaban esas palabras.

—Me temo que no hay un malentendido. He traído a mis abogados señorita Evie. Pensé que era un castigo pero al parecer no es así, soy muy afortunado de que me obliguen a desposar a una dama tan hermosa como usted.

Sus ojos brillaban de rabia y algo más que ella no pudo entender. O tal vez sí entendía pero no quería ni oír hablar de ello.

—Traigo a mis abogados con una carta que escribió su padre hace tiempo rogándole que al mío que cuidara de usted encontrándole un marido que velara por su bienestar en el caso de que muriera de forma repentina y usted quedara sola y desamparada. Mi padre le respondió que le daba su palabra pero que para cumplir su cometido debía firmar un poder y nombrarle su tutor. Al ser menor de edad está bajo nuestros cuidados y deberá

acompañarnos. También dijo que los libros más valiosos pasarán a ser de mi familia. Pero eso puede esperar, sólo quiero el que le mencioné.

—Eso es una locura, mi padre jamás habría hecho eso. Él nunca...

Su madre intervino.

—Evie, creo que necesito hablar contigo en privado. Sir Andrew, le ruego que me espere aquí un momento. Por favor.

El joven no quitaba los ojos de encima de Evie.

—Vaya, qué ojos tan bonitos tiene usted damisela, creo que intenta embrujarme—murmuró.

Los ojos azules de Evie echaban chispas, solían ser dulces y alegres pero en esos momentos estaba tan asustada como furiosa.

—Ven querida, tenemos que hablar en privado—dijo su madre.

Ella la siguió temblando.

Cuando la puerta de la salita de música se cerró lady Rose intentó calmar a su hija.

—Esto es una respuesta a mis plegarias. Oh, bendito Henry, siempre estuvo preocupado por ti, tu padre ha traído un esposo. Tanto que pedí al cielo y ahora él desde el cielo te envía uno.

—Eso no puede ser verdad.

—Deja de decir eso hijita. Es un caballero muy apuesto y su padre es el conde Brentley-Ackerman, una de las fortunas más sólidas de Londres. Tu tío tiene un puesto en el parlamento y él... es un joven muy agradable y educado.

—No me casaré con él, acabo de conocerlo y ciertamente que no me agrada para nada. La forma arrogante de expresarse, de decir que debo casarme con él...

—Pues acaba de decir que es muy afortunado de poder desposar a una joven tan hermosa y de buena familia. Evie, su padre es legalmente tu tutor

ahora y la boda se celebrará en menos de tres meses. Luego de publicarse las amonestaciones y... el tiempo que lleve organizar una boda tan importante como esta. Es un milagro hijita, estoy tan emocionada.

—Pero mamá, todo esto es una locura no... ¿Cómo es que de repente llega ese caballero diciendo que debe casarse conmigo porque su padre es mi tutor? ¿Por qué mi padre dejaría un tutor? No soy huérfana, os tengo a ti y mi dote es escasa ahora.

—Bueno, creo que tu padre sabía que era una buena forma de asegurar tu futuro. Era un hombre práctico a pesar de todo y quiso dejarte protegida. Me emociona al recordar la carta, sir Andrew la tiene en su poder y en ella, mi querido Henry dice estar muy preocupado por ti hijita porque cree que por su culpa, por vivir metida en esa biblioteca te convertiste en una jovencita tímida y apocada. Algo triste. Dijo que no debió permitir que pasaras tanto tiempo entre libros.

—Él nunca me habló de que planeara nombrar un tutor, nuestros abogados... Mamá, debes hablar con tío Edward sobre esto antes de tomar una decisión, te lo ruego. No hagas caso a esos abogados. ¿Y si el documento que pretenden tener en su poder es falso?

—¡Oh Evie, por favor, qué imaginación tienes! Por supuesto que no es falso. Conocí al padre de sir Andrew, un caballero con todas las letras que fue muy amigo de tu padre. Dudo que esté mintiendo, ¿por qué lo haría además? Hijita, nadie querría asumir una responsabilidad semejante, criar a una jovencita y luego encontrarle marido. Pero es un hombre honorable y quiere cumplir la última voluntad de tu padre, deberías valorarlo y sentirte agradecida en vez de... ¡Buscar la quinta pata al gato!

—¿Y crees que voy a casarme con un hombre al que nunca he visto en mi vida, que me iré con él a Londres sin más? ¿Cómo esperas que haga una locura como esa? ¿Sólo porque dice tener en sus manos una carta que puede

ser falsa?

—¿Una carta falsa dices? Rayos, ¿por qué querrían falsificar la carta de un hombre, sólo porque quiere casarse contigo? Pudo venir y pedir tu mano sin tener que inventarse algo como eso. No, no tiene sentido lo que dices.

La mente de Evie era un torbellino.

—Es por el libro mami, es ese libro... Quiere tenerlo en su poder y también pretende llevarse otros porque dice que mi padre expresó su voluntad de que los tuviera.

—¿De qué libro hablas, Evie? Por favor, esto no tiene sentido.

—Es por ese libro... cuando lo tenga toda esta farsa que han montado se esfumará, ya lo verás. No habrá ningún tutor y mucho menos una boda.

—Pero, ¿por qué piensas eso? Es absurdo que... se tomen tantas molestias por un libro. ¿Qué libro es ese? Tu padre tenía miles de libros raros y muy valiosos. ¿Crees que vengan muchos caballeros dispuestos a casarse contigo sólo para llevarse esos libros viejos con olor a moho?

Evie no respondió a eso. Su madre no lo entendería y tal vez era mejor que no supiera que por ese libro habían muerto dos personas, o más, y que habría otros ansiosos de tenerlo e inventarían historias y documentos más inverosímiles que el que había llevado sir Andrew. Pensar que por un libro podían matar y engañar, estafar la dejó aterrada. Le diable... el libro que también quería tener el marqués francés y aseguraba: era suyo y le pertenecía.

—Madre, aguarda, habla primero con el tío antes de hacer nada. Papá jamás habría regalado a nadie sus libros, sabes cuánto los amaba y en ningún momento mencionó que deseara hacer tal cosa.

De pronto su madre comprendió que todo era demasiado bueno para ser cierto, por primera vez dudó.

—Está bien, hablaré con mi hermano. Él tiene un abogado que se hospeda en su casa y que intenta poner en orden nuestros asuntos. El

testamento de tu padre es algo confuso en una parte y... ciertamente que te ha nombrado heredera de sus libros y también desea que tú hagas donaciones a las bibliotecas del pueblo si lo crees necesario. Pero no menciona nada de un tutor y... ahora que pienso es bastante extraño todo esto, lo que no... Pues no puedo creer que todo sea por un dichoso libro.

—Debe valer mucho dinero madre, o tal vez sea una pieza única de colección.

—¿Y alguna vez viste ese ejemplar con un nombre tan raro?

—No... nunca lo he visto.

Nadie debía saber que su padre tenía ese libro hasta que supiera quién era el legítimo dueño. Deseaba de corazón que fuera del francés, al menos fue quien primero lo reclamó y tenía el sello en sus primeras páginas. Y si se lo llevaba. ¡Oh *voilà!* Se dejarían de molestarla a ella y a su familia. Que se llevara toda la biblioteca si quería.

Al salir de la salita Evie recuperó parte de la calma.

El arrogante caballero de Londres se acercó muy sonriente sin dejar de mirarla.

—Bueno querida, ya sabes que estás hablando con tu futuro esposo, ¿verdad? —dijo con arrogancia.

Ella lo miró con fijeza.

—No estoy tan segura de eso sir Andrew... Creo que debe tratar este asunto con mi tío sir Edward Paterson. Mi madre le explicará.

La expresión traviesa del joven cambió al instante y Evie pensó que era el sujeto más transparente que había conocido en su vida pues al enterarse que toda su historia era puesta en duda prácticamente y que debía demostrar su autenticidad sus ojos echaban chispas y hasta lo vio palidecer de forma gradual mientras apretaba los puños.

De pronto la escena que montó con sus abogados exigiendo que

enseñaran los documentos en cuestión le recordó una obra teatral que vio hacía dos años con sus padres en Londres. Los actores eran capaces de transmitir con gestos sus sentimientos porque habían aprendido actuación y eran muy buenos. Ese joven no era actor pero no dudó en comprender que parecía actuar como esa obra medieval interpretada en el teatro atestado: Orlando furioso, el caballero deshonrado y abandonado por su esposa que prefirió la compañía de un guapo y seductor doncel que recitaba poesía en el castillo. Toda la obra estaba compuesta por situaciones algo insólitas para ella y no pudo parar de reírse mientras su padre le decía que en la Edad Media pasaban esas cosas.

Su madre intervino para apaciguar al joven caballero.

—Puedo pedirle a mi cochero que los guíe hasta la mansión Rossen, pertenece mi hermano, el conde de Wilton—dijo pomposa. Le encantaba mencionar todos los títulos que tenía su hermano, heredados de su padre y también al casarse con su acaudalada y noble esposa.

Sir Andrew aceptó a regañadientes y luego la miró.

—Id haciendo las maletas Evie, cuando regrese deberás acompañarme. Llevad sólo lo indispensable y luego, buscad el libro. No regresaré a Londres sin él—declaró.

Evie sostuvo su mirada sin moverse, orgullosa y desafiante.

—No me casaré con un hombre al que nunca he visto en mi vida y que además tiene tan mal carácter—respondió.

Él sonrió levemente y se le acercó.

—Temo que tu opinión no cuenta ahora, Evie. Cuando tu tío comprenda las verdaderas razones de todo esto él mismo vendrá a convencerte de que casarte conmigo es tu única salvación. Ya verás.

Evie sintió que odiaba a ese sujeto y que nunca sería su esposa. No podía ser cierto, nada de eso lo era y le parecía irónico que su madre creyera

que ese caballero era una respuesta a sus plegarias, más bien parecía una pesadilla. Estaba segura de que no sería otra cosa para ella.

Aguardó con ansiedad la respuesta de su tío, él sabría que esos documentos eran falsos, que su padre nunca nombraría un tutor. Su testamento no lo mencionaba para nada.

Durante el desayuno Evie sintió que estaba a punto de estallar, su madre no hacía más que ver con ansiedad las cartas e invitaciones que había recibido ese día totalmente impasible, nada la perturbaba más, sólo decidir a qué casa iría a tomar el té ese día.

—Mamá, ¿crees que sir Andrew haya regresado a Londres?—preguntó la joven con cautela.

Ella la miró distraída.

—¿Sir Andrew?—repitió aturdida—¿Quién es sir Andrew?

—El joven que dice ser mi futuro esposo, ¿acaso lo has olvidado?

—Oh sí... bueno, tu tío descubrirá la verdad. Si realmente es quien dice ser y tu padre nombró al suyo tu tutor... Evie, debes hacerte a la idea por si acaso...

—¿Y por qué tío Edward no ha venido? Han pasado dos días y nada. Ni un mensaje de su sirviente.

—Bueno, entonces tal vez no fuera verdad y de la vergüenza ese joven y sus abogados regresaron a Londres. Empiezo a tener dudas ¿sabes?

—¿Ahora dudas mami? ¿Por qué?

—Es que mi Henry no... Él no estaba de acuerdo con los matrimonios concertados. Su propia hermana sufrió mucho porque la obligaron a casarse con un hombre que era todo menos caballero, siempre la dejaba encinta hasta que un día murió en el parto. Tu padre sufrió mucho porque era su hermana menor y sentía tanta impotencia de no poder ayudarla y decía que las leyes

eran muy duras con las mujeres, que nuestra reina en vez de querernos nos odiaba y condenaba a permanecer casadas de por vida aunque nuestro matrimonio fuera desafortunado y... Evie, él nunca quiso que tú te vieras obligada a casarte por interés con un caballero, jamás lo habría permitido y esa historia de que nombró un tutor con ese fin ahora que pienso es absurda. Porque de haber nombrado un tutor habría nombrado a su hermano, a su mejor amigo, a tu tío Edward... No a ese caballero de Londres del que sólo oí hablar una vez. Pero no temas, todo se resolverá... Lástima que los maridos ricos y amables no abundan en este mundo hijita. Era como un cuento de hadas... cuando lo vi me pareció tan encantador pero luego, al ser contrariado se mostró muy arrogante y la forma de expresarse... Ya no creo que sea un esposo adecuado para ti y rezo para que todo sea un embuste. Tal vez no sea quién dice ser, tal vez quiera Aberdeen y el libro maldito que nombró. Tú tienes una dote muy codiciada querida: los libros de tu padre y el castillo de Cumbria y muchos anhelan poseerlo te lo aseguro. Sabes, he estado pensando en vender Richmond y pagar las deudas y mudarnos a Aberdeen. Edward cree que no sería tan mala idea, al contrario...

—¿Vender esta casa? Pero tú naciste aquí mami, tus hermanos, tu familia, tú adoras Richmond house. ¿Cómo podrías desprenderte de ella? No lo hagas por favor. Aberdeen es un lugar muy hermoso pero hace mucho frío y...

—Lo sé hijita, pero prefiero vender esta casa con sus recuerdos que perder Aberdeen. Tu padre amaba ese castillo y yo también, vivimos nuestros primeros tiempos de casados allí. La época más feliz de mi vida, nuestros años más felices—su madre se emocionó y secó sus lágrimas con rapidez— Sólo espero que el señor vea y castigue a ese caballero por intentar engatusarnos y mentirnos. Sólo eso. A él me encomiendo y pido justicia.

A media tarde su tío fue a visitarlas y no iba solo. Sir Andrew lo

acompañaba y a juzgar por su mirada no eran buenas noticias para ella.

Habló primero con su madre en privado y luego la envió a buscar.

—Evie, ¿cómo has estado?—la saludó—Todo esto es muy inesperado y vine a decirte que te quedes tranquila. Investigaré a fondo todo este asunto del tutor. Ignoraba que mi difunto cuñada tramara algo así y realmente no... Estoy anonadado.

Mis abogados han viajado con los abogados de sir Andrew esta mañana y esperan tener noticias que aclare todo esto en poco tiempo pero... temo que deberás casarte con sir Andrew hija.

—¿Qué? Pero ese documento... puede ser falso.

—Mis abogados creen que no lo es, pero como tu madre tiene dudas y creo que tú también los envié a investigar a Londres.

—Pero tío, ninguno estuvo aquí luego del funeral reclamando esto.

—Es que el conde de Brentley ha estado muy delicado de salud y luego, cuando supo de la muerte de su amigo se inquietó y envió a buscar a sus abogados para trabajar en este asunto y cumplir así la última voluntad de quién fuera según sus palabras; su mejor amigo. En ocasiones estas cosas ocurren, son previsiones que toman los padres cuando sufren alguna enfermedad y dejan hijas solteras. Lo que no entiendo es por qué no confió en mi para ello, siempre fui su amigo a pesar de que en los últimos tiempos no nos veíamos con frecuencia—tío Edward no pudo ocultar sus sentimientos al respecto.

—¿Y por qué nombraría tutor a un hombre que no era su mejor amigo? Todo es tan extraño, tan inesperado y creo firmemente que sólo quieren los libros, que esa boda no es más que una excusa para apoderarse de mi herencia.

—Evie, eso no es así, sir Andrew es un caballero acaudalado, su padre es uno de los hombres más ricos del país, por qué tendría interés en unos libros viejos o en Aberdeen? No... creo que lo hace por una vieja deuda, porque se lo pidió su amigo y desea ayudarte. Debes comprender eso. Todo

esto es por una razón altruista, él tiene varios hijos y sobrinos pero te casarás con el mayor, el heredero y eso será muy ventajoso para ti. Si esta boda se lleva a cabo serás muy afortunada. Comprendo que estés sorprendida pero no creo que haya razones para desconfiar a menos que... Mi única duda en todo esto es que ese caballero no sea quien dice ser y sea un ladrón de dotes. Por eso le he pedido un favor a mi amigo Raymond Chandler pues él lo mencionó en una conversación cuando le pregunté si tenía amistades en el condado. Dijo haber ido a la universidad de Cambridge un tiempo y que allí hizo amistad con Chandler. Si él confirma su identidad, entonces será un importante progreso. Sabes, que a veces la gente no es quien dice ser aunque las razones para desconfiar... ha traído tres abogados y las cartas. Los abogados son conocidos por los míos y no, no hay razones para desconfiar. Todos los documentos parecen ser verdaderos. Tu padre firmó las cartas, las cartas fueron realizadas de su puño y letra. No hay trampas en eso pero haré averiguaciones pues a mí también me ha sorprendido todo esto, pensar que mi sobrina deberá casarse en tres meses con un joven al que no conozco, bueno, me provoca ciertas dudas por supuesto.

—Mi padre nunca quiso una boda concertada tío Edward, siempre lo dijo. Lo acompañé en sus viajes, en sus reuniones y fui presentada a caballeros distinguidos, lores y hasta príncipes y siempre se mostró reacio a que yo realizara una unión ventajosa aprovechando las circunstancias.

—Eras muy jovencita entonces Evie, pero no creo que sea malo una boda ventajosa, lo que realmente es malo es una boda que no esté a la altura de tu noble cuna hija, que se realice por caprichos del corazón. Que un enamoramiento loco y desmedido arruine tu vida condenándote a pasar estrecheces y miseria. No, jamás querría para ti un hombre bueno, honrado pero que no tenga qué ofrecerte. Tal vez sea muy bonito el amor en las novelas románticas pero no es tan divertido cuando por razones meramente

sentimentales escoges sin mediar la prudencia y el sentido común.

—Tío Edward, nunca he visto a ese hombre en mi vida, es un completo extraño y cómo puedes pedirme que me case con él y que piense que es una idea acertada sólo porque es rico y fue la voluntad de mi padre? Él jamás me habría hecho esto. Debe haber algún error.

—Si la letra, su firma Evie estaba en esos documentos, entonces temo que deberás aceptar lo irremediable porque aunque a todos nos sorprenda: fue la última voluntad de tu padre. Quiso protegerte porque tal vez sospechaba que no viviría mucho, en ocasiones las personas intuyen que eso va a pasar y toman medidas, hacen testamentos y...

—Mi padre dejó un testamento y no mencionó nada de un tutor, ¿acaso no debió hacerlo?

—Es que al parecer hizo otro testamento Evie, uno poco antes de morir y sus abogados no lo sabían porque la copia la tiene el conde de Brentley, padre de sir Andrew. En ella lo nombra tu tutor y le pide expresamente que cuide de tu legado. Y en su última carta le pide que cuide de ti, que encuentre un caballero apropiado para que sea tu esposo porque estaba preocupado por tu futuro, Evie.

—¿Y si esa carta es falsa tío Edward, como el testamento y lo demás y no sean más que un grupo de rufianes dedicados a engañar?

—¡Evie, es demasiado! Pero no temas, todo se resolverá satisfactoriamente en unos días, no habrá dudas entonces. Haré averiguaciones y también esperaré que Chandler me ayude esta tarde haciéndome una visita y reconociendo al caballero de Brentley.

Saber que Chandler iría a casa de su tío le provocó un sobresalto, un palpitar extraño. ¿Qué pensaría él de todo ese asunto?

—No te preocupes por ello, nadie va a aceptar esa boda a menos que realmente todos los documentos sean verídicos y ese joven merezca el honor

de convertirse en tu esposo. Tengo algunas reservas con todo esto y sólo queda esperar.

—No pueden obligarme a tener un tutor, no soy una niña, tengo diecinueve años—dijo Evie impaciente.

—Hasta los veintiuno no puedes considerarte mayor de edad Evie, además si ese hombre es tu tutor debes acatar su voluntad y... no comprendo por qué Henry hizo esto, me ofende que no me considerara si pensaba nombrarte un tutor.

—¿Y qué pasaría si me negara a esto tío? Ya no soy una niña, tengo diecinueve años y además no soy huérfana, tengo a mi madre, ¿acaso ella no puede velar por mí? ¿Por qué debo tener un tutor? Es ridículo.

—Sí, tal vez lo sea pero mis abogados dicen que en realidad ese tutor fue nombrado sin demasiadas formalidades y que su cometido es nada más que garantizar que estarás a salvo y tendrás un esposo. Sé que no te sientes cómoda con esto pero en realidad necesitas casarte, tienes la edad ideal para ello y tenía la esperanza de que con el tiempo Chandler se animara a pedir tu mano pero ahora temo que eso no será posible. Todo esto es un asunto legal que debe estudiarse con mucho cuidado, Evie. Hay un documento firmado por tu padre que me preocupa mucho y que de ser legal pues no podrás casarte con Chandler aunque este te lo pida.

—Pues no me casaré con ese desconocido tío Edward, no lo haré.

—Tal vez sí debas hacerlo pero antes de tomar una decisión debes estar preparada.

¿Preparada? ¿Preparada para qué, para cumplir la voluntad de su padre? No, su padre jamás habría hecho una petición tan horrible como esa, no la habría condenado a un matrimonio sin amor, concertado, planeado con un joven consentido y mimado como ese. Un tonto niño rico hijo de la fortuna. Un completo desconocido.

Cuando su tío se marchó fue a dar un paseo por los jardines, lo necesitaba, se sentía mal, furiosa y asustada. Esperó que todo fuera un vil intento de estafa, un engaño para apoderarse de su herencia, de los libros más que del castillo de Aberdeen.

Ahora cabía la posibilidad de que todo fuera cierto, que su padre, por una razón desconocida hubiera decidido nombrarle un tutor para que cuidara de ella y le encontrara un esposo.

¿Tanto le preocupaba eso? ¿Por qué nunca lo mencionó?

El marqués mencionaba algo de la preocupación de su padre, también la carta de su amigo. Sin embargo no lo decían abiertamente, no explicaban de qué se trataba pero sí notó que había algo que lo inquietaba. En ocasiones lo veía tan distante, tan concentrado en la lectura de sus libros... perdió alegría, dejó de escribir, ni siquiera leía las cartas.

Pero en su biblioteca debía encontrar la respuesta, alguna carta sin enviar, algo que confirmara que su padre realmente había pedido ayuda a su viejo amigo en Londres.

Observó a su alrededor y notó que el cielo se había oscurecido, el día duraba tan poco. Estaba deseando que terminara el invierno de una vez, añoraba tanto ver a las plantas reverdecer, las flores exóticas salpicar el jardín, tal vez entonces pudiera asimilar la pérdida de su padre. ¡Rayos, cuánto le hacía falta!

Mientras regresaba pensó que postergaría la visita a la biblioteca, estaba cansada y sólo deseaba escabullirse a su habitación para que su madre no la obligara a acompañarla ese día. Realmente no estaba de humor para sociabilizar.

Fueron días de angustia para Evelyn, tanto que acudió a la vicaría, ayudó a su madre en la labor de aguja y la acompañó a todas partes para evitar

estar en Richmond, para no pensar en nada.

Por momentos su mente hilaba planes locos de fugarse de su casa si su tío confirmaba que en efecto todo era cierto y debía casarse con sir Andrew.

Por fortuna este no había aparecido luego del primer encuentro, y desde la mansión de su tío llegaban noticias descorazonadoras. Chandler lo conocía y no tenía muy buena opinión de ese caballero. Pero sí era quién decía ser, su identidad fue confirmada. Sin embargo Raymond dijo que a él también le parecía todo muy extraño e inesperado.

Su madre la mantuvo al tanto de todo, día tras día, no hablaban de otra cosa. Evie estaba asustada, se sentía triste y acorralada y decidida a no casarse con ese caballero del que al parecer su amigo tenía muy mala opinión de él. “No creo que sea una elección acertada para su sobrina, sir Edward” le había dicho en confianza.

Cuando el caballero le preguntó la razón Chandler demoró en responderle, dio rodeos hasta que dijo que: “es un zorro sin escrúpulos, tiene malas costumbres y me consta que sus padres se volvieron loco intentando encaminarle enviándole al ejército de su majestad”.

Así que su futuro marido era: un “zorro sin escrúpulos”.

Bonito pretendiente le había tocado en suerte.

Evie luchaba por no pensar en el futuro preguntándose si podría pedir ayuda a los abogados de su padre si lo peor se confirmaba.

Una semana después, recibió la visita de los abogados de Brentley y una carta del mismísimo conde en la cual le pedía perdón por no haber ido antes a comunicarle la última decisión de sir Gaveston. Uno de los juristas, un sujeto bajito, calvo y bigotes pintorescos habló con voz muy grave:

—Imagino que será difícil para usted enterarse de todo esto pero... Creo que es lo más conveniente dadas las circunstancias.

—¿Dadas las circunstancias?—replicó lady Rose.

Evie no dijo palabra.

El abogado se aclaró la garganta.

—Bueno, me refiero a las deudas que dejó sir Gaveston.

Lady Rose enrojeció. ¡Cuánta falta de delicadeza!

—Pero aquí tiene la carta lady Rose, puede leerla usted misma.

Evie notó que su madre se ponía pálida mientras leía la dichosa carta de lord Brentley.

“Mis abogados le dirán cómo debe seguir esto ahora. Le ruego que les entregue el libro “Le diable de Emile Pergot, mis abogados están capacitados para ayudarlo a encontrarlo.”

Lady Rose buscó a su hija desesperada.

—Evie, ¿sabes algo de este libro? Un libro llamado “Le diablo de Emile Pergot?

La joven se puso pálida. Sí sabía pero era del marqués de Fontaine.

—No, nunca le oí nombrar —mintió.

Los abogados se miraron.

—Pues búscalo, al parecer quieren ese libro antes de la boda. Con cierta urgencia. Supongo que lord Brentley ha de ser uno de los coleccionistas.

—Lo haré, mami—respondió Evie y se alejó con premura, era un alivio no estar presente en esa reunión.

Fingió buscar durante un buen rato, y los hizo esperar un poco más mientras observaba moverse las manecillas del reloj hacia el mediodía, pronto sería la hora del almuerzo y esos abogados estarían famélicos. Habían llegado muy temprano, ¿esperaban ser invitados a comer?

Pues esperaba que su madre no los invitara. Evie observó el escondite de los libros con expresión de astucia, no los entregaría y mucho menos el que le reclamaba Maurice Fontaine.

Regresó poco después a la sala donde aguardaban los abogados

impacientes.

—No lo he encontrado señores, lo lamento. Hay demasiados libros, encontrarlo será una labor titánica me temo, necesito más tiempo—se quejó.

—Oh por supuesto señorita Gaveston, le daremos un tiempo razonable. Pero es prioritario que lo encuentre—respondió el abogado calvo.

Y sin más se marcharon luego de que su madre no los invitara a almorzar, se veía tan disgustada con todo ese asunto como ella.

—Oh Evie—murmuró cuando se quedaron a solas—no me agrada esto, pensé que era una respuesta a mis plegarias, lo confieso pero ya no estoy tan segura.

—Mami, por favor, debe haber algún error. Mi padre jamás nombraría un tutor ni tampoco me obligaría a casarme con el hijo de este.

—Es lo que yo pienso también pero...

—¿Y qué más decía la carta de Lord Brentley?

Lady Rose se dejó caer en un sillón con brazos.

—Bueno, se disculpa por no haber podido venir personalmente pero da fe de que todo es verdad. Me ha pedido el libro como una especie de dote, y también... ha dicho que pagará las deudas de vuestro padre Evie. Lo hará.

Ese pequeño detalle lo cambiaba todo, Evie lo sabía, su madre había puesto en arriendo el castillo de Aberdeen muy contra su pesar, se negaba a venderlo y si lord Brentley pagaba sus deudas todos sus problemas serían resueltos.

—Pero mami, no puedes permitir esto, es tan loco y precipitado. Chandler ha dicho que ese joven es un zorro malvado. No puedo casarme con él.

—Lo lamento Evie pero, debo pedirle consejo a mi hermano. Pero en la carta Brentley dice que deberás viajar a Londres en una semana, todo ha sido estipulado con abogados, no puedes negarte Evie. Tal vez sea la solución

a todos nuestros problemas. He oído que lord Brentley es un hombre de honor y supongo que intenta hacer que su hijo siente cabeza. Además dice que respetará el luto y esperará ese tiempo para celebrar la boda. Sin embargo insiste mucho en ese libro, asegura que no le interesa Aberdeen y que pagará las deudas de vuestro padre pero a cambio ruega que le entreguemos ese ejemplar.

—Pero no está mami, ya lo busqué. Además ¿por qué un hombre tan rico querría ese libro viejo con un nombre tan extraño?

—No lo sé, tal vez sea un coleccionista como lo era mi pobre Henry. Sólo que él asegura que está aquí y desea tenerlo. Eso decía su carta.

Evie se sintió deprimida, desanimada y cuando al día siguiente se presentaron en Richmond los abogados de sir Brentley rogándole que los ayudara a encontrar el dichoso libro tembló. Diablos, habían regresado y estaban emperrados en encontrar el libro.

Era del marqués de Fontaine, no podían apropiarse de él.

—Ve querida—dijo su madre—La señora Adams te ayudará a buscar, es una dama muy eficiente.

La joven se vio obligada a obedecer.

Pero cuando llegaron todos a la biblioteca les advirtió.

—Les ruego que no toquen ningún libro y si acaso sienten curiosidad pueden revisar pero deberán guardarlo en su sitio. Toda la biblioteca de mi padre está ordenada por temas y autores, y los libros raros y antiguos están todos en ese lugar—dijo señalando hacia un rincón.

Muchos pares de ojos vieron el lugar en cuestión y se acercaron como fieras ávidas de tener una presa. Sus miradas, sus gestos, la joven habría deseado tomar un palo y apartarles como si fueran perros pero no podía hacerlo. Sabía que de todas formas no podrían encontrar el libro en cuestión.

—Por supuesto señorita, así lo haremos, puede estar tranquila—dijo el

abogado calvo con los ojos muy brillantes.

Sin embargo se mantuvo alerta y sonrió cuando los escuchó toser por el polvo poco después y a uno de ellos caerse desde una escalera y sufrir una lesión en la muñeca.

—Oh cuánto lo siento... señora Adams, llame al doctor Anderson—dijo consternada.

El ama de llaves obedeció y el abogado calvo tuvo que ser atendido por un médico y llevar la muñeca vendada.

No encontraron el libro por supuesto y marcharon con torvo semblante.

Pero no se rindieron como esperaba, pues una semana después regresaron. Su madre estaba muy inquieta y la envió a buscar.

—Evie, los abogados traen una carta de Lord Brentley, dice que se llevarán algunos libros.

La joven se quedó aturdida, no podía ser.

Estaba al borde del llanto, odiaba que tocaran su biblioteca, que se llevaran sus libros, no tenían derecho a ello, eran de su padre, suyos.

—Tranquila señorita Gaveston, los cuidaremos bien—dijo sir Andrew entrando en escena.

Evie lo miró atónica, ¿por qué había ido ese joven en persona? Su madre no le había dicho nada.

Sir Andrew era un sujeto antipático, arrogante y se dijo que ni muerta sería su esposa. Lo miró con fijeza.

—¿Se llevarán todos los libros?—preguntó entonces.

Él sonrió y besó su mano galante.

—No tema señorita Evie, los cuidaremos bien. Lo que sucede es que resulta muy incómodo examinarlos aquí, son demasiados y pensé que sería buena idea llevarlos a un lugar más amplio y luminoso.

—¿Examinarlos?—repitió atónita—.Pero usted no puede llevárselos

sin mi consentimiento, señor Brentley, son míos.

—Bueno, no me reclame a mí señorita, son órdenes de mi padre quién acaba de convertirse en su tutor, ¿lo olvida? Además no son más que libros rancios con olor a polvo, todos excepto uno por supuesto.

Evie sintió deseos de darle una bofetada por hablar con tanta irreverencia y por recordarle que su padre era su tutor. Le resultaba ridículo tener uno.

—Ahora le ruego que vaya a pedirle a tu doncella que le haga las maletas, señorita Evelyn. He venido a buscarla. Soy su futuro marido, ¿lo olvida? Y en tres días vendré a buscarla para llevarla a Derby house, en el corazón de Londres.

Ella lo miró espantada. ¿Acaso era una broma?

—¿Qué ha dicho, señor Brentley?—preguntó mientras se alejaba despacio.

Ahora él se mostró sorprendido.

—¿Cómo? ¿Acaso no se lo dijo su madre señorita Evie, no le explicó que vendría a buscarla? Oh vaya... qué descuido. Bueno, se lo diré en pocas palabras: los libros viajarán primero a Derby house, sólo los que tengan similitud con el manuscrito que buscamos, luego lo hará usted señorita. Espero eso no la disguste por favor. Sería imposible hacer todo a la vez, por una cuestión de espacio, en el carruaje.

Eso no podía estar pasando, ese hombre le estaba haciendo una broma. Su biblioteca saqueada por esos tunantes, se llevaría todos los libros sospechosos de ser *Le diable* ¿y luego, ella sería llevada en el mismo carruaje días después?

—Vendrás conmigo mientras estos libros son llevados a Derby house para ser examinados con más calma así que ve... ve y dile a tu doncella lo que deseas llevar en tus maletas, pero te advierto, en el carruaje sólo entrarán

dos maletas, no más. ¿Has comprendido?

Ella no respondió, estaba demasiado furiosa para eso pero se alejó porque al parecer era lo que todos querían: alejarla de la biblioteca.

De pronto notó que muchos libros eran puestos en caja y llevados como si fueran una empresa de mudanza y ellos fueran cosas, no libros valiosos. Observó la escena con lágrimas en los ojos mientras que pensaba que lo peor ocurriría: esos malvados encontrarían los libros que ella había escondido y no podría evitarlo. Debía hacer algo, sólo para vengarse de todo ese atropello y prepotencia. ¿Qué derecho tenían a irrumpir en su vida y apropiarse de sus libros, de llevarla a Derby house y casarla con ese sujeto arrogante con cara de libertino londinense?

—Evie, ven querida... —la llamó su madre que al parecer había presenciado la conversación.

La notó rara, su cara siempre tan alegre parecía haber cambiado de repente como si hubiera envejecido diez años.

No estaba feliz con esa boda, a pesar de ser tan casamentera y ahora la llamaba aparte para conversar.

—Ten cuidado Evie, están aquí, sus criados recorren Richmond y nos espían. Nos vigilan. Temen que... no sé qué planean pero no me gusta. Edward dice que deberé ir a su casa un tiempo y detesto separarme de ti Evie, habría deseado que no fuera así, que tú...

Su madre estaba al borde de las lágrimas y ella también, no pudo evitarlo. Había tenido la esperanza de que todo fuera un malentendido, una farsa, que su tío descubriera algo reprobable en su pretendiente o su familia sin embargo ocurrió lo contrario.

—¿Es que no podemos hacer nada contra esto mami? Realmente no hay nada que logre evitar este desastre. Dice que vendrá en tres días a buscarme para llevarme a la mansión de los Brentley en Londres.

Su madre se puso seria.

—Me temo que no, ese testamento tiene la firma de tu padre y debemos cumplir su última voluntad, no podrás casarte con nadie si ese caballero hace valer su derecho. Te arruinará Evie, arruinaría tu futuro. Debes aceptarlo.

—No, no puedo aceptarlo mamá, crees que esto es sencillo. Están saqueando la biblioteca de mi padre y no puedo controlarme, estoy furiosa.

Pero no pudo evitarlo, vio con impotencia cómo partían en su carruaje horas después y dejaban la biblioteca de su madre con libros caídos en el piso, sin ninguna consideración. Contempló ese horror completamente desolada.

Dos criados intentaban ordenar ese caos.

—Lo sentimos señorita—dijo uno de ellos—pero no se preocupe, ordenaremos todos los libros.

Ella no respondió, se sintió tan triste y se acercó para ayudarlos. Un montón de libros habían quedado en el suelo y luego de que pudieron arreglar ese caos observó los libros que faltaban. No podía saber los títulos faltantes sólo en qué temática habían vaciado los estantes. Arte y poesía estaba intacta, autores clásicos también, narrativa inglesa...La merma empezaba notarse en los anaqueles dedicado a la historia francesa. Por supuesto, allí estaban los manuscritos más valiosos.

La habían despojado de muchos libros como si fueran ladrones. Eso no tenía ninguna excusa ni justificación. Era como un santuario roto y profanado por unos malditos y no pudo soportar más tiempo verla en ese estado.

Pero aguardó hasta que los criados se marcharan para ver si los manuscritos escondidos estaban en su sitio.

Tembló mientras sus dedos largos movía los gruesos volúmenes de literatura antigua, afortunadamente nadie prestó atención a esa sección de la biblioteca, los libros estaban escondidos como los había dejado pero... No

podía dejarlos allí, podrían regresar y buscar los demás. Ya lo habían hecho dos veces, habría una tercera. La codicia de ese coleccionista era alarmante, su falta de decoro y... Pero tal vez fuera arriesgado quitarlos en ese momento, alguien podía verla.

Se dio por vencida y se dejó caer en la poltrona bordó. Estaba furiosa además de asustada y comprendía con tristeza que no tenía a quién pedir ayuda. Nadie la ayudaría y tenía la sensación de que su vida se había convertido en un cuento raro y siniestro, de esos que leía cuando se le antojaba leer algo oscuro y maligno.

Algo hizo que despertara. No sabía qué era pero de pronto sintió una voz que decía su nombre, una voz con acento extraño. Era un sueño, un sueño extraño en el cual el dueño de esa voz la tomaba entre sus brazos y la besaba y acariciaba de forma íntima. Estaba desnuda en su cama y no tenía miedo, sólo deseaba sentir sus besos y entregarse al deleite de la carne como una completa desvergonzada.

No era la primera vez que tenía ese sueño y que despertaba sintiendo el frío de su cama helada y vacía, la ausencia de ese ser que la había amado en sueños envolviéndola con el calor de la pasión y el deseo se convertía en una rara tristeza, en una añoranza de saber que no podía estar a su lado... si acaso es que existía ese amante de sus sueños, ese ser que decía su nombre y estaba allí haciéndole el amor.

Era tan extraño e inquietante.

Miró a su alrededor y vio el reflejo del sol en la ventana, tal vez acababa de amanecer y tenía trabajo que hacer. Evitar que esos libros fueran llevados a Londres con los demás. Y guiada por ese impulso decidió ir a la biblioteca aprovechando la ausencia de los criados.

Se cubrió con una capa para no ser vista y tomó una lámpara, conocía

el camino pero necesitaría luz para encontrar el escondite de los libros. Era ahora o nunca. Pronto tendría que viajar a Londres y tal vez no tuviera otra oportunidad.

La casa estaba sumida en el silencio aunque imaginaba que los criados estarían muy ajetreados con las tareas del día. Afortunadamente nadie la había visto.

Pero al llegar al recinto lo encontró cerrado con llave, maldijo en silencio por ese nuevo contratiempo y tuvo que regresar a su cuarto en busca de la copia secreta que tenía en su mesa de luz. Estaba furiosa por esa pérdida de tiempo y porque esos intrusos cerraban la biblioteca para que nadie entrara, era su casa, su biblioteca. Pues encontraría los libros y los escondería, nadie iba a impedirselo.

Su mente era un torbellino mientras buscaba la llave y planeaba un escondite que nadie pudiera descubrir pues temía que la biblioteca fuera desmantelada por completo, la casa podría ser puesta de cabeza en pos de encontrar esos libros. Por eso querían llevarse todos y no se detendrían hasta que apareciera uno de ellos, el que más querían: Le diable. Y ella sabía dónde estaban... sólo tenía que sacarlos de su escondite.

Momentos después, con la llave en la mano regresó a la biblioteca y fue hasta el estante escondido y secreto. Primero activó la palanca detrás del libro dorado y con el corazón palpitando vio que los seis libros estaban allí tal cual lo recordaba, dentro de una caja y los tomó con cautela, los quitó del escondite y dejó todo como estaba con mucho cuidado.

De pronto sintió un viento frío y helado atravesarla y tembló, al tiempo que uno de los libros caía el suelo. Era ese volumen único: “Le diable de Pergot” y al caer se abrió mostrando una imagen siniestra de la criatura más terrible de toda la creación. El demonio. Pero no era presentado como ese diablo feo y rojo con colmillos y mirada maligna sino como un caballero de

guapa estampa.

Tomó el libro y leyó. “Una de las apariciones del diablo durante el medioevo, se cree que fue el barón Achilles de Giraud” y luego la ilustración.

Había otras ilustraciones pero como estaba escrito en francés fue casi imposible entender algo más.

Lo tomó y regresó a la caja y salió de la biblioteca con prisa.

Ahora sólo le quedaba encontrar un lugar para esconderlo.

Evie miró a su alrededor y pensó que si regresaban, buscarían en su habitación, en todas las habitaciones, les llevaría tiempo pero estaba segura de que no dejaría de buscar ese libro. Tal vez quisieran los demás pero no se atrevieran a mencionarlo.

No podía buscar un escondite eficaz en esos momentos, su lámpara parpadeaba inquieta y pronto su llama se extinguiría pues se estaba acabando el aceite. Así que regresó a su habitación con los libros y decidió guardarlos en su maleta, con sus vestidos y otros libros que pensó en llevar a Londres. Imaginaba que no serían tan atrevidos de hurgar entre sus pertenencias. Allí estarían a salvo por esa noche, luego con más luz y más calma, buscaría un escondite más apropiado. Se sintió feliz de su hazaña pues estaba decidida a evitar que Brentley y su padre tuvieran los libros que tanto buscaban.

Antes de partir a Derby house, Evie pidió al caballero Brentley que la dejara un momento a solas con su madre.

—Oh sí, por supuesto señorita.

Fue en busca de su madre temblando, deseaba correr y encerrarse en la mansión para no tener que marcharse con Brentley... La buscó en la sala de música pero no la encontró. ¿A dónde habría ido de forma tan repentina?

Su despedida había sido tan triste, ella no quería que se marchara pero su tío había dado el visto bueno. Evie debía casarse con Brentley, todo estaba

estipulado en el testamento y no podría escapar.

Siguió buscándola mientras se alejaba preguntándose si no podría esconderse en algún lugar. Iba a hacerlo hasta que oyó una voz familiar y se quedó tiesa.

No tuvo tiempo de escapar sólo de ponerse colorada como un tomate y mirarle con fijeza.

Raymond Chandler estaba allí y parecía levemente incómodo, molesto, decía tener algo muy importante que decirle a Lord Edward.

—Señorita Gaveston... usted aquí—dijo.

—Señor Chandler es que debo partir en una hora para Derby house—respondió ella temblando como una hoja al sentir la intensidad de su mirada.

No era una mirada de reconocimiento, de amistad, era una mirada distinta.

—¿Viajará a Londres con sir Andrew? ¿Entonces ha aceptado casarse con él?—preguntó Chandler sorprendido.

—Aceptar no es la palabra exacta pero sí... me he visto obligada a aceptar.

—No lo haga señorita Gaveston, no deje que la convenzan de algo que no es conveniente para usted. Por eso he venido a hablar con su madre sobre esto, temo que está cometiendo un error que lamentará el resto de su vida. Usted no puede casarse con ese caballero, todo esto tiene un propósito que no es lo que han pretendido desde el comienzo.

—¿Qué? ¿Pero de qué habla usted sir Chandler? ¿Cuál propósito?

El dio un paso más y tomó sus manos que notó frías y temblorosas.

—Lo que debo decirle es algo delicado, pero hablé con su tío al respecto y él lo ha comprendido de inmediato. Temo que la han engañado. A usted y a su familia. Los Brentley no son tan honorables como pretenden y esconden oscuros secretos. Estoy dispuesto a cuidar de usted si acepta mi

ayuda como su amigo.

Ella se alejó confundida.

—Es que no comprendo qué quiere decirme, sir Chandler. ¿De qué oscuros secretos habla?

Sir Chandler le mostró un documento sellado para que lo leyera. Evie notó que parecía un testamento.

—¿Qué es esto?

—Es el testamento firmado por su padre dos años antes de morir en el cual dice que deja su biblioteca a un amigo llamado sir Arthur Brentley.

—¿Y por qué lo tiene usted señor Chandler?

—Porque mi abogado acaba de descubrir que es falso, ¿ha visto la firma de su padre? Fue falsificada, no es la firma habitual. Por lo tanto su contenido es nulo.

Evie supo que tenía razón, la firma de su padre no se parecía pero era similar como si hubiera sido garabateada.

Unos pasos interrumpieron la conversación y Andrew Brentley apareció ante ellos con expresión airada.

—Sir Chandler, qué sorpresa. Usted aquí.

Raymond lo miró sin responderle.

—Querida, debemos irnos o perderemos el tren. ¿Te has despedido de tu madre?—preguntó volviéndose a ella.

Evie lo negó.

—No voy a ir contigo, no después de saber que el testamento que presentaron aquí es falso—le respondió Evie.

Andrew fingió estar sorprendido.

—¿Qué has dicho?

Esta vez fue Raymond quien intervino y luego tío Edward que al parecer estaba muy apenado por todo lo ocurrido.

—Me temo que ha habido un inconveniente legal con el testamento sir Brentley. Necesito hacer averiguaciones y confirmar o negar las sospechas de sir Chandler. Y mientras eso no ocurra me temo que no podré consentir que se lleve a mi sobrina a Londres como estaba dispuesto por su padre.

Andrew se enfureció.

—¿Cómo se atreve a dudar de un documento legítimo? Me ofende sir Wilton. Realmente no puedo creer que dé crédito a las patrañas que la ha contado Chandler. Es un mentiroso, sólo quiere robarse a mi prometida, ¿es que no lo ve? Ha inventado todo esto para impedir nuestra boda—dijo acusador.

La discusión se tornó airada y sir Wilton decidió intervenir.

—Creo que debemos conversar este asunto con mucha calma y en privado. Evie por favor, ve con Rosie y aguarda allí.

Su sobrina aceptó encantada. Todo fuera por librarse de esa boda absurda.

Fue a buscar a su madre y la encontró en la salita donde escribía las cartas.

Se veía feliz.

—Oh Evie, el señor Chandler tiene pruebas de que el testamento es falso, todo lo es. Sólo querían quedarse con los libros y lo de la boda fue la excusa para exigir la dote.

—¿De veras? Bueno, es una buena noticia.

Lady Rose suspiró aliviada.

—Y ahora puedo decirlo: nunca me agradaron los Brentley, ninguno de ellos. Han sido muy desconsiderados al llevarse los libros de tu padre y luego pretendían llevarte a ti. Pero Chandler intervino, él ha estado investigando con sus abogados ese testamento. Te ha salvado hijita, y sé que lo hizo por ti.

—¿De qué hablas, mami?—Evie se dejó caer cansada en el sillón.

—Chandler ha dicho que se casará contigo, hijita y tu tío ha aceptado su propuesta de matrimonio. Y no sólo lo hará para salvarte de esa familia horrible. Creo que está muy enamorado de ti, y el pensar que podía perderte para siempre le provocó tal desesperación que por eso viajó el mismo a Londres para descubrir la verdad.

—¿Lo hizo?—preguntó la joven súbitamente interesada.

—Así es...

—¿Y ha dicho que se casará conmigo?

—Sí, habló hace un momento con tío Edward y yo estaba escuchando a cierta distancia claro.

La joven vaciló.

Escapar de viajar a Londres la llenaba de alivio pero no estaba segura de querer casarse con Chandler. Era un buen amigo sí y le apreciaba pero no estaba enamorada de él.

Sin embargo la disputa no fue tan sencilla, Evie observó que tardaban horas conversando con su tío y se preguntó si realmente podría escapar de ir a Derby house. Casi tenía ganas de esconderse para que no pudieran encontrarla, pero su madre logró persuadirla de esa idea tan alocada.

—Aguarda, tu tío es un hombre sensato y Chandler no fue el único que intentó convencerle, yo también lo hice.

Ella miró a su madre emocionada.

—¿De veras? ¿Y crees que él escuche a Chandler ahora? ¿Que logre convencerle?—Evie miró a su alrededor inquieta.

—Espero que así sea, Chandler está enamorado de ti Evie. Sí... pero no pidió tu mano porque esperaba hacerlo en un tiempo, mi hermano me lo dijo. Lamento que no lo hiciera entonces, pero si ahora te pide matrimonio te ruego que lo aceptes, es un buen hombre y cuidará de ti.

Evie se sonrojó al ver a sir Chandler aparecer de repente. Estaba solo

y al parecer quería hablar con ella en privado.

—Señorita Evie, por favor, venga conmigo. Tengo que hablar con usted.

Lady Rose sonrió satisfecha pero su hija temblaba preguntándose qué le diría ahora. Chandler la miraba muy serio y lo notó nervioso, inseguro y algo enfadado.

—Señorita Gaveston... —dijo y tomó sus manos despacio—Usted no tiene que casarse con Brentley, no debe casarse con él y no comprendo por qué su tío... Bueno, no me corresponde a mí juzgarle pero ahora él quiere saber su opinión al respecto—dijo.

—¿Mi opinión?—repitió ella insegura.

—Temo que sólo hay una manera de escapar de Andrew Brentley y le ruego que acepte casarse conmigo. Sé que es algo prematuro, que sólo nos une una tierna amistad. Soy un hombre razonable y práctico, sé que no es el momento pero le juro que hace semanas que no duermo pensando que debe casarse con ese caballero. Él es un hombre malvado, cruel y egoísta. Jamás la haría feliz. Además su familia tramó todo esto para despojarla de sus libros, lo sabe ahora ¿verdad?

Ella asintió y los ojos de Evie brillaron con picardía. Qué forma tan extraña de pedirle matrimonio.

—Pero ¿usted desea casarse conmigo o sólo me lo pide para ayudarme?—le respondió con cautela.

Él estaba muy serio cuando dijo que no era así.

—Me une a usted una amistad y un aprecio profundo pero esperaba pedirle matrimonio en un tiempo, deseando que me aceptara por afecto y amistad y no por una mera obligación ni por un capricho del corazón. Deseaba evitar eso. Pero al saber que ese ser despreciable pedía su mano y pretendía forzarla a un matrimonio concertado sin tomar en cuenta su parecer ni

sentimientos... No podría soportarlo, la aprecio demasiado y no podría tolerar saber que ese hombre la hará tan desdichada. Por eso le ruego que acepte convertirse en mi esposa, pues temo que no habrá otra manera de que pueda ayudarla en este triste asunto. Le ofrezco mi ayuda y un escape a lo que sería el mayor error de su vida. Pero antes de darme su parecer quiero darle mi palabra de honor de que no lo hago para aprovecharme de su desventura y por eso, compartiremos el compromiso pero seremos sólo amigos, ¿comprende? Nuestro matrimonio no será consumado hasta que usted se sienta segura de ello y me lo haga saber.

Evie se sonrojó al oír eso, ¿acaso Chandler la consideraba tan inmadura y atolondrada de aceptar ser la esposa de un hombre sin saber lo que le esperaría luego? ¿Realmente la creía tan niña para eso? Bueno, tal vez fuera mejor así, tenía razón al decir que los unía una linda amistad y cierto entendimiento. No un capricho del corazón.

—Su proposición me honra señor Chandler y por supuesto que acepto, pero temo que mi tío tal vez se oponga y eso...

Él tomó sus manos y las besó emocionado.

—Su tío dio su aprobación hace tiempo, iba a pedir su mano entonces, pero temí que usted me rechazara o aceptara para no herir mis sentimientos.

Qué ideas equivocadas se hacía el señor Chandler, Evie no podía comprender por qué imaginaba, suponía y sacaba sus propias conclusiones sin siquiera indagar si tales suposiciones eran verdaderas.

—Señor Chandler, me siento honrada de que me pida matrimonio pero en estas circunstancias temo que lo hace obligado, por ayudar a una amiga que se encuentra en apuros y no porque realmente desee que sea su esposa.

Esas palabras lo asustaron.

—Oh no me malinterprete por favor, realmente deseo que sea mi esposa y lamento pedírselo en circunstancias tan difíciles, pero no crea que lo

hago movido por el deber ni para ayudarla solamente.

—¿Entonces por qué lo hace sir Chandler? Le ruego que me lo diga.

Él demoró en responderle.

—Se lo pido porque es una joven de cualidades extraordinarias, porque no es coqueta ni frívola sino una criatura de sentimientos profundos y tiernos. De buen corazón y muy inteligente. Se lo pido porque estoy convencido de que me haría muy feliz si aceptara convertirse en mi esposa. Pero comprendo que mi proposición la ha tomado por sorpresa y por eso tenga miedo y muchas dudas.

—Pero usted no me ama ¿no es así? Sólo cree que sería una esposa adecuada por mis virtudes y talentos. No siente afecto ni tampoco un capricho romántico.

El caballero retrocedió algo incómodo, no se lo esperaba, que una dama tan sensata le hiciera un reclamo de ese tipo era algo extraño.

—El amor nace en una mirada señorita Gaveston, el amor es un raro tesoro que perdura con el tiempo y sin embargo, es necesario ser prudentes y oír primero a nuestra razón. No juzgue a un hombre por sus palabras por favor, un hombre puede hacer promesas de amor y recitar poesía y luego las palabras se diluyen en el viento, júzguelo por sus acciones, que hay muchos jóvenes que dicen estar locamente enamorados de una dama sólo para aprovecharse de ellas, para tener su corazón y su voluntad y luego cuando ya lo tienen todo se alejan en pos de una nueva conquista. No comparto esa forma de proceder y la condeno. Es un usted una joven hermosa y de corazón muy tierno, otros menos honorables le dirán que la aman con palabras y gestos apasionados pero vacíos pues saciar un deseo egoísta es lo único que persiguen. No, nunca le haría eso. Si me acepta como su esposo por mi honestidad le aseguro que seré un marido comprensivo, bondadoso y fiel y que hacerla feliz será mi mayor desvelo.

Evie se dijo que eso se oía bastante bien y que era mucho más de lo que tal vez tenían muchos matrimonios en esos tiempos. Y ante la posibilidad de un litigio con la familia Brentley... Pues tenía razón. No había nada que pensar.

La joven sonrió y dijo: —Señor Chandler tiene usted mucha razón, sólo espero que con el tiempo sienta por mí amor verdadero y cuando eso ocurra me lo haga saber por favor. Y decirle que acepto ser su esposa.

Él tomó sus manos y las besó y sonrió.

—Gracias señorita Evie, me hace mucho feliz que decidiera aceptar mi proposición.

No la besó, ni acarició su cabello sólo le dijo que la boda sería sencilla y debían celebrarla en secreto para que ni sir Brentley ni su padre pusieran objeción ni intentaran arruinar su boda.

—Temo que deberá mudarse de Richmond e irse a la casa de su tío un tiempo pues me temo que aquí no estaría segura—agregó.

Evie se quedó esperando ese beso pero Raymond hizo mucho más que besarla ese día, pues cuando su tío apareció seguido de un furioso pretendiente que acababa de enterarse de que no habría boda ni viaje a Derby house dijo que ese asunto debía resolverse con mucha calma.

—¿Calma?—repitió sir Andrew—Le aseguro que este asunto se resolverá en tribunales sir Edward y deberá usted pagar las consecuencias. Cuando mi padre se entere del atropello que acaba de cometer, de su negativa a aceptar la última voluntad de su cuñado y...

Sir Andrew profirió no sólo amenazas contra lord Edward y sir Chandler por inmiscuirse en un asunto que no le incumbía sino contra su prometida.

—Y usted señorita Evelyn, temo que será la más perjudicada en el futuro. Ni vuestra familia ni Chandler podrán protegerte, estaréis en peligro

porque hay muchas personas buscando ese libro y sabrán que tu padre lo tenía en su poder. Vendrán por ti Evie, no descansarán hasta saber dónde están y no les importará hacerte daño. No quieras imaginar lo que te pasará cuando caigas en sus manos, preciosa. Son gente malvada y sin piedad, y ansían apoderarse de ese libro con fines malvados. Rogad porque aparezca ese libro, porque de lo contrario...

Raymond se interpuso y lo enfrentó.

—Deja de asustar a la señorita Evie, yo cuidaré de ella con mi vida.

—La quieres para ti, ¿verdad? Pues no podrás hacerla tu esposa, ningún oficial se atrevería a casar a una joven sin el consentimiento de su tutor.

Evie lo miró espantada.

—Eso lo veremos. Acabo de tener el consentimiento de la señorita Gaveston, es todo cuanto necesito ahora—respondió Chandler.

Pero tío Edward no estaba tan seguro de eso y cuando sir Andrew se marchó dijo que era una completa locura.

—Lo conseguiré sir Edward, lo prometo. Tendré una dispensa especial para casarme con su sobrina. Y la tendré pronto, pero le ruego que antes de que eso pase le dé cobijo en su casa.

—Por supuesto señor Chandler, cuente con ello.

Evie vio con pesar cómo se iba Raymond, habría deseado marcharse con él pero no podía hacerlo.

—Evie, lamento decirlo pero no te hagas ilusiones. Chandler no podrá desposarte como planea, todo se confabula en su contra. Por más que tu madre autorice la boda y yo os dé mi bendición temo que será en vano. A menos que se demuestre que el testamento era falso como sospecha Raymond, pero probarlo también llevará tiempo... Temo que antes de que eso ocurra lord Brentley vendrá aquí y exigirá con sus abogados que se cumplan las

disposiciones del testamento.

Evie pensó que eso no importaba, no iría a Derby house, antes escaparía y nada iba a amedrentarla. Sospechó que todo había sido un ardid para asustarla. Tal vez su padre no había sido asesinado y sólo la familia Brentley codiciaba la biblioteca de su padre y esos libros habían sido la excusa.

Un encuentro inesperado

Siguieron días de calma y reclusión. A Evie no le permitían abandonar la mansión de Rossen ni podía regresar a Richmond por decisión de su tío y por temor a que Brentley decidiera ir a buscarla. En su hogar nunca estaría a salvo.

La joven pensó que exageraban y se moría por regresar a Richmond house, pues la compañía de su tía y primas era aburrida y por momentos exasperante. Nunca había congeniado demasiado con sus primas menores: Eleanor y Diana y ahora que estaban en “edad de merecer” se habían puesto vanidosas e insoportables. Afortunadamente su madre la había acompañado y con ella sí podían dar paseos por los jardines y charlar. Igual echaba mucho de menos su hogar. No podía evitarlo.

Entonces llegó una mala noticia de Richmond.

Alguien había entrado en la noche y había cometido un robo y entrado en la habitación de la señorita Evie y luego en la biblioteca. Los libros que quedaban habían sido tirados en el piso, otros destrozados.

—No puede ser... Es horrible. ¿Han destrozado los libros?—Evie estaba escandalizada.

—Sí, pero lo peor es que estuvieron en tu habitación, de haber estado allí... tu tío quedó muy impresionado y quiere que me quede a vivir aquí, que no regrese a Richmond pero es mi hogar, no puedo aceptar su hospitalidad.

Evie se puso seria, tenía razón, ni ella tampoco podía seguir quedándose en la mansión. Extrañaba su casa, su habitación, sus libros...

—Debo ir a ver qué pasó mamá, no puedo dejar que los criados tiren los libros o se los lleve alguien.

—Olvida ese asunto Evie, ni lo sueñes. Te quedarás aquí. Esa gente que busca ese libro es muy peligrosa, lo ha dicho tu tío y tiene razón.

—Pero debo ir y ver...

—No... quédate aquí. Chandler puede regresar de un momento a otro con la dispensa y entonces deberás casarte con él.

Evie la miró incrédula.

—Mamá, eso no pasará. Él no me ama y sólo se casa conmigo para ayudarme, porque cree que seré una buena esposa—declaró Evie con tristeza.

—Ay Evie, por favor, ¿es que no te das cuenta? Ese caballero está loco por ti, tanto que temía pedirte que fueras su esposa porque el dolor de tu rechazo habría sido demasiado para él.

—Exageras mami, como siempre.

—No, no exagero. Digo la verdad. Por eso no pidió tu mano, pensó que tú eras muy joven y creo que es muy tímido Evie, sé paciente.

—Pero él no dijo que estuviera enamorado de mí.

—Hijita, debes aprender a confiar en tu madre. Chandler se puso furioso cuando supo que debías casarte con sir Andrew, realmente no lo esperaba y sospecho que fue eso lo que precipitó que se animara a pedir tu mano. Pero no creas que no te quiere porque es mentira, ningún hombre pide matrimonio a una mujer si no está perdidamente enamorado.

Ella suspiró inquieta. ¿Regresaría con la dispensa, lo conseguiría?

Días después recibió un mensaje alentador de Chandler, era breve y le avisaba que había logrado tener la dispensa y que podrían casarse en una semana. ¡Una semana!

Evie corrió a la salita de música para decirle a su madre.

Tenía la carta en sus manos y una emoción intensa la dominaba.

Cuando entró en la pequeña sala la encontró vacía pero el piano estaba abierto, qué extraño, tal vez tuvo que salir y olvidó cerrarlo.

Entonces escuchó voces, voces provenientes de la sala hablando un idioma extranjero.

Atraída por una voz en particular acudió a la sala sin pensar, sujetando

la carta.

Nada más entrar lo vio parado frente a su madre. Era el hombre más guapo que había visto en su vida, más que Chandler, más que cualquier otro. Diablos. No podía ser él.

Tuvo la sensación de que él también la había visto pero se mostraba frío y reservado. Soberbio.

Hasta que la miró con fijeza con esa mirada fuerte y viril y sintió que se estremecía.

—*Bonjour, mademoiselle Evelyn*—dijo—¿Me recuerda usted?

Su madre estaba arrebolada y actuaba muy raro, al igual que la esposa de tío Edward. Al parecer el caballero las había hechizado a todas hablando un inglés con marcado acento.

Su madre se acercó nerviosa.

—Evie, querida, él es el marqués Maurice de Fontaine. Un viejo amigo de tu padre—dijo.

Ella asintió y tembló cuando él besó su mano. Estaba delatándose temblaba como una hoja. Por supuesto que sabía bien quién era.

El marqués se apartó y le habló algo en francés que no entendió. Odiaba que hiciera eso y lo hizo todo el tiempo.

Uno de los acompañantes del ilustre visitante ofició de intérprete.

Al parecer el marqués había hecho un largo viaje porque necesitaba recuperar unos libros, los libros que mencionó en su carta.

Evie dio fe de ello pero su tío no estaba muy feliz de que nuevamente mencionaran esos benditos libros.

—Mi sobrina no sabe nada de esos libros—se apuró a decir.

Evie miró al caballero con desesperación.

—Tío, no es verdad... yo encontré esos libros y los guardé en Richmond para que sir Andrew no se los llevara—respondió y explicó el

asunto de la carta.

—Oh vaya... Pero sir Andrew se llevó todos los libros a Londres.

—No... guardé la colección en Richmond. Puedo traerlos si lo desea.

El francés la miraba con fijeza nada contento con toda la situación, parecía levemente indignado de que alguien se llevara los libros de su viejo amigo.

Tío Edward intervino.

—Querida, no es necesario que vayas tú sola a Richmond, no sería apropiado—dijo y mirando al marqués lo invitó a quedarse en su mansión.

Pero él declinó el ofrecimiento.

—Me hospedo en la casa de un viejo amigo, lord Edward—respondió—le agradezco su gentileza.

Luego habló en francés y tuvieron que traducirle.

Al parecer el caballero quería que Evie lo llevara a Richmond de inmediato para recuperar sus valiosos manuscritos pues estos no debían caer en manos equivocadas. Explicó que era peligroso que eso ocurriera.

—¿Eran suyos esos libros, Monsieur? Qué extraño—opinó sir Edward.

El francés no respondió a ese impertinente comentario y volvió a insistir en que la señorita Gaveston le entregara los libros.

Sir Edward no pudo negarse y de pronto comprendió que era lo mejor: deshacerse de los malditos libros y luego gritar a los cuatro vientos si alguien preguntaba por ellos pues que se los había llevado un francés loco que vivía en un castillo y que declaró ser su legítimo dueño.

Evie acompañó la comitiva algo turbada sintiendo la mirada airada del marqués sin comprender por qué parecía tan molesto. ¿Acaso no había guardado sus libros y no iba a entregárselos o pensaba que mentía?

Qué sujeto tan antipático y soberbio. Hablando francés como si todos

estuvieran obligados a entenderle.

Lo mismo ocurrió durante el viaje en su lujoso carruaje. Estuvo hablando rápido con su asistente mientras la vigilaba de reojo.

En ningún momento le habló. Estaba realmente furioso tanto que lo vio ponerse pálido de repente mientras le hacía una pregunta en francés que ella no entendió por supuesto.

—No entiendo lo que dice, Monsieur—balbuceó Evie en francés.

Él la miró con fijeza haciendo que se ruborizara de nuevo.

Volvió a hablarle en francés y fue su intérprete quién tradujo sus palabras.

—El marqués desea saber por qué escondió usted los libros señorita, ¿deseaba leerlos en privado?

Ella lo miró espantada y le habló de sir Brentley y el extraño testamento de su padre.

—Guardé los libros porque usted me los pidió en una carta y no deseaba que ese caballero los tuviera.

Él la miró con fijeza.

Había entendido cada palabra y sin embargo se negaba a responderle, a hablar en su idioma.

—Mercy, mademoiselle. ¿Cómo dijo que se llamaba ese caballero?—preguntó el marqués.

—Brentley, Andrew Brentley.

Sus ojos castaños brillaron de rabia. ¿Conocería a los Brentley, tendría amistad con ellos?

—¿Leyó usted los libros?—quiso saber luego.

—Están en latín y en francés Monsieur, ¿cómo espera que pueda leerlos?

Sus ojos la miraron con intensidad. Miró sus ojos y luego sus mejillas,

sus labios.

—Pimpollo de rosa, al fin ha florecido—dijo en inglés.

Lo dijo sin acento como si lo hablara con frecuencia.

Evie pensó que era la primera vez que un hombre tan guapo le decía un cumplido semejante y parpadeó inquieta. No supo qué decir.

Habían llegado a Richmond.

Entró a la mansión sin ocultar sus nervios y ansiedad. Quería ver cómo había quedado la biblioteca y su habitación.

Su prisa por entrar dejó atrás al orgulloso marqués francés con su séquito.

—Señorita Evie—dijo el mayordomo—¿Lady Rose vino con usted?.

—No... he venido con Monsieur Fontaine y sus criados—respondió y sin detenerse fue hasta la biblioteca.

El caos que encontró allí la hizo llorar. Estantes y estantes vacíos y libros tirados. ¿Por qué? ¿Acaso Brentley había regresado luego de comprender que ninguno de los libros era el que buscaba?

Entonces vio el escritorio donde su padre escribía carta y guardaba sellos y recuerdos de su vida y lo notó abierto. Se acercó furiosa y vio que montones de notas y cartas estaban tiradas en el piso y también los cajones. Todo estaba en el suelo.

Comenzó a juntar todo mientras lloraba al pensar cómo esos malditos habían saqueado su biblioteca, el tesoro que su padre juntó en vida.

De pronto notó que no estaba sola, el marqués estaba allí mirándola en silencio hasta que le preguntó qué había pasado.

—Estuvieron aquí el otro día y entraron para robar. Supongo que buscaban sus libros Monsieur Fontaine. ¿Pero por qué los tenía mi padre? ¿Por qué los conservó sabiendo que eran tan peligrosos?

—Su padre era un apasionado del conocimiento y un coleccionista.

Además, nadie sabía que los tenía en su poder, ignoro cómo se enteraron.

—¿Y por qué quiere lord Brentley esos libros?

—No conozco a esa familia, señorita. Nunca los oí nombrar ni imaginaba que fueran amigos de su padre.

De pronto se le acercó y le entregó un pañuelo.

Ella lo miró y de pronto se dio cuenta que todo el tiempo habían estado hablando en inglés. Así que sabía hablar inglés y entendía todo perfectamente.

No dijo nada y abandonó la biblioteca pues no soportaba un momento más mirando ese caos.

Se habían llevado los libros y habían estado buscando en los que habían quedado. Lo hicieron con sigilo, nadie vio nada según supo su madre. Debieron acudir en la noche o en la madrugada.

—Iré a buscar sus libros, Monsieur—dijo luego.

No pensó que él quisiera acompañarla pero lo hizo como si fuera su escolta. Resultaba desconcertante que un caballero de su alcurnia quisiera cuidar a una señorita inglesa como ella.

Apuró el paso inquieta y se encaminó a su habitación.

Temblaba al pensar que esas maletas pudieron llegar a manos de los Brentley o quien fuera que había entrado a robar ese día. No olvidaba que también habían estado en su habitación. ¿Sospecharían que los había escondido allí?

Abrió la puerta temblando pero no encontró nada en desorden, al contrario todo lucía pulcro y perfumado. Seguramente los criados habían dejado todo ordenado como antes pero no tuvieron tiempo de arreglar el caos de la biblioteca.

Entró confiada y fue en busca de las maletas. ¿Las habría guardado su doncella? No podía recordar dónde estaban el día que debía partir con Brentley y en realidad no pudo saber si las había dejado en su dormitorio o en

el carruaje. Luego Raymond le había pedido matrimonio y...

Buscó en el gran placar y debajo su cama.

Desesperada al ver que sus maletas no estaban tiró del cordel para llamar a su doncella. Si esos libros no aparecían el francés se enojaría, no, debía encontrarlos...

—Señorita Evie—dijo la doncella entrando en la habitación.

Ella la miró con desesperación.

—Las maletas, Lis, por favor. Las maletas que prepararon para mi viaje a Derby house. ¿Dónde están? ¿Recuerdas dónde las han guardado?

La doncella la miró ceñuda, no, no recordaba nada de unas maletas pero...

De todas formas se acercó ágil y delgadita y se metió sin esfuerzo en todos los rincones posibles para encontrarla. ¿El armario? ¿Bajo la cama?

—Es que cuando vinieron los ladrones señoritas entraron en su habitación pero no faltaba nada creo, sin embargo todo estaba revuelto.

—¿Y por qué entraron aquí?—quiso saber Evie.

La doncella se puso blanca.

—¿No lo sabe señorita, no se lo dijeron?—respondió.

—¿Decirme qué? No entiendo. Mi madre dijo que habían entrado en la casa a robar y que...

—La buscaban a usted señorita Evie, eran tres hombres muy malvados, entraron a su habitación con sigilo pero al ver que estaba vacía buscaron en otras habitaciones y en la biblioteca. La señora Adams los vio y uno de ellos preguntó por la señorita Evelyn Gaveston. El ama de llaves gritó pidiendo ayuda y los hombres huyeron. Pero no se llevaron nada.

—¿Me buscaban a mí?—repitió atónita.

—Sí... pero nadie dijo que estaba usted en la mansión de su tío por supuesto.

—¿Y dónde rayos están las maletas que te pedí?

—¿Pero no se las llevó con usted ese día en el carruaje?

—Nunca llegué a entrar en al carruaje de los Brentley Lis, ¿acaso has olvidado que mi viaje fue suspendido?

—Sí, tal vez. Pero si es así preguntaré al cochero señorita, aguarde aquí—la doncella se alejó con prisa.

Afortunadamente el francés no estaba presente. No quería que supiera lo que estaba pasando, ni que viera que estaba al borde del colapso. Si esos libros no aparecían...

¿Por qué habían ido a buscarla? ¿Acaso sospechaban que ella podía saber dónde estaban esos manuscritos y planeaban hacerla confesar por la fuerza, serían tan desalmados para eso?

Siguió buscando en la habitación mientras aguardaba el regreso de la doncella con noticias de la maleta. ¿Y si se la había llevado Brentley? No podía recordar con exactitud qué había pasado ese día con las maletas, todo había sido tan repentino y confuso.

Tuvo la sensación de que pasaba una eternidad hasta que vio a la doncella llegar con las manos vacías.

—Señorita Evie, lo siento pero las maletas no están aquí. Acabo de preguntarle al señor Brandon y dijo que las dejó en casa de su tío ese día cuando supo que la boda se había suspendido y usted se quedaría en Rossen por unas semanas, las dejó con las demás.

Evie sintió que le volvía el alma a los pies.

—Bueno, entonces iré a buscarlas pero debo avisarle al marqués.

La joven abandonó su habitación y regresó al salón principal dónde el marqués de Fontaine aguardaba impaciente.

Cuando supo del pequeño percance se puso muy serio.

—Qué descuido. ¿Y qué pensaba hacer usted con mis libros señorita?

¿Por qué iba a llevárselos ese día si no pensaba entregarlos a su pretendiente?
—la acusó.

—Es que quería tenerlos cerca para luego enviárselos.

—¿Enviármelos? ¿Y cómo esperaba enviar seis a Francia? ¿Confía tanto en la oficina postal de su país?

—Usted me pidió que se los enviara, iba a hacerlo pero es que cuando me escribió esa carta no había encontrado sus libros, los encontré casi por accidente.

—Bueno, no se inquiete. Envíe a sus criados a buscar las valijas que mencionó. Debe darles instrucciones precisas. Dos de mis empleados irán también para ayudar.

—Puedo ir personalmente y cerciorarme de que sean mis valijas, Monsieur.

—Oh no quiero causarle esas molestias. Quédese, necesito conversar con usted en privado mientras sus criados me traen los libros—dijo él.

A Evie le sorprendió que se mostrara tan comprensivo y despreocupado mientras sus criados iban a buscar las dos maletas pero obedeció y se quedó sentada preguntándose qué era aquello de lo cual deseaba hablarle.

Nada más estar a solas el marqués la miró con fijeza.

—Vaya, cómo ha crecido usted desde la última vez que nos vimos, señorita Gaveston, entonces era una jovencita muy obcecada e inteligente aunque ahora se ha convertido en una dama muy hermosa.

Ella asintió sin decir nada.

—¿Así que va a casarse con sir Chandler? Sin embargo no tiene usted anillo de compromiso.

Evie pestañeó inquieta y lo miró un instante. ¿Cómo lo había sabido? Bueno, seguramente fue su madre.

—Es que todo fue muy repentino.

Se hizo un nuevo silencio hasta que él dijo:

—¿Y es tan osada o tan inocente de casarse con un caballero al que apenas conoce? Su padre no lo habría aprobado, él siempre quiso lo mejor para usted, señorita Evelyn.

La jovencita lo miró ceñuda.

—El señor Chandler es un caballero bueno y honesto. Dudo que mi padre, que en paz descansa, tuviera reservas al respecto y creo que sí lo habría aprobado.

—¿De veras? Bueno, si usted lo dice. Sin embargo me parece precipitada su decisión de casarse para escapar de su nuevo tutor y su perverso hijo. Creo que no estaría a salvo de las personas despiadadas que entraron el otro día en Richmond house. Y cuando me lleve mis libros seguirán buscando y no podrá escapar de Brentley, ni de los demás.

—Pero ¿de qué habla Monsieur? ¿Quién son “ellos” y por qué me buscan a mí? ¿Qué sabe usted de todo eso, señor Fontaine?

—Señorita Evie, hay personas que anhelan conocer los secretos de esos libros y otros muy por el contrario desean destruirlos de una vez por todas. Quedan muy pocas copias de estos ejemplares en el mundo y contienen secretos de magia y hechicería y la verdadera historia del diablo contada por eruditos de la Edad Media. Algunos creen que no es más que una historia fabulada y apócrifa y sin embargo muchos anhelan tener esos libros tan valiosos. Para los amantes de los manuscritos del Medioevo estas son crónicas pintorescas y satíricas producto del delirio de un monje errante mal de la cabeza.

—Pero usted es católico ¿no es así? ¿Por qué querría leer y tener en su castillo un libro tan herético?

—Oh señorita Evie, esos libros muy valiosos para mí, libros que

alguien hurtó de mi biblioteca y vendió a su padre a un precio risorio. Usted comprenderá que no podía explicarle eso por carta, no habría sido delicado.

—Pero mi padre era amigo suyo, él jamás habría aceptado comprar libros robados o...

—No lo sabía preciosa, lo supo en una de sus visitas a Chateaubriand bleu que vio la colección de manuscritos y le hablé de la irreparable pérdida que había sufrido. Temo que uno de mis amigos o parientes cercanos los tomó en algún descuido pues quién se lo vendió a su padre no era francés sino un coleccionista inglés arruinado. Esos libros rara vez son vendidos por quién los robó por una cuestión sencilla, desean borrar toda huella pero en las primeras páginas está el sello de mi familia. Su padre dijo que viajaría con los libros pero luego sufrió el ataque y no pudo realizar el viaje. Pensé en enviar a mis criados más leales a buscarlo pero entonces ocurrió la tragedia y decidí esperar. Agradezco que ocultara y cuidara mis libros señorita Gaveston, ha sido muy valiente. Temo que no está tratando con personas educadas sino seres crueles y decididos. Casarse con Chandler no la mantendrá a salvo como sueña.

—Monsieur Fontaine, debo casarme. Mi padre sólo dejó deudas y una propiedad en Cumbria que necesita reparaciones y mi pobre madre debe hacer frente a la situación sin saber cómo, soportando el asedio de los abogados para que venda el castillo de Aberdeen. Disculpe mi franqueza pero no le temo a esos coleccionistas locos, creo que no se atreverán a molestarme cuando me convierta en la esposa del señor Chandler.

—¿Eso cree, mademoiselle? —dijo él con una extraña sonrisa.

Evie se sonrojó al sentir la mirada del marqués. Él sostuvo su mirada y besó sus manos en un gesto galante.

—Es tan cándida mademoiselle, tan ingenua... ¿Cree que le preguntarán de buenas maneras si ha visto los libros del demonio o sabe dónde

están? No... Le quitarán su ropa y luego desnuda la atarán a una silla, indefensa y asustada dirá mi nombre y también todas las señas para encontrarme. Odiaría que sufriera tales indignidades por mi culpa. Usted ha sido muy buena y leal al conservar y esconder mis libros, realmente me siento en deuda con usted. Quisiera poder brindarle un escape seguro.

—Pero no es necesario. Creo que exagera, sólo escondí los libros porque recibí su carta y pensé que era lo más justo. Si son suyos debe recuperarlos. En cuanto a lo demás, agradezco su ayuda pero estaré bien. El señor Chandler es un buen hombre y ...

—El señor Chandler es un caballero inglés gordo y tonto, no podrá defenderla de esos demonios—replicó airado el francés, sus ojos echaban chispas— ¿es que no entiende? Usted corre peligro y necesita alejarse de este país, hacer un viaje al extranjero, a un lugar dónde nadie la encontrará. Que esos malnacidos sigan buscando los libros pero usted señorita debe estar a salvo y me siento obligado a ayudarla. Temo que soy responsable de su bienestar primero para honrar mi amistad con su padre y luego porque esos libros me pertenecen y usted me ha ayudado a recuperarlos. ¿Qué clase de ser insensible le daría las gracias por su excelente labor y la dejaría librada a su suerte?

—Monsieur Fontaine, me abruma usted pero le ruego que no se precipite. Rezo para que esos libros estén en casa de mi tío, aún no han llegado con las maletas sus criados.

—Pues piense en lo que le he dicho señorita, déjeme ayudarla. No se precipite a un matrimonio que no le ofrecerá la protección especial que necesita ahora.

Mientras decía estas palabras llegaron los criados con las dos maletas.

—Aguarde señorita Gaveston, vayamos a un lugar más privado—le pidió.

Lo notó raro, tenso y de pronto recordó que todo era un secreto: los libros y también el nombre de su legítimo dueño.

—Disculpe...—murmuró y le pidió a su criada que se retirara.

Fueron hasta la sala de música. Cerraron las puertas y luego la joven abrió una de las maletas y sólo encontró sus vestidos y algunos libros valiosos. Siguió buscando pero no vio los libros del marqués y sintió deseos de gritar.

—Calma mademoiselle, ya aparecerán—dijo Fontaine.

Evie abrió la otra maleta sin demora. Uno, dos, tres broches, cierres y de pronto solo vio más vestidos, enaguas y blusas, sombreros.

Ruborizada, Evie se apuró a esconder sus prendas más íntimas, y siguió buscando. Todo parecía estar intacto, nadie las había abierto y eso era bueno pero ¿dónde demonios estaban los libros que había escondido con tanto sigilo?

De pronto sintió algo duro en el fondo de la maleta y tuvo que quitar los vestidos para ver si eran los libros.

Oh, allí estaban los siete manuscritos. Intactos. Envueltos en un papel de seda. ¡Qué alivio!

Miró al marqués y se los entregó.

Él la miró con intensidad mientras examinaba uno a uno los manuscritos.

Evie se apresuró a guardar todo en su maleta. ¿Qué haría con ellas? Tal vez regresar a casa de su tío. Si iba a casarse con Chandler necesitaría ropa más elegante. Tal vez fuera necesaria otra maleta.

Fue hasta la puerta y tiró del cordel para llamar a una camarera.

Esta llegó con cierto retraso mirándola con ansiedad.

—Daisy por favor, prepara una maleta con mis vestidos más bonitos, los de etiqueta, regresaré en una hora para la mansión de Rossen—dijo.

El marqués parecía ensimismado mirando sus libros, ojeándolos totalmente abstraído.

Evie pensó que ahora podría dormir tranquila y olvidar todo ese asunto de los libros secretos.

—Señor Fontaine, lo siento, pero debo regresar en una hora a la mansión de mi tío—dijo entonces.

Él la miró con fijeza pero su mirada era alegre y soñadora.

—Mil gracias por cuidar mis libros señorita, me siento realmente en deuda con usted—declaró galante.

—OH, no es nada. Mi padre así lo hubiera querido y me alegra que llegaran a las manos de su legítimo dueño. Ahora debo irme.

—Aguarde no se vaya todavía. Piense en lo que le he dicho por favor, si acepta mi ayuda la llevaré conmigo a Francia y estará a salvo.

Evie lo miró entre incrédula y espantada.

—Perdón, no comprendo lo que desea decirme. ¿Ha dicho viajar con usted a Francia? —replicó.

—Sí... estaría bajo mi protección un tiempo, hasta que todo este asunto se olvide y luego... prometo que podrá regresar y casarse con su novio el señor Chandler.

La jovencita lo miró inquieta.

—Es que no puedo viajar ahora, voy a casarme con el señor Chandler y si me voy creerá que cambié de parecer y no tuve la honestidad de decírselo.

—Vaya, parece usted muy decidida a casarse con su caballero inglés. ¿Acaso se ha enamorado de él?

Esa pregunta tan indiscreta la hizo enrojecer y balbucear: “oh, ¿qué dice usted Monsieur?”

—Disculpe si la he ofendido mademoiselle al hacerle una pregunta tan indiscreta. Me sorprende que esté tan decidida a casarse cuando no es más que

un capullo en flor. ¿Qué edad tiene ahora mademoiselle Evie?

—Diecinueve—respondió ella.

—Oh, diecinueve, se ve tan tierna, tan cándida, pensé que tenía diecisiete a lo sumo. ¿Y qué edad tiene su prometido?

Evie se sonrojó intensamente.

—Veintinueve—respondió.

—Oh vaya, el inglés tiene dos años más que yo, es casi un anciano—opinó el marqués mientras guardaba cuidadosamente los libros.

La joven pensó que era el momento de marcharse.

No quería quedarse a solas en esa habitación con el francés, no era tan cándida como él creía, recordaba bien la fama de seductor y su afición a correr tras las faldas en Chateaubriand. Su invitación a ir al castillo para ponerla a salvo de los malvados que buscaban su manuscrito podría tener otra intención non santa. Embaucarla. Seducirla y convertirla en su amante. Dejarla preñada como le ocurrió a su prima y entonces, tal vez le buscara un marido francés como acostumbraban a hacer los nobles de ese país. Lo sabía por su madre que estaba muy al tanto de las hazañas de los nobles de Francia.

Evie se sintió espantada de que eso pudiera pasarle.

—Discúlpeme por favor, pero debo regresar a Rossen ahora—tuvo la sensación de que era como la tercera o cuarta vez que lo decía.

Él la miró con fijeza.

—Oh, aguarde, yo la llevaré—insistió el caballero.

Pero ella se mantuvo firme.

—No quiero causarle molestias.

—Pero no es ninguna molestia para mí, al contrario, cuidarla es un placer mademoiselle. Me siento muy en deuda con usted.

—No diga eso.

Él ignoró su comentario y habló en francés con sus criados mientras les

entregaba los libros.

Luego la miró y le dijo:

—Acompáñeme por favor. La llevaré a Rossen ahora.

Evie lo siguió temblando. Pensó que no cumpliría su promesa y que podía raptarla y por eso, cuando entró en el carruaje con sus maletas se sintió tan nerviosa que no reconoció el camino.

Y poco después dijo muy nerviosa:

—¿Dónde me lleva, Monsieur? Ese no es el camino a Rossen.

El marqués le dirigió una mirada curiosa y una sonrisa traviesa.

—Oh vaya, ¿teme que esté raptándola mademoiselle Evie?

Ella no se atrevió a confirmar sus peores sospechas pero estaba al borde de las lágrimas.

—Cálmese, por favor señorita Evie, soy un caballero, jamás cometería un acto tan ruin como raptar a una jovencita que desea casarse con su novio inglés—respondió.

Ella no le creyó ni una palabra y vio con espanto cómo el carruaje partía a toda velocidad con rumbo desconocido, sus ojos no se apartaban de la ventanilla al tiempo que sentía su mirada apasionada traspasarle como una daga.

La miraba con deseo sin decir una palabra pero sin quitarle los ojos de encima. Se sintió tan rara, tan incómoda y agitada a la vez. Debía reconocer que la posibilidad de ser raptada por ese francés la asustaba pero también la seducía, no podía negarlo.

Tuvo la sensación de que pasaba una eternidad hasta que el carruaje se detenía y veía la mansión de su tío en todo su esplendor a la distancia. Rossen Manor. Vaya, nunca había estado tan feliz de volver a verla.

Entonces el marqués de Fontaine dijo una de esas frases en francés mientras se le escapaba una risa. ¡Era un malvado! Había estado disfrutando

su terror a cada momento sólo para ponerla nerviosa.

Tomó sus maletas y se despidió de forma muy formal y escueta. Casi saltó del carruaje por temor a que el vehículo siguiera la marcha.

Su madre aguardaba impaciente en la puerta.

—Oh Evie, regresaste. Qué felicidad. Pensé que ese caballero no me gusta nada querida y mi hermano estaba tan furioso. Dijo que no debí permitir que fueras sola con ese aristócrata de tan mala reputación—dijo nerviosa.

—Entonces, ¿le entregaste sus libros?—preguntó su tío entrando en el hall.

—Sí.

—Pues donde demorara un poco más en traerte iba a ir a buscarte personalmente mi querida sobrina. No sé cómo pudieron dejarte ir sola. Debiste ser acompañada por algún criado de Rossen.

Evie suspiró aliviada. Estaba a salvo.

Sin embargo la sensación de inquietud la acompañó ese día y los siguientes. No podía explicarlo pero saber que gente desconocida la buscaba la hizo sentir intranquila. Ya no tenía los libros ni diría jamás que los había entregado al marqués.

Pero también él estaba en sus pensamientos.

No podía dejar de pensar en ese encuentro, en el momento que conversaron en la sala de música. Guapo y encantador, seductor y jovial. Sus ojos la habían mirado con interés y deseo.

No le sorprendía pues casi la había mirado de la misma forma cuando tenía quince años y era casi una niña. Aunque en su país las muchachas se casaban muy jóvenes, tanta admiración la había turbado entonces y ahora, casi no podía conciliar el sueño esa noche. No dejaba de pensar en él

A la mañana siguiente su madre la despertó muy contenta.

—Evie, levántate, vamos, despierta por favor. Está aquí. Raymond Chandler. Hijita. Y trae la carta y está hablando con tu tío porque—su madre hablaba sin parar, tanto que la joven saltó de la cama aturdida.

—Oh Evie, quiere llevarte con él... cuando supo que habían robado en Richmond... Pues dijo que no es seguro que regreses allí.

—¿Y le hablaste del francés, mami?—preguntó Evie como si eso fuera un pecado mortal.

—Oh no... por supuesto que no. Ni tú lo hagas querida... Sabes que no queda bien que una joven soltera se vea a solas con un marqués de mala reputación como ese. Dios santo, ¿en qué estaba pensando? Ese hombre es el diablo Evie, tiene algo que, fue tan envolvente y engatusador... Debe tener algo que obliga a la gente a hacer cosas malas. Ya ocurrió antes que... no lo recuerdo bien pero tu padre me contó una historia—lady Rose se interrumpió pues otra idea en la cabeza ganaba terreno y mirando a su hija con fijeza le rogó que se apresurara.

—No hagas esperar a tu marido por favor.

La joven miró a su madre espantada.

—Mami, todavía no es mi esposo.

—Pero lo será muy pronto, está muy ansioso. Es un caballero de mucho carácter y ay, es que no puedo creerlo. Todos nuestros problemas van a solucionarse. Seguro que mi amado Henry tuvo algo que ver con esto. OH Evie... Ha hablado con mi hermano y prometió que pagará todas nuestras deudas, lo hará.

Evie se sintió avergonzada de eso. Luego se preguntó si el marqués habría regresado a Francia con los libros.

Pensaba tanto en él que casi había olvidado su rostro y recordó lo que acababa de decir su madre. ¿Realmente sería el marqués un demonio por eso tentaba a las personas a hacer cosas malas?

Apenas pudo desayunar jamón y un poco de pan con queso ese día, su madre no la dejó comer más. Ahora empezaba a decirle que cuidara su talle para su vestido de novia. Los talles menudos estaban muy de moda y el suyo lo era pero... Al parecer su madre pensaba que se le echaría a perder en poco tiempo si no se cuidaba con las golosinas y los pasteles que comía en las tardes a la hora del té.

—Vamos Evie, apresúrate, ve a verle. Chandler te espera en la biblioteca—le avisó.

Evie fue a reunirse con su prometido en la biblioteca y lo encontró muy serio y frío, más que antes pero algo en su mirada cambió al verla.

—Señorita Evie—dijo y besó su mano despacio—¿Cómo está usted? Me afectó mucho saber lo ocurrido en Richmond. Estoy muy apenado por eso deseaba hablar con usted en privado por favor.

Ella asintió con expresión distante.

Él parecía algo incómodo y Evie se preguntó si era timidez o temor a estar tomando la decisión equivocada pues cuando le dijo con un montón de rodeos que pensaba que podían casarse al día siguiente lo vio ponerse algo tenso.

—Mi principal preocupación es ponerla a salvo de todo esto señorita Evie, temo que se encuentre en peligro de que quienes buscan los manuscritos quieran atraparla para sonsacar una información que imagino usted no posee.

—Le agradezco mucho señor Chandler.

—Oh por favor, llámeme Raymond señorita.

Ella sonrió con timidez y él la miró completamente embobado.

—Por supuesto que acepto, sólo me preguntaba si sería posible casarse con tanta prisa.

Él sonrió aliviado, ¿acaso temía que dijera que no? Había prometido ser su esposa y jamás faltaría a una promesa tan seria como esa.

—Eso no sería problema señorita Evie, pero nos casaremos en la Iglesia de Plymouth. Conozco al vicario y es un hombre bueno y razonable. Pero nuestra boda deberá ser secreta. Nadie debe saber que se celebrará allí, temo que sir Brentley haga algo para impedirla, no puede hacerlo pero... durante un tiempo deberemos recluirnos en Cleveland. Temo que será duro para una jovencita como usted prescindir de fiestas y reuniones, pero es el lugar más seguro y aislado pues está rodeado de una ciénaga que hace imposible el acceso si no se conoce la ruta secreta del bosque. Durante la noche queda completamente aislado al subir la marea y luego hasta el mediodía es imposible llegar. Es una propiedad solitaria y algo sombría pero comprendo que en su situación señorita Evie, es lo mejor.

Ella se estremeció al pensar que viviría en medio de una ciénaga y preguntó qué clase de hogar sería, no estaba acostumbrada a estar rodeada de lodo ni tampoco...

—¿Es necesario ir a Cleveland, señor Chandler?—balbuceó.

—Me temo que sí, pero serán solo unos meses. Es que he estado investigando a la familia Brentley y lo que descubrí es muy oscuro y siniestro. Tengo fuertes razones para creer que no planeaban una boda sino retenerla en Derby house como su prisionera hasta que dijera todo lo que sabía sobre esos libros diabólicos.

Evie palideció.

—Andrew siempre ha sido un joven dado a los placeres, totalmente irresponsable e indolente. Me sorprendió saber que planeaba casarse con usted y según averiguó un investigador que contraté él estaba comprometido con otra joven de Londres, así que no la llevaba a usted porque pensara desposarla sino para interrogarla. Su padre está furioso pues la alegría de haberle robado los libros de su padre le duró muy poco al comprender que los manuscritos oscuros que buscaba no están entre los demás libros. Por eso

regresaron a Richmond y lo harán de nuevo. Señorita Evie, por favor, dígame ¿qué hizo con esos libros?

Ella se sonrojó incómoda ante esa pregunta. Recordó que fue Raymond quién descubrió esos libros en la biblioteca de su padre.

—Señor Chandler, esos libros pertenecían a un amigo de mi padre y él me los reclamó en una carta. Y yo se los entregué, los escondí y luego se los di a su legítimo dueño porque así lo habría querido mi padre. No puedo revelar su nombre, di mi palabra de que no lo diría a nadie pero están a salvo.

Esas palabras inquietaron mucho a Raymond.

—No sabía que pertenecían a un amigo de su padre, pensé que... Ha sido muy valiente señorita pero creo que no fue una decisión acertada, ahora están buscando esos libros y averiguarán que no los tiene en Richmond y querrán saber qué hizo con ellos. ¿Cuándo los entregó usted?

—Hace tiempo lo hice—mintió ella sin dar más detalles.

Chandler estaba muy serio.

—Comprendo.

—Pero, ¿cómo sabían que estaban en Richmond, quién les dijo a los Brentley?

—Supongo que fueron sus espías. Esa familia esconde secretos siniestros y tal vez tenían espías en su casa. En Richmond. Alguien pudo entrar e intentar buscar los libros.

—¿Y por qué quieren tener los libros?

Chandler la miró muy serio.

—Son coleccionistas, tal vez crea que eso no amerita que cometan actos tan vándalos pero sospecho que lord Brentley está mal de la cabeza y utiliza a su hijo para sus fines. Fue un ardid muy ingenioso inventar lo del testamento y demás, debió pensar que todo saldría perfecto. Y ahora que arruiné sus planes he decidido llevarla a Cleveland. Allí estará a salvo. Como

mi esposa, ellos no podrán hacerle ningún daño y si acaso se atreven a acercarse a Cleveland morirán ahogados, enterrados en sus lodosas aguas.

Evie se sintió angustiada al pensar en su nuevo hogar, el mar la asustaba, las ciénagas pantanosas también. Lo imaginaba como un castillo siniestro en lo alto de una colina y rodeado de agua, un lugar sórdido, oscuro y tenebroso lleno de fantasmas.

La voz de su prometido le provocó un sobresalto.

—Señorita Evie, ha sido usted muy valiente y leal con el amigo de su padre pero temo que no fue buena idea que le entregara esos libros.

Ella lo miró espantada. ¿Por qué decía eso?

—Señor Chandler, era mi deber, mi padre así lo hubiera querido, él deseaba devolver esos libros a su dueño, este se los prestó hace tiempo y...— Evie calló al comprender que estaba hablando demasiado, si se descuidaba terminaría delatando al marqués de Fontaine y no debía hacerlo.

—Señorita Evie, esos libros no son simples manuscritos de magia negra medieval y me pregunto cómo es que un caballero le reclamó esos libros si durante cientos de años los mismos han estado escondidos del mundo. Ese no puede ser su dueño, la ha engañado. Pero eso no es su culpa por supuesto, usted no podía imaginarlo.

—¿Pero cómo es que supo todo eso, señor Chandler?

—Es que mi padre era un erudito como lo fue el suyo señorita Evie, y cuando encontré esos libros en la biblioteca de Richmond recordé una conversación que tuvimos hace años sobre esos libros. Él los buscó durante años y luego pensó que eran una fábula, libros que personas dicen que existen pero en realidad nadie los ha visto por lo que te hace dudar de su veracidad. Ediciones viejas, libros secretos que sólo la iglesia católica tiene en su poder... pero nadie sabe si eso es verdad. Forman parte de la mística de los libros secretos y prohibidos. Mi padre sabía de la existencia de esos

manuscritos antiguos pero ignoraba por completo la veracidad de estos, en una ocasión un librero intentó estafarle enseñándole un libro similar al que vi en su biblioteca. Él sospechó por el color del papel, se veía muy nuevo para ser un manuscrito antiguo y cuando quiso investigar el hombre se negó a entregarle el ejemplar, argumentó que lo había vendido.

Evie sabía que el francés era el dueño de esos ejemplares y no le incumbía investigar si era un coleccionista o su interés era meramente intelectual. No volvería a verle, ella había entregado los libros y ahora...

Se iría a vivir a una mansión oscura rodeada por una ciénaga.

Pensar en eso le provocaba tanto espanto y no podía entender que fuera para protegerla.

Y saber que debían partir luego de la boda a Cleveland, fue demasiado. ¿A qué horrible lugar la llevaría Chandler?

Cuando poco después se despidieron sintió deseos de escapar como nunca antes, pero escapar era para ella una palabra que expresaba el sentimiento de desconcierto y desesperación, no era real. Pues pronto llegó a la conclusión de que no tenía a dónde ir y que Chandler le ofrecía un refugio para estar a salvo de esos seres malignos que buscaban la colección de libros y que aún creían estaban en su poder.

Un carruaje espera

Hacía días que Evie tenía la sensación de que alguien seguía sus pasos, era una tontería por supuesto pero era una sensación inquietante que la mantenía alerta ante el peligro. ¿Cuál peligro? ¿Un manuscrito diabólico? Pues ya no estaba en su poder, pero no podía decirlo por supuesto, era un secreto. Se preguntó si el conde francés estaría feliz al tenerlo en su colección y si realmente había hecho bien al entregarle esos libros. Sin embargo sabía que había hecho lo correcto pues no quería tener a ese francés persiguiéndola el resto de su vida para que le entregara los manuscritos.

¿Y era preferible vivir en el medio de una ciénaga aislada del mundo porque su prometido lo creía correcto?

“Es lo mejor Evie, lo mejor para ti, debes estar a salvo” le había dicho su madre. Para ella todo se resolvería luego de la boda y lo único que la disgustaba era que no fuera una boda por todo lo alto como soñaba sino que fuera una boda casi secreta en Plymouth para evitar que los Brentley quisieran impedirlo.

La joven sabía que no tenía otras opciones pero... ¿por qué sentía entonces tanto miedo por el futuro?

Llegó el día de su boda y al ver el cielo gris y el frío de la habitación tiritó.

—Evie, despierta, es el día de tu boda, vamos, hay mucho para hacer pequeña holgazana—la retó su madre.

La joven se incorporó inquieta.

Tenía mucho para hacer eso era cierto. Debía partir a medio día, Chandler iría a buscarla en su carruaje y luego harían un viaje en tren. Su madre iría con su tío y sus primas en otro carruaje. Así que corrió a desayunar y luego sus dos criadas la ayudaron a bañarse.

El peinado fue lo que más tardó.

Evie estaba más pendiente de las nubes grises que lentamente se oscurecían.

—Pudo hacer un día mejor—se quejó.

—Oh señorita no se inquiete, ya mejorará—le dijo una de sus criadas para animarla.

La jovencita pensó que el tiempo era una de las cosas más imprevisibles que no mejoraban por más voluntad que una le pusiera.

Se miró en el espejo cuando el peinado estuvo terminado. Un moño en lo alto con unos bucles enmarcando su rostro oval no le parecía lo más acertado.

—Oh está muy hermosa, señorita Evie—dijo una de las doncellas.

—Por supuesto que sí.

—Ay Evie, quisiera que te casaras aquí—dijo su madre acercándose por el espejo.

—Mami, eso no puede ser y lo sabes.

—Rossen es un sitio magnífico para una boda aunque ahora está casi vacío, tu tío insistió en partir a primera hora con sus hijas y su esposa para ganar tiempo dijo.

—¿Se han ido?—preguntó Evie inquieta.

—Pues sí... tenían prisa.

De pronto se oyeron las diez campanadas.

—Evie, apresúrate. Chandler vendrá a buscarte. Iré a ver que estén todas tus maletas en el carruaje.

La joven suspiró y no se movió.

Cleveland. Una mansión oscura y siniestra sería su hogar y hacia allí irían de recién casados. No hubo manera de convencer a su prometido.

A solas con su habitación se sintió aterrada.

No quería esa boda, tenía un extraño presentimiento, quería escapar.

Pero no tenía a dónde.

Demonios, no podía dejar de pensar en el francés, ¿podría olvidar ese encuentro y dejar atrás esos pensamientos que tanto la atormentaban? Llevaba días sin dormir, no había dejado de pensar en él.

Necesitaba caminar. No podía estar quieta en esa habitación esperando su llegada.

—Señorita Evie, ¿a dónde va?—preguntó una de sus doncellas.

No le respondió y siguió de largo mientras sujetaba la falda de su vestido blanco para no mancharla.

Abrió la puerta que conducía a la puerta principal y aguardó inquieta la llegada de su prometido. Luego pensó que era una tonta por quedarse allí parada y fue a dar un paseo por los jardines. Estaba nerviosa y no podía contenerse.

Ese día gris y plomizo no ayudaba demasiado, y había un viento que lo volaba todo y de pronto se sintió insegura mientras recorría los jardines. ¿Haría bien en casarse? ¿Era lo que realmente deseaba su corazón?

“¡Evie! Evie” gritó una voz en el viento.

Alzó la mirada pero no vio a nadie, sin embargo notó los nubarrones oscuros que hacía un momento no estaban allí, estaba segura de ella pero, tal vez estaba demasiado distraída para reparar en la tormenta que se estaba gestando. Esas nubes plomizas y el viento parecían haber salido de la nada.

—Evie, ven por favor—gritaba su madre a la distancia.

Ella corrió a su encuentro alarmada, era el día de su boda y no podía perder tiempo.

—¿Qué ocurre, madre?—le preguntó.

Y mientras corría a su encuentro vio el carruaje conducido por caballos negros que parecía haber salido de la oscuridad de la tormenta, briosos palafrenes resoplando a gran velocidad mientras su cochero los

hostigaba furioso con un látigo.

De pronto el jinete que conducía la diligencia quedó envuelto en la polvareda y oscuridad que él mismo había levantado por su prisa y tuvo un mal presentimiento.

¿Acaso ese carruaje era de su prometido y había decidido a último momento suspender la boda?

—Evie! Evie, ven aquí—dijo una voz.

Era su madre que corría hacia la casa como si quisiera advertirle algo.

El carruaje se detuvo frente a la mansión y los sirvientes fueron a recibirle.

—Evie, es el día de tu boda, ¿qué hacéis aquí vestida de novia?—protestó su madre.

Evelyn no supo qué decir, estaba muy aturdida ese día y ahora intrigada por el extraño carruaje que llegaba a la mansión.

—Daos prisa, vuestro cabello no está listo. Todavía no tenéis puesta la toca de tul, ve a arreglarte por favor.

Antes de que pudiera hacerlo se presentó la señora Eddie, ama de llaves con semblante torvo como de costumbre pero con cierto brillo en sus ojos que llamó su atención.

—Señorita Gaveston, disculpe por favor, sé que es el día de su boda pero hay un caballero que ha hecho un viaje muy largo para hablar con usted y me ha rogado verla un momento.

—¿Pero no comprendo, acaso es un pariente lejano? ¿No ha dado su nombre?—preguntó lady Rose furiosa.

—Sí, es Monsieur Philippe de Fontaine, dijo ser amigo de su padre señorita.

Evie parpadeó inquieta ante la mirada fija del ama de llaves.

—Esto es muy irregular señora Eddie, que el día de la boda de mi hija

este caballero se presente aquí con la urgencia de hablarle. Me temo que no será posible bajo ningún punto de vista—intervino Lady Rose.

La dama estaba muy enfadada y no notó que su hija se alejaba sin hacer ruido rumbo al salón principal en busca del marqués.

Evie lo encontró en el salón principal y su imagen hizo palpar su corazón como la primera vez. El día de su boda. ¡Qué cruel era! Su boda concertada, el amable señor Chandler y él... Con su porte regio y noble, sus ojos oscuros y ese donaire inconfundible. Mucho más guapo y seductor de lo que recordaba, allí estaba mirándola con una sonrisa y esa mirada la hacía temblar. Porque sus ojos parecían decirle lo hermosa que estaba. Su mirada era una caricia apasionada y sensual que logró hacerla sonrojar y apartar los ojos.

—Monsieur Fontaine, no lo esperaba hoy.

Él la saludó en francés.

—Bueno, he llegado a tiempo me parece. Y déjeme felicitarla pues es la novia más hermosa que he visto en mi vida señorita Evie—le dijo en inglés.

—¿Dijo que necesitaba verme?—replicó la joven incómoda.

Él asintió.

—Lamento ser tan inoportuno, y no deseo robarle su tiempo en un día tan especial pero he traído uno de los libros que me entregó para enseñarle algo importante. Una carta dirigida a usted que encontré mientras leía uno de los manuscritos—dijo y sacó de su largo gabán el libro en cuestión.

Ella dio unos pasos interesada.

—¿Una carta para mí, Monsieur?

—Es una carta de su padre señorita, discúlpeme pero la leí por error pensando que tal vez fuera alguna anotación del manuscrito y luego comprendí que estaba dirigida a usted y era muy importante que se la entregara.

De pronto lo vio buscar en sus bolsillos con expresión perpleja.

—Lo lamento, creo que lo dejé en el carruaje... ¿podría acompañarme hasta allí por favor para que se la entregue? No deseo hacerle perder más tiempo.

Evie no protestó, de pronto pensó que su boda no significaba nada en esos momentos y habría tardado el tiempo necesario para tener esa carta. Y también para estar a su lado una última vez...

—¡Evie!—la llamó su madre con inquietud.

La jovencita frunció el ceño molesta, ¿por qué su madre debía seguirla a todas partes como un perro guardián? Sólo iría hasta el carruaje del caballero para tener la carta.

Él sonrió al verla ceñuda.

—Su madre no confía en mí, ¿no es así? Y temo que desaprobaba que hiciera algo tan inocente como acompañarme hasta la diligencia—dijo el marqués y sus ojos volvieron a mirarla de esa forma que tanto la incomodaba.

Evie levantó su falda al llegar a los jardines casi por costumbre, porque sabía que su madre la retaría si llegaba a ensuciar los ruedos del vestido de novia.

Pero entonces algo llamó su atención. El cielo se había cubierto de nubarrones grises y oscuros y parecía media tarde y no eran más de las once, eso no era bueno y lo sabía. Llovería el día de su boda y eso no era todo, le pareció escuchar truenos.

—Por aquí señorita Evie, apresúrese—le dijo él.

Ella lo siguió inquieta.

Ese tiempo arruinaría el banquete, la fiesta y su vestido. Llegaría a la mansión de su prometido entre truenos y centellas. Sería un desastre, estaba segura de ello. Justo el día de su boda...

Atravesaron los jardines con prisa y entonces la joven divisó el carruaje negro que había visto minutos antes por el camino de grava. Los

caballos parecían nerviosos y no hacían más que mover la cabeza mientras que su cochero llevaba el rostro cubierto por un sombrero y una larga capa de paño y se veía misterioso mientras les abría la puerta del lujoso vehículo.

El marqués se detuvo y tomó su mano para ayudarla a entrar. Evie se dejó llevar al interior preguntándose por qué no habría ido solo a buscar la carta.

Nada más entrar la puerta del carruaje este se cerró con fuerza y sintió que el marqués la atrapaba entre sus brazos mientras la obligaba a sentarse.

—No grite señorita Evie, no voy a hacerle daño.

Evie comprendió lo que estaba ocurriendo en el mismo instante en que el carruaje comenzó a moverse y el marqués la retuvo para que no cayera.

—¿Qué está haciendo, señor Fontaine? ¿Acaso se ha vuelto loco?

La joven quiso gritar pero no se atrevió. Forcejearon y Evelyn lloró mientras intentaba liberarse de esos brazos que la mantenían sujeta como si fueran cadenas, no, no podía soltarse ni tampoco gritar, estaba aterrada.

—Lamento esto señorita Evie, pero si la libero ahora temo que pueda abrir el carruaje y hacer una locura. No tema, pronto llegaremos al muelle.

Evie secó sus lágrimas y quiso apartarlo pero no pudo, estaban muy cerca, abrazados y temía que fuera a besarla o hacerle algo peor.

—Por favor, no me haga daño... ¿qué quiere de mí? Ya tiene todos sus libros. Se los di—protestó mientras intentaba conservar la calma.

Él la miró con una sonrisa enigmática.

—No podía irme sin usted, esa nunca fue mi idea. No sólo vine a buscar los libros, vine a buscarla a usted señorita Gaveston.

—¿A mí?—repitió ella temblando.

—Sí, a usted—le respondió mirándola con intensidad.

Evelyn comprendió que esa carta había sido un señuelo.

—Me engañó ¿verdad? La historia de que encontró una carta de mi

padre en uno de sus libros es falsa. No existe tal carta.

—Bueno, en realidad sí existe pero olvidé traerla. Le digo la verdad. Creo que está en mi equipaje pero ahora no puedo buscarla, lo haré luego.

—¿A dónde me lleva?

—A Chateaubriand bleu preciosa, su nuevo hogar. Allí estará a salvo usted y mi secreto.

—¿Su secreto? ¿De qué habla?

—La buscan señorita, nunca dejarán de hacerlo, querrán saber qué hizo con los libros que obraban en su poder. ¿Cree que casarse con ese remilgado inglés la pondría a salvo? Se equivoca. Ahora tranquilícese, no deseo usar la fuerza con una dama, por favor. Acéptelo. ¿Creo que siempre lo sospechó no es así? Sabía que vendría a buscarla un día.

—No, jamás imaginé que haría esto. Y no puede llevarme por la fuerza con la excusa de que estaré a salvo de los coleccionistas.

—Me temo que lo haré. Es mi deber para con su padre, una promesa que le hice años.

—¿Una promesa?

—Mademoiselle, han intentado raptarla, los Brentley querían llevarla a Londres, luego robaron su biblioteca ¿qué cree que le pasará si no la llevo lejos de aquí? No tendrán piedad de usted, se lo aseguro, pero no tema, le he dejado una carta a su madre explicándole las razones de este rapto. Espero lo entienda y guarde silencio, por su seguridad. Ahora le ruego que se tranquilice o deberé atarla. El carruaje va a mucha velocidad y si intenta escapar caería al vacío y se mataría. No deseo que eso ocurra.

Al ver que sacaba unas cuerdas de su abrigo tembló.

—No, por favor, no me ate señor Fontaine, no lo haga, prometo que no intentaré escapar, ni gritaré.

Él se detuvo y miró sus labios.

—¿Debería confiar en una damita con cara de ángel y esencia de demonio? No os creo. Sois una dama fuerte y obstinada, me lo habéis demostrado al conservar en secreto el manuscrito del diablo—dijo mientras soltaba las cuerdas y se quitaba la corbata para atar sus manos al asiento.

Agnes lloró al quedarse amarrada al asiento, estaba asustada pero también furiosa.

—No puedo creer que esté haciendo esto, usted no es un caballero Monsieur.

—Lo lamento hermosa, de veras que sí... Habría querido que fuera de otra forma pero el tiempo apremia y el peligro también, usted está en peligro y debo actuar con premura por su propio bien.

Se hizo un incómodo silencio mientras el carruaje seguía avanzando y ella luchaba por quitarse la corbata que la mantenía atada a esa silla.

—¿Lo ve? Está luchando por quitarse las sogas ahora y si me descuido intentará escapar.

—¿Y qué espera qué haga? Por favor... mi prometido comenzará a buscarme y él nunca permitirá esto. Y cuando descubra que usted me raptó vendrá a buscarme. Todos lo vieron llegar a la mansión, darán la voz de alarma.

—Su prometido, el señor Chandler es lo que menos me preocupa ahora, señorita. Además, un antepasado mío también raptó a una damisela que se negaba a convertirse en su amante, estaba prometida a un lord inglés... y como ella lo enamoró y luego lo rechazó él decidió vengarse y la raptó el día de su boda. Lo hizo. Su prometido quiso impedirlo y él que era muy bueno con su espada le cortó la cabeza regando su sangre el vestido de la novia. Afortunadamente no tuve que matar a nadie, debería sentirse feliz de que pude raptarla sin tener que cometer ningún crimen.

—¿Y qué ocurrió con esa dama raptada?—quiso saber Evie.

—Bueno, creo que se rindió al marqués en muy poco tiempo y vivió durante muchos años en el Chateau escondida, como su segunda esposa. Hasta que murió la primera y pudieron casarse.

Ella tembló al comprender sus razones. La forma en que la miraba, la locura que estaba cometiendo, él como su ancestro quería llevarla a su castillo para convertirla en su amante, no la engañaba, la excusa de que lo hacía para protegerla era un completo embuste. Pues no lo conseguiría. Desde que era una jovencita de quince años ese hombre la miraba con deseo, como mira un hombre a una mujer que le gusta y ahora planeaba convertirla en su amante, a escondidas de su esposa...

Estaba demasiado horrorizada para decir palabra, no, no iría con él. No lo haría. No la tocaría ni la sometería a los salvajes deseos de su lascivia.

Siguió luchando por liberar sus manos hasta que quedó exhausta. Entonces sintió los truenos y la lluvia golpear el vehículo con furia.

—¡Demonios!—dijo el marqués—Bonito día eligió usted para casarse, señorita Evie. Realmente dudo que su boda fuera a celebrarse. Maldita tormenta.

—Por favor... aún está a tiempo de llevarme de regreso a casa de mi tío, no diré nada de esto. Tiene mi palabra Monsieur Fontaine.

Él la miró con fijeza.

—Tal vez no comprenda mis razones y piense que obro por un impulso romántico y desesperado. Pero no es así. Y estoy decidido a llevármela y nada me hará cambiar de idea. Pero cuando llegemos al castillo leerá la carta y entenderá muchas cosas. Ahora no intente escapar, no grite ni haga ninguna locura o deberé castigarla y no deseo hacerlo.

—No iré con usted, no puede llevarme como si fuera su esclava señor Fontaine. ¿Cómo puede hacer esto? Mi padre confiaba en usted, era su amigo...

Su mirada cambió, se tornó oscura y enigmática.

—Vuestra vida me pertenece ahora en pago de una deuda que contrajo su padre señorita. Él tenía una deuda pendiente que nunca pagó y creo que es justo que tome parte de su herencia para mí.

—¿Una deuda? Todas las deudas de mi padre fueron pagadas luego de su muerte, no nos quedó casi nada señor Fontaine.

—No busco su dinero señorita, ni presentaré un litigio pero le advierto que tengo la firma de su padre en un pagaré señorita, le presté dinero para salvar su reputación porque sus viajes y su vida despreocupada comenzaron a arruinarle. Tal vez no controlaba demasiado a sus abogados y administradores, algunos caballeros ingleses son muy descuidados con sus propiedades.

—No puede ser. Además, si mi padre le debía dinero ¿por qué no reclamó a sus albaceas luego de su muerte?

—Porque supe que su situación era muy delicada señorita, que tuvieron que vender varias propiedades para pagar a los acreedores y además, sabía que luego podría cobrar mi deuda cuando llegara la ocasión.

—¿Su deuda? ¿Se refiere a mí? ¿Se atreve a decirme que soy el pago de esa deuda?

El marqués sonrió.

—Lo lamento mucho, es muy incómodo para mí pero en resumidas cuentas sí... ese era el trato. Perdonaría su deuda a cambio de que usted fuera mi esposa.

—¿Su esposa? Usted ya tiene esposa Monsieur, una dama enferma que vive recluida en sus aposentos. No se burle de mí.

—Se equivoca señorita, mi esposa murió hace dos años. ¿No se lo contó su padre?

Evelyn lo miró con fijeza.

—No, eso no puede ser. Mi padre jamás mencionó que pensara

venderme a cambio de un pagaré firmado, eso es horrible Monsieur. Además si hubiera querido pedir mi mano habría hablado con mi madre y no estaría raptándome como un bandido. No me engaña marqués de Fontaine, los nobles franceses sólo desposan a una dama francesa de alta alcurnia. No quiere llevarme para que sea su esposa, no soy más que la hija de un lord empobrecido, lo que desea es algo tan indigno que no me atrevo ni a mencionarlo. Pero le juro que ni muerta cederé a sus pretensiones. Jamás.

Él no dijo nada, habían llegado a destino. Un barco aguardaba para poder cruzar el canal de la Mancha y llegar a Francia. Sería un viaje corto y luego tomarían un tren hasta el chateau del francés en Amiens.

Fontaine desató sus manos y le dijo que no intentara escapar.

Ella lo miró con rencor, desafiante. Tenía las manos libres y estaba a cierta distancia, podía escapar, pedir ayuda, gritar...

Pero no tuvo valor. Ese hombre era el diablo y si intentaba escapar la atraparía, estaba segura de ello. Acababa de llevársela de su casa, de decirle que sería suya como pago de una deuda.

—Señor Fontaine, sus pasajes están esperándole. Buen viaje—le avisó el capitán.

Él agradeció con marcado acento y tomó su mano.

Eve se resistió, quiso correr pero no pudo hacerlo, ese hombre la dominaba, era tan maligno y fascinante como la primera vez que lo vio. Y a pesar de que estaba furiosa y sabía que estaba siendo raptada no se atrevió a moverse.

—No iré con usted. No puede llevarme como si fuera su esclava, no puede...—protestó luego sabiendo que era inútil.

—Sí puedo hacerlo y lo haré. Y también la pondré a salvo como le prometí a su padre, señorita Gaveston.

—¿A salvo?

—Esos manuscritos que escondió durante tantos años padre, están prohibidos por los católicos. Cuentan la verdadera historia del diablo y otras verdades que no desean salgan a la luz. Hay un grupo de fanáticos que intentan hacerse con los libros otros quieren destruirlos. Adoradores del ángel caído señorita, son gente muy peligrosa.

Ella lo miró a aturdida, pero tenía sentido.

—¿Cree que esos hombres mataron a mi padre para quitarle sus libros?

—Tal vez... Esos libros eran muy valiosos. Ahora tome mi mano, la ayudaré a subir.

Evelyn contempló el mar encrespado y tembló. No era buena idea viajar con semejante clima pero nadie la escuchó. Estaba atrapada, acababa de ser raptada el día de su boda y sintió terror. Pero ya era tarde para escapar y lo sabía.

Llegaron a Francia al día siguiente, a media mañana, luego de pernoctar en casa de unos amigos de Fontaine, a quien presentó como su prometida Evie Gaveston.

Evie no creía una palabra de toda esa farsa, sospechaba que el francés aún tenía esposa y sólo querría que fuera su amante y pagara así la deuda de su padre. Cada vez que lo pensaba se enfurecía pero entonces comprendía que hacía años que soñaba con ese marqués y que nunca esperó siquiera volver a verle y ahora, sus sentimientos eran contradictorios y oscilaban entre la rabia y la fascinación y ese algo que siempre la convencía, la sometía a su voluntad.

Sus anfitriones fueron muy amables aunque no entendió demasiado su conversación pues tenían un marcado acento y hablaban muy rápido. Sonreía por ser cortés y agradeció que les dieran habitaciones separadas. Estaba tan exhausta y sin embargo tardó en dormirse porque no podía dejar de pensar en Fontaine y en su futuro. Pero estaba decidida, ese hombre no la tocaría a menos que tuviera la certeza de que se casaría con ella y que su matrimonio no sería una farsa para embaucarla y seducirla.

Evie llegó al Chateabriand con su vestido de novia ajado y el cabello cubierto con unas cintas que le había obsequiado la esposa de su anfitrión.

Los criados la recibieron en una especie de cortejo de bodas, todos separados en dos y con la mirada baja en señal de respeto.

La visión del imponente castillo francés la deslumbró, era tal cual la recordaba y mientras se acercaba no dejaba de pensar en los últimos sucesos. “Me ha raptado, me ha traído a su castillo para que sea su amante. Es una locura... parece un sueño, tal vez no sea real y despierte de un momento a otro”.

Recorrió su interior y pensó que todo estaba tal cual lo recordaba, las

alfombras, los retratos, los hermosos objetos de arte que llenaban las salas. Relojes, mesas, sillas y la sala de música que era el centro del salón principal.

Su esposa no estaba allí pero su esposa vivía encerrada en una habitación del primer piso, nunca salía ni aparecía para nada. ¿No habría sido fácil inventar que había muerto y dejarla allí, silenciosa y olvidada?

La voz de su raptor la despertó de sus pensamientos.

—Por aquí Evie, os llevaré a vuestros aposentos para que descanséis. Luego nos reuniremos a la hora del almuerzo. Debes estar agotada por el viaje.

Agotada y nerviosa. Estaba lejos de su país, no tenía dinero, ¿cómo haría para escapar?

Siguió al marqués y al entrar en su habitación se quedó deslumbrada por los cortinados, los relucientes pisos de madera cubiertos de alfombras, todo era lujoso y olía a él... una mezcla de madera y sándalo.

Sus miradas se unieron y ella se alejó despacio apartando la mirada.

—Tranquila, mi bella inglesa. Todo saldrá bien... ya lo verás.

Cuando se marchó cerró su habitación con llave. No podía creerlo. La había dejado encerrada como si pensara que podía intentar escapar.

Una criada de cofia blanca y delantal le llevó una bandeja con alimentos. Evie sintió que estaba hambrienta pero era incapaz de probar bocado. No podía hacerlo.

Miró la bandeja y sólo pudo comer la manzana y la copa de agua. Estaba nerviosa, no dejaba de pensar...

—Le traeré vestidos para que pueda cambiarse madame, y cintas para su cabello—dijo la doncella.

No se había movido de allí como si estuviera esperando que devorara todo.

—Gracias... hace mucho frío aquí.

Comenzó a tiritar, el cuarto estaba helado y el frío era mucho más intenso que en su país.

—Oh, descuide, le pediré a Marie que encienda el fuego.

El calor de la pequeña estufa de inmediato se esparció por la habitación y no pudo resistirse al ver la cama, quería dormir, descansar y no pensar en nada más.

Días después, durante la cena él le entregó la carta de su padre. Fue tan inesperado que Evie tembló cuando tomó esa misiva y la leyó.

La carta estaba sellada y tenía fecha de hacía dos años, mucho antes de morir, no lograba entender qué hacía esa carta en el chateau de Fontaine.

—¿Por qué desea que lea esta carta? ¿Qué contiene?

Él sostuvo su mirada.

—Léela y lo sabrá señorita Evelyn.

Evie rasgó el sello y la acercó a la vela de la mesa para leerla con más claridad.

“Querida Evie,

He buscado la manera de decírtelo pero no he podido. Sólo puedo pedirte perdón por la promesa que acabo de hacerle al marqués de Fontaine.

Le he prometido que serás su esposa cuando cumpláis los diecinueve años. Temo no poder estar entonces, el doctor me ha dicho que no me queda mucho tiempo de vida... Por eso he decidido hacer esta promesa y porque él ha sido un buen amigo y le debo mucho. Mi vida, hija.

Cuando él me habló de sus intenciones de tomar esposa pensé que escogería a una joven noble de su país pero no fue así. El marqués me pidió tu mano hija y eso me confundió. Lo confieso. Me negué, al comienzo fue así pero luego me hizo comprender que era lo mejor. Él cuidará de ti y será un buen esposo. Te ruego que lo aceptes porque es mi última voluntad y porque

jamás escogería un esposo que no fuera apropiado para ti.

Os deseo mucha felicidad y espero que Fontaine pueda llegar a tu corazón y ser así un matrimonio feliz, es mi mayor deseo. Que mi querida niña tenga una vida larga y muy dichosa.”

Evie lloró al leer esa breve carta. Tuvo la sensación de que estaba allí hablándole con su voz grave y pausada pidiéndole que se casara con el marqués. Secó sus lágrimas y lo miró confundida sintiendo una emoción intensa que no podía controlar.

—¿Y por qué nunca me lo dijo, marqués? Usted vino a mi casa a buscar sus libros y jamás me habló de este pacto ni tampoco... Entonces mi padre estaba muy enfermo.

—Sí, del corazón. El médico se lo había dicho y le rogó que no se lo dijera a nadie, especialmente a su familia. No quería entristecerlas señorita, es bastante difícil para un hombre lidiar con eso pero... Su padre quiso ahorrarles ese dolor.

Evie volvió a llorar, no pudo controlarse. Ahora entendía esa muerte repentina y el cambio que había tenido los últimos meses. Sabía que iba a morir y eso debió ser muy doloroso para él. Por eso estaba apagado, triste, distraído. ¿Qué podían importarle esas cartas?

El marqués la miraba con fijeza.

—Lo lamento mucho señorita, sé que echa mucho de menos a su padre.

—Ahora entiendo todo, Monsieur... si me hubiera dicho habría pasado más tiempo con él, habríamos viajado.

—Sir Henry Gaveston era un hombre extraordinario señorita, un erudito pero también un hombre muy bueno y generoso. No le importaba tanto morir sino lo que pasaría con su esposa e hija. Deseaba que usted encontrara un esposo adecuado y temía que alguno de los lores del condado se acercara a usted por la biblioteca formidable que tenía, es la verdad. Y quise advertírselo

antes pero acababa de perder a su padre señorita, no habría sido oportuno. Estaba abrumada por el dolor y también las deudas que os dejó. Y yo tenía prisa por recuperar mis libros, temo que fui muy egoísta entonces. Pensé que debía darle tiempo para comunicarle lo del compromiso.

Evie lo miró con fijeza.

—Esos libros no eran de usted, Monsieur, el Art Diavoli era de mi padre, los cinco tomos.

El marqués sonrió.

—Lo eran señorita, pero alguien los hurtó de mi castillo y se los vendió a su padre. Él no lo sabía y me llevó mucho tiempo rastrearlos y encontrar al coleccionista que los había comprado. Me llevé una gran sorpresa al saber que era su padre.

Se hizo un extraño silencio.

—Todavía me cuesta creer que mi padre hiciera ese pacto con usted.

—No fue un pacto, esa palabra no me agrada.

—¿Y cómo debo llamarlo entonces, marqués?

Él se acomodó en su asiento sin dejar de mirarla.

—Fue un acuerdo. Pagué sus deudas y pedí su mano. Él estaba muy enfermo y quería dejarla a salvo. Además pagué sus deudas y él sabía que no podría devolverme el dinero que le había prestado y perdone que le hable con tal franqueza, entonces la pedí en matrimonio pero acababa de enviudar y no habría sido decente desposarla entonces. Además era muy joven y su padre dijo que no estaba madura para el matrimonio por eso dijo que a los diecinueve sería más oportuno. Ahora lo está, ¿no es así? Iba a casarse con ese lord presumido.

—Raymond Chandler—respondió Evie sonrojándose.

—Recuerda su nombre.

—Por supuesto, iba a casarme con él hasta que usted lo arruinó todo.

El marqués la miró con una sonrisa.

—¿Acaso lo lamenta? ¿Acaso sentía un cariño especial por su caballero inglés?

Ella lo miró desafiante.

—Así es.

—Pero eso ya no podrá ser, ahora entiende por qué. Su padre dejó algo más que una carta señorita, dejó un testamento en el cual expresa su voluntad de que se convierta en mi esposa. Ese testamento obra en mi poder y anula sus posibilidades de casarse con otro hombre.

Ella miró la carta y lo enfrentó.

—Mi padre jamás habría deseado esta boda, él me advirtió sobre usted luego de la primera visita, dijo que debía permanecer alejada porque tenía malas costumbres. Él jamás lo habría visto como un buen esposo para mí.

—Bueno, creo que cambió de parecer.

—Usted lo obligó a que cambiara de opinión, a que escribiera esta carta.

—Oh vaya, ¿me cree tan perverso? Se equivoca señorita. Él sabía que a mi lado estaría a salvo y esperaba que la hiciera feliz. Comprendo que usted está muy asustada y nerviosa por todo esto. Créame que lamento que fuera así, debí esperar pero en su país los abogados habrían refutado el testamento y esta carta y la habrían casado con el señor Chandler. Esa boda fue concertada, usted lo sabe, nadie esperaba que se negara, ese caballero estaba muy enamorado de usted y su madre pensó que era un candidato aceptable y en apariencia lo era. Sin embargo lord Chandler tenía manuscritos de magia y hechicería, sus ancestros siempre han adorado al diablo, lo que compromete de cierta forma sus amorosas intenciones. Sospecho que tal vez él quería el manuscrito *Le diable* y pensaba que lo tenía en su poder. ¿Acaso no le

preguntó sobre el mismo?

Ella asintió confundida.

—Todos quieren el manuscrito que tenía su padre y harán lo que sea por tenerlo. Incendiaron su casa, ¿lo recuerda? Y a pesar de todo apareció un joven enamorado ansioso de desposarla con cierta prisa. ¿No cree que todo ha sido muy extraño?

—¿Cómo sabe todo eso? ¿Acaso ha estado espiándome?

—Pues sí...

—¿Y cree que lo que hizo usted es menor? Ha dicho que me raptaba para mantener su secreto a salvo.

—Es verdad, pero al menos no la rapté para interrogarla sobre el libro, lo hice porque encuentro muy placentera su compañía. Ahora espero que piense en esa carta y me dé su respuesta. No la obligaré a que acepte un matrimonio si eso le desagrade pero si me acepta deberá someterse a mí en cuerpo y alma.

—¿Someterme a usted?

Él asintió.

—Estuve diez años atado a una mujer malvada y enferma señorita Evie, quiero una esposa alegre, feliz, que sepa bien cuáles son sus deberes. Sin excusas ni enfermedades inventadas. Una compañera con quién compartir momentos agradables y que se una a mí sin secretos ni reservas, sin miedos... sé que eso llevará tiempo, que lo que le digo ahora puede oírse abrumador pero sueño con que así sea, por eso la he elegido a usted. Porque deseo que se una a mí y sea la esposa que siempre soñé tener.

—¿Y cómo puede estar tan seguro de que seré esa esposa Fontaine? Apenas me conoce. Sólo puede decir que le agrado, pero lo que pide es demasiado. Usted me intimida, me atrapa, me encierra en su castillo ¿y luego me pide que le dé una respuesta? ¿Y qué sucedería si me negara Monsieur?

¿Qué pasaría conmigo? ¿Acaso me ayudará a regresar a mi país?

Él tomó su mano y la besó.

—Primero quiero su respuesta, señorita Evie y luego tendrá la mía. Sólo le advierto que su respuesta será definitiva. Si acepta convertirse en mi esposa deberá aceptar mis condiciones.

Evie supo que sería imposible convertirse en la esposa perfecta que ese marqués necesitaba. Una esposa apasionada, alegre y bien dispuesta... se oía más a la descripción de una amante no de una esposa sin experiencia como ella. No conocía el chateau, ni a quien sería su marido, era casi un extraño que la había raptado y estaba convencido de que sería la esposa perfecta para él.

¿Y acaso podría darle un no como respuesta cuando tenía un pagaré en su poder y su padre le había pedido que se casara con el marqués?

Él no esperaba ser rechazado, no estaba en sus planes y sin embargo le había dado unos días para que lo pensara.

Y Evie se tomó esos días para recorrer Chateaubriand y buscar pruebas de una idea que rondaba su mente y la tenía muy inquieta. Lo hizo con total libertad, nadie le impidió recorrer las habitaciones vacías con la excusa de que quería conocer un poco más el Chateau.

Tenía la sospecha de que el marqués tenía escondida a su esposa, no le creía que hubiera muerto de forma tan repentina y se preguntó dónde estaría escondida. Era como si sintiera su presencia y fuera un fantasma, demasiado presente para ser ignorado.

Y mientras recorría el castillo escuchó unos pasos. Alguien la seguía y se apuró a esconderse detrás de los cortinados de la primera habitación que encontró. Aguardó conteniendo la respiración espiando a través de la cortina.

Los criados recorrían el chateau para realizar el aseo en la mañana pero siempre se cuidaban de no aparecer de forma inoportuna, pero algo le decía que no era un criado quien seguía sus pasos y cuando lo vio parado

frente a la habitación dio un respingo y él la descubrió al instante.

Sus ojos la miraban con esa expresión enigmática. Fontaine había estado siguiendo sus pasos.

—Lo siento, no quise asustarla mademoiselle. ¿Buscaba algo?

Evie se sonrojó, era la primera vez que la encontraba espiando.

—No... sólo paseaba por aquí y admiraba los tapices y retratos de otros tiempos—respondió.

—¿De veras? Vaya, debe estar cansada, hace horas que recorre las habitaciones señorita como si buscara a alguien.

Ella se mordió el labio sin responder y se alejó, odiaba que la viera tan turbada y nerviosa por su causa y sin poder contenerse estalló.

—¿Dónde está ella, Monsieur? ¿Dónde la esconde?

El marqués se mostró sorprendido.

—Disculpe, pero no comprendo de qué habla. No tengo nada que esconder señorita Gaveston, se lo aseguro.

—Sabe bien de lo que hablo, Monsieur. Su esposa. Sospecho que la tiene encerrada en algún lugar.

—¿Mi esposa encerrada aquí? Oh señorita, temo que ha leído muchas novelas oscuras y terroríficas. ¿Cree que sería capaz de pedirle matrimonio luego de confinar a mi esposa a una de estas habitaciones?—el marqués rió pero en sus ojos no había alegría sino enojo. Lo vio con claridad.

—¿Cree que la he engañado, que la traje aquí con una historia falsa y mi esposa duerme en alguna de estas habitaciones como la bella durmiente?—preguntó en francés.

Ella sostuvo su mirada y asintió despacio.

—Y lo admite... vaya, qué imaginación tiene señorita Gaveston. Venga por favor, quiero mostrarle algo—dijo y extendió su mano invitándola a seguirlo.

Evie vaciló pero luego aceptó y él la llevó de la mano por los pasillos del primer piso.

—¿Quiere saber dónde escondo a mi esposa? Pues se lo mostraré para que no tenga más dudas sobre ello. Venga conmigo por favor.

La joven lo miró perpleja, no comprendía qué tramaba y no pudo evitar mirar hacia las habitaciones vacías.

—Me temo que no está aquí señorita, mi esposa está escondida en otro lugar. Pronto lo verá con sus ojos.

Atravesaron el pasillo y llegaron hasta la escalera rumbo a los jardines. El marqués llamó a uno de sus mozos que estaba cerca, recorriendo el campo a caballo. Le dijo algo al oído que no pudo entender y entonces el mozo le trajo dos caballos.

Evie subió indecisa, no sabía a dónde la llevaba pero tuvo un mal presentimiento.

Tuvieron que cabalgar por más de una hora para llegar hasta lo que parecía una casa de piedra rodeada de monumentos fúnebres. El cementerio de Chateaubriand. Evelyn se estremeció al ver las imágenes esculpidas en piedra de esas raras criaturas seráficas.

—Aguarde, ¿acaso me lleva al cementerio para mostrarme la tumba de su esposa?—la joven estaba nerviosa e indignada.

—Así es. Para que deje de pensar que soy un truhán mentiroso. Tengo pruebas de que aquí reposan los restos de mi esposa. En el panteón central, junto a mis ancestros.

—No es necesario que lo haga señor marqués.

—Pues temo que sí debo hacerlo. Para que no tenga más dudas al respecto y deje de buscar desesperada en todo el chateau una esposa que está muerta y enterrada señorita Gaveston.

Evie descendió de la yegua temblando, no quería estar en ese lugar, le

parecía horrible y deprimente, nunca había soportado el olor de los cementerios pero ese en especial era mucho más tétrico por las lápidas acompañadas de imágenes de yeso y piedra, esculturas seráficas y de caballeros. Pero al parecer siempre habían enterrado a sus muertos en ese lugar y se estremeció al pensar que en un futuro ella también estaría allí junto al marqués si aceptaba ser su esposa.

Miró las inscripciones y descubrió una tumba reciente de un recién nacido que había muerto hacía cinco años. El marqués se detuvo y se arrodilló en la tumba del pequeño. Se llamaba Etienne y comprendió que debía ser su hijo.

Luego se incorporó y tomó su mano.

—Por aquí señorita—dijo el marqués y la condujo hasta una construcción que debía ser un mausoleo.

Un criado estaba presente y estaba aseando el lugar y colocando velas en las fotografías de los muertos.

Las tumbas estaban bajo tierra, sólo se veían las chapas con las inscripciones y los retratos... De los muertos el día de su entierro.

La joven se estremeció cuando el marqués le acercó el portarretrato de madera con la fotografía en tonos marrones de su esposa fallecida. Blanca, lívida y con una expresión de dolor que la estremeció.

—Ella era Marie Claire, mi esposa. Sufrió mucho... luego de dar a luz a nuestro hijo quedó débil, nunca tuvo salud. Al final pilló una pulmonía y murió. Pero al menos dejó de sufrir. Nuestro hijo descansa allí, a su lado. Etienne Maurice vivió sólo tres meses. Nació débil, como su madre. Allí está su fotografía. Mi pequeño ángel. El señor es tan cruel ¿verdad?

Evie lloró al ver la fotografía del pequeño.

—Lo siento, perdóneme es que pensé que... Lo lamento mucho Monsieur, no sé qué decirle.

Él secó sus lágrimas y tomó su mano y la apretó con suavidad.

—Está bien, no se disculpe. Comprendo su desconfianza, pero le aseguro que de haber estado viva Marie Claire jamás la habría raptado. A pesar de nuestras desavenencias, era mi esposa y siempre la respeté y traté con mucha paciencia. No era su culpa, pobrecilla, no estaba hecha para este mundo. El nuestro fue un matrimonio concertado por nuestros padres pero ella no estaba hecha para el matrimonio y se entregaba a mí como si fuera un cordero de sacrificio. Al comienzo no estaba enferma pero evitaba la intimidad y usaba sus dolencias como excusas. Marie Claire quería ser monja pero sus padre no la dejaron, la obligaron a renunciar al convento que siempre había sido su deseo luego de pasar su infancia en un internado de monjas. Ese fue un error, no debieron obligarla. Todos los inviernos Marie Claire sufría constipados y comenzó a sufrir de los pulmones. Deseaba estar enferma para evitar mi compañía, comenzamos a dormir en habitaciones separadas. Ella me temía y me odiaba, nuestro matrimonio fue muy desdichado señorita Gaveston.

Evie murmuró que lo sentía mientras se alejaba. Los retratos, las velas encendidas y sus palabras comenzaron a provocarle un malestar intenso. Comenzó a marearse, a sentirse enferma, todo le daba vueltas y le rogó que la sacara de ese lugar.

Él la tomó en brazos y la llevó a que respirara aire fresco. Estuvo a punto de desmayarse, todo parecía oscurecerse pero fue él quien la ayudó a no perder la calma.

—Respire hondo señorita Gaveston, míreme. Perdóneme por favor, no debí llevarla a ese lugar.

Evie pensó que ese marqués era un demente, ese lugar, los retratos, ¿qué clase de costumbres tenían esos nobles? Fotografiar a sus muertos durante el funeral para tener un recuerdo suyo, para poner la foto en el cementerio, había oído de esa costumbre tétrica. No podía apartar esas

horribles imágenes de su cabeza y pensó que debía escapar de ese Chateau, no se casaría con ese loco, no lo haría. No terminaría enterrada junto a su otra esposa con una horrible fotografía como ocurría con las esposas que no eran satisfactorias. Ella jamás sería la esposa que él soñaba, ni siquiera podía vencer el terror que le inspiraba al saber que era su prisionera. Él la había raptado el día de su boda llevándola a un país extraño, haciéndole creer que estaba cumpliendo la última voluntad de su padre o cobrándole una vieja deuda...

Y mientras regresaban en carruaje Evie sintió deseos de abrir la portezuela y correr, correr muy lejos de ese hombre. Pero no podía obrar por impulso, debía buscar la forma de hacerlo, de abandonar ese castillo sin ser vista.

—¿Se siente mejor, señorita Evie?—preguntó él.

Ella lo miró y asintió en silencio.

Allí estaba su esposa muerta, no estaba escondida en el chateau como había pensado, estaba en su ataúd descansando, joven y pálida y con expresión de dolor. Un encuentro tétrico con la muerte que nunca olvidaría.

Y mientras regresaba a su habitación para descansar y beber luego una tisana que le preparó una doncella se preguntó por qué Fontaine había sido tan cruel con ella. Sólo porque lo acusó de esconder a su esposa en el Chateau?

—¿Se siente bien, señorita?—le preguntó la doncella.

Era una joven menuda muy enérgica y parlanchina que decía ser la mejor peinadora del castillo.

—Sí, un poco mejor, gracias Marie.

—Bueno, la dejaré descansar.

Evie se acostó y miró el tapizado del techo preguntándose si acaso él aceptaría que se negara a ser su esposa. Quería escapar, irse muy lejos pero no tenía dinero. ¿Cómo diablos podría regresar a su país sin dinero para pagar el

viaje? Excepto las joyas, los pendientes y los anillos que llevaba el día de su boda y que había guardado en una cajita de madera de su mesa de luz. Tal vez pudiera venderlos y tener dinero para pagarse el pasaje.

La tisana la hizo dormir de forma profunda y al despertar era de mañana y el sol iluminaba su habitación.

Sus ojos se cerraron ante el resplandor y entonces vio a la doncella parada frente a la cama como un fantasma y tembló.

Ahogó un grito al ver la cara pálida y el cabello muy largo.

—Buenos días, señorita inglesa. Lamento haberla asustado. No quise hacerlo, le traje el desayuno.

Conocía a esa criatura parlanchina, era algo rara, se comportaba como una niña y hablaba sin parar, alguien murmuró que la hija del ama de llaves y padecía una tara pero que era inofensiva.

Luego de recuperarse del susto de encontrarse a esa joven pálida parada como un fantasma mirándola intentó comprender dónde estaba y qué hacía en esa habitación. Solía pasarle en ciertas ocasiones, cuando despertaba de golpe, demoraba unos minutos en comprender dónde estaba.

A media mañana, cuando se disponía a salir a dar un paseo matinal, se acercó a la mesita de luz que había junto a su cama para buscar el pequeño cofre con las joyas. La idea de escapar empezaba a tomar forma en su mente, aunque fuera una completa locura y sabía que sin esas joyas no iría a ningún lado. Las había guardado en una caja que encontró nada más llegar, para no lucirlas todo el tiempo pues llevaba las joyas de su fallida boda con Chandler.

Abrió un poco más el cajón al ver que no estaba donde la había dejado y luego, comenzó a revolver frenética las otras cajas, papeles y ese montón de chucherías inservibles que solían juntarse en los cajones pequeños como ese que alguien tenía la tonta constancia de guardar, apilar y... No podía creerlo, su cajita no estaba. Ni sus joyas. Alguien las había tomado.

Era demasiado horrible pensar en eso, no quería sospechar de los sirvientes ni culparles. ¿Tal vez las guardó en otro lugar?

Frenética, buscó en todas partes, en otros cajones, en el piso de madera, bajo su cama, debajo de su almohada y hasta en los lugares más insólitos pero la maldita cajita con sus joyas no aparecía.

Exhausta se sentó en la cama y tomó aire mientras pensaba. Sabía que en ocasiones eran personas muy pobres con familiares enfermos y cometían actos de pillaje... No en Richmond por supuesto, jamás ningún sirviente hizo faltar ni una cuchara en tiempos de su padre pero...

Pues allí nada era como debía ser. El marqués era un hombre muy extraño, la servidumbre era rara y la casa entera parecía un sitio encantado y maligno. ¿Qué podía sorprenderla ahora? Que le faltaran unas joyas que no eran muy valiosas no debía afectarla pero... Rayos, era todo cuanto tenía en su poder para pagarse un pasaje de regreso a su casa.

Bueno, no debía desesperarse, tal vez apareciera...

Salió inquieta de su habitación y preguntó a un criado si podía hablar con el señor Fontaine.

—El marqués salió hoy temprano madame, pero en cuanto llegue le daré su mensaje.

Evie regresó a su habitación y escribió una carta a su madre para contarle lo que había pasado mientras pensaba en las joyas. Y mientras intentaba escribir los sucesos por orden escuchó un ruido de pasos acercarse y levantó la vista.

No era la primera vez que tenía la sensación de ser espiada y se preguntó si serían órdenes del marqués.

Volvió a tomar la pluma e intentó concentrarse pero no pudo. ¿Qué iba a decirle? ¿Qué Fontaine la había raptado porque estaba loco y esperaba que ella se rindiera a su locura y se convirtiera en su esposa?

Debía buscar esas joyas, no pudieron desaparecer así. Se dijo y dejó la pluma en el tintero y se dispuso a buscar.

Tuvo tiempo de sobra antes de la llegada del marqués, pero fue en vano. Todo estaba en su sitio, excepto que debajo de su cama encontró polvo y unas plumas que habían caído de la almohada y nadie se molestó en limpiar. ¿Pero qué pensarían ellos que el marqués cortejara a una señorita inglesa? ¿Lo aceptarían obligados o les resultaba indiferente? Tenía la sensación de que la toleraban apenas y vigilaban sus pasos por órdenes del marqués.

Él volvía a estar en sus pensamientos, día tras día, y ahora que estaba en Chateaubriand temblaba cada vez que lo veía y era algo difícil de explicar. Estaba enamorándose de ese caballero francés tan guapo y seductor, no debía extrañarse, desde el principio se había sentido subyugada por él y ahora que estaba en su castillo... lentamente comenzaba a sucumbir, luego de saber que su esposa estaba muerta y no escondida en el Chateau como temía, ahora podrían casarse. Su padre lo habría querido, era para protegerla...

No, no debía casarse con él. No era conveniente que lo hiciera.

Cerró el cajón de la mesa de luz con decisión y trató de pensar con calma, tenía un plan y esperaba poder llevarlo a la práctica.

—¿Deseaba verme, mademoiselle Gaveston?—preguntó él mirándola con fijeza. Parado frente al escritorio de la imponente biblioteca los ojos de Evie se desviaron hacia los ejemplares que tanto atesoraba para no verle a él. Pero era imposible ignorarle...

—Disculpe Marqués, es que hubo un incidente esta mañana. Mis joyas han desaparecido—replicó sin rodeos.

—¿Qué dice? Pero ¿cuándo ocurrió esa calamidad?—preguntó él horrorizado.

—Esta mañana noté su ausencia y no se preocupe, en realidad no son

muy valiosas pero.

—No se preocupe, hablaré con el Monsieur Gerarld de inmediato. Puede ¿decirme qué joyas ha perdido, señorita?

Evie tocó sus manos nerviosa.

—Era un anillo de oro y rubíes de compromiso que me obsequió el señor Chandler, pendientes y una cadena de oro con una medalla con mi nombre.

—¿Nada más?

—Sí, un anillo con un ópalo negro que me trajo mi padre de su último viaje a Australia.

—Esto es preocupante señorita, lo lamento mucho, esto es muy irregular. Pero no se inquiete, haré averiguaciones y encontraré sus joyas.

—Se lo agradezco Monsieur, me siento muy apenada por esto.

Él asintió y de pronto al ver que miraba su biblioteca la invitó a ver sus libros.

—Acérquese por favor.

Evelyn se acercó encantada y se detuvo para ver las maravillosas colecciones de cuentos, historia, filosofía, todo separado por temas y autores. Pero lo más deslumbrante era la colección de manuscritos raros sobre magia y hechicería. Su padre había pasado horas leyendo esos libros y tenía algunos en su biblioteca.

—Mi padre amaba estos libros, Monsieur—dijo entonces—siempre hablaba de su envidiable biblioteca.

Él sonrió.

—Es verdad. Puede tomar el que desee para leer, señorita Evie.

La joven vaciló, estaba indecisa, todos le parecían tan interesantes pero de pronto tomó uno de tapa roja y dorada que era una antología de leyendas medievales.

Sus miradas se encontraron y ella retrocedió un poco temblando. Deseaba que la besara pero temía que lo hiciera. Él sostuvo su mirada y no insistió ni intentó tocarla.

—No tema señorita Evie, encontraré sus joyas—le respondió.

Evie sintió dolor cuando se alejó, habría deseado que se quedara, que intentara besarla. Diablos, ¿qué le estaba pasando? ¿Qué poder ejercía ese caballero francés sobre ella? ¿Y por qué temblaba al verle llegar y luego sentía tanta pena y desolación cuando se alejaba?

Ese hombre la embrujaba, la cautivaba y la sumía en la desesperación. Porque debía darle su respuesta a la brevedad, él no lo había mencionado pero sabía que esperaba que lo hiciera y ella no quería aceptarlo, no deseaba hacerlo. Su sentido común le decía que debía escapar de esa mansión cuanto antes, debía hacerlo. Estaba asustada, confundida y temía aceptar un matrimonio que no la haría feliz.

Tomó el libro y se dirigió a su habitación, sentía deseos de encerrarse el resto de la tarde para leer esas historias pero algo la distrajo cuando atravesaba el corredor que conducía a las habitaciones de huéspedes. Sabía que no debía detenerse en la habitación escarlata, que ocupaba el marqués pero sintió una irrefrenable curiosidad. Sólo quería mirar qué había, cómo eran los aposentos donde dormía su anfitrión. Sabía que no era los aposentos nupciales, estos se encontraban en el ala sur del chateau y permanecían cerradas o eso le había dicho Marie cuando recorrían el castillo los primeros días.

Y la habitación escarlata la atraía sin que pudiera evitarlo, era como si la llamara para que entrara, no sabía por qué pero la puerta no estaba cerrada como esperaba, sino abierta y parecía llamarla. Atraída por el color rojo de los cortinados se acercó con sigilo y vio la cama inmensa y señorial cubierta con un edredón del mismo tono que las cortinas. Suspiró al sentir el perfume

del marqués, esa esencia que siempre la inquietaba y tembló al pensar que podía notar su presencia allí, cerca de su habitación. Era una locura y lo sabía pero... no pudo resistirse. Entró con mucho sigilo y miró la habitación en busca de retratos, pañuelos, ropa... Pero todo estaba en perfecto orden en sus aposentos y sin embargo esa habitación estaba llena de él podía sentirlo.

Corrió con el mismo impulso con el que había entrado, sabía que no debía estar allí.

El frío se hizo intenso y a pesar de ello, recibieron visitas en el Chateau, parientes del marqués. Él le advirtió que llegarían esa mañana y la presentó como la hija de un viejo amigo, la señorita Gaveston.

Una tía solterona muy envarada la miró con creciente desaprobación mientras las otras jóvenes expresaron curiosidad.

Su estancia fue breve y Evie notó que dos de las primas del marqués se disputaban su atención de forma casi constante. Pero él era amable y poco más, no las miraba como la miraba a ella. Sin embargo se sintió incómoda y celosa. No pudo evitarlo. Odiaba que hubiera primas casaderas ansiosas de atraparle. Pero ninguna era bonita, eso la hacía sentirse especial. Él esperaba que le diera su respuesta y Evie deseaba más tiempo para decirse.

Cuando las parientas del marqués se marcharon, días después él dijo que necesitaba hablarle en privado.

Tembló al pensar que le preguntaría cuál había sido su decisión pero pronto comprendió que se había precipitado.

—Señorita Gaveston, lamento decirle que todavía no ha aparecido la caja con sus joyas.

Ella sostuvo su mirada.

—Lo siento mucho—agregó.

—Descuide, no es urgente—le respondió ella—Pero necesitaría

pedirle un favor, Monsieur. Quisiera enviarle una carta a mi madre para que no se preocupe por mí. Le diré que estoy aquí de visita y regresaré pronto.

Él se movió inquieto, algo cambió en sus ojos.

—¿No le dirá la verdad?—dijo con cautela.

—¿La verdad?

—¿No le dirá que la he raptado y espero convertirla en mi esposa?

Evie se sonrojó al oír sus palabras y lo miró.

—¿Y no ha pensado que tal vez cometió un error y no sea la esposa adecuada para usted, marqués?—replicó.

No hubo vacilación en su respuesta ni en sus gestos.

—Estoy convencido de que es la esposa apropiada y además, lo supe el primer día que la vi, cuando vino aquí con su padre. Pero era muy joven entonces y yo estaba casado, sin embargo desee que fuera mía algún día. Para el amor alcanza una mirada señorita Gaveston. Y no se trata de algo racional, es imposible entender muchas de nuestras pasiones, se sienten con el corazón y alcanza. No hay más explicación que esa.

Sintió una agitación extraña, algo que no podía entender. ¿La pasión, el amor?

—Mi padre quiso apartarme de usted milord, lo hizo. Porque pensaba que tenía costumbres inmorales.

—Eso era antes señorita, me vi obligado a buscar compañía porque mi esposa no era más que un fantasma. No era lo que una esposa debe ser, pero le aseguro que si acepta casarse conmigo la amaré y respetaré y jamás miraré a otra mujer. Se lo juro.

Evie se sonrojó.

—Lo sé... sé que es sincero Monsieur—dijo tras hacer una pausa— siempre lo ha sido desde el principio pero temo... ser muy poco para usted. Soy tímida y retraída y no deseo que sus parientes le ignoren o se mofen de

usted por desposar a una joven que no pertenece a la nobleza francesa. ¿Acaso no lo ha pensado?

—No me importa el que dirán mademoiselle, la quiero a usted y la tendré, a cualquier precio. Si me rechaza ahora buscaré la manera de convencerla.

—No lo he rechazado es que todo esto ha sido tan repentino y precipitado. Tengo miedo de vivir aquí y que luego las cosas no sean como esperaba Monsieur. Apenas me conoce, ¿cómo puede estar seguro de que sería la esposa que necesita?

—No tengo dudas al respecto, usted las tiene y no la culpo por ello, déjeme demostrarle que soy el único hombre que puede hacerla feliz señorita Gaveston. Su padre falleció y se ha quedado sola con su madre, llena de deudas, necesita un marido y sé que por eso iba a casarse con ese lord inglés. Pero creo que merece más que un matrimonio concertado por conveniencia, merece amar y ser amada, vivir una pasión romántica que la haga sentirse viva por primera vez. Pero si desea esperar lo entenderé, si necesita más tiempo le ruego que me lo diga.

—Acepté casarme con Chandler porque él se convirtió en mi amigo estos últimos meses y me prometió que luego de la boda no... No me exigiría compartir la intimidad, que lo haría cuando estuviera preparada.

Él la escuchó con mucha atención.

—Pero sospecho que esa condición no sería aceptada por usted, Monsieur.

—¿Entonces se casará conmigo pero antes me exigirá condiciones?— dijo el marqués.

No parecía enfadado, sólo algo sorprendido por el inesperado giro de la situación.

Evelyn asintió.

—¿Su respuesta es un sí acepto ser su esposa?

—Sí... pero antes de que siga adelante con los preparativos le ruego que considere que me abruma y asusta pensar en la intimidad, por eso no se precipite a desposarme. Temo que aún ve en mí una ilusión, un espejismo que no es real. Tal vez debería esperar unos años más antes de tomar una decisión tan importante como esta pero no puedo hacerlo, usted me ha acorralado. No puedo escapar, no dejaré que lo haga.

Él se acercó y besó sus manos con devoción. Luego dijo mirándola a los ojos:

—Tiene mi palabra mademoiselle. Le daré el tiempo que me pida. No soy un desalmado ni un salvaje, sé cómo tratar a una señorita. No la tocaré hasta que esté preparada y lista para convertirse en mi esposa.

Ella sonrió abrumada por la vehemencia de sus palabras, por la intensidad de su mirada y por un instante deseó que la besara cuando acababa de pedirle tiempo. Realmente estaba confundida, no podía entender lo que le pasaba pero de pronto notó que él despertaba algo en ella, algo que no podía comprender ni controlar. Algo tan fuerte y turbador que por momentos la asustaba.

Al castillo llegaron invitados del marqués de Fontaine días antes para estar presentes el día de su boda. Evelyn sabía que sus familiares no estarían presentes y los echaría de menos, habría querido invitar a su madre pero sabía que no podría estar presente. Sin embargo le había escrito una carta para avisarle que estaba a salvo y que pronto se casaría con el marqués. No fue sencillo escribir esa carta, ella que solía escribir y mantener su correspondencia de repente le faltaban palabras, expresiones, ideas simples para explicar que se casaría con el hombre que la había raptado porque deseaba convertirla en su esposa y mantener el manuscrito en secreto. Pero no

mencionó esto último, al menos esperaba poder visitarla más adelante.

Una mañana, mientras recorría el chateau días antes de la boda se detuvo en la habitación del marqués al encontrar la puerta abierta. Pensó que él estaría allí pero todo estaba en silencio. Sabía que no debía hacerlo, espiar, estar allí en ausencia del marqués pero ese lugar la atraía como un imán. Se preguntó si allí guardaría los manuscritos perdidos, si sería adorador del demonio como lo eran algunos de los coleccionistas de libros... deseaba que no fuera así pero...

Recorría la habitación escarlata cuando vio un sobre tirado en el piso. Conocía el papel y la letra y lo tomó inquieta. No podía creerlo. Era la carta dirigida a su madre que entregó días antes al mayordomo para que la llevara a la oficina del correo del pueblo más cercano. La carta que nunca fue enviada y que estaba allí, en la habitación del marqués y al tomarla entre sus manos comprendió que había sido abierta, leída...

Sintió que los colores subían a sus mejillas. Estaba furiosa y desconcertada porque no lograba entender por qué había ocultado esa carta, por qué el mayordomo la dejó allí en la habitación del marqués. Tomó la carta y la guardó pero entonces vio algo más en el piso, justo frente a ella: su anillo de compromiso. No podía ser.

Con el corazón palpitante lo tomó y comprendió que no se había equivocado. El señor Fontaine lo tenía en su habitación y también, la caja, sobre una pequeña repisa con el resto de las joyas. ¡Menudo descuido! ¿O acaso había sido dejado a propósito para que lo viera?

“Esto no tiene sentido, ¿por qué tomaría sus joyas? Era un hombre muy rico, no necesitaba robarlas, pero al parecer sí esconderlas...”

Dejó la caja conteniendo las lágrimas al tiempo que veía su retrato en la pared. Era extraño, no podía ser.... Pero ese retrato estaba en la sala de Richmond, su padre insistió en el retrato cuando cumplió dieciocho años y fue

un tedio posar durante horas con su vestido color malva con puños y escote de encaje color crema. El pintor era un joven risueño que hablaba en francés y la miraba con una intensidad casi desagradable. Había ido al condado y al parecer todos decían que era un buen pintor sin embargo odiaba posar para él y soportar sus miradas y frases en francés que no lograba comprender.

—Es una réplica madame, el original está en Richmond house—dijo una voz.

Evelyn dio un paso atrás y vio con terror al marqués de Fontaine observándola con una sonrisa.

—Lo siento—murmuró inquieta—No debí entrar pero oí una voz — inventó para disimular pero tenía la carta y la caja con sus joyas.

El marqués la miró sin dejar de sonreír, nada disgustado de haberla encontrado allí husmeando en su habitación.

—No se inquiete por favor, si va a convertirse en mi esposa no debe haber secretos entre nosotros y luego de lo que ha descubierto aquí creo que le debo una explicación.

Evie tembló al sentir su mirada maligna.

—¿Entonces por qué lo hizo, señor Fontaine? ¿Por qué escondió mis joyas y la carta que quise enviar a mi madre?

Él demoró un poco en responderle, parecía sopesar cada palabra cuando dijo:

—Era necesario mademoiselle, aunque soy yo quien le debe una disculpa.

—No comprende, Monsieur.

—Me refiero a las joyas y la carta. Las oculté para que no intentara sobornar a mis criados con ellas, el hombre es débil señorita, entre sus debilidades está el dinero, el amor y el deseo entre otras cosas y usted podría tentar al diablo sin necesidad de las joyas y tener lo que deseaba: huir de mí.

Estaba asustada, todavía lo está pero al menos ha dado su palabra de que se convertirá en mi esposa. Y en cuanto a la carta, ya le he enviado a su madre una carta explicándole por qué la rapté.

—¿Le ha escrito a mi madre?—replicó Evie contrariada.

—Sí, lo hice antes de traerla aquí, dejé una carta en la mansión de su tío dirigida a ella para tranquilizarla. Le di mi palabra de que cuidaría de usted y la convertiría en mi esposa.

—Pero yo quería escribirle, ha de estar muy angustiada.

—No se preocupe por eso, viajaremos a Devon en poco tiempo y podrá ver a su madre, se lo prometo.

Sus ojos miraron el retrato mientras hablaba.

—Es la réplica del original, envié al pintor a su casa para que hiciera el retrato, se lo recomendé a su padre enviándole una carta de presentación. Deseaba tenerla aquí puesto que se negó a visitarme con su padre la última vez.

Evie se sonrojó y pensó que era tiempo de alejarse de esa habitación, sin embargo no lo hizo, se quedó, embrujada por su mirada profunda. ¿Por qué la miraba así? ¿Cuál era la pasión del marqués: dinero, joyas, o una dama hermosa?

—Ahora tendré a la dama del retrato que durante años me hechizó... ¿Por qué no regresó, mademoiselle? Esperaba que lo hiciera, deseaba tanto verla de nuevo.

Evie retrocedió abrumada, sólo quería escapar de esa habitación, de ese hombre que tanto la intimidaba pero de pronto él cerró la puerta y se interpuso en su camino.

—¿Por qué me teme usted, mademoiselle?

—Me ha raptado y le temo sí, no puedo evitarlo. Soy su prisionera marqués y temo que...

—No debe temerme mademoiselle Evie, jamás le haría daño. Soy un caballero... aunque la haya raptado ese día es que no podía tolerar que se convirtiera en la esposa de otro hombre. Usted era mi prometida, su padre me dio su palabra antes de morir, lo hizo.

—Eso es muy extraño marqués, mi padre me dijo que me alejara de usted, lo hizo. Y fue él quien me convenció de no acompañarlo durante su último viaje porque usted... temía que me hiciera su amante, disculpe mi franqueza.

—En realidad eso me tentaba señorita, pero era muy joven y además soy un caballero y jamás habría seducido a la hija de un viejo amigo.

Evie quiso correr, estaba mareada, su retrato, las joyas y la carta, temblaba ante el afán de control que tenía ese caballero, control y poder total sobre ella y su vida. Y no había sido por el manuscrito como le hizo creer en un momento, tenía su retrato y desde que tenía quince años que se había fijado en ella mirándola y siguiendo sus pasos. Se sintió abrumada, aterrada, quería escapar, quería hacerlo pero cuando lo intentó él la agarró de los brazos y la miró.

—No escapará mademoiselle, esta vez no podrá hacerlo—siseó mirando sus labios antes de robarle un beso ardiente y apasionado. Un beso robado que estremeció hasta la última fibra de su ser al atrapar sus labios con los suyos en un instante que pareció eterno. Quiso apartarlo pero no pudo, era un hombre fuerte y ese beso la embrujó pues dejó de resistirse.

Hasta que fue liberada y se quedó allí temblando y mareada, sintiendo de nuevo esa emoción que no lograba entender una mezcla de miedo y deseo, eso era lo que le inspiraba ese misterioso marqués. Pero en sus labios se dibujó una sonrisa triunfal mientras la veía alejarse lentamente y correr...

Antes de la boda tuvo que asistir a clases de catequesis y ser bautizada

en la fe católica, era un ritual que no podía eludir pues la familia Fontaine era católica desde siempre y así lo serían sus descendientes y los nuevos integrantes.

Evie aceptó su nueva religión no muy convencida y se preguntó si su futuro esposo era católico convencido o sólo seguía la tradición familiar. No tuvo tiempo de hablar del asunto, los preparativos de la boda los mantuvo alejados esos días.

La presencia de familiares llegó a ser molesta, pues nada más abandonar su habitación a la mañana encontraba nuevos huéspedes, amigos del marqués, parientes cercanos y lejanos pero de entre ellos la tía Claire era todo un personaje que hacía sentir su presencia. Nada más llegar quiso conocerla y mientras tuvo ocasión la sometió a un exhaustivo interrogatorio observándola con sus ojos oscuros y nariz ganchuda en ese rostro menudo. Al comienzo pensó que era una dama de edad encantadora y algo chocha pero no tardó en comprender que se equivocaba. La baronesa era todo un carácter a pesar de su tamaño y no se le escapaba nada.

Su prometido parecía compadecerla y la alejaba siempre que podía y en realidad no sabía si le agradaba o no esa boda pues su mirada era francamente desaprobadora.

El marqués tenía tíos y primos y un hermano que no pudo estar presente pues se encontraba de viaje, era uno de esos caballeros cultos exploradores que pasaban la vida haciendo excursiones.

Luego estaban sus amigos más cercanos, coleccionistas y bohemios, el coronel Maurice Druell un caballero muy agradable y hasta un pintor que dibujó unos bocetos suyos durante un picnic una tarde calurosa al aire libre.

Fontaine observó los dibujos de mal talante y Evie tuvo que contener la risa al notar que estaba celoso no por su gesto de quitarle los dibujos a su amigo sino por haberla apartado de todos los visitantes de forma casi

constante.

Ella pensó que exageraba por supuesto pues los franceses eran galantes con todas las damas y además era la prometida de su anfitrión. Sin embargo sus celos la divertían y de pronto comprendía por qué todo ese tiempo la había mantenido encerrada en su castillo lejos de sus amistades y parientes. Lejos de su país, de su prometido, de su hogar... ¿Lo sabrían sus parientes y amigos? ¿Sabrían que la había raptado? Por supuesto que no, el marqués tenía sus secretos, secretos que comenzaba a conocer, secretos que temía descubrir...

—Lo siento mademoiselle, no quise incomodarla con mis dibujos— dijo el joven pintor afectado por los comentarios de Fontaine, este se había alejado para participar de la partida de caza.

A ella le horrorizaba presenciar cómo esos nobles mataban ciervos por diversión, a su padre nunca le había agradado ese deporte noble y no permitía que cazaran en Richmond house, sin embargo sus ojos siguieron al marqués en su traje oscuro pensando que era un hombre tan atractivo.

—Descuide, son muy bonitos sus bocetos—le respondió al pintor antes de alejarse porque tía Claire la llamaba.

La tía parecía muy ansiosa de decirle algo sobre la fiesta de bodas pero Evie no le prestó atención, no hacía más que recordar la mirada del marqués al ver los dibujos de su amigo pintor.

—Evie, estáis muy distraída hoy—se quejó tía Claire antes de pedirle que convenciera a su prometido que debían celebrar una fiesta y banquete por todo lo alto.

—Su esposa anterior murió hace dos años y no tiene hijos. Creo que sería apropiada una boda discreta.

Ella dijo que lo intentaría pero sabía que su futuro esposo no quería una fiesta como insistía a tía Claire, era viudo y seguramente por esa razón no quería un festejo importante sino discreto.

Mientras recorrían los jardines la tía de Fontaine miró a su alrededor y le dijo:

—Ten paciencia con mi sobrino, Evelyn.

Evie miró a la dama sin comprender.

—¿Por qué lo dice, madame Claire?

—Es que los ingleses son tan fríos y racionales, me temo que le cueste entender un temperamento como el del marqués señorita Gaveston. Eso quise advertirle. Tenga paciencia y sea comprensiva, él es viudo y usted no es una noble francesa, temo que desconoce por completo nuestro temperamento y costumbres.

Evie abrió a boca para replicar pero prefirió no hacerlo pues habría sido descortés, esa dama pensaba que ella no sería una esposa adecuada porque era inglesa, fría y racional. Su padre se lo había advertido hacía tiempo.

—Tal vez me crea descortés, mademoiselle Gaveston—dijo entonces la dama—Pero temo que nadie más podría aconsejarla. Mi sobrino es un hombre muy orgulloso y de carácter ingobernable, procure no contrariar su voluntad y si tiene fantasías románticas con esta boda olvídelo. Mi sobrino necesita herederos por eso la prisa por casarse, si le da hijos sanos él la querrá, pero debe ser paciente y comprensiva. Su matrimonio anterior fue muy desafortunado y sé que es un estado que no le agrada demasiado. Él tenía una dama a quien visitaba en el pasado, una mujer a la que no voy a nombrar ahora. Si desea apartarle de esa víbora sea una esposa sumisa y complaciente, no evite la intimidad como hacen todas las damiselas remilgadas inglesas que conozco. Perdone mi franqueza pero deseo lo mejor para mi querido sobrino y él no es ese caballero andante que se imagina, tiene un carácter muy fuerte procure no contradecirle ni mostrarse tozuda y caprichosa—la dama resopló algo molesta—realmente es una pena que las damas inglesas no lean el manual

de la esposa de Euphemia Laurent, no las preparan ni educan para el matrimonio, usted se ve tan inocente, tan frágil, no está preparada para casarse.

Tenía razón, no lo estaba pero que una parienta del marqués tan cercana lo notara la hizo sentirse muy mal, esa conversación realmente la incomodaba. Madame Clarise no hacía más que realizar observaciones y realizar preguntas retóricas y ella por educación debía escucharla pero no se quedaría a escuchar el resto.

—Discúlpeme madame, debo regresar al chateau ahora—murmuró y se alejó sin esperar una respuesta de aprobación. Tal vez fuera una joven inmadura, una fría inglesa que no tenía suficiente linaje para esa boda pero no permitiría que los parientes de su prometido la humillaran por esa razón porque Fontaine sí quería desposarla y estaba segura de que a él particularmente le importaba un bledo lo que dijeran los demás.

Sin embargo mientras se alejaba notó las miradas de desdén a su paso como si los pensamientos de tía Claire fueran compartidos por todos ellos: amigos, parientes y allegados: ella no era más que una jovencita inglesa fría y consentida, no tenía derecho a casarse con el marqués de Fontaine.

Apuró el paso y entonces pensó en las palabras de madame Claire acerca de su sobrino, no podía quitárselas de la cabeza pues su preocupación no era porque realizara un matrimonio que a sus ojos era “desigual” sino que ella actuara de forma inapropiada. “Él se casa para tener herederos mademoiselle” le había dicho entre otras cosas. “No lo contradiga ni se muestre tozuda y caprichosa“. Pues ella no era ni una cosa ni la otra y sus padres sí la habían educado y sabía muy bien cuáles eran los deberes y obligaciones de una esposa, no necesitaba leer un ridículo manual para saberlo.

Evie estaba furiosa y su rabia no terminó allí pues mientras se

adentraba en los jardines escuchó a unas damas conversar sobre su boda.

—Qué extraño que Fontaine escogiera a una dama inglesa, todos creíamos que se casaría con su prima Laura—dijo una dama de orgulloso porte y cabello castaño sujeto en un moño muy alto adornado con un ridículo sombrerito lleno de flores artificiales.

La otra joven se encogió de hombros y dijo:—Algunos caballeros sucumben a la belleza de una dama, Anne, es lo que siempre dice mi madre. Buscan belleza y olvidan el linaje y las buenas maneras. ¿No habéis notado cómo miraba a la dama inglesa?

Esas palabras molestaron a la joven del sombrerito.

—Sí, lo noté pero ella no tiene la clase ni el linaje de la pobre Marie—expresó con un gesto de desdén.

—Por cierto que no—le concedió su amiga—Marie Claire era una verdadera dama pero no tenía salud para el matrimonio.

—Es verdad, ella quería ser monja y sin embargo creo que Fontaine la adoraba.

—¿Tú lo crees?—su amiga parecía dudar.

—Oh por supuesto que sí—replicó la dama del sombrerito moviéndose de forma enérgica—Se conocían desde niños y os aseguro que esta boda parece más un capricho, se encaprichó de la jovencita inglesa, la hizo su amante y ahora debe casarse con ella porque es un caballero.

No podía creer lo que oía ni pudo seguir escuchando una conversación tan absurda y se alejó más furiosa que antes. ¿Entonces creían que era la amante del marqués y que por eso se casaba con ella?

No era la amante del marqués y no entendía por qué esos franceses tenían tanta animosidad hacia ella, ¿sólo porque no era noble ni francesa?

Luego recordó a esa dama que sí era la amante del francés y que tía Claire mencionó hacía un momento. ¿Tenía su prometido una amante y luego

cuando se casaran la mantendría como tal? Una oleada de rabia la agitó entonces. ¿Cómo podía aceptar con naturalidad que su futuro esposo tuviera una amante escondida? ¿Quién era ella, acaso estaba presente en esos momentos mofándose de ella a escondidas?

Pues no necesitaban ser amantes del marqués para hacerlo, al parecer nadie estaba conforme con esa boda a pesar de fingir una fría cortesía. Evie estaba tan furiosa que en esos momentos sintió irrefrenables deseos de huir.

No se casaría con el marqués, no lo haría. Su padre le había advertido que era un hombre inmoral que tenía amantes mientras estaba casado y lo hacía con total naturalidad, a pesar de que entonces no lo había entendido con tanta crudeza ahora lo comprendía perfectamente. Para él era normal y aceptable. Era un marqués y podía hacer lo que se le antojara como todos sus ancestros, o tal vez era una tradición de los Fontaine casarse y tener una amante porque al parecer una sola esposa era insuficiente para su temperamento lujurioso.

Entró en el chateau sin mirar a nadie y se encerró en su habitación sintiéndose furiosa y engañada, porque mientras caminaba de un sitio a otro como una fiera enjaulada pensaba que todo había sido un embuste. Quería casarse con ella porque necesitaba herederos y una esposa que convirtiera su chateau en un lugar respetable, su vida respetable mientras su esposo planeaba reunirse en secreto con su amante, si es que no tenía más de una... y ella estaría a salvo mientras le diera herederos y no lo contrariara en nada.

Sus miradas y sus besos, los momentos que habían compartido en el pasado y ahora no eran más que un engaño, un artilugio de seducción para lograr sus propósitos. No había nada más que eso... nunca hubo algo especial entre los dos, al menos no de su parte.

Observó la habitación con los ojos empañados. Odiaba sentirse así, engañada, embaucada y empujada a ser la pieza que faltaba del mosaico, de haber sido sincero, tal vez...

Debía escapar de ese castillo, debía hacerlo.

Juntó sus pertenencias en su maleta, pero de pronto comprendió que esos vestidos no eran suyos, habían sido obsequiados por el marqués pero sí tenía sus joyas, él se la había devuelto días atrás. Eso debía llevarlo porque lo necesitaría para el viaje. Y para sobornar a algún criado. Uno de ellos era muy amable y la miraba con fijeza, tal vez si le entregaba su sortija buscaría la forma de conseguirle un pasaje a Devon, de regreso a su hogar.

Sus pensamientos eran un torbellino.

Estaba furiosa y herida pero de pronto comprendió no quería marcharse, no deseaba hacerlo... esconderse tal vez y hacer que la buscara, que se volviera loco pensando que había desaparecido del castillo sin dejar rastro.

La imagen reflejada en el espejo la hizo retroceder, estaba llorando de rabia, desilusionada de todo, pero más que rabia en sus ojos azules había dolor, tristeza y luchaba para no echarse a llorar. Demonios, se había ilusionado, había permitido que ese hombre la embaucara y embrujara...

Un golpe en la puerta hizo que soltara la maleta al instante. ¿Quién llamaba a esa hora?

No respondió y los golpes se oyeron más firmes.

—Mademoiselle Evie, ¿está usted bien?

Tembló al oír su voz. Maurice Fontaine estaba allí como si adivinara que estaba planeando su huida, no podía ser...

Abrió la puerta porque estaba furiosa y temblaba de rabia, ella no era una dama remilgada y fría como creían esos franceses. Sólo callaba por educación pero en ocasiones sabía que la educación y los modales no servían de mucho ante personas sin escrúpulos como ese marqués seductor.

Lo miró frente a frente y sostuvo su mirada mientras luchaba contra el temblor que amenazaba con hacerle perder la calma por completo.

El marqués supo que algo le pasaba con solo mirarla y se acercó con expresión de sorpresa y alarma.

—Señorita Evie, ¿qué ocurre aquí? ¿Por qué tiene esa maleta junto a su cama?—quiso saber.

Evie retrocedió unos pasos y lo enfrentó.

—Usted me ha engañado Monsieur, desea casarse conmigo para que le dé herederos y mientras, mantiene un romance clandestino con una dama francesa a mis espaldas. No lo niegue, su tía me lo dijo.

Sus palabras le provocaron un vivo espanto, pudo verlo y no era para menos.

—¿Fue tía Claire?

Ella asintió despacio.

—Lo lamento señorita Evie, me siento muy apenado por la malicia de mi tía, debí imaginarlo. Míreme por favor, no llore. No la he engañado, ¿acaso cree que hice todo esto porque necesitaba una esposa que me dé hijos? No es verdad. No lo crea por favor. Creo que quise que fuera mi esposa el día que llegó aquí con su padre y no me mire así, no le he mentado. Jamás le dije que fuera un santo, he tenido mis amoríos pero no en este momento. Quiero una esposa que sea mi compañera y me ame y responda a mi cariño con entera devoción. Sueño con el día en que escuche de sus labios que me ama, sueño con el amor mademoiselle por eso cometí ese acto de pillaje, jamás me habría atrevido a ser tan osado de no haber estado convencido de que será la esposa perfecta para mí.

—Eso no es verdad, nadie lo cree así, todos dicen que se casa por las obligaciones de su linaje. No soy la esposa apropiada, su tía y sus parientes me creen una remilgada y fría señorita inglesa.

—Señorita Evelyn por favor, ¿qué importa lo que digan los demás? Mi tía no está muy bien de la cabeza, ¿sabe? Es su debilidad, una sinceridad

brutal y casi infantil, no ha crecido me temo a pesar de los años. Imaginaré que una dama educada y sensata jamás habría hecho comentarios como ese, pero ese es el problema: mi tía no es ni sensata ni una dama normal del todo. Y le pido mil disculpas por ese incidente y en cuanto a lo demás le ruego que ignore los comentarios que escuche de aquí en más, debe estar segura de usted misma y de sus sentimientos, eso es lo único que cuenta. ¿Y eso qué importa? Sospecho que hablan de pura envidia porque es una damisela muy dulce y hermosa, para mí es adorable y este no es un matrimonio forzado ni concertado a pesar de que prometí a su padre que la cuidaría y convertiría a mi esposa, no espero que sea una boda forzada. Le he pedido su consentimiento y usted me lo ha dado con cierta reserva, pudo negarse, suplicarme que la regresara a su hogar, pudo hacerlo, no la habría retenido entonces. Pero dio su palabra de que se casará conmigo. Lo hizo.

—Y escondió mis joyas y la carta, y me vigila todo el tiempo. Soy su prisionera y sabe que estoy atrapada. Ha logrado cautivar mi mente y mi corazón y ya no sé si llorar o escapar. No puedo pensar con claridad y sin embargo usted me ha engañado desde el principio. Mi padre no escribió esa carta, estoy casi segura de ello, él siempre creyó que era usted un pícaro marqués y por eso no volvió a traerme aquí en sus viajes. Sospechaba de sus intenciones al ser un hombre casado.

Los ojos del marqués brillaron de rabia y de pronto su rostro fue como una máscara burlona y maligna.

—Me ha descubierto madame, lo ha hecho... Es verdad, su padre jamás escribió esa carta ni quiso entregarla a usted a cambio de su deuda, era su tesoro más valioso y pensaba que no era digno de usted Evie.

Evelyn no podía creerlo, era tan inesperado, que lo confesara así, sin reparos.

—¿Es que nunca dejará de mentir, de embaucar Monsieur Fontaine?

¿Cómo espera que le crea cuando jura sentir algo especial por mí, cuando asegura que seré la esposa perfecta para usted? No le creo... tal vez hizo esto porque necesita una esposa que le dé herederos. Ya no sé qué pensar ahora y no puedo casarme con un hombre que se ha valido de engaños para traerme a su castillo y persuadirme de que acepte casarme con él.

—¿Entonces desea romper nuestro compromiso?—su mirada cambió, expresando tristeza y ansiedad, ya no era el marqués diabólico y embustero era un hombre común que temía su respuesta.

Evie sintió un nudo en la garganta al decir que sí quería hacerlo.

—Quiero regresar a mi país y olvidar ésta loca aventura Monsieur, no quiero tener que soportar sus mentiras el resto de mi vida y aceptarlo todo estoica, sin decir palabra como espera que lo haga.

El marqués aceptó su réplica sin decir palabra pero no dejaba de mirar sus ojos que se había humedecido sin que pudiera evitarlo. Había hablado guiada por un impulso, porque estaba furiosa y herida, pero no se sentía tan segura de querer abandonarlo todo. A pesar de sus mentiras, de la carta falsa y demás. Ese hombre despertaba cosas que la mareaban y confundían. Había algo entre ellos, desde el principio, ¿por qué negarlo? Durante años había pensado en él, guapo y diabólico, distante como en un sueño, no, nunca le había olvidado y por ello, su boda con Chandler no había sido deseada. Accedió porque su familia la había presionado y convencido de que no tenía otra opción. Pero en sus fantasías, en sus sueños prohibidos siempre había estado el marqués y cuando lo vio triste se sintió mucho peor.

—Respeto su decisión señorita—lo oyó decir—pero le ruego que espere hasta que hable con mis invitados porque han realizado un viaje desde muy lejos y no puedo pedirles que se marchen ahora. Si no desea ser mi esposa no la obligaré, no soy un villano. Puede estar tranquila de ello. Lamento mucho haberla engañado, haberle mentido, fue necesario sí pero no

menos condenable me temo.

—Está bien, esperaré unos días para regresar a mi casa—respondió ella nada contenta con la posibilidad de regresar a su país. De pronto sintió un vacío espantoso. ¿Cómo sería su vida sin ese hombre embustero y fascinante que la hacía temblar de pies a cabeza con solo mirarla?

Esa noche le costó conciliar el sueño, se sentía triste y desanimada, arrepentida de haberse enojado por lo que dijeran los familiares del marqués, debió imaginar que no la aceptarían de buenas a primeras y la mirarían con malos ojos. Y si él le había pedido matrimonio, si la atrajo con engaños al chateau, y ahora le decía que sería la esposa perfecta, ¿por qué lo había rechazado asegurando que deseaba regresar a su casa? No era del todo cierto, su orgullo se lo decía no su corazón, pero tal vez fuera lo mejor, lo más sensato. ¿Cómo podía amar a un hombre en quien no confiaba? Un hombre que la había embaucado para conseguir sus fines.

No hacía más que lamentarse sin poder conciliar el sueño, estaba confundida, su sentido común le decía que era lo más prudente, su corazón estaba destrozado y no hacía más que hacerle reproches. De pronto comenzaba a entender que ese hombre no sólo la había raptado el día de su boda sino que había cautivado su corazón, se lo había robado mucho tiempo atrás y ahora al pensar que iba a perderle sentía un vacío espantoso. No, no podría soportarlo, no podría vivir sin él. Demonios, se había enamorado de ese hombre y al diablo con regresar a su país, reunirse con su familia. Su vida quedaría arruinada para siempre y sólo podía imaginarse como una de esas pobres solteras de la familia que luego de sufrir un desengaño permanecían solteras el resto de sus vidas, atesorando una rosa ya marchita dentro de las páginas de algún libro de poemas de amor, aferradas al recuerdo de ese viejo amor que pudo ser y no fue. Tristes y amargadas, rígidas, igual que esa flor que en un comienzo fue suave y hermosa convertida en vestigio, en la sombra de sus días

más felices.

Pues ella no quería convertirse en una de ellas por orgullo, por necesidad, por querer que su enamorado fuera perfecto. Nada era perfecto en ese mundo y ese hombre había hecho mil cosas para conquistarla, ¿acaso estaba ciega?

Al día siguiente no se sentía mucho mejor, estaba tan deprimida que le costó un buen rato abandonar la cama y vestirse, lo hizo porque su nueva doncella llegó muy entusiasta para decirle que había un pariente suyo que le urgía verla.

—¿Un pariente?—Evie miró aturdida a la criada.

Ella sonreía de oreja a oreja mientras ajustaba su corsé con prisa.

—OH sí mademoiselle, es un caballero muy guapo, su primo Albert creo que dijo pero no recuerdo bien, ha venido para su boda y el marqués me ha pedido que le avise para que vaya a recibirle.

¿Su primo Albert? No tenía ningún primo que se llamara así ni tampoco había avisado a nadie de su boda. ¡Qué extraño!

Abandonó la habitación momentos después escoltada por su doncella, sintiéndose nerviosa y triste por tener que saludar a sus parientes y decirles que esa boda no iba a celebrarse.

Pero cuando entró en el salón principal vio al marqués y tembló de pies a cabeza. Su mirada intensa la traspasó y no pudo apartar su mirada hasta que oyó una voz decir su nombre. Conocía esa voz y entonces lo vio parado frente a ella. No podía ser. Raymond Chandler en persona y no había ido solo, un grupo de caballeros lo acompañaban.

—Señorita Gaveston—dijo y su voz retumbó en todo el salón—he venido a rescatarla de su cautiverio pues me consta que este caballero la raptó hace más de un mes, el día de nuestra boda.

Ella lo miró aturdida, Chandler estaba allí y parecía tan absurdo como el sueño más loco que hubiera tenido. No quería ser rescatada, diantres, al diablo. No podía creerlo. Lo había hecho, había ido a buscarla luego de averiguar que había sido el marqués quien la había raptado. Y allí estaba mirándola con ansiedad, intentando brindarle todo su apoyo y consuelo para que confiara en él y le dijera la verdad al sheriff y su abogado. Había llevado un sheriff de Devon a Picardía para intentar apresar al marqués, Chandler estaba loco.

—No tenéis que fingir, nada debéis de temer de este francés demente, el ya no puede reteneros aquí contra vuestra voluntad—continuó Chandler en tono algo pomposo.

Ella miró a uno a y otro desesperada. ¿Acaso planeaba llevarla de regreso a Devon y desposarla como si nada hubiera pasado? Pues había tardado demasiado, un mes entero. Miró a Fontaine y sintió que su corazón se partía, su mirada era tan triste y suplicante, diablos...

—Señor Chandler me siento abrumada por su visita, realmente no me lo esperaba—tuvo que decirle—. Lamento mucho que viniera sin escribirme ni una carta—le respondió.

Sus palabras fueron como un cubo de agua fría para Raymond Chandler, pudo verlo en sus ojos.

—No comprendo señorita Gaveston, debería sentirse agradecida. No tiene que fingir conmigo, por favor, he venido a salvarla. Ese caballero no podrá retenerla aquí contra su voluntad—hizo una pausa y agregó algo desesperado:—Sólo tiene que testificar que fue raptada ese día, los sirvientes de su mansión dieron su palabra al respecto, vieron cómo el carruaje del señor Fontaine la llevaba a toda velocidad de la mansión de su tío el día de nuestra boda. Fue tan cruel, tan malvado de su parte señor Fontaine.

Si ella decía eso el marqués sería prendido como un criminal y peor

aún: lo perdería para siempre. Rayos, ella no quería regresar con Chandler, aceptó casarse con él forzada por las circunstancias, no sentía más que un tibio afecto, como el que sentiría por un buen amigo. No lo amaba. El amor lo había conocido en Francia y tenía un nombre: Maurice Fontaine.

Apartó la mirada y enfrentó a su antiguo prometido.

—Señor Chandler, por favor escuche lo que tengo que decirle. No me ha dejado decir palabra desde que entré en esta habitación—se quejó ella y miró de reojo al marqués que parecía estar pendiente de sus palabras. Debía estar furioso por la intromisión de Chandler y sus acompañantes acusándole de raptó o tal vez temía que lo acusara y pusiera fin a esa aventura de una vez y ella temblaba porque comprendía que si decía la verdad sería el fin. Por eso tomó aire y continuó:—Lo siento mucho, señor Chandler. Creo que no estaba lista para casarme con usted, no podía hacerlo porque lo habría engañado. Hace años que amo al marqués en secreto pero sabía que era un amor triste y condenado desde el comienzo—declaró.

Chandler no salía en sí del asombro, no podía creerlo ni ella podía entender de dónde sacaba fuerzas para confesar que se había fugado con otro caballero el día de su boda como una joven atrevida y desvergonzada.

—Perdóneme señor Chandler, pero no puedo permitir que culpe a un hombre inocente, yo soy la única culpable y además, el marqués es mi prometido ahora y vamos a casarnos en unos días. Él no me raptó señores y no pueden culparlo porque vine aquí por mi propia voluntad.

Tuvo que mentir para salvarlo y no le pesó hacerlo.

Chandler enrojeció y palideció después, realmente no esperaba que dijera eso.

—Usted está mintiendo señorita Evie, no le creo. Sus ojos dicen lo contrario, en su mirada veo que está aterrada por el mal que este sujeto le ha causado al raptarla. Es un malvado que actuó de forma censurable al robarse a

mi prometida, usted es mi prometida señorita Gaveston y no puede casarse con otro hombre—dijo.

Su antiguo prometido estaba desesperado pero nadie oyó sus palabras, el marqués se acercó y tomó sus manos y la besó.

—Mi prometida le ha dicho la verdad, me temo que ha exagerado un poco al venir a mi castillo a acusarme de raptó, señor Chandler—dijo luego.

Su mirada lo decía todo y ella se emocionó al sentir ese contacto, lo necesitaba tanto en esos momentos.

Chandler estaba acorralado y lo sabía y por unos instantes no habló, se quedó mirándoles como si fueran dos malvados conspiradores empeñados en hundirle.

—Está mintiendo—dijo de pronto—Marqués Fontaine, es un hombre sin honor y sospecho que está amenazando a mi prometida para que no lo acuse, se escuda en una mujer. Pero le aseguro que no he venido aquí a ser derrotado. La señorita Gaveston es mi prometida y no regresaré a mi país sin ella, no lo haré—dijo y sacó una pistola para apuntarle a la cabeza.

Evelyn gritó espantada y el marqués la apartó despacio y luego la miró.

—¿Va a dispararme señor Chandler? Vaya, no sabía que los ingleses fueran tan rastreros y cobardes—dijo.

Chandler estaba furioso y avanzó hacia el marqués sin detenerse.

—Usted me ha deshonrado al robarme a mi prometida, ella jamás estuvo enamorada de usted, no importa las mentiras que pretenda decirme, no le creo una palabra. Sólo exijo una satisfacción porque me ha agraviado y porque pelearé por Evie hasta el último aliento. Yo sí la amo y siempre la he respetado, usted la raptó como un bribón y no pretenda engañarme, la robó de mi lado como un villano ese día sin importarle que ella tuviera un compromiso. ¡El mismo día de mi boda! ¿Tiene idea de la vergüenza que pasé,

el dolor que sufrí ese día al enterarme de que mi novia había desaparecido sin dejar rastro? Usted me arruinó maldito francés y no escapará a que lo rete a duelo. Si gano me llevaré a la señorita Gaveston de regreso a Devon, si pierdo regresaré a mi país con la satisfacción de haber tenido al menos una efímera venganza. Me lo debe. Si se niega porque sospecho que es un cobarde, pues daré el duelo como terminado y la victoria será mía.

Evie quiso intervenir pero no pudo evitar que el marqués aceptara su desafío.

—En tres días será mi boda señor Chandler, así que exijo que sea mañana al atardecer. Mi mayordomo será mi padrino entregará las pistolas, lo espero aquí mismo a las cinco Monsieur Chandler—le respondió.

Chandler se marchó muy satisfecho con el trato pero Evie estaba desesperada pues acababa de salvar a Fontaine de ir a prisión pero ahora acababa de ser retado a duelo y temblaba ante la posibilidad de que fuera herido o algo peor.

Una vez a solas el marqués él la envolvió entre sus brazos y la apretó contra su pecho sin dejar de mirarla.

—Gracias preciosa, no tengo palabras para agradecerte... pensé que dirías la verdad y que tendría soportar que ese petimetre inglés os llevara consigo. Pero os aseguro que le habría matado, lo había hecho, no habría permitido que os robara de mi lado—le dijo.

Evie sintió tristeza al oír sus palabras.

—No me deis las gracias, Chandler os ha desafiado y vos aceptasteis batiros con él. ¿Por qué siempre resolvéis vuestros problemas con pistolas?

—Bueno, creo que se lo debo Evie, tiene razón. Le robé a su novia y lo deshonoré, es justo lo que pide. Sólo es un duelo, os aseguro que no es el primero que he tenido, lo venceré con facilidad.

—Pero no es justo Fontaine, por favor. No podría soportar que algo te

pasara. Me casaré contigo pero por favor detén ese duelo, debes hacerlo. Moriría de tristeza si Chandler os matara y tendría que vivir con eso el resto de mi vida.

Él sonrió nada preocupado por el asunto, parecía muy seguro de que ganaría el duelo.

—Tranquila, no moriré preciosa, os doy mi palabra. Le daré su merecido a ese inglés, ¿olvidáis que salgo a menudo a cazar? Además es justo porque en realidad sí robé a su prometida y es un precio muy bajo por teneros a mi lado.

—Fue mi culpa, jamás debí aceptar esa boda con Chandler.

—No, no lo fue, deja de culparte. Me habéis salvado de esos mequetrefes ingleses que llegaron de Devon y de rodillas os doy las gracias por haberme escogido, aunque fuera por pena, os prometo que seré un esposo amante y fiel, no deseo otra cosa que haceros feliz, Evie—dijo y la tomó entre sus brazos y la besó.

Evelyn se emocionó al estar entre sus brazos y sentir sus besos, sentía tanto alivio de no haberle perdido, todas las horas de angustias se habían esfumado en un instante. Excepto por el duelo, ese duelo la llenaba de angustia, jamás pensó que Chandler haría eso. Y por más que Fontaine le dijera que no corría peligro ella no podía dejar de sentir esa angustia dentro de su pecho. Tenía un mal presentimiento y por más que lo intentara no podía evitar angustiarse.

—No temáis preciosa, todo pasará y en tres días os convertiré en mi esposa como siempre soñé—dijo.

—Rezaré por ti Fontaine, como me enseñó el padre Antoine.

Él sonrió.

—Y sé que el señor escuchará vuestras plegarias porque sois un ángel, Evie—le respondió.

El día del duelo amaneció sereno y nublado y Evie fue a rezar a la capilla del castillo a media mañana como había prometido escoltada por su fiel doncella Marie. Rogó al señor que salvara al marqués, no le pedía nada más. Aunque tampoco deseaba que Chandler fuera herido, sus sentimientos eran encontrados. Todo había sido tan repentino y extraño. Su llegada al castillo con alguaciles pretendiendo rescatarla y enviar a Fontaine a prisión por raptó y luego exigió ese duelo... no lograba entender por qué lo hacía si ella le aseguró que lo había abandonado.

Cuando se alejó momentos después se sintió más reconfortada pero sabía que sería un día difícil.

—No tema mademoiselle, el marqués jamás ha errado un tiro en un duelo—dijo Marie mientras emprendían el camino de regreso.

Esas palabras en vez de tranquilizarla la inquietaron aún más.

—¿Entonces el marqués ha participado de otros duelos?—murmuró.

La doncella sonrió.

—Algunas veces cuando era más joven, aquí los duelos son frecuentes mademoiselle y por eso le aseguro que Monsieur Fontaine saldrá ileso.

—Espero que así sea, Marie.

Evie guardó silencio como le había pedido Fontaine y durante el almuerzo de ese día junto a sus invitados no dijo palabra y se mantuvo silenciosa. Tía Claire hizo algún comentario sobre la boda pero no le prestó atención, sus pensamientos volaron al bendito duelo y a media tarde, estaba tan nerviosa que no hacía más que caminar de un lado a otro del edificio buscando de esa forma dominar su agitación.

Si algo le pasaba a su prometido no se lo perdonaría, si algo le pasaba a Maurice la vida no tendría sentido para ella.

—Evie, ¿qué tienes?—preguntó Fontaine apareciendo de repente.

Ella se detuvo y lo miró sorprendida.

—Estoy muy alterada, no dejo de pensar en el duelo y tú...—dijo y observó que llevaba una capa y un sombrero de ala ancha como si fuera a salir — ¿Acaso os iréis ahora?

—Sí, al parecer Chandler quiere adelantar el duelo y me ha enviado un mensaje para que acuda en media hora al castillo de Pinere. Al parecer pertenece a uno de sus amigos.

—Creí que sería aquí.

—Bueno, hubo un cambio de planes y no importa. Pero antes de partir quisiera que me acompañarais a un lugar donde estaréis a salvo.

—¿A salvo? Pero tú vas a regresar, lo harás ¿verdad?

El marqués sonrió.

—Por supuesto, pero es por si acaso ese inglés intenta algo aprovechando mi ausencia. No me fio de Chandler.

—Pero Chandler es un caballero, jamás me haría daño.

—Es que no ha venido solo preciosa, eso es lo que me preocupa. Ven, acompáñame.

Evie obedeció y siguió sus pasos intrigada.

—Aguarda Monsieur Fontaine, por favor, ¿y si todo es una trampa para alejarlo del castillo y luego...?—Evie no terminó la frase porque el marqués se detuvo y le robó un beso.

—Descuida, estaré bien, sé usar las pistolas y si acaso vuestro enamorado trama algo sucio en mi ausencia, os pondré a resguardo en un lugar secreto que sólo los habitantes del castillo conocen. Allí estarás a salvo mientras dure el duelo.

—Pero ¿cree que sea necesario?

—Me temo que sí, señorita Evie, no permitiré que ese cretino intente llevársela por la fuerza como lo intentó ayer. Ven, por aquí...

Evelyn avanzó por la escalera mientras Fontaine la seguía. La escalera en forma de espiral ascendía y parecía interminable, estrecha y la asustaba. Hasta que de pronto llegaron a las habitaciones ubicadas en lo alto de una torre y ella se estremeció al entrar en esa habitación estrecha y escondida que olía a humedad. Odiaba quedarse escondida y encerrada en ese lugar.

—No quiero quedarme aquí, por favor Fontaine—le suplicó—Este lugar me da escalofríos.

Él se acercó y la abrazó.

—Tranquila, no temas, estarás a salvo, nadie tiene la llave de este lugar pero le pediré a vuestra doncella que venga a haceros compañía. Tenéis luz y una ventana en lo alto. Sólo os quedaréis aquí dos horas hasta que termine el duelo y pueda regresar al castillo. Pero cierra bien la puerta cuando me vaya, lleva dos cerrojos.

Evie miró a su alrededor y tembló, no quería quedarse allí pero cuando vio a Marie con una bandeja y a otra criada con mantas y se animó.

—Aquí estaréis a salvo, Evie—dijo el marqués antes de marcharse.

Ella tembló al verle partir pues tuvo un mal presentimiento, una extraña corazonada que llegó de repente.

Su doncella se acercó y le entregó una copa con un zumo de naranja y unos pastelillos de hojaldre. No tenía hambre pero ese jugo estaba delicioso y descubrió que repente tenía mucha sed.

—No tema mademoiselle, el marqués saldrá ileso. Puede descansar si gusta, aguarde, la ayudaré—dijo Marie.

Evie bostezó y sintió una rara somnolencia y sed, mucha sed mientras se acostaba. Estaba tan nerviosa, temía que Fontaine no regresara pero de pronto mientras terminaba de beber la copa y se acostaba escuchando a la doncella parlanchina sintió que sus ojos se cerraban. Estaba dormida. Peor que eso. De pronto comprendió que algo muy raro había pasado.

—Marie, ¿qué le habéis echado al jugo que bebí?—protestó luchando por mantener los ojos abiertos pero los párpados le pesaban.

Los ojos de la doncella se abrieron mostrando culpa y turbación.

—Debe descansar, mademoiselle—murmuró.

Fue lo último que escuchó antes de quedar profundamente dormida.

Despertó aturdida y cansada, sintiendo que algo ocurría en su habitación. Se movía de un sitio a otro, meciéndose para aquí y para allá como si fuera una embarcación. Quiso despertar varias veces pero no pudo, los ojos se cerraban, sentía los párpados cansados. ¿Qué estaba pasando? Todo era tan oscuro y confuso.

De pronto comprendió que esa no era la habitación de la torre sino la biblioteca del castillo, la habían llevado hasta allí y ahora estaba atada a una silla y no podía moverse, ni gritar porque su boca tenía una mordaza.

—Señorita Gaveston, vaya, al fin ha despertado—dijo una conocida voz.

Al verle allí parado despertó de golpe. El señor Chandler estaba allí con sus hombres y estos buscaban frenéticos a su alrededor mientras su prometido apuntaba a los criados con una pistola diciéndoles en francés que buscaran el maldito libro o los mataría a todos.

Pensó que era una pesadilla, eso no podía ser real, no podía estar pasando, Raymond Chandler jamás actuaría así. Pero al mirarlo con fijeza comprendió que estaba muy cambiado, había sufrido una transformación que no podía entender.

—Vaya, al fin ha despertado—dijo avanzando hacia ella con rapidez con la pistola aun en su mano.

Evie tembló cuando lo tuvo enfrente porque no era el hombre que había conocido, tan amable y bondadoso, sus ojos tenían una expresión loca y

salvaje y en sus labios se dibujaba una expresión decididamente malvada. Como si el caballero que la frecuentaba en el pasado fuera una simple máscara para ocultar al loco y malvado Chandler obsesionado con las ciencias oscuras y ese libro. De pronto lo vio todo con claridad cuando comenzó a hablar.

—Usted entregó los libros al francés como una tonta, él la engañó, le hizo creer que eran suyos y eran de su padre. Hace años que busco ese ejemplar y cuando supe que sir Gaveston lo tenía en su poder y había muerto de forma súbita... Fui a visitarla y la cortejé pero Andrew Brentley se interpuso y armó esa maquinación absurda del tutor. Él también quería esos libros prohibidos, su padre los tenía todos, era el único que los tenía y durante algún tiempo los mantuvo escondidos. Hasta que al escribir un artículo en un periódico de Londres se delató, era uno de esos intelectuales que les gustaba alardear y presumir de sus conocimientos en la demonología. Y sabía cosas que sólo estaban escritas en esos libros señorita, el arte de invocar al diablo, primero debes conocer sus secretos, su historia, luego hay rituales escritos en ese libro que son muy poderosos. Pensé que si la desposaba tendría los libros, usted aseguró que los había escondido bien y luego se los dio a ese francés astuto y zorro. Él también los quería.

—Señor Chandler, ¿entonces hizo todo esto por el libro? ¿Usted es un miembro de la secta de seguidores de satán?

Él sonrió pero su sonrisa era perversa, en ella no había burla ni alegría, sólo maldad.

—Soy un coleccionista señorita Evie, como lo fue su padre, mi obsesión por tener completa la saga de invocación se convirtió en obsesión para mí y pensé que si la desposaba tendría esos libros raros que atesoró su padre en vida. Además también necesitaba una esposa que me diera herederos, lo confieso y usted esa una dama sana y hermosa. Pensé que sería apropiada para mí, jamás imaginé que ese francés había estado cortejándola y usted

pensaba abandonarme por él. Al final no es muy diferente a las otras mujeres que conocí en el pasado, parece un ángel pero en realidad es una joven débil que fue embaucada por un seductor.

Evelyn no replicó, estaba tan nerviosa y asustada con ese hombre allí portando una pistola que pensó que lo mejor era guardar silencio y no contrariarlo. Acababa de saber por qué lo había hecho y entonces, como por encanto apareció le diable de Pergot. Uno de los abogados que había ido a la mansión los tenía en su poder.

—Vaya, al fin apareció la maldito libro—dijo Chandler y luego la miró—Bueno, creo que no tenemos nada que hacer aquí señorita.

Ella sintió alivio de que se marcharan pero de pronto se preguntó con angustia dónde estaría Fontaine, sin embargo no se atrevió a hacer esa pregunta. Los criados permanecían inmóviles y expectantes mientras sir Chandler tomaba uno de los libros y lo hojeaba exultante y sus hombres la liberaban de las sogas. Era libre para regresar a buscar a Fontaine...

Pero Chandler tenía otros planes.

—No tan rápido, señorita Gaveston. ¿A dónde cree que va? ¿De veras cree que podrá regresar en busca de su enamorado francés?

Ella lo miró espantada, tenía la pistola en la mano y sus hombres acababan de atar sus muñecas hacia atrás con las sogas. No podía creer lo que estaba ocurriendo, ese no era el señor Chandler, él jamás habría actuado como villano.

—Llévese los libros pero no me haga daño por favor, señor Chandler, mi padre lo apreciaba...—balbuceó aterrada de que fuera a matarla.

Él se acercó con rapidez sujetando el libro como si fuera su más preciado tesoro de un lado y la pistola del otro, hacia abajo sin dejar de mirarla.

—Sí, su padre era un buen hombre, señorita sólo que tenía una rara

afición de coleccionar libros raros y no imaginaba que ese libro en particular era muy valioso para nosotros.

—¿Para vosotros? ¿Por qué? ¿Por qué ese libro es tan valioso, señor Chandler?

Él le mostró el libro con cierto orgullo.

—Todo está aquí para quienes saben entender, este libro es mucho más que un ejemplar raro, señorita. Tenía los otros pero me faltaba este, la llave maestra. Es un libro independiente de la saga anterior Art Diaboli, tengo los cinco libros pero me faltaba el de Pergot para entender los anteriores. La saga está incompleta sin ese libro por eso es tan valioso. Ahora los llevaré conmigo y usted me acompañará pues le prometí a su madre que la rescataría de ese perverso marqués.

—No deseo ir con usted señor Chandler, no puede obligarme a regresar—protestó Evie.

—Usted es mi prometida señorita Gaveston, dio su palabra de que se convertiría en mi esposa. ¿Cree que permitiré que se case con ese marqués?

—No regresaré con usted, señor Chandler—replicó Evie con firmeza.

—Pues temo que deberá hacerlo, prometí a su madre que la rescataría y soy un hombre de honor. Ese francés se la llevó a la fuerza, todos lo vieron y usted lo defiende. Imagino que ha de estar confundida, no se preocupe, ya se le pasará.

Evie se resistió pero fue inútil, estaba rodeada y no podría escapar. Fontaine no estaba y todos los criados parecían aterrados, ninguno osó resistirse mientras Chandler se marchaba con el libro con mucha prisa y se la llevaba escoltada por sus hombres que ahora dudaba que fueran abogados como pretendieron ser al llegar a Chateaubriand.

—¡No, déjame, no iré con usted, señor Chandler!—protestó Evie pero de pronto Chandler exasperado se acercó y la miró furioso.

—Mejor será que guarde silencio señorita Gaveston o deberé cubriros con la mordaza, no deseo hacerlo. No me obliguéis a usar la fuerza, Evie—le advirtió.

Pero ella no iba a rendirse, era la prometida de Fontaine y no deseaba regresar a Devon, no, no quería regresar a su casa, su vida no tendría sentido sin el marqués, estaba enamorada y ahora comprendía que no podría ser la esposa de otro hombre.

—¿Dónde está Fontaine? ¿Qué habéis hecho con él?—protestó y miró a su alrededor desesperada.

Chandler se detuvo para responderle.

—Bueno, debo deciros que vuestro amado marqués no volverá a raptar a ninguna otra damisela inglesa. Dudo mucho que pudiera escapar ileso del duelo que yo mismo le preparé.

No, no podía ser verdad, Fontaine no podía estar muerto, mentía, mentía para vengarse porque estaba resentido con su abandono.

—Está mintiendo, el marqués no está muerto—protestó furiosa.

Pero no pudo impedir que la llevaran por las escaleras rumbo a la puerta principal, atada y a los empujones, realmente nunca la habían tratado así en su vida. Chandler era un demonio, no podía creerlo pero era verdad y de pronto, cuando llegaban al piso inferior le dijo sin reparos: —Si intenta algo señorita Gaveston me obligará a hacer algo que no quiero hacer, así que quédese quieta y no grite. Compórtese.

Evie no replicó pero no se rendiría, buscaría la forma de escapar, lo haría... Miró desesperada a su alrededor cuando llegaron a los jardines, notó que caía la tarde y el sol iba perdiéndose en el horizonte, tiritó de frío al sentir una ráfaga helada envolverle. Todo estaba muy quieto y silencioso y no vio a ninguno de los criados.

—Rápido, buscad el carruaje, yo cuidaré a la señorita Gaveston—dijo

Chandler.

Tenían prisa por escapar y ella odiaba quedarse a solas con su prometido, era un hombre malvado y cruel, un completo desconocido para ella y todo ese tiempo la había embaucado. Sólo quería apoderarse del libro y ahora la obligaría a regresar y estaba segura que su madre la obligaría a casarse con él para evitar el escándalo que supuso su anterior fuga.

—No temas preciosa, muy pronto todo volverá a la normalidad. Ese francés malnacido os embaucó y confundió pero todo cambiará cuando os convirtáis mi esposa. Di mi palabra a vuestra madre, le prometí que os rescataría de ese demonio y lo hice, y vos seréis una esposa obediente y abnegada y olvidaremos este pequeño incidente.

Maldito Chandler, ¿acaso esperaba que todo fuera como antes? ¿Como si nada hubiera pasado? La llevaba atada como una prisionera, amarrada con esas horribles cuerdas y amenazando su vida si intentaba escapar.

Iba a replicar, a decirle un par de verdades cuando escuchó el sonido de los caballos a la distancia. Pero no era el carruaje que esperaba Chandler, era un grupo de jinetes que avanzaban por el empinado sendero de grava y algo alertó a su antiguo prometido.

Evie retrocedió asustada sin saber qué pasaba cuando escuchó una voz familiar decirle a Chandler: —¿Y a dónde crees que vas con mi prometida maldito inglés cobarde? ¿Creísteis que ese malandrín miserable sería adversario para mí?

Evie se emocionó al ver al marqués saltando de su caballo, dispuesto a ajustar cuentas con Chandler. Estaba furioso pero no sabía que su prometido tenía un arma.

—Maurice, por favor, Chandler tiene una pistola—le gritó.

Fontaine la miró y de pronto vio que Chandler se levantaba del piso y le apuntaba con un arma a la cabeza. Evie se acercó y desesperada se

interpuso, no, no permitiría que matara a su amor, antes prefería morir a vivir sin el hombre que amaba. Estaba vivo, había regresado a rescatarla, no podía morir así.

—¡Apártate Evelyn, apártate ahora! Maldito francés cobarde, ¿acaso una dama debe defenderos?—chilló Chandler fuera de sí.

—Sois un cobarde, yo también tengo un arma pero seguramente no querréis batiros a duelo puesto que huisteis del anterior. Ahora habéis invadido mi propiedad y os robasteis mis libros y a mí prometida. Creo que os espera un largo tiempo en prisión, Chandler—. Dijo el marqués al tiempo que un grupo de oficiales llegaban en sus caballos.

Todo ocurrió muy rápido y no tardaron en rodearlos más de siete hombres uniformados.

Evie fue liberada y corrió a su lado temblando.

Raymond Chandler estaba asediado, no podría escapar y sin embargo dijo con orgullo que él era un caballero inglés y jamás iría a prisión mientras lo apresaban. Entonces cayó al piso el libro *Le diable de Pergot* y el marqués de Fontaine lo tomó y su mirada se cruzó con la de Evie.

—¿Estáis bien, Evie?—preguntó.

Ella asintió.

—Dijo que os había matado y tuve tanto miedo—balbuceó al borde de las lágrimas.

Él la estrechó con fuerza.

—Fue una maldita trampa, todo lo fue, desde el principio, planeo esto con mucho cuidado. Vino aquí a llevarte, pensó que te había raptado y además al parecer quería el libro, no me sorprende, sospecho que son parte de esa secta secreta que adora al diablo. Pues ahora será él quien vaya a prisión. No podrá escapar.

—Ese libro Fontaine, ¿por qué estaba tan obsesionado por tenerlo?

—Bueno, hay una secta que adora al diablo y cree que con este libro puede invocarlo y pedirle cosas, aquí lo dice con claridad. Mirad.

Evie tomó el libro y contempló las imágenes y frases en latín.

—Son una secta muy poderosa y sé que hay fieles aquí en Francia y también un grupo importante en Londres. Durante años han buscado el último ejemplar que queda y por una razón llegaron a vuestro padre y luego a ti...

—Oh Maurice, por favor deshazte de ese maldito libro—dijo Evie desesperada.

Él la tomó entre sus brazos y la besó.

—Lo haré preciosa, te lo prometo. Sé que fui muy descuidado al conservar estos manuscritos y mi labor no era guardarlos para mí sino mantenerlos escondidos de esa peligrosa secta que os mencioné. Ahora haré que Chandler y sus amigos confiesen.

Evie lloró emocionada, no pudo evitarlo.

—Estáis temblando preciosa, tranquila, todo pasó, nunca más volverá a molestaros ese infeliz, nunca más...

—Tuve tanto miedo, pensé que os había matado. Yo os amo Fontaine, os amé desde el primer día que os vi y si algo te pasaba mi vida ya no habría tenido sentido.

Sus palabras le provocaron una emoción intensa, sus ojos brillaron de repente.

—Preciosa, y yo te amé mucho antes.... Creo que llevo toda una vida buscándote... nada nos separará jamás, nada, te lo prometo. Estabas destinada a ser mía y creo que lo supe el mismo instante que os conocí—dijo y le dio un beso ardiente y apasionado, un beso que la dejó temblando de emoción y deseo.

Preciado capricho del corazón

Evie se emocionó cuando un sacerdote los declaró marido y mujer y recibió en su mano el anillo de las marquesas de Fontaine, el anillo que la convertía en la esposa del único hombre que amaría en su vida.

Todos observaron ese momento, expectantes, tal vez disgustados porque el marqués no se casaba con una dama noble y francesa pero Evelyn los ignoró, estaba tan feliz que nada más le importaba. El día más feliz de su vida como una vez soñó, entrando a la iglesia con un largo vestido blanco del brazo de su padre rumbo al altar donde la esperaría el hombre que amaba. Ahora comprendía que jamás habría podido casarse con Chandler y que de no haberla raptado el marqués habría escapado. Era un sueño hecho realidad, era como vivir en un cuento de hadas...

—Preciosa, me habéis hecho el hombre más feliz—dijo él tomando sus manos y besándolas con suavidad.

Evie sonrió y tomó su mano posando luego para un fotógrafo que los retrató en pose solemne, del brazo de Fontaine y con las flores de azahar y el largo velo cubriendo su cabello rubio estirado en un moño.

Y esa noche cuando las doncellas la escoltaron a la habitación nupcial observó las alfombras rojas, los tapices y cuadros medievales y se ruborizó al ver la inmensa cama con dosel aguardando para los recién casados. Pestañeó inquieta mientras Marie la ayudaba a quitarse el velo y soltar su cabello. Se miró en el espejo y sonrió al ver a Fontaine parado en la puerta observándola a la distancia.

Al verle su doncella se marchó tras hacer una reverencia.

Evie sonrió con timidez al sentir su mirada.

—Estáis muy hermosa, Evelyn—murmuró él y se acercó despacio para tomar su mano y besarla con suavidad. Sus manos recorrieron su cabello y su rostro.

—Os hice una promesa Evie... no la he olvidado—le dijo al oído.

Ella se acercó y abrió sus labios para protestar y al ver ese gesto Fontaine la tomó entre sus brazos y la besó. Un beso ardiente mientras la rodeaba con sus brazos y apretaba con suavidad.

No esperaba que ella extendiera sus brazos y respondiera a sus besos con una mezcla de timidez y decisión encendiendo su deseo hasta casi no poder detenerse.

—Evie... sois tan hermosa —dijo cuando la envolvió entre sus brazos y la desnudó lentamente, sin dejar de llenarla de besos y caricias.

Excitada y mareada por sus besos su vestido se deslizó sobre la alfombra y con él su timidez.

Él se desnudó de prisa y se acercó despacio y la abrazó con fuerza y besó sus labios.

—Estáis asustada—le susurró al oído y sonrió.

Ella asintió pero no era del todo cierto, más que asustada estaba desconcertada.

—Puedo esperar si quieres... tal vez nadie os habló de la noche de bodas y ahora tenéis miedo—dijo él.

Estaban muy cerca el uno del otro, tanto que podía oír su corazón palpar.

Pero Evie lo besó y le dijo.

—Es verdad, pero quiero ser vuestra esposa y que nunca más busquéis calor en otro lecho, Fontaine.

Él sonrió y atrapó su boca en un beso ardiente tan dulce mientras sus manos atrapaban sus pechos llenos.

—Nunca lo haría, sois la única para mí—le respondió él—Sois tan hermosa Evie, tan dulce que temo perder el control esta noche, temo hacerlo. Pero me detendré al instante si me lo pides. Lo haré...—dijo él mirándola con

intensidad.

Evie se puso seria.

—Si os vais ahora, lloraré Fontaine—le respondió ella agitada. Estaba temblando de miedo y deseo, era algo difícil de explicar pero sabía que si él la dejaba esa noche rompería su corazón.

Él sostuvo sus caderas mientras caía sobre ella con el peso de su cuerpo.

—No me iré preciosa, no lo haré, me muero por hacerte el amor esta noche—dijo y la atrajo hacia él y rodaron por la cama sin dejar de besarse.

Hasta que ya no pudo contenerse más y la atrapó mientras le advertía que iba a dolerle un poco al comienzo. Evie se quedó inmóvil sintiendo cómo entraba en su vientre y gimió mientras lo veía hundirse por completo en ella tal cual largo era. Sabía que algo así pasaría, lo había visto en los animales del campo pero en esos momentos pensó que le gustaba, que era muy raro y sin embargo era placentero y doloroso a la vez.

—¿Estáis bien?—le preguntó él.

Evie asintió excitada y mareada por sensaciones desconocidas, sintiendo que la rozaba despacio y estaban tan unidos... en esos momentos eran uno solo y se emocionó, jamás imaginó que sería así, que estarían fundidos en un abrazo apretado.

—Os amo Evie, os amo tanto preciosa, mi ángel, ¿creísteis que dejaría ir con es inglés? Jamás os dejaría ir preciosa, jamás—le susurró al oído y se miraron a los ojos.

—Y yo os amo Fontaine—le respondió Evie temblando de emoción, sabía que ese momento quedaría plasmado en su alma para siempre.

Estaban unidos, eran uno solo y sensaciones intensas la embargaban. Rodaron por la cama y se quedaron quietos, fundidos en un abrazo celebrando la dicha de estar juntos, de ese nuevo comienzo después de tanta angustia y

dolor.

—*J't'aime Evie, je t'aime*—dijo él.

Y ella olvidó por completo sus reservas y se convirtió en su amor, en su amante, en su mujer esa noche y deseó tanto darle un hijo cuando sintió que la inundaba con su simiente por tercera vez. Tuvo la sensación de que pasarían toda la noche haciendo el amor y se durmió entre sus brazos poco después. Su más preciado sueño de amor, ese que en el pasado le pareció inalcanzable se había hecho realidad.